

CAMILO  
MAMMARIANO

NARRACIONES  
DEL INFINITO

AC 25

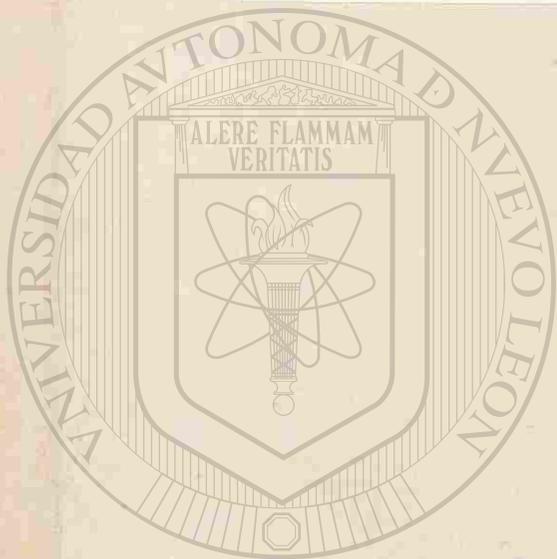
F 53

1897

F 38/n



1080009623



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

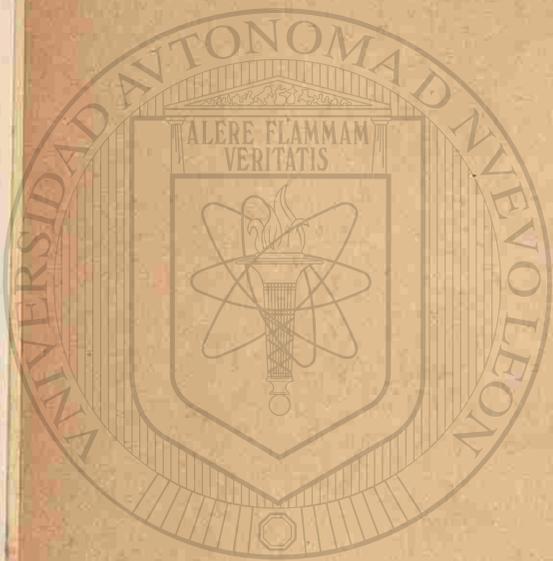
NARRACIONES

DEL

INFINITO

De venta en la  
LIBRERÍA DEL COMERCIO  
"Librería General"  
Agencia de venta de libros -- Tel. 789. España  
El Mercado, esquina con la Literaria  
Monterrey, N. L.

De venta en la  
"Librería General"  
Morelos 105 y 107 -- Tel. 789.  
Monterrey, N. L.



*Santiago Roel.*

NARRACIONES

DEL

# INFINITO:

LUMEN — HISTORIA DE UNA ALMA

HISTORIA DE UN COMETA

LA VIDA UNIVERSAL Y ETERNA .

POR

CAMILO FLAMMARION, 1824-1925.

TRADUCIDO AL ESPAÑOL

Por C. DE OCHOA

SEGUNDA EDICIÓN



LIBRERÍA DE LA V<sup>DA</sup> DE CH. BOURET

PARÍS

MÉXICO

23, Rue Visconti, 23

14, Cinco de Mayo, 14

1897

Propiedad del Editor.

*b. García G. de Roel.  
Dic. 10 de 1911*

840  
F381n

22 enero 79

AC25



FSRM

9623

## PREFACIO

---

La publicación de esta obra tiene por objeto dar á conocer el lugar de la Tierra en el infinito, y el lugar del Hombre en la vida universal y eterna; es la continuación de la obra comenzada por el libro de *la Pluralidad de los Mundos habitados*, y por los trabajos sucesivos del mismo autor.

La Astronomía, esa reina de las ciencias, no se limita como ántes á mostrarnos esas masas inertes moviéndose en el vacío : nos hace entrever la vida inmensa que se halla esparcida en las otras tierras del espacio; nos descubre el verdadero cielo; fija las bases de una nueva filosofía,

que nos dice lo que somos, de dónde venimos y á dónde vamos, y cuáles son los destinos que nos arrastran en el sistema del mundo material y espiritual.

Tal vez causará sorpresa la forma que doy á estas *narraciones*<sup>1</sup>, y á pesar de las precauciones oratorias tomadas para disimular con frecuencia los abismos al borde de los cuales caminamos, es indudable que muchos lectores tendrán que doblar la página en ciertos pasajes, por verse súbitamente acometidos de una especie de vértigo. La naturaleza del asunto lo exige así; y solamente los seres superficiales podrían mirar sin emoción EL INFINITO que se presenta á nuestra vista, y que nos está revelado por las leyes inmutables á las cuales obedece la creación toda entera.

<sup>1</sup> Entre los varios equivalentes del vocablo  *récit*  he adoptado el de  *narración* , por parecerme que es el que expresa más exactamente el pensamiento del autor, pero conste que no me satisface por completo y que si lo empleo es por que no encuentro otro más adecuado.

Una de esas leyes hirió de pronto la imaginación del autor hace algunos años, descubriéndole súbitamente ciertas perspectivas en las cuales no había pensado jamás, y que habían permanecido ocultas á los diferentes astrónomos, filósofos y escritores que conoció hasta entonces. Estas perspectivas le parecieron primeramente ilusorias, como esos mirajes engañosos que las sedientas caravanas creen distinguir á lo lejos en los desiertos africanos, y que desaparecen á medida que se vá uno acercando á ellos; pero reflexionando con atención, y analizándolas con la severidad de los métodos científicos, ha comprobado su realidad y reconocido que el conocimiento del mundo físico puede ayudarnos á comenzar el estudio de un mundo relegado hasta ahora en el dominio mórbido de lo sobrenatural.

Una *Revista* que goza de gran crédito publicó estas narraciones á medida que se fueron formulando en el pensamiento del autor. Los artículos de los periódicos

consagrados á esa publicacion y á las primeras ediciones de esta obra, dieron á conocer al autor que muchos de sus lectores, aun entre los mas instruidos, se habian preocupado únicamente de la forma, no habiendo visto en estas páginas mas que rasgos de imaginacion y fantasias de astronomía divertida. Nadie puede poner en duda la utilidad de propagar la enseñanza de la astronomía, valiéndose de un lenguaje florido, lleno de imágenes y si se quiere hasta apasionado, y el autor lo ha empleado con gusto en otras publicaciones, pues sabe y afirma que el conocimiento elementario del universo, deberia constituir la base misma de la instruccion de todos.

Pero aunque me propongo realizar este programa en un viaje á traves de las regiones distantes que se distinguen con el telescopio y que se miden por el cálculo; y aunque para ello exponga los recientes descubrimientos de la astronomía sideral, el objeto de la presente obra se extiende mas allá de esta esfera de enseñanza clá-

sica. Estas páginas se dirigen á las inteligencias elevadas, que se han declarado *libres*, que saben comprender las grandes verdades de la naturaleza y que se complacen en profundizarlas. Se trata nada ménos que de un *estudio* esencialmente científico *de las condiciones fisiológicas de la vida eterna en el universo infinito*. Si por una parte la idea general del libro sirve de marco á un cuadro de la construccion del universo trazado por las infatigables investigaciones de la ciencia sublime del cielo, se ha tenido cuidado, por otra parte, de aplicar á la elucidacion de las cuestiones propuestas, los documentos suministrados por los estudios tan interesantes como profundos de la fisiología contemporánea.

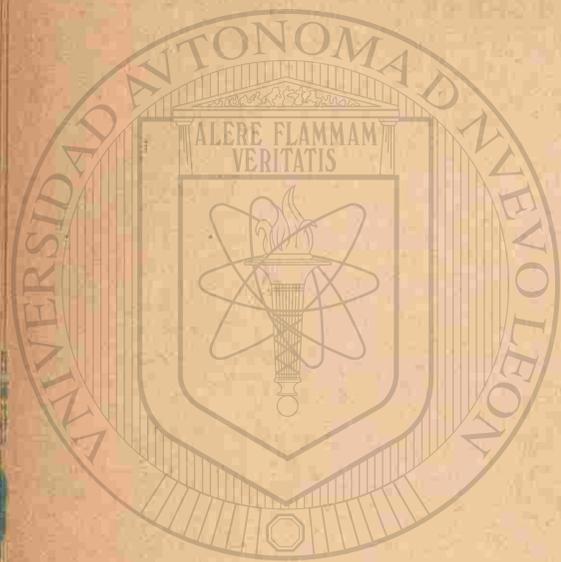
Despues de esta declaracion, el autor debe limitarse á dejar al lector que comience la lectura de este libro sin ninguna idea preconcebida. Es indudable que buscando de este modo la solucion de problemas reputados hasta aquí como insolubles, sentiremos algunas de nuestras antiguas

creencias zozobrar y desaparecer. Pero esta es la suerte de todas las cosas: el progreso no puede realizarse sino por el cambio. Los antiguos templos paganos de Roma han dejado el sitio libre á altares consagrados á un culto mas puro. A las iglesias de piedra de la edad media suceden hoy las aspiraciones del pensamiento, que se elevan mas arriba de las bóvedas materiales hasta mas arriba del firmamento estrellado, y toman libremente su vuelo á traves de los espacios infinitos: la grande y divina naturaleza forma ella misma el nuevo Templo, y el Espíritu creador se manifiesta él mismo en su insondable poderío. Engolfémonos en lo sucesivo en estas altas contemplaciones. Las revoluciones del globo destruirán las obras de los hombres; pero nuestras almas sobrevivirán á las ruinas de los cuerpos y de las cosas, y permanecerán vivas en la inmóvil eternidad.

NARRACIONES DEL INFINITO

LUMEN

PLATICA ASTRONOMICA DE ULTRA-TIERRA



## LUMEN

### NARRACION PRIMERA

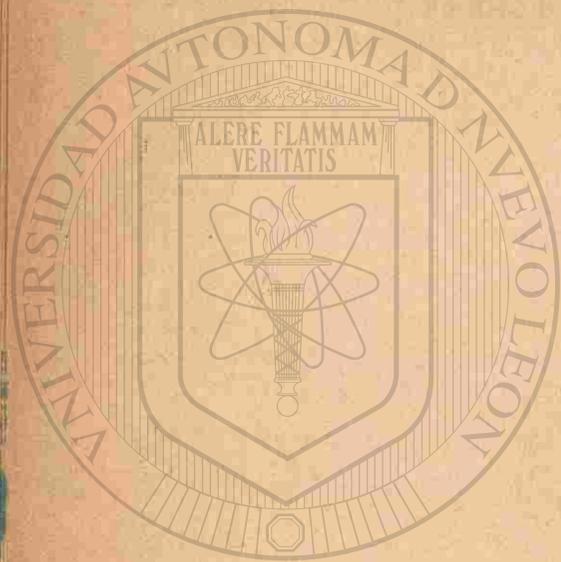
RESURRECTIO PRÆTERITI

---

#### I

QUÆRENS. — Me habeis prometido, ¡ oh Lumen !  
hacerme la relacion de esa hora extraña, extraña  
entre todas, que siguió á vuestro postrer suspiro,  
y referirme de qué modo, por una ley natural, si  
bien muy singular, volvisteis á ver el pasado en  
el presente, y penetrasteis un misterio que habia  
permanecido completamente oculto hasta hoy.

LUMEN. — Si, mi antiguo amigo, voy á cumplir  
mi promesa, y gracias á la larga correspondencia  
de nuestras almas, espero que comprendereis ese  
fenómeno « extraño », como vos le calificais. La



## LUMEN

### NARRACION PRIMERA

RESURRECTIO PRÆTERITI

---

#### I

QUÆRENS. — Me habeis prometido, ¡ oh Lumen !  
hacerme la relacion de esa hora extraña, extraña  
entre todas, que siguió á vuestro postrer suspiro,  
y referirme de qué modo, por una ley natural, si  
bien muy singular, volvisteis á ver el pasado en  
el presente, y penetrasteis un misterio que habia  
permanecido completamente oculto hasta hoy.

LUMEN. — Si, mi antiguo amigo, voy á cumplir  
mi promesa, y gracias á la larga correspondencia  
de nuestras almas, espero que comprendereis ese  
fenómeno « extraño », como vos le calificais. La

muerte que me ha libertado de los sentidos débiles y fatigosos del cuerpo no os ha tocado todavía con su mano protectora. Perteneceis al mundo de los vivos. Apesar del aislamiento de vuestro retiro, en esas reales torres del *faubourg Saint-Jacques*, á donde el profano no viene á distraeros en vuestras meditaciones, formais parte no obstante, de la existencia terrestre y de sus superficiales preocupaciones. No os admireis pues si en el momento de asociaros al conocimiento de mi misterio, os invito á aislaros todavía mas de las pompas exteriores y á prestarme toda la *intensidad de atencion* que vuestro espíritu es capaz de concentrar en sí mismo.

QUERENS. — No tengo oídos mas que para escucharos, ¡oh Lumen! y no tengo espíritu mas que para procurar comprenderos. Hablad, pues, sin temor y sin rodeos, y dignaos hacerme comprender esas impresiones desconocidas para mí que suceden á la cesación de la vida.

LUMEN. — ¡Por dónde queréis que comience mi relación?

QUERENS. — Si conservais el recuerdo, desearia que comenzaseis desde el momento en que mi mano temblorosa os cerró los ojos...

LUMEN. — ¡Oh! la separación del principio

pensador y del organismo nervioso no deja en el alma ningún género de recuerdo. Es como si las impresiones del cerebro, que constituyen la armonía de la memoria, se borrasen enteramente para renovarse en seguida bajo otra forma. La primera sensación de identidad que se experimenta después de la muerte se parece á la que se siente al despertar durante la vida, cuando, viniendo poco á poco á la realidad de la mañana, está uno todavía dominado por las visiones de la noche. Solicitado por el porvenir y por el pasado, el espíritu procura á la vez recobrar el pleno dominio de sí mismo y apoderarse de las impresiones fugitivas de los sueños desvanecidos, que le dominan aun, con su comitiva de acontecimientos diversos. Alguna vez, absorvido en esta *retrospección* de unos sueños agradables, vuelve á cerrar los ojos, sintiendo reanudarse las visiones y prolongarse el espectáculo; es decir que queda de nuevo entregado á los sueños y á una especie de semi-sueño. De este modo se balancea nuestra facultad pensadora al salir de esta vida, entre una realidad que no comprende aun, y unos sueños que no están completamente desechados. Las impresiones mas contrarias se mezclan y se confunden, y si, bajo el peso de los sentimientos perecederos, se

echa de ménos la tierra de la que se acaba de ser desterrado, entónces se halla uno abrumado por un sentimiento de tristeza indefinible que pesa sobre nuestros pensamientos, nos envuelve entre tinieblas y retarda el discernimiento.

QUERENS. — Decidme, ¿habeis experimentado esas sensaciones inmediatamente despues de la muerte?

LUMEN. — ¿Despues de la muerte? Pero si la muerte no existe. El hecho que designais con este nombre, la separacion del cuerpo y el alma, no se efectuan bajo una forma material, comparable á las separaciones químicas de los elementos desasociados que se observan en el mundo físico. No se apercibe uno de esta separacion definitiva, que os parece tan cruel del mismo modo que el niño recién nacido no se apercibe de su nacimiento. Somos procreados en la vida celeste como lo fuimos en la vida terrestre; solamente que libre el alma de las mantillas corporales con que se la envuelve aquí abajo, adquiere mas pronto la nocion de su estado y de su personalidad. Esta facultad de percepcion varia, sin embargo, esencialmente de una á otra alma. Las hay que durante la vida del cuerpo no se elevaron jamás hácia el cielo ni se sintieron nunca ansiosas de penetrar

las leyes de la creacion. Estas almas, dominadas aun por los apetitos corporales, permanecen largo tiempo en estado de confusion y de *inconciencia*. Pero existen otras felizmente que desde esta vida dirigieron su vuelo hácia las regiones de la belleza eterna; estas ven llegar con calma y severidad el instante de la separacion: saben que el progreso es la ley de la existencia y que entrarán allá en una vida superior á la de aquí; siguen paso á paso la letargia que sube á su corazon, y cuando el último latido, lento é insensible, se para en su curso, están ya por encima de sus cuerpos, cuyo endormecimiento han observado; y, desprendiéndose de los lazos magnéticos, se sienten rápidamente impelidas por una fuerza desconocida hácia el punto de la creacion á donde sus aspiraciones, sus sentimientos y sus esperanzas les atraen.

QUERENS. — La plática que comienzo á tener en este instante con vos, mi querido maestro, me hace recordar los diálogos de Platon sobre la inmortalidad del alma; y lo mismo que Fedra le preguntaba á su maestro Sócrates, el día en que éste debia tomar la *cicuta* para obedecer á la inicua sentencia de los Atenieses, os preguntaré, á vos que habeis pasado el término fatal, qué diferencia esencial distingue al alma del

cuerpo, puesto que éste muere, mientras que la primera no muere.

LUMEN. — No daré á esta pregunta una respuesta metafísica, como la de Sócrates, ni una respuesta dogmática, como la de los teólogos, sino una respuesta científica, pues vos como yo, no damos valor mas que á los hechos comprobados por los métodos positivos. Hay en el hombre, lo mismo que en el universo, tres principios completamente distintos : 1º el cuerpo; 2º la fuerza vital y 3º el alma.

Los cito por este orden para seguir el método *à posteriori*. El cuerpo es un conjunto de moléculas, formadas á su vez por un agrupamiento de átomos. Los átomos, son inertes, pasivos, inmutables é indestructibles. Penetran en el organismo por la respiracion y la alimentacion, renuevan incesantemente los tejidos, son reemplazados por otros, y van á pertenecer á otros cuerpos. En algunos meses el cuerpo humano se halla completamente renovado, y ni en la sangre, ni en la carne, ni en el cerebro, ni en los huesos, no queda ya un átomo de los que constituian el cuerpo algunos meses ántes. Por el gran medio de la atmósfera sobre todo, los átomos viajan sin cesar de un cuerpo á otro. La molécula de hierro

es la misma, ya esté incorporada á la sangre que palpita en las sienas de un hombre ilustre, ya pertenezca á un vil fragmento de hierro enmohecido. La molécula de oxígeno es la misma, ya brille en la mirada amorosa de la mujer amada, ya sea que mezclándose con el hidrógeno despida su llama en una de las infinitas luces que alumbran á Paris de noche, en donde cae como una gota de agua del seno de las nubes. Los cuerpos actualmente vivos están formados con las cenizas de los muertos, y si todos los muertos resucitasen, faltarían á los últimos en resucitar muchos fragmentos que habrían pertenecido á los primeros; y hasta durante la vida, se hacen muchos cambios, entre enemigos como entre amigos, entre los hombres, los animales y las plantas, que asombrarian singularmente el ojo analizador. Lo que respirais, comeis y bebeis, ha sido ya respirado, comido y bebido millares de veces. — Tal es el cuerpo : un conjunto de moléculas materiales que se renuevan constantemente.

La fuerza vital, la vida, es el principio que rige en la agrupacion de esas moléculas en una forma dada, para constituir un organismo. La fuerza rige los átomos pasivos, incapaces de manejarse por si mismos, inertes; ellas los llama, los hace

venir, los coge, los coloca siguiendo ciertas reglas, y forma ese cuerpo tan maravillosamente organizado que no se cansan de contemplar el anatomista y el fisiologista. Los átomos son indestructibles; la fuerza vital no lo es. Los átomos no tienen edad; la fuerza vital nace, envejece y muere. Un octogenario tiene más edad que un adolescente de veinte años. ¿Por qué? Los átomos que lo constituyen no están en él sino desde hace solo algunos meses, y además no son ni viejos ni jóvenes. Analizado, los elementos constitutivos de su cuerpo no tienen edad. — ¿Qué ha envejecido en él? Su fuerza vital, usada y estinguida. Lo mismo que el calor y que la electricidad, la vida es una fuerza engendrada por ciertas causas. Se transmite por la generación. Entretiene instintivamente el cuerpo sin tener conciencia de sí misma. Tiene un principio y un fin. Es el principio vital: fuerza física inconsciente, organizadora y conservadora del cuerpo.

El alma es un ser intelectual, pensador é inmaterial. El mundo de las ideas, en que vive, no es el mundo de la materia. No tiene edad, no envejece. No experimenta cambio en un mes ó dos, como el cuerpo, puesto que después de varios años, sentimos que hemos guardado nuestra iden-

tidad, que nuestro *yo* permanece. De otro modo, si el alma no existiese, y si la facultad de pensar fuese una propiedad del cerebro, no podríamos seguir diciendo que *tenemos* un cuerpo: sería nuestro cuerpo, nuestro cerebro *quien nos tendría*. Además, de periodo en periodo, cambiaría nuestra conciencia, no tendríamos la certeza ni aun el simple sentimiento de nuestra identidad, y no seríamos ya responsables de las resoluciones secretadas por las moléculas que pasaron por nuestro cerebro varios meses ántes. El alma no es la fuerza vital, por esta es medible, se transmite por generación, no tiene conciencia de sí misma, nace, crece, declina y muere... estados enteramente opuestos á los del alma, inmaterial, sin medida, no transmisible, consciente. El desarrollo de la fuerza vital puede ser representado geoméricamente por un huso, que va poco á poco ensanchándose, disminuyendo luego, hasta desaparecer del todo.

Á la mitad de la vida, el alma no se deshinchá (si puedo hacer esta comparación) para achicarse como un huso y tener un fin, pero continúa abriendo su parábola, lanzada en el infinito. La manera de existir del alma es además esencialmente distinta de la de la vida. Es una manera *espiritual*. El sen-

imiento de lo justo ó de lo injusto, de lo verdadero ó de lo falso, de lo bueno ó de lo malo; el estudio, las matemáticas, el análisis, la síntesis, la contemplación, la admiración, el amor, el afecto ó el odio, la estimación ó el desprecio, en una palabra, las ocupaciones del alma, sean las que fueren, son del orden intelectual y moral, que no pueden conocer ni los átomos, ni las fuerzas físicas, y que existe tan positivamente como el orden físico.

Esos tres elementos de la persona humana, los volvemos á encontrar en el conjunto del universo: 1º los átomos, los mundos materiales, inertes, pasivos; 2º las fuerzas físicas, activas, que rigen los mundos; 3º Dios, el espíritu eterno é infinito, organizador *intelectual* de las leyes *matemáticas* á las cuales obedecen las fuerzas... Dios desconocido, en quien residen los principios supremos de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno.

El alma no puede estar unida al cuerpo mas que por la fuerza vital intermediaria. Cuando se acaba la vida, el alma se separa naturalmente del organismo y cesa de tener ninguna relacion inmediata con el espacio y el tiempo. No tiene ninguna densidad, ningun peso. Despues de la muerte, el alma se queda en el lugar del cielo en que se en-

cuentra la Tierra en el momento de la separacion. Ya sabeis que la Tierra es un planeta del cielo, lo mismo que Vénus y Júpiter. La Tierra continua recorriendo el largo de su órbita, á razon de 26,800 leguas por hora, de tal suerte que una hora despues de la muerte, el alma se encuentra á esta distancia de su cuerpo, por el solo hecho de desprenderse de las leyes de la materia y de su inmovilidad en el espacio. Así pues nos hallamos en el cielo inmediatamente despues de nuestra muerte, como lo hemos estado todo el tiempo de nuestra vida. Añadiré, sin embargo, que el alma pone generalmente algun tiempo en desprenderse del todo del organismo nervioso, y que algunas veces permanece muchos días, hasta muchos meses, magnéticamente ligada á su antiguo cuerpo, á quien no quiere abandonar.

QUÆRENS. — Es la primera vez que concibo bajo una forma sensible ese hecho no sobrenatural de la muerte, y que comprendo la existencia individual del alma, su independencia del cuerpo y de la vida, su personalidad y su situacion tan sencilla en el cielo. Esta teoría sintética me prepara, así lo espero, á oír y á apreciar vuestra revelacion.

Un acontecimiento singular hirió vuestra ima-

ginacion, segun me habeis dicho, á vuestra entrada en la vida eterna. ¿Recordais en qué momento fué?

LUMEN. — Perfectamente, amigo mio. Oid atento mi narracion. Daban las doce, como sabeis, en el relój de mi alcoba, y la luna vertia su pálida claridad sobre mi lecho mortuorio, cuando mi hija, mi nieto y sus compatriotas se retiraron para descansar un rato. Vos quisisteis permanecer á mi cabecera, y prometisteis á mi hija que me velariais hasta la mañana siguiente. Os daría gracias por vuestra solicitud tan tierna y afectuosa, si no fuésemos antiguos amigos. Haría como una media hora que estábamos solos, pues el astro de la noche empezaba á declinar hácia la derecha, cuando os cogí las manos y os anuncié que la vida abandonaba ya la extremidad de mis miembros. Me asegurabais lo contrario; pero yo observaba con calma mi estado fisiológico, y sabía que le quadaban pocos instantes á mi respiracion. Os dirigisteis con cautela hácia la habitacion de mis hijos; pero (no sé porqué concentracion de fuerzas) pude conseguir que me oyerais y que volvierais atrás: «Teneis razon, me digisteis, ya conocen vuestras últimas voluntades, y mañana temprano será aun tiempo

de hacer venir vuestros hijos. «Había en estas palabras una contradiccion de que me hice cargo sin darla á conocer. Quizá recordareis que os rogué entonces que abrieseis la ventana; ¡qué hermosa noche de octubre, mas hermosa que la de los bardos de Escocia cantada por Osian! No léjos del horizonte se distinguian las Pleyadas, ocultas por las neblinas inferiores. Cástor y Polux se cernian victoriosamente en el cielo un poco mas léjos, y mas allá, formando un triángulo constelado con los precedentes, se admiraba en la constelacion del Cochero una bella estrella blanca, que, dibujada en el borde de las cartas zodiacales, se llama *Capella* ó *la Cabra*.

Ya veis que la memoria no me es infiel. En cuanto abristeis la ventana, el perfume de las rosas endormecidas con el silencio de la noche llegó hasta mi lecho, mezclándose con los rayos tranquilos de las estrellas. Expresaros la dulzura que vertieron en mi alma esas impresiones, las últimas que la tierra me consagraba, las últimas que saboreaban mis sentidos no atrofiados todavía, sería superior á mis fuerzas. En mis horas de mayor felicidad y de mas pura alegría, no he experimentado ese placer inmenso, esa severidad sublime, ese goze casi celestial, que me

procuraron esos minutos de éxtasis entre el soplo perfumado de las flores y la mirada tan tierna de las estrellas lejanas...

Cuando os acercasteis de nuevo á mi lecho, ya habia yo vuelto al mundo exterior, y juntas las manos y apoyadas sobre mi pecho, dejaba mi vista y mi pensamiento que rezasen á un tiempo, alejándose en el espacio; y como mis oídos iban en breve á cerrarse para siempre, me acuerdo de las últimas palabras que salieron de mis labios: « Adios, mi antiguo amigo, siento que la muerte me arrastra... hácia esas regiones desconocidas en las que nos volveremos á encontrar un día. Cuando la aurora borre esas estrellas, no habrá aquí mas que un despojo mortal. Repetireis entonces á mi hija que la última expresion de mi deseo es que eduque á sus hijos en la contemplacion de los bienes eternos. »

Y como llorabas y permanecias de rodillas delante de mi lecho, añadí: « Recita la hermosa oracion de Jesus, » y comenzaste á decir con voz temblorosa el *Padre nuestro*...

« ... Perdónanos... nuestras... deudas... asi como... nosotros... perdonamos... á... nuestros... deudores. »

Tales son los últimos pensamientos que llegaron

á mi alma por intermediacion de los sentidos. Se turbó mi vista mirando la estrella de Capella, y no tengo conciencia de lo que sucedió despues de este instante.

Los años, los dias y las horas están constituidos por los movimientos de la Tierra. Fuera de esos movimientos, el tiempo Terrestre *existe mas* en el espacio: es pues absolutamente imposible tener nocion de ese tiempo. Creo, sin embargo, que fué el día mismo de mi muerte que sobrevino el acontecimiento que os voy á referir, puesto que, como vereis mas adelante, mi cuerpo no estaba aun enterrado cuando esta vision se presentó á mi alma.

Nacido en 1793, tenia yo entonces setenta y dos años, y no me quedé poco sorprendido al sentirme animado de un fuego y de una agilidad de espíritu no ménos ardientes que en los mejores dias de mi adolescencia. No tenia yo cuerpo, y sin embargo yo no era incorpóreo, pues sentía y veía que una sustancia me constituía; á pesar de esto, no hay ninguna analogia entre esta sustancia y las que forman los cuerpos terrestres. No sé de qué modo atravesaba los espacios celestes, y por qué fuerza me hallaba muy cerca de un magnífico sol blanco, cuyo esplendor no me deslumbraba sin embargo, y que se hallaba rodeado, como me lo

pareció de léjos, de un gran número de mundos envueltos cada uno en uno ó mas círculos. Por esta misma fuerza inconsciente me encontraba delante de uno de esos círculos, espectador de indefinibles fenómenos de luz, pues el firmamento estrellado estaba como dividido por un inmenso arco iris. Ya no veía el blanco sol, y habitaba una especie de noche iluminada de matices de múltiples colores.

La vista de mi alma era incomparablemente superior á la de los ojos del organismo terrestre que acababa de abandonar, y, cosa digna de notarse, su superioridad me parecía hallarse sometida á la voluntad. Esta vista del alma es tan maravillosa que no me detendré hoy á describirla. Básteme haceros presentir que en lugar de ver simplemente las estrellas en el cielo, como las veis desde la Tierra, distinguía claramente los mundos que gravitan al rededor, y ¡extraña observación! cuando deseaba no ver mas la estrella, con el fin de no tener impedimento alguno para el exámen de esos mundos, desaparecía de mi visión y me dejaba en excelentes condiciones para observar uno de esos mundos <sup>1</sup>. Es mas,

<sup>1</sup> La anatomía fisiológica trascendental explicaría tal vez este hecho, proponiendo el admitir que el *punctum cæcum* cambia de sitio para ocultar el objeto que no se quiere ver mas

cuando mi vista se concentraba en un mundo particular, llegaba á distinguir los detalles de su superficie, los continentes y los mares, las nubes y los rios, y aunque no me parecía adquirir visiblemente mayor volúmen, como cuando se sirve uno del telescopio, conseguía, por una intensidad particular de concentración en la vista de mi alma, ver el objeto sobre el cual se concentraba, como por ejemplo una ciudad ó un campo; y cuando seguía mirando limitándome á ese solo punto, las particularidades venían á ser visibles, y veía los edificios, las calles y las casas, los árboles, los jardines y los senderos tan distintamente como si me hubiese encontrado en un globo, á una corta distancia encima de esos sitios. Finalmente, por el mismo procedimiento y en virtud de la misma facultad, fijando siempre mi atención sobre el mismo objeto, reconocía hasta los habitantes y seguía á las personas en las calles y en sus habitaciones. Me bastaba para esto limitar mi pensamiento al barrio, á la casa y al individuo á quien quería observar.

QUERENS. — Pero, amigo mio (disimulad mi objeción tal vez pueril), á esa gran distancia los mundos y los planetas que circulan en torno de cada estrella no se confunden con esa misma

estrella? Por ejemplo, á la distancia en que os encontrabais entonces, ¿los planetas de nuestro sistema no están confundidos en nuestra estrella, en nuestro sol? ¿habriais podido distinguir la tierra?

LUMEN. — Os habeis hecho cargo en seguida de la única objecion geométrica que parece estar en contradiccion con las anteriores observaciones. Efectivamente, á cierta distancia los planetas quedan oscurecidos por el brillo de su sol, y nuestros ojos terrestres los distinguirían con trabajo. Ya sabeis que desde Saturno apenas si se distingue ya la Tierra; pero es preciso reflexionar que esas dificultades dependen tanto de la imperfeccion de nuestra vista que de la ley geométrica del decrecimiento de las superficies. Ahora bien, en el mundo al borde del cual acababa de llegar, los seres, no encarnados en una envoltura gruesa como aqui abajo, sino libres y dotados de facultades de apercpcion elevadas al mas alto grado posible, pueden, como ya os lo he dicho, *aislar* el origen alumbrador del objeto alumbrado, y, además, percibir distintamente algunos detalles que, á esa distancia, estarían completamente ocultos á los ojos de los organismos terrestres.

QUÆRENS. — ¿Se sirven acaso para ello de instrumentos superiores á nuestros telescopios?

LUMEN. — Si para mostraros ménos rebelde en admitir esa maravillosa facultad, os es mas fácil concebirlos provistos de instrumentos, podeis hacerlo en teoria. Os es permitido imaginar unos instrumentos que, por una série de lentes y una combinacion de diafragmas, aproximen sucesivamente los mundos y aparten de la vista el foco iluminador para dejar á la observacion el único mundo de su estudio; pero debo advertiros que esa clase de instrumentos no son exteriores á esos seres y que pertenecen á la misma organizacion de su vista. Por supuesto que esa construccion óptica y esa superioridad de vista son naturales en esos mundos y de ningun modo sobrenaturales. Reflexionad un poco en los insectos que tienen el privilegio de encoger y de alargar sus ojos como los tubos de un antejo de larga vista, de engrosar y de aplastar su cristalino para hacer de él un lente de diferentes grados, y tambien de concentrar en el mismo foco una multitud de ojos como otros tantos microscopios para distinguir lo infinitamente pequeño, y podreis admitir mas fácilmente la facultad de esos seres ultra-terrestres.

QUÆRENS. — Sin poder figurármela, puesto que no está al alcance de mi experiencia, concibo esa posibilidad. Con que es decir que podiais ver la Tierra, y hasta distinguir desde allá arriba las ciudades y las aldeas de este mundo?

LUMEN. — Dejádme proseguir. Llegaba pues hasta el círculo que mencioné ántes, cuya anchura es suficiente para que doscientas tierras como la vuestra puedan girar de frente, y me encontraba sobre una montaña coronada de palacios vegetales; al ménos que parecía que esos castillos encantados brotaban naturalmente y que no eran sino el resultado de una sencilla disposición de ramas y de flores. Era una ciudad bastante poblada. En la cima de esa montaña habia un grupo de ancianos en número de veinticinco ó treinta, que miraban con la mas obstinada é inquieta curiosidad una hermosa estrella de la constelacion austral en los confines de la Via lactea. No hicieron caso de mi llegada, hasta tal punto su múltiple atencion estaba exclusivamente aplicada al exámen de esa estrella.

Por mi parte no quedé poco sorprendido al oírles hablar de la Tierra, sí, de la Tierra, en ese idioma universal al espíritu que todos los seres comprenden, desde el serafin hasta los árboles

de los bosques; y no hablaban solamente de la Tierra, sino tambien de la Francia. « ¿Por qué esas continuas matanzas? decian entre sí. ¿Han organizado por ventura una ley de muerte, esos seres sedientos de sangre humana, y qué significan esos cadalsos levantados cada mañana, en que vienen á caer sucesivamente las cabezas de los hombres y de las mujeres, de los niños y de los ancianos? La guerra civil acabará por decimar ese pueblo hasta el último de sus defensores, y á lavar con rios de sangre las calles de esa capital ántes tan risueña y elegante? »

No comprendia nada de ese lenguaje, yo que llegaba de la Tierra con una velocidad rápida como el pensamiento, y que, ayer todavía, habia respirado en el seno de una capital tranquila y pacífica. Me aproximé á su grupo y fijé como ellos mi mirada en la hermosa estrella; pocos momentos despues, escuchando su conversacion y buscando con avidez á distinguir las cosas extraordinarias de que hablaban, ví á la izquierda de la estrella una esfera azul pálido: era la Tierra. No ignorais, amigo mio, que á pesar de la aparente paradoja, la Tierra es verdaderamente un astro del cielo, como os lo recordaba hace un instante. De léjos, desde una de las estrellas vecinas de

vuestro sistema, ese sistema aparece á la vista espiritual de que hablaba, como una familia de astros, compuesta de ocho mundos principales apiñados al rededor del sol convertido en estrella. Júpiter y Saturno llaman particularmente la atención á causa de su magnitud; distingúense luego Urano y Neptuno, despues, muy cerca del Sol-estrella, Marte y la Tierra. Vénus es muy difícil de reconocer, y Mercurio permanece invisible por estar demasiado próximo del Sol. Tal es el sistema planetario en el cielo.

Fijé exclusivamente la atención en la pequeña esfera terrestre, á cuyo lado reconocí la Luna. No tardé en reconocer las blancas nieves del polo boreal, el triángulo amarillo del África, los contornos del océano, y como mi atención estaba fija únicamente en nuestro planeta, el Sol-estrella se eclipsó de mi visión. Luego, sucesivamente y poco á poco, llegué á distinguir en la esfera, en medio de las regiones azuladas, una especie de recortadura negra y continuando mi investigación, descubrí una ciudad en el seno de esa recortadura. No tuve dificultad en reconocer que ese recorte continental era la Francia y que la ciudad era Paris. La primera señal por la que reconocí la capital fué la cinta plateada del Sena,

que describe con coqueteria tantas circonvoluciones tortuosas al oeste de la gran ciudad. Reconoci igualmente la isla de la *Cité*. La nave y las torres de Nuestra Señora formaban como una cruz latina en la punta oriental de la *Cité*; los bulevares extendían su cintura al norte; al sur reconocí el jardín del Luxemburgo y el Observatorio. La cúpula del Panteon cubria como un punto gris la montaña de santa Genoveva; al oeste la gran avenida de los Campos Eliseos dibujaba su línea derecha; mas léjos se veían el bosque de Bolonia, los alrededores de Saint-Cloud, los bosques de Meudon, Sevres, Ville d'Avray y Montretout. La escena estaba alumbrada por un sol espléndido; pero, extraño espectáculo, las colinas se hallaban cubiertas de nieve, como en el mes de enero, siendo así que habia dejado los árboles en octubre cubiertos de verde. Pronto tuve la certeza de que era efectivamente Paris la ciudad que habia podido distinguir á lo léjos, pero como no me era posible comprender bien las exclamaciones de mis vecinos, hice todo género de esfuerzos con el objeto de ver todavía mejor los detalles.

Mi vista se fijó con preferencia en el Observatorio; aquel era mi barrio favorito, que apenas

habia abandonado algunos meses desde hacia mas de cuarenta años. Juzgad por lo tanto cuál sería mi sorpresa, cuando familiarizada mi vista con aquel cuadro, me apercibí de que no existia ya ninguna avenida entre el Luxemburgo y el Observatorio, y que aquella magnífica calle cubierta de castaños se habia transformado en pequeños jardines. El boulevard Saint-Michel y la calle de Médicis habian desaparecido; era un amalgama de calles pequeñas y tortuosas, y me pareció reconocer la antigua calle del Este, la plaza Saint-Michel, en donde existió una fuente que surtia de agua á los habitantes del faubourg, y una série de callejuelas que habia visto antiguamente. El Observatorio estaba despojado de sus cúpulas; las dos alas laterales habian igualmente desaparecido. Poco á poco, continuando mi investigacion, ví que en detalle Paris habia cambiado completamente. El Arco de triunfo de la Estrella no existia, y tampoco una sola de las magníficas avenidas que desembocan en aquel sitio. Tampoco el boulevard Sebastopol, ni la estacion del Este, ni las demás estaciones, ni una sola linea de caminos de hierro existia ya. La torre Saint-Jacques estaba rodeada de casas viejissimas, y la columna de la Victoria se habia acercado á ella.

La columna de la Bastilla estaba igualmente ausente, pues hubiera fácilmente reconocido el genio por el reflejo del sol. La columna Vendôme me pareció que estaba reemplazada por una estatua equestre. La calle de Castiglione era un antiguo convento; la de Rivoli habia desaparecido; el Louvre no estaba terminado; entre el patio de Francisco I y las Tullerías se veian escombros amontonados con varios pingajos colgando de las bohardillas. En la plaza de la Concordia no habia ningun obelisco, pero sí un gentio bullicioso que no pude distinguir al principio; la Magdalena y la calle Real no se podian percibir tampoco. Habia una pequeña isla detrás de la isla Saint-Louis. Los bulevares exteriores no eran ni mas ni ménos que el antiguo paseo de la ronda, encerrado por las fortificaciones. En una palabra, aunque reconocí la capital de Francia por los edificios que existian aun y por algunos barrios que apenas habian cambiado, no sabia que pensar de una metamorfosis tan maravillosa que, de la noche á la mañana, habia cambiado radicalmente el aspecto de la antigua ciudad.

Me vino primeramente la idea que en lugar de poner muy poco tiempo para llegar desde la Tierra, habia estado sin duda muchos años, y tal

vez hasta muchos siglos, en camino. Como la noción del tiempo es esencialmente relativa y como la medida de la duración no tiene nada de real ni de absoluto, una vez separado del globo terrestre, había perdido por lo mismo toda medida fija, y se me ocurría que los años y hasta los siglos habrían podido pasar delante de mí sin que me apercibiese de ello, pues era tan vivo el interés que había tenido por ese viaje, que no se me había hecho largo el tiempo, — expresión vulgar que denota la *relatividad* de esa sensación en nuestra alma. No teniendo ningún medio para asegurarme del hecho, habría acabado sin duda por creer que varios siglos me separaban ya de la vida terrestre, y que tenía delante el París del siglo veinte ó veintiuno, si no hubiese profundizado más el cuadro que se ofrecía á mi vista.

En efecto, me identificaba sucesivamente con el aspecto de la ciudad, y llegaba por gradación á encontrar los sitios, las calles y los edificios que había conocido en mi tierna edad. El Hôtel de Ville se me apareció lujosamente empavesado, y el palacio de las Tullerías me presentaba su cúpula central. Un pequeño detalle contribuyó más que nada á que acabase de reconocer la gran ciudad,

y fué la vista de un pabellon, situado en medio del jardín de un antiguo convento de la calle Saint-Jacques, cuyo recuerdo me hizo estremecer. Allí fué donde conocí á la mujer que desde mi adolescencia, me quiso con un amor tan profundo; mi querida Eivlys, tan tierna y amorosa, que abandonó todo para unir su suerte á la mía. Si, ví la pequeña cúpula de la azotea, delante de la cual nos gustaba tanto estar en contemplación por las noches, estudiando las constelaciones. Con que alegría volví á ver esos paseos que habíamos recorrido juntos del brazo, esas avenidas cubiertas de árboles, en las que nos ocultábamos á las miradas indiscretas del mundo celoso. Miraba yo ese pabellon, que en nada había cambiado, y comprendereis que su vista fué lo suficiente para completar mis indicaciones y para convencerme completamente de que lejos de tener delante, como era tan natural que lo creyese, el París de *después de mi muerte*, tenía el París que había *desaparecido!* el antiguo París de principios del siglo ó de fines del siglo último.

Á pesar de esto, comprendereis fácilmente, que sin embargo de la evidencia, no podía creer lo que veían mis ojos. Me parecía más fácil admitir que París estaba tan cambiado, que había

sufrido tales transformaciones desde mi marcha de la Tierra (intervalo cuya duracion me era completamente desconocida), que tenia delante la ciudad del porvenir, si puedo expresar por medio de esta figura un hecho que hubiera estado presente para mi. Continuaba, pues, observando con atencion para cerciorarme por completo de si era realmente el *antiguo* Paris, en parte demolido hoy, que tenia delante, ó si, por un fenómeno no ménos increíble, era otro Paris, otra Francia, otra tierra.

## II

QUERENS. — ¡Qué situacion tan extraordinaria para vuestro espíritu analizador, oh Lumen! ¿Por qué medio os fué posible llegar á reconocer la realidad?

LUMEN. — Los ancianos que estaban en la montaña continuaron conversando, mientras yo iba haciendo las anteriores reflexiones. De pronto, oi al que parecia tener mas edad, y cuyo aspecto venerable inspiraban á la vez admiracion y respeto, exclamar con voz triste y retumbante :

« ¡De rodillas! hermanos míos, pidamos indulgencia al Dios universal. Esta tierra, esta nacion, esta ciudad ha cometido un gran crimen : acaba de rodar la cabeza de un rey inocente! »

Sus compañeros le comprendieron sin duda, pues se arrodillaron en la montaña y postraron sus encanecidas cabezas contra el suelo.

sufrido tales transformaciones desde mi marcha de la Tierra (intervalo cuya duracion me era completamente desconocida), que tenia delante la ciudad del porvenir, si puedo expresar por medio de esta figura un hecho que hubiera estado presente para mi. Continuaba, pues, observando con atencion para cerciorarme por completo de si era realmente el *antiguo* Paris, en parte demolido hoy, que tenia delante, ó si, por un fenómeno no ménos increíble, era otro Paris, otra Francia, otra tierra.

## II

QUERENS. — ¡Qué situacion tan extraordinaria para vuestro espíritu analizador, oh Lumen! ¿Por qué medio os fué posible llegar á reconocer la realidad?

LUMEN. — Los ancianos que estaban en la montaña continuaron conversando, mientras yo iba haciendo las anteriores reflexiones. De pronto, oí al que parecía tener mas edad, y cuyo aspecto venerable inspiraban á la vez admiracion y respeto, exclamar con voz triste y retumbante :

« ¡De rodillas! hermanos míos, pidamos indulgencia al Dios universal. Esta tierra, esta nacion, esta ciudad ha cometido un gran crimen : acaba de rodar la cabeza de un rey inocente! »

Sus compañeros le comprendieron sin duda, pues se arrodillaron en la montaña y postraron sus encanecidas cabezas contra el suelo.

Yo que no habia conseguido aun distinguir á los hombres en medio de las calles y de las plazas públicas, y que no habia prestado atencion á las observaciones de aquellos ancianos, permanecí de pié, prosiguiendo atentamente mi exámen.

« Forastero, me dijo el anciano, ¿vituperais la accion unánime de vuestros hermanos, puesto que no unís vuestra oracion á las de ellos?

— Senador, le contesté, mal puedo vituperar ni aprobar lo que no comprendo. Llegado á esta montaña desde hace poco, desconozco el motivo de vuestra religiosa imprecacion.

Entonces me acerqué al mas anciano de entre ellos, y mientras sus compañeros seguian conversando, le rogué que me refiriese sus observaciones.

Me dijo que por la intuicion de que se hallan dotados los espíritus del grado de los que habitan este mundo y tambien por la facultad íntima de *apercepcion*<sup>1</sup> que han recibido todos ellos por

<sup>1</sup> Este vocablo, usado con frecuencia por el autor, y que pertenece á la metafísica, no tiene equivalente en castellano; significa conciencia, sentimiento interior, conocimiento íntimo de la propia conciencia. Por lo tanto el traductor lo ha dejado en francés, como tantos otros vocablos que encontrará el lector mas adelante. (N. del T.)

partes iguales, poseen una especie de relacion magnética con las estrellas cercanas. Estas estrellas son en número de doce ó quince y son las mas inmediatas, por lo cual desde esta region la apercepcion es algo confusa. Nuestro sol es una de esas estrellas vecinas. Conocen, pues, vagamente, aunque de un modo perceptible, el estado de las humanidades que habitan los planetas dependientes de este sol, y su grado relativo de elevacion intelectual ó moral.

Además, cuando una gran perturbacion agita á una de esas humanidades, sea en el orden físico, sea en el orden moral, experimentan una especie de conmocion íntima, del mismo modo que se vé una cuerda vibrante hacer entrar en vibracion otra cuerda situada á cierta distancia.

Desde hace un año (el año de ese mundo equivale á diez de los nuestros) se habian sentido arrastrados por una emocion particular hácia el planeta terrestre, y los observadores habian seguido con interés y cierta inquietud la marcha de este mundo. Habian asistido al final de un reinado, á la aurora de una libertad resplandeciente, á la conquista de los derechos del hombre, á la afirmacion de los grandes principios de la dignidad humana. Despues habian visto

extinguirse esas luces de la inteligencia, las pasiones populares entregarse á deplorables excesos, cubrirse el cielo de nubes y anunciarse la tormenta por señales positivas. Comprendí que se trataba de la gran revolucion de 1789, y de la caída del antiguo mundo político. De algun tiempo á esta parte principalmente habian prestado una dolorosa atencion á los acontecimientos del Terror y á la tiranía *des buveurs de sang*. Temian por los dias de la tierra y dudaban ya del progreso de esta humanidad emancipada.

Algunos sin embargo habian manifestado la esperanza de que un hombre superior vendria á poner un freno á la anarquía, combatiendo un instante la libertad, dominando el mundo por la fuerza, dejando luego á la libertad empuñar de nuevo las riendas del carro triunfal.

Me guardé bien de poner en conocimiento del senador que acababa de llegar de la Tierra, y que la habia habitado durante setenta y dos años. Ignoro si tuvo alguna intuicion; pero me hallaba yo tan singularmente sorprendido con aquella vision, que mi espíritu estaba fijo en ella y no pensaba mas en mi persona. Mi vista se habia asimilado por fin al espectáculo que tra-

taba de observar, y distinguía en medio de la plaza de la Concordia un cadalso rodeado de un formidable aparato de guerra. Un carro conducido por un hombre vestido de encarnado se llevaba los restos mortales de Luis XVI; algunas nobles cabezas acababan de ser cortadas, y los cuerpos todavía palpitantes, encerrados en inmundas carretas, los dirigian hácia el faubourg Saint-Honoré. Una muchedumbre ébria alzaba los puños desafiando al cielo. Veíanse hácia los Campos Eliseos infinidad de fosos en los que caían los peones; los árboles irregulares estaban sin hojas, y aquello era mas bien un luto que una muerte; algunos *sans-culottes*, subidos en lo alto de los árboles, agitaban sus gorros, y en las calles lejanas apenas si se veía alguno que otro transeunte pisar esos parajes solitarios.

No habia yo presenciado el advenimiento del 93, puesto que este año era el de mi nacimiento, y experimentaba un indecible interés en encontrarme testigo de esa escena, descrita tantas veces por los historiadores; pero por grande que fuese ese interés, comprendereis fácilmente que se hallaba dominado por un sentimiento mas poderoso todavía: *el de saber que me encontraba á fines del año de 1864, presenciando un acon-*

*tecimiento verificado á fines del siglo pasado.*

QUÆRENS. — Efectivamente, me parece que ese sentimiento de imposibilidad debió atemperar singularmente vuestra contemplacion, pues al fin y al cabo una vision que sabemos es ilusoria, y cuya realidad no podemos admitir, ni aun viéndola.

LUMEN. — Si, amigo mio, imposible; comprendereis, por lo tanto cuál era mi situacion al ver con mis propios ojos realizada esa paradoja. Una expresion popular dice que algunas veces no puede uno creer lo que ven sus ojos; esto es lo que me sucedia á mi: imposible negar lo que estaba viendo é imposible admitirlo.

QUÆRENS. — ¿Pero no sería eso una concepcion de vuestro espíritu, una creacion de vuestra imaginacion, una reminiscencia de vuestro recuerdo? Teneis por cierto que era una realidad y no un reflejo de la memoria?

LUMEN. — Fué la primera idea que me asaltó; pero era para mí tan evidente que tenia delante de mí el París del 93 y que presenciaba el acontecimiento del 21 de enero, que no pude dudar largo tiempo; y además esa explicacion era imposible por el hecho de que los ancianos de la montaña me habian precedido en esa observacion,

que ellos veian, analizaban y se comunicaban la accion presente, sin conocer en manera alguna la historia de la Tierra, ni saber que yo conocia esta historia. Teniamos además delante *un hecho presente*, y no un hecho pasado.

QUÆRENS. — Pero entonces, si el pasado puede fundirse de ese modo en el presente, si la realidad y la vision se confunden de tal suerte, si personajes muertos desde hace tiempo pueden todavía ser vistos; si las nuevas construcciones y las metamorfosis de una ciudad como París pueden desaparecer, dejando ver en su lugar la ciudad de otros tiempos, ¿con cuál certeza podemos contar en lo sucesivo? ¿De qué sirve entonces la ciencia de la observacion? ¿de qué sirven las deducciones y las teorías? ¿sobre qué se fundan nuestros conocimientos que nos parecen mas sólidos? y si estas cosas son verdaderas, no debemos en lo sucesivo dudar de todo ó creer en todo?

LUMEN. — Estas consideraciones y otras muchas, amigo mio, me han absorbido y atormentado, pero no han impedido que observase la realidad. Cuando tuve la certeza de que nos hallábamos en el año 1793, pensé en seguida que la ciencia misma, en lugar de combatir esta realidad (puesto que dos verdades no pueden ser opuestas la una á la otra)

debía darme la explicacion. Interrogué pues la física, y aguardé su respuesta.

QUERENS. — ¿Es posible? Sería una realidad el hecho?

LUMEN. — No salamente real, sino comprensible y demostrable. Vais á tener la explicacion astronómica.

Examiné primeramente la posicion de la Tierra en la constelacion de El Altar, de que ya os he hablado. Al orientarme relativamente á la estrella polar y al zodiaco, observé que las constelaciones no eran muy diferentes de las que se ven desde la Tierra, y que fuera de algunas estrellas particulares, su posicion era sensiblemente la misma. Orion reinaba aun en el ecuador terrestre; la Osa mayor, parada en su curso circular, se inclinaba hácia el norte. Transportándome á las coordenadas de los movimientos aparentes, suspensos en lo sucesivo, determiné entonces que el punto en que veia el grupo del Sol, de la Tierra y de los planetas, debia señalar la décima séptima hora de ascension recta, esto es,  $256^\circ$ , poco mas ó ménos. (No tenía ningun instrumento que me diese una medida exacta.) Observé en segundo lugar que se encontraba hácia el  $44^\circ$  de distan-

cia del polo sur. Estas investigaciones tenian por objeto darme á conocer la estrella en la cual me encontrabá, y me hicieron llegar á esta deduccion: que debia encontrarme en un astro situado hácia el  $76^\circ$  de ascension recta y hácia el  $46^\circ$  de declinacion boreal. Sabia por otro lado por las palabras del anciano, que el astro en que nos encontrábamos no se hallaba muy distante de nuestro sol, puesto que este contaba entre los astros vecinos. Con ayuda de estos datos, pude recordar fácilmente que estrella podia ser: era la estrella *alpha* del Cochero, llamada tambien *Capella* ó *la Cabra*. No habia la menor duda sobre este punto.

Así es que estaba entonces ciertamente en un mundo que dependia del sistema de esa estrella. Desde allí, efectivamente, el Sol produce el efecto de una simple estrella, que, á consecuencia del viaje, ha ido á colocarse en perspectiva delante y en la constelacion de El Altar, situada justo al lado opuesto de la del Cochero para un habitante de la Tierra.

Desde entónces traté de recordar cual era la paralaje de aquella estrella. Me acordé en seguida que un astrónomo ruso, amigo mio, habia calculado, y que habiéndose confirmado su cálculo, esta paralaje era de  $0'' 046$ . — Avanzaba rápida-

mente hácia la solución del misterio y mi corazón latía de placer.

Todo geómetra sabe que la paraleja indica matemáticamente la distancia en unidades de la medida empleada. Iba, pues, á recordar exactamente la distancia, que separa á aquella estrella de la tierra y hasta á calcularla, si era preciso, bastando para esto averiguar que número correspondía á  $0'' 046^1$ .

Expresado en millones de leguas este número asciende á 170,392,000. Así, pues, desde el astro en que me encontraba, había, para ir á la Tierra, una distancia de 170 trillones, 392 mil millones de leguas.

Lo principal estaba hecho, y el problema quedaba en gran parte resuelto. Hé ahora el punto culminante y sobre el cual llamo muy particu-

1. Nadie ignora que cuanto mas distante se encuentra un objeto, mas pequeño nos parece. Un objeto visto solo bajo el ángulo de un segundo, dista 206,265 veces de su tamaño, cualquiera que este sea, puesto que una circunferencia con el diámetro es de 3,14159, y  $\frac{1,296,000}{3,14159 \times 2} = 206,265$  No viendo a estrella *Capella* el semidiámetro de la órbita terrestre mas que bajo un ángulo 22 veces mas pequeño, su distancia es 22 veces mas grande; siendo por consiguiente de 4,484,000 el rayo de su órbita terrestre.

larmente vuestra atención, pues en él estriba la explicación de la mas extraña de las realidades.

Ya sabéis que la luz no salva instantáneamente la distancia que hay de un punto á otro, sino sucesivamente. Ya habéis observado que arrojando una piedra en un estanque cuyas aguas están tranquilas, se forma, una infinidad de ondulaciones al rededor del punto en que ha caído la piedra. Lo mismo sucede con el sonido en el aire cuando pasa de un punto á otro, y con la luz en el espacio, que se trasmite por intervalos y por medio de ondulaciones sucesivas.

La luz de una estrella emplea por consiguiente cierto espacio de tiempo en llegar á la Tierra, y este tiempo depende naturalmente de la distancia que separa la estrella de la tierra.

El sonido recorre 340 metros por segundo. Un cañonazo es oído en el instante mismo de la detonación por los artilleros que sirven la pieza, un segundo después por los que se encuentran á 340 metros de distancia, y tres segundos después por los que están á un kilómetro; hay 12 segundos de retraso para los que se encuentran á una legua, 2 minutos para los que están á diez leguas, y tres minutos para los que, viviendo á 25 leguas

de distancia, oyen todavía ese trueno producido por los hombres.

La luz se trasmite con una velocidad todavía mayor, pero no instantánea, como se creía antiguamente. Recorre 77,000 leguas por segundo, y si pudiese girar, en otro segundo daría ocho veces la vuelta al globo. La luz emplea un segundo y cuarto para llegar desde la Luna á la Tierra; 8 minutos 13 segundos para llegar desde el Sol; 52 minutos desde Júpiter; 2 horas desde Urano y 3 desde Neptuno. Vemos, pues, los cuerpos celestes, no enteramente tales como son en el instante mismo en que los observamos, sino tales como eran en el momento en que se desprendió de ellos el rayo luminoso que nos llega. Si un volcan, por ejemplo, se pusiese en ignición en los mundos que acabo de citar, no le veríamos arrojar llamas sino 4 segundo  $\frac{1}{4}$  despues de la erupción, si se tratase de la Luna, 52 minutos despues, si fuese en Júpiter, 2 horas en Urano, y 3 horas si fuese en Neptuno.

Si nos transportamos mas allá del sistema planetario, las distancias son incomparablemente mas vastas y el retraso de la luz mucho mayor. Así es que el rayo luminoso, desprendido de la estrella mas cercana á nosotros, alpha del Cen-

táuro, emplea 3 años y 8 meses en llegar; y el que parte de Sirio necesita 44 años para atravesar el abismo que nos separa de ese sol.

Encontrándose la estrella Capella alejada de la Tierra por la distancia que ya hemos mencionado, es fácil calcular, á razon de 77,000 leguas por segundo, cuánto tiempo necesita la luz para atravesar este intervalo. El cálculo hecho arroja 71 años, 8 meses y 24 dias. El rayo luminoso que parte de Capella para venir á la Tierra, no llega á esta sino despues de una marcha no interrumpida de 71 años, 8 meses y 24 dias.

Del mismo modo el rayo luminoso que parte de la tierra para ir á la estrella, tampoco llega á esta sino en igual periodo de tiempo.

QUERENS. — ¿Si el rayo luminoso que nos viene de esa estrella emplea cerca de 72 años en llegar hasta nosotros, quiere decir que nos trae la claridad de aquel astro y tal como era, hace 72 años próximamente, en el momento de su punto de partida?

LUMEN. — Lo habeis comprendido muy bien, y eso es precisamente el hecho que importa mucho esclarecer.

QUERENS. — Así, pues, y en otros términos, el rayo luminoso es como un correo que nos trae

noticias del estado de la nacion, que le envía, y que, si tarda cerca de 72 años en llegar hasta nosotros, nos indica el estado de esa nacion en el momento de su salida, es decir, cerca de 72 años antes del momento en que nos llega.

LUMEN. — Habeis dado con el secreto, y vuestra comparacion me prueba que habeis levantado una punta del velo que le cubria. Para hablar mas exactamente aun, el rayo luminoso sería un correo que nos trajese, no noticias escritas, sino la fotografia, el *aspecto mismo* de la nacion de que procede. Vemos este aspecto, tal como era en el momento en que los rayos luminosos que cada uno de sus puntos nos envía y por los cuales se dá á conocer á nosotros en el mismo momento, repito, en que partieron esos rayos luminosos.

No hay nada mas sencillo é incontestable, así pues, cuando por medio del telescopio examinamos la superficie de un astro, no vemos esta superficie tal como es en el momento mismo en que la observamos, sino tal como era cuando la luz que nos llega fué despedida por dicha superficie.

QUERENS. — ¿De manera que si una estrella cuya luz tarda supongamos, diez años en llegar hasta nosotros, fuese súbitamente extinguida hoy,

la seguiríamos viendo aun diez años, puesto que su último rayo no nos llegaría sino de aquí á diez años?

LUMEN. — Justamente. En una palabra, los rayos de luz que las estrellas nos envían, como no nos llegan al momento, sino que emplean cierto tiempo en flanquear la distancia que nos separa de ellas, no nos muestran esas estrellas tales como son ahora, sino tales como eran en el momento en que partieron esos rayos de luz que nos transmiten su aspecto.

Hay, pues, en esto una sorprendente *transformacion del pasado en presente*. Para el astro observado, es el pasado, que ha desaparecido yá, y para el observador, es el presente, la actualidad: el pasado del astro es rigurosa y positivamente el presente del observador. Como el aspecto de los mundos cambia de un año á otro, de un dia á otro, puede uno representarse este aspecto como escapándose en el espacio y adelantándose en lo infinito para revelarse á la vista de lejanos espectadores. Cada aspecto vá seguido de otro, y así sucesivamente, siendo como una serie de ondulaciones que llevan á lo léjos el pasado de los mundos, convertido en presente para los observadores escalonados á su paso! Lo

que creemos ver actualmente en los astros ha pasado ya, y lo que acontece ahora, no lo vemos todavía.

Identifícaos, amigo mio, con esta representación de un hecho real, pues os interesa mucho figuraros bien esta marcha sucesiva de la luz, y, comprender en su verdadera naturaleza esta verdad incontestable: siéndonos traído por la luz el aspecto de los objetos, nos muestra esos mismos objetos no tales como son ahora, sino como eran anteriormente, según el intervalo de tiempo necesario para que su claridad recorra la distancia que nos separa de esos objetos.

No vemos ningún astro tal como es, sino tal como era en el momento en que partió el rayo luminoso que llega á nosotros. *No es el estado actual del cielo que está visible, sino su historia pasada.* Hay ciertos y determinados astros que no existen desde hace diez mil años, y cuyos rayos luminosos vemos todavía, por haber sido despedidos ántes de la destrucción de aquellos. Tal estrella doble, cuya naturaleza y cuyos movimientos tratáis de determinar á fuerza de esfuerzos y de fatigas, no existe ya desde que hay astrónomos en la Tierra. Si el cielo visible fuese destruido hoy, aun se le vería mañana, y el año

próximo, y durante cien años, mil años, cincuenta y cien mil años, y aun mas, con excepcion solamente de las estrellas mas cercanas, que se extinguirían sucesivamente, una vez trascurrido el tiempo que necesitan los rayos de luz que despiden estas para recorrer la distancia que os separa de ellas:  $\alpha$  del Centáuro se extinguiría la primera, á los tres años y ocho meses; Sirio á los veintidos años, etc.

Ahora os será ya fácil, amigo mio, aplicar la teoría científica á la explicacion del hecho extraño de que he sido testigo. Si desde la Tierra vemos la estrella Capella, no como es en el momento en que la miramos sino como era hace 72 años, del mismo modo, desde Capella, no se vé la tierra sino con 72 años de retraso. La luz emplea el mismo tiempo en recorrer el mismo trayecto.

QUERENS. — Maestro, he seguido atentamente vuestras explicaciones; pero decidme ¿la Tierra brilla de léjos como una estrella? ¿No es, sin embargo luminosa?

LUMEN. — La Tierra refleja en el espacio la luz que recibe del Sol. Cuanto mayor es la distancia, mas se asemeja á una estrella, pues toda la luz que despide el Sol sobre su superficie de tres mil leguas de ancho se condensa en un disco cada vez

mas pequeño. Así es que, vista desde la Luna, parece un brillante como la luna llena, y catorce veces más ancha. Vista desde el planeta Vénus, aparece tan brillante como Júpiter visto desde la Tierra, y vista desde el planeta Marte es la estrella de la mañana y de la noche, ofreciendo las mismas fases que presenta Vénus. Por lo tanto, aunque no es luminosa por sí misma, brilla de lejos como la Luna y como los planetas, por la luz que recibe del Sol, y que refleja en el espacio y así como los acontecimientos que se verifican en Neptuno experimentan un retraso de tres horas, vistos desde la Tierra, así también los de la Tierra sufren igual retraso vistos desde la órbita de Neptuno; por esto, la Tierra es vista desde Capella con 72 años de retraso.

QUERENS. — Por extrañas y nuevas que sean para mí estas revelaciones, ahora comprendo perfectamente como encontrándoos en la estrella Capella no veíais la Tierra tal cual era en Octubre de 1864, fecha de vuestro fallecimiento, sino tal como era en Enero de 1793, puesto que la luz emplea setenta y un años y ocho meses en atravesar el abismo que separa á la Tierra de esa estrella y con igual lucidez comprendo que aquello no era una vision, ni un fenómeno de memoria, ni un

hecho maravilloso y sobrenatural, sino un hecho actual, positivo, natural é incontestable; y que efectivamente lo que había sucedido en la Tierra desde hace tiempo, era entonces de actualidad para el observador colocado á esa distancia. Pero permitidme que os haga una reflexion pasajera. Para que, viniendo de la Tierra, fueseis testigo de aquel hecho, ha sido preciso que franqueaseis la distancia que media entre nuestro mundo y Capella con una velocidad todavía mayor que la de la luz?

LUMEN. — Precisamente os hablé ya de esto, cuando os dije que creia haber franqueado esa distancia con la velocidad del pensamiento, y que el mismo día de mi muerte me encontraba en el sistema de esa estrella — que tanto queria y admiraba durante mi permanencia en el globo terrestre.

QUERENS. — Ah! mi querido maestro, convenbamos en que de todos modos esa vision no deja de ser bien extraña. Verdaderamente es un fenómeno extraordinario ver así el pasado convertido en presente y verle tan solo bajo esa forma sorprendente, hallándose en la imposibilidad de ver los astros tales como son en el momento en que se los examina, sino tales como eran en una época mas ó ménos remota!

LUMEN. — El legítimo asombro que os causan mis palabras, amigo mio, no es sino el preludio, me atrevo á decirlo así, del que vais á experimentar ahora. Es indudable que á primera vista parece sumamente extraordinario que alejándose bastante en el espacio se pueda de este modo presenciar realmente los acontecimientos de las edades pasadas; pero no estriva en esto lo extraño y positivo de la singularidad que tengo que comunicaros, y que os parecerá todavía mas imaginaria, si quereis oir un poco mas adelante la relacion del dia que siguió á mi muerte.

QUÆRENS. — Os ruego que hableis, pues tengo grandes deseos de escucharos.

## III.

LUMEN. — Despues de haber apartado la vista de las sangrientas escenas de la plaza de la Revolucion, me senté atraido hácia una habitacion de estilo ya antiguo, que hacia frente á *Notre-Dame*, y situada en el lugar ocupado hoy por el átrio de la catedral. Delante de la puerta falsa habia un grupo compuesto de cinco personas recostadas en unos bancos de madera y con la cabeza descubierta á pesar del sol que hacia. No tardé en reconocer en esas personas, que al poco se levantaron y empezaron á andar por la plaza, á mi padre, mas jóven de lo que le habia conocido nunca, á mi madre, todavía mas jóven, y á uno de mis primos que murió el mismo año que mi padre, hace próximamente 40 años. Es difícil á primera vista reconocer á las personas, porque en lugar de verlas de frente, se las vé solo desde

LUMEN. — El legítimo asombro que os causan mis palabras, amigo mio, no es sino el prelude, me atrevo á decirlo así, del que vais á experimentar ahora. Es indudable que á primera vista parece sumamente extraordinario que alejándose bastante en el espacio se pueda de este modo presenciar realmente los acontecimientos de las edades pasadas; pero no estriva en esto lo extraño y positivo de la singularidad que tengo que comunicar, y que os parecerá todavía mas imaginaria, si quereis oir un poco mas adelante la relacion del dia que siguió á mi muerte.

QUÆRENS. — Os ruego que hableis, pues tengo grandes deseos de escucharos.

## III.

LUMEN. — Despues de haber apartado la vista de las sangrientas escenas de la plaza de la Revolucion, me senté atraido hácia una habitacion de estilo ya antiguo, que hacia frente á *Notre-Dame*, y situada en el lugar ocupado hoy por el átrio de la catedral. Delante de la puerta falsa habia un grupo compuesto de cinco personas recostadas en unos bancos de madera y con la cabeza descubierta á pesar del sol que hacia. No tardé en reconocer en esas personas, que al poco se levantaron y empezaron á andar por la plaza, á mi padre, mas jóven de lo que le habia conocido nunca, á mi madre, todavía mas jóven, y á uno de mis primos que murió el mismo año que mi padre, hace próximamente 40 años. Es difícil á primera vista reconocer á las personas, porque en lugar de verlas de frente, se las vé solo desde

arriba y como si fuera desde un piso superior. No quedé poco sorprendido de tal encuentro. Recordé entonces que habia oido decir en mi infancia que mis padres habitaban ántes de que yo naciera la plaza de *Notre-Dame*. Profundamente sorprendido, como podeis imaginaros, sentí que se me iba cansando la vista y que ya no podia distinguir nada, como si varias nubes se hubiesen interpuesto entre Paris y el sitio que yo ocupaba. Hubo un momento en que temí que me arrastrase un torbellino; por lo demás, como ya habreis comprendido, ya no tenia la nocion del tiempo.

Cuando al cabo de un rato pude volver á distinguir los objetos, reparé que habia una multitud de niños que jugaban en la plaza del Panteon. Eran indudablemente unos estudiantillos que salian de la escuela, pues todos ellos estaban cargados de libros, cartapacios, etc; y tenian el semblante alegre, como muchachos que regresan á sus casas gesticulando y haciendo toda clase de muecas. Dos de entre ellos me llamaron particularmente la atencion porque se me figuró que estaban sofocados por alguna disputa, y ya iban á pasar á vias de hecho cuando un tercero se interpuso para separarlos; pero recibió un puñetazo tan fuerte que le hizo rodar por el suelo...

En aquel mismo instante ví á una mujer que se apresuró á levantar el niño : era mi madre.

¡ Ah ! jamás, no, jamás, en mis setenta y dos años de existencia terrenal, entre todas las peripecias, todas las estrañezas, todos los acontecimientos imprevistos, todas las singularidades que han acompañado mi existencia ; entre todos los sucesos, todas las sorpresas y todos los azares de la vida, jamás he experimentado conmocion igual á la que se apoderó de mi, cuando en ese niño reconoci... *á mi misma persona!*

QUERENS. — ¿ Á vos mismo ?

LUMEN. — Á mi mismo ! con mis cabellos rubios y rizados como cuando tenia seis años, con mi cuello bordado por esa madre que acababa de acudir á mí, con mi blusita azul celeste y mis puños constantemente arrugados. Era yo en persona, el mismo niño cuya imagen medio borrada habeis visto en la miniatura que está encima de mi chimenea. Cuando se presentó mi madre, me cojió en sus brazos, regañó á mis condiscípulos, y me condujo á casa, situada entonces en la que hoy se llama calle de Ulm. Despues de haber atravesado por varias piezas, nos hallamos los dos en un jardin donde habia mucha gente.

QUERENS. — Maestro, permitidme que os haga

otra reflexion. Os confieso que me parece imposible que pueda uno verse de ese modo á sí mismo! No podeis ser dos personas á un mismo tiempo. Si teniais setenta y dos años, vuestra infancia habia pasado hacia ya tiempo. No podeis ver una cosa que ya no existe; al ménos no puedo comprender que siendo anciano pudieseis veros en la edad de la infancia.

LUMEN. — ¿Qué razon os impide admitir esto como habeis admitido otras singularidades que os he referido?

QUÆRENS. — Por que es imposible verse á la vez niño y anciano!

LUMEN. — No reflexionais bien, amigo mio. Habeis comprendido perfectamente el hecho general para poder admitirlo, pero no habeis observado con bastante detenimiento que este último hecho particular entra en absoluto en el primero. Admitís que el aspecto de la Tierra emplea setenta y dos años en llegar hasta mí, no es verdad? que los acontecimientos no me llegan sino en ese intervalo de tiempo despues de su actualidad?; en una palabra, que veo el mundo tal como era en aquella época. Admitís igualmente que viendo las calles de entonces veo al mismo tiempo los niños que corrian por ellas. ¿No es esto así?

QUÆRENS. -- Perfectamente.

LUMEN. — Pues bueno, puesto que veo ese grupo de niños, del cual formaba yo parte en aquella época, ¿por qué pretendéis que no me vea á mí mismo como veo á los demás?...

QUÆRENS. — Pero no formais ya parte de ese grupo.

LUMEN. — Como que ese grupo no existe ya, pero yo lo veo tal como existía en el instante en que partió el rayo luminoso que me llega hoy. Puesto que distingo á los quince ó diez y seis niños que juegan en la plaza, no hay ninguna razon para que desaparezca el niño que era yo, por ser yo el que le mira. Otros observadores le verían en compañía de sus discípulos. ¿Por qué quereis pues que haya una excepcion cuando soy yo el que observa? Yo los veo á todos, y me veo entre ellos.

QUÆRENS. — No habia comprendido bien. Es evidente en efecto que al ver un corro de niños del cual formais parte, no podeis ménos de veros á vos mismo como veis á los demás.

LUMEN. — Comprendereis por lo tanto cual sería mi sorpresa ante semejante espectáculo. Aquel niño no era otro que yo, en carne y hueso segun la expresion vulgar y significativa; era yo

á la edad de seis años. No era no un mirage, no una vision, no un espectro, no una reminiscencia, no una imágen; era la realidad misma, era positivamente mi persona, mi pensamiento y mi cuerpo. Si mis demás sentidos hubiesen tenido la perfeccion de mi vista, me parece que habria podido palparme y escucharme. Brincaba yo por aquel jardín y daba vueltas en torno del estanque, que habian rodeado con una pequeña barandilla. Algunos instantes despues mi abuelo me sentó encima de sus rodillas y me hizo leer en un libro muy voluminoso.

Renuncio á describir mis impresiones. Considerad vos mismo cuáles serian, si es que os habeis identificado bien con la realidad fisica de ese hecho, y me limito á declarar que jamás sintió mi alma sorpresa semejante.

Una reflexion dominó á todas las demás. Me decia á mí mismo : ese niño soy yo en cuerpo y alma. Crece y debe vivir aun sesenta y seis años. Es real é incontestablemente yo mismo. Y por otra parte, yo que estoy aquí, de edad de setenta y dos años terrestres, yo que pienso y que veo estas cosas, soy realmente yo, y lo mismo que yo soy este niño. *Soy por consiguiente dos personas* : una allá en la tierra, otra aquí en el espacio.

Dos personas completas y sin embargo bien distintas. Los observadores que se colocasen donde estoy podrian ver ese niño en el jardín, como yo le veo, y podrian verme igualmente aquí. Soy dos personas. Esto es incontestable. Mi alma está en ese niño : está igualmente aquí; es la misma alma, mi única alma y á pesar de esto anima esos dos seres. ¡Qué extraña realidad! Y no puedo decir que me equivoco, que me ilusiono, ni que me seduce un error óptico. Tanto por la naturaleza como por la ciencia, me veo á la vez niño y anciano, allá y aquí... allá, indiferente y alegre, aquí pensativo y triste.

QUERENS. — En verdad que es bien extraño!

LUMEN. — Y positivo. Buscar en la creacion entera á ver si encontrais una paradoja mas grande que esta.

¿Qué podria añadir ahora á mi narracion? me seguí viendo de este modo, creciendo en la gran ciudad parisiense. Me ví en 1804, entrando en el colegio y haciendo mis primeros estudios en los momentos en que el Primer Cónsul se coronaba con la dignidad imperial. Reconoci aquel semblante dominador y pensativo de Napoleon, un día en que pasaba revista en el Campo de Marte. No recuerdo haberle visto en mi vida y

estaba satisfecho al verle pasar en mi campo actual de observacion. En 1810, me seguí viendo en la promocion de la Escuela politécnica, y me pareció verme conversando en la clase con el mejor de mis condiscipulos Francisco Arago. Este jóven pertenecia ya al instituto, y sustituia á Monge en la Escuela, á causa del jesuitismo de Binet, de quien se habia quejado al emperador. Del mismo modo volví á encontrarme en los brillantes dias de mi adolescencia y de los proyectos de viaje de exploracion científica, en compañía de Arago y de Humbold, viajes que solo este se decidió á emprender. Luego, me ví mas tarde, durante los Cien Dias, atravesando rápidamente el bosquecillo del antiguo Luxemburgo, la calle del Este y la avenida del jardin de la calle de Saint-Jacques, viendo á mi prometida que venia hácia mí para recibirme bajo las lilas en flor. Dulces horas de soledad, confidencias del corazon, silencios del alma, transportes del amor, correspondencias de la noche os presentásteis ante mi vista atónita, no ya como un recuerdo lejano y misterioso, sino en vuestra absoluta actualidad!

Presencí de nuevo en los combates de los aliados en la colina de Montmartre, á su entrada

en la capital, á la caída de la estatua de la plaza Vendome, arrastrada por las calles con gritos de júbilo, al campamento de los Ingleses y de los Prusianos en los Campos Eliseos, á la destruccion del Louvre, al viaje de Gante, á la entrada de Luis XVIII. La bandera de la isla de Elba ondeaba ánte mi vista, y mas tarde, al buscar en el atlántico la isla solitaria en que se hallaba encadenada el aguila, con las alas deshechas, la rotacion del globo me hizo ver Santa Elena, en donde ví al emperador meditando al pié de un sicomoro.

Así pasaron los años que se hallan presentes ante mi vista, y siguiendo mi propia persona en mi casamiento, en mis empresas, en mis viajes, en mis estudios, etc., asistí al desarrollo de la historia contemporánea. Á la restauracion de Luis XVIII, sucedió el efimero gobierno de Carlos X. Las jornadas de julio de 1830, me mostraron sus barricadas, y no léjos del Trono del duque de Orleans, ví aparecer la columna de la Bastilla. Rápidamente pasaron aquellos diez y ocho años. Seguime viendo en el Luxemburgo, en la época en que se abria esta magnifica avenida, amenazada aun por un reciente decreto. Veía á Arago en el Observatorio y la muche-

dumbre apiñada y silenciosa que se precipitaba á las puertas del nuevo anfiteatro. Reconocí la Sorbona de Cousin y de Guizot. Despues se oprimió mi corazón al ver pasar el entierro de mi madre, mujer austera y tal vez demasiado rijida en sus juicios, pero á quien he amado tanto como sabeis. La singular y pequeña revolucion de 1848, me sorprendió tanto como la gran revolucion, Reconocí en la plaza de la Bolsa á Lamoriciere, enterrado el año pasado, y en los Campos Elyseos á Cavaignac, que murió hace cinco ó seis años. El 2 de Diciembre, me halló de observador en mi estacion celeste, como me habia hallado desde mi torre solitaria, y sucesivamente se fueron verificando acontecimientos, los unos que me habian llamado ya la atencion, y los otros que habian pasado inadvertidos para mí.

QUERENS. — ¡Decidme, esos acontecimientos se verificaron rápidamente ante vuestra vista.

LUMEN. — Me seria difícil apreciar la medida del tiempo; pero todo aquel panorama retrospectivo se sucedió ciertamente en ménos de un día... quizá en algunas horas.

QUERENS. — Entónces ya no lo entiendo. Perdonad á un antiguo amigo esta interrupcion indiscreta; pero por lo que yo me habia imagi-

nado, me parecia que no era un simulacro sino realmente los acontecimientos los que estabais viendo, solo que en virtud del tiempo necesario al trayecto de la luz, esos acontecimientos estaban en retraso con respecto al instante en que se verificaban. Hé aquí todo. Por consiguiente, si pasaron ánte vuestra vista 72 años terrenales, el mismo periodo de tiempo, y no algunas horas como decís debió transcurrir para que vieseis dichos acontecimientos. Si el año 1793, os aparecia solamente en 1864, el año 1864, no deberia por consiguiente aparecer á vuestra vista sino el 1936.

LUMEN. — Vuestra nueva objecion es sumamente lógica y me prueba que habeis comprendido perfectamente la teoria de ese hecho. Os agradezco que me la hayais formulado. Ahora os voy á explicar como no me fué necesario aguardar otros 72 años para volver á ver mi vida, y como, bajo la impulsión de una fuerza desconocida, la he vuelto efectivamente á ver en ménos de un día.

Siguiendo paso á paso mi existencia, llegaba á los últimos años notables por la completa transformacion que ha sufrido en Paris; vi á nuestros últimos amigos y á vos mismo; á mi hija y á sus preciosos niños; á mi familia y á todas mis rela-

ciones; y por último, llegó el momento en que me ví recostado sobre mi lecho de muerte y en donde asistía á la última escena.

Esto es deciros que habia vuelto á la Tierra.

Atraida por la contemplacion que la absorvia, mi alma habia pronto olvidado la montaña de los ancianos y Capella. Como suele suceder en los sueños, volaba hácia el objeto de sus miradas. No me hice cargo de ella al principio por lo mucho que cautivaba todas mis facultades tan extraña vision. Me es imposible explicaros por qué ley ni por qué oculto poder las almas pueden transportarse tan rápidamente de un lugar á otro: pero la verdad es que *habia vuelto á la Tierra*, en ménos de un día, y que penetraba en mi cuarto en el momento mismo en que me amortajaban.

Puesto que en ese viaje de regreso iba por delante de los rayos luminosos, iba estrechando la distancia que me separaba de la Tierra, la luz tenia cada vez menor espacio que recorrer y estrechaba de este modo la sucesion de los acontecimientos. Á la mitad del camino, los rayos luminosos me llegaban con un retraso solamente de 36 años, por lo cual no me mostraban ya la Tierra de hácia 72 años, sino de 36 años. Á las tres cuartas partes del camino los aspectos no tenían

mas que diez y otro años de retraso. Á la mitad del último cuarto de camino, me llegaban solamente 9 años despues de haber sucido, y así sucesivamente; de suerte que la série entera de mi existencia se hallaba condensada en ménos de un día, á consecuencia de la vuelta rápida de mi alma yendo al encuentro de los rayos luminosos.

QUERENS. — Semejante combinacion no es el ménos extraño de los fenómenos!

LUMEN. — ¿No teneis otras objeciones que hacerme.

QUERENS. — Os confieso que la última me intrigaba tanto, que no se me ocurre ninguna otra duda.

LUMEN. — Debo haceros observar que todavía hay otra objecion, astronómica, de la que me voy á ocupar al instante para disipar cualquiera duda que podais aun tener. Esta depende del movimiento de la Tierra. No solamente el movimiento diurno del globo debió haberme impedido el concebir la sucesion de los hechos, sino que siendo su movimiento sumamente acelerado por la rapidez de mi regreso hácia la tierra, y habiendo trascurido 72 años en ménos de un dia, me hice la reflexion que era sorprendente que no me aper-

cibiase de ello ; pero ya sea que siguiese yo mismo la rotacion del globo y que haya girado en el espacio manteniéndome constantemente encima de Francia, — lo que me parece imposible imaginar — sea que la repidez misma de los movimientos los hiciese imperceptibles y hubiese como aislado los objetos, ó ya sea por último que una causa por mi desconocida haya resuelto la dificultad, tuve que reconocer, porque era evidente, que habia exitido sin ningun trabajo á la sucesion rápida de los acontecimientos del siglo y de mi propia existencia.

QUERENS. — No se me habia ocultado esta dificultad, pero la habia resuelto suponiendo que habiais girado en el espacio del mismo modo que un globo se halla impelido por la rotacion de la Tierra. Verdad es que la inconcebible rapidez con que debisteis ser arrastrado es suficiente para producir el vértigo ; pero sin embargo, me limitaba á esta hipótesis reflexionando en vuestras palabras : que los espíritus recorren el espacio con la misma velocidad y ligereza que el pensamiento ; y al reflexionar que vuestra vista, así como vuestra proximidad inconsciente de la Tierra, eran debidas á la intensidad de vuestra atencion en el punto del globo en que os veiais, no es inadmisibles que

hayais permanecido constantemente encima de ese punto.

LUMEN. — Nada puedo afirmaros respecto á esto, pues no tenia conciencia de lo que me acontecia. No volví á presenciar todos los acontecimientos de mi vida, sino un corto número de los mas importantes, los cuales sucesivamente escalonados, me hicieron ver el conjunto de mi existencia, pudiendo presentarse todos bajo el mismo rayo visual. Todo lo que sé es que la indecible atencion que me encadenaba imperiosamente á la Tierra, era como una cadena que me hubiese arrastrado hácia ella, ó para servirme de otros términos como esa fuerza todavía misteriosa de la atraccion de los astros, en virtud de la cual, los mas pequeños caerian directamente sobre los mas importantes, si no estuviesen retenidos en sus órbitas por la fuerza centrifuga.

QUEENS. — Al reflexionar sobre ese efecto de la concentracion del pensamiento hácia un solo objeto y sobre la atracion real que experimenta enseguida hácia ese objeto, se me figura que ese es el resorte principal del mecanismo de los sueños.

LUMEN. — Teneis razon, amigo mio, y puedo

aseguraroslo, yo que durante largos años he hecho de los sueños el asunto especial de mis observaciones y de mis estudios. Cuando el alma, libre de las atenciones, de las preocupaciones y de las tendencias corporales, vé en sueños un objeto que le encanta y hácia el cual se siente atraída, todo desaparece en torno de ese objeto, el cual permanece solo y se convierte en el centro de un mundo de creaciones; el alma le posee enteramente y sin reserva, le contempla, se apodera de él y le hace suyo; el universo todo se borra de la memoria para dejar una dominación absoluta al objeto de la contemplación del alma, y como me sucedió en mi súbito regreso hácia la Tierra, no vé el alma mas que ese objeto, acompañado de las ideas y de las imágenes que engendra y que hace aparecer sucesivamente.

QUERENS. — Vuestro rápido viaje á Capella, así como vuestro regreso no ménos rápido á la Tierra, tenían pues por objeto esta ley psicológica, y obrásteis mas libremente aun que en sueños, porque vuestra alma no estaba ya sujeta por las trabas del organismo. Recuerdo efectivamente, que en nuestras anteriores conversaciones me hablasteis varias veces de la fuerza de la voluntad. Con que decis que habíais vuelto á vuestro lecho de muerte,

antes que vuestros restos mortales fuesen amortajados.

LUMEN. — Si, habia vuelto á él, y bendecía la honda pena de mi familia, calmaba el dolor sincero de vuestra buena amistad, me esforzaba en inspirar á mis hijos la certera de que aquella envoltura corporal ya no era yo, y que habitaba la esfera de los espíritus, el espacio celeste, infinito é inexplorado.

Asistia yo á mi entierro y reparaba en los que llamándose amigos míos, á causa de una ocupación de escasa importancia, no se tomaron la molestia de acompañar mis restos á su última morada.

Escuché las conversaciones de los que seguian mi féretro, y aunque en esa region de paz no nos mostremos ya ávidos de alabanzas, me sentí dichoso, sin embargo, al reconocer que en todos los concurrentes quedaba un buen recuerdo de mi tránsito sobre la Tierra.

Quando la losa sepulcral separó la tierra de los muertos de la tierra de los vivos, dí un último adios á mi pobre cuerpo adormecido, y como se ocultase el Sol en su lecho de púrpura con franjas de oro, permaneci en la atmósfera hasta la caída de la tarde, sumerjido en la admiración de los magníficos espectáculos que se desarrollan en las regio-

nes aéreas. La aurora boreal desplegaba sobre su polo su cinta plateada, lluvia de estrellas caía desde Casiopea, y el creciente se inclinaba hacia el oeste como la popa de un buque. Vi á Capella centellante que me miraba fijamente, y distinguí las coronas que la rodeaban, principes celestes de una divinidad. En aquel momento olvidé de nuevo la Tierra, la Luna, el sistema planetario, el Sol y los cometas, para entregarme por completo á la seducción de la encantadora mirada de Capella, sintiéndome arrasado hacia ella por la acción de mi deseo con una rapidez mayor que la de las flechas eléctricas. Después de algun tiempo cuya duración me sería difícil calcular, llegué al mismo círculo y á la misma montaña en que había estado la vispera y vi á los ancianos ocupados en seguir la historia de la Tierra con 74 años y 8 meses de retraso. Presenciaban los acontecimientos de la ciudad de Lyon el 23 de enero de 1793.

¿Quereis que os diga cuál era la causa misteriosa de la atracción de Capella para mí? ¡Oh maravilla! hay en la creación lazos invisibles que no se rompen como los lazos mortales; hay correspondencias íntimas que permanecen entre las almas á pesar de las separaciones de las distancias. En la noche de aquel segundo día, cuando la luna

se engastaba en el tercer círculo de oro (tal es la medida sideral del tiempo) me sorprendí á mi mismo paseando por una avenida solitaria cubierta de flores y perfumes. Caminaba pensativo hacia unos instantes, cuando ví que se dirigía hacia mí... mi hermosa y amada Eivlys. Tenia la edad madura de su muerte, y á pesar de su nuevo aspecto, se reconocían en ella los rasgos característicos de la expansión y de la bondad, que una vida toda de sentimiento había impreso sobre su frente y fijado en su mirada. No me detendré en describiros la alegría que produjo nuestro encuentro. No es este momento oportuno, y tal vez algun día nos será dado discurrir largamente acerca de los afectos ultra-terrestres que suceden á los nuestros. Quiero solamente unir aquel encuentro al asunto de esta tesis, añadiendo que no tardamos en buscar juntos en el cielo la Tierra, nuestra patria adoptiva, en la que habíamos pasado tantos días de paz y de felicidad. Mucho nos gustaba en efecto volver nuestras miradas hacia aquel punto luminoso, en donde nuestra actual condición nos permitía distinguir un mundo; nos complacíamos en enlazar el pasado de nuestros recuerdos con el presente que nos llegaba en alas de la luz; y en el éxtasis

en que nos sumergía aquella singularidad tan nueva para nosotros, buscábamos ardientemente que los acontecimientos de nuestra juventud se nos apareciesen de nuevo. Así es como volvimos á ver actualmente los años queridos de nuestros primeros amores, el pabellon del convento, el florido jardín; los paseos de los alrededores de París, y nuestras escursiones solitarias en las mañanas de primavera. Para volver á encontrar aquellos años nos bastaba avanzar juntos en el espacio, en la direccion de la Tierra, hasta las regiones en que aquellos sitios, reflejados por la luz, se hallaban fotografiados.

Os he revelado, amigo, mio, la extraña observacion que os tenia prometida. Hé aquí que se anuncia la aurora, y la estrella de Lucifer palidece ya ante el alba sonrosada. Torno á las constelaciones...

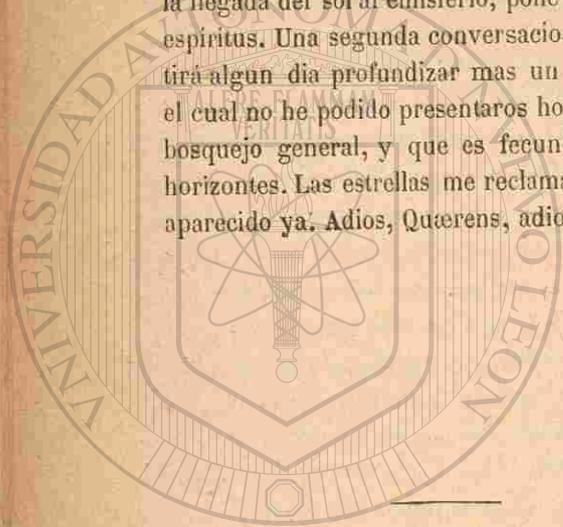
QUÆRENS. — Una palabra mas, oh Lumen, ántes de terminar esta conversacion. Puesto que los aspectos terrestres no se transmiten sino sucesivamente en el espacio, deberia haber por lo tanto un presente perpetuo para los observadores escalonados en ese espacio, hasta un límite circunscrito solo por el poder de la vista espiritual.

LUMEN. — Si, amigo mio. Coloquemos, por

ejemplo, á un primer observador á la distancia de la Luna : percibirá los hechos terrestres un segundo y medio despues de que hayan acontecido. Coloquemos á un segundo observador á doble distancia : los hechos tendrian para él un retraso de tres segundos. Un tercer observador los verá cerca de 6 segundos despues de haberse verificado aquellos, y á una distancia doble del anterior, un cuarto observador los verá con un retraso de 11 segundos, y asi sucesivamente. Á la distancia del Sol hay ya ocho minutos y trece segundos de retraso; en ciertos planetas hay dias enteros, y aun mas léjos, meses y hasta años. En Alpha del Centauro, no se vén las cosas terrestres sino tres años y ocho meses despues que dejan de existir. Hay estrellas tan distantes, que la luz no les llega sinó despues de varios siglos, y hasta de varios miles de años... Existen nebulosidades en donde no llega la luz sino despues de un viaje de varios millones de años...

QUÆRENS. — De suerte que para presenciar un acontecimiento histórico ó geológico de los tiempos pasados, les bastaria á esos observadores de vista privilegiada alejarse suficientemente. ¿No se podria del mismo modo volver á ver el diluvio, el Paraiso terrenal, Adan y...?

LUMEN. — Ya os he dicho, mi buen amigo, que la llegada del sol al emisferio, pone en fuga á los espíritus. Una segunda conversacion nos permitirá algun dia profundizar mas un asunto sobre el cual no he podido presentaros hoy mas que un bosquejo general, y que es fecundo en nuevos horizontes. Las estrellas me reclaman y han desaparecido ya. Adios, Quærens, adios.

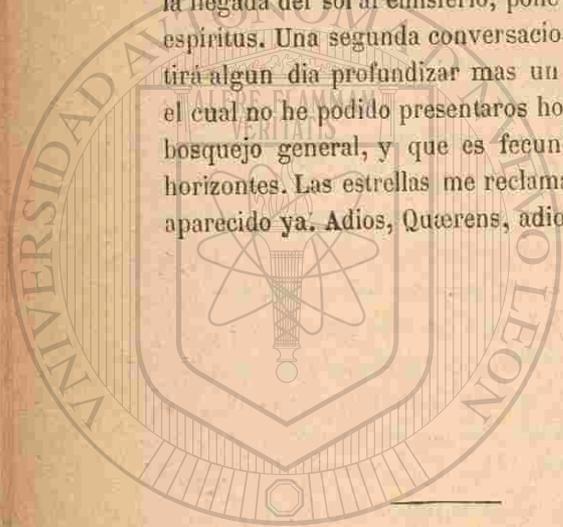


NARRACION SEGUNDA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

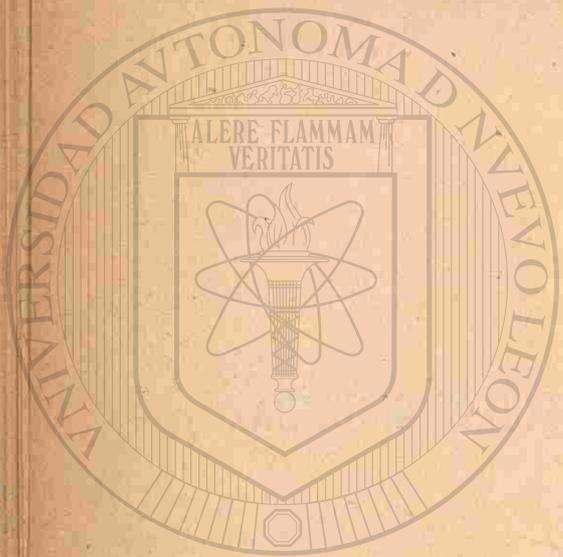
LUMEN. — Ya os he dicho, mi buen amigo, que la llegada del sol al emisferio, pone en fuga á los espíritus. Una segunda conversacion nos permitirá algun dia profundizar mas un asunto sobre el cual no he podido presentaros hoy mas que un bosquejo general, y que es fecundo en nuevos horizontes. Las estrellas me reclaman y han desaparecido ya. Adios, Quærens, adios.



NARRACION SEGUNDA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## NARRACION SEGUNDA

REFLUMEN TEMPORIS 1

---

### I

QUERENS. — Mucho tiempo ha ¡oh Lumen! que las revoluciones interrumpidas por la aurora, han dejado á mi alma ansiosa de penetrar mas y mas el singular misterio. Así como el niño, á quien han enseñado una sabrosa fruta, desea clavar en ella sus dientes engolosinados y pide que le den mas cuando la ha probado, así tambien mi curiosidad busca nuevos deleites en las paradojas de la naturaleza. ¿Será temeraria indiscrecion someteros algunas cuestiones complementarias que me han comunicado mis amigos desde que

Escrita en 1867.

les he hecho partícipes de nuestra conversacion. ¿podré pedirlos que continúeis la narracion de nuestras impresiones de ultra tierra?

LUMEN. — No puedo, amigo, satisfacer semejante curiosidad. Por mas que vuestra alma esté perfectamente dispuesta á recibir bien mis palabras, estoy persuadido, sin embargo, que no todas las particularidades del asunto de que trato han producido en vos la misma sensacion, ni tienen todas, á vuestros ojos, la evidencia de la verdad. Se ha acusado á mi narracion de ser mística y no se ha acabado de comprender que ni es una novela ni una fantasia, sinó una verdad científica, un hecho físico demostrable y demostrado, indiscutible, y tan positivo como la caída de un aerólito ó el movimiento de una bala de cañon. La razon que os ha impedido, á vos y á vuestros amigos, de comprender bien la realidad del hecho, es la siguiente: que ese hecho acontezca fuera de la Tierra, en una region extraña á la esfera de vuestras impresiones é inaccesible á vuestros sentidos terrestres. Es natural que no lo entendais. (Perdonad mi franqueza, pero en el mundo espiritual se ha de ser franco y hasta los pensamientos son visibles). Solo podeis entender lo que pertenece al mundo de vuestras impresiones, y como

estais dispuestos á creer *absolutas* vuestras ideas sobre el tiempo y el espacio, á pesar de que no son mas que relativas, teneis cerrado el entendimiento á las verdades que residen fuera de vuestra esfera y que no están en correspondencia con vuestras facultades orgánicas terrestres. Así pues, amigo mio, continuar la narracion de mis observaciones extra-terrestres, no seria haceros un verdadero favor.

QÆRENS. — Creed, ¡oh Lumen! que no es por un espíritu de mera curiosidad, que me tomo la libertad de evocaros desde el seno del mundo invisible, donde las almas superiores deben disfrutar de inenarrables goces; pero he comprendido, mejor de lo que os figurais, la grandiosidad del problema, y bajo la inspiracion de una estudiosa avidéz, busco aspectos mas nuevos todavía que los precedentes, si es posible, es decir, mas atrevidos y mas incomprendibles aun. Á fuerza de reflexionar he llegado á creer que no es nada lo que sabemos, y lo que no sabemos es todo. Me hallo, pues, dispuesto á acogerlo todo y os suplico que me deis participar de vuestras impresiones...

LUMEN. — Os aseguro, amigo mio, que no estais dispuesto á entenderlas, ó que lo estais

demasiado. En el primer caso, no las comprendereis; en el segundo, sereis muy crédulo y no apreciareis su valor.

Así pues vuelvo...

QUERENS. — ¡Querido compañero de mis días terrestres!...

LUMEN. — Además, los hechos de que tendría que hablaros ahora son aun mas extraordinarios que los precedentes.

QUERENS. — Soy como Tántalo en medio de su lago, como los espíritus del vigésimo cuarto canto del Purgatorio, como los brazos tendidos hácia las olorosas manzanas de las Hespérides, como el deseo de Eva...

LUMEN. — Algun tiempo despues de mi marcha de la Tierra, los ojos de mi alma se volvian melancólicamente hácia esa patria, cuando un atento exámen acerca de la intercesion del 45° de latitud boreal y del 35° de longitud, me mostró un triángulo de tierra firme pardusca encima del mar Negro, en cuya orilla, por el lado del Oeste, un gran número de mis pobres hermanos terrestres se estaban matando con encarnizamiento. Me puse á reflexionar sobre la barbarie de esa institucion pseudo-gloriosa de la guerra, que pesa aun sobre vosotros, y reconocí que en

ese rincon de la Crimea sucumbian 800,000 hombres que ignoraban la causa de su mutuo degüello. Unas nubes pasaron por Europa.

Me hallaba entónces, no sobre Capella, sino en el espacio, entre esa estrella y la Tierra, poco mas ó ménos á la mitad de la distancia de Vega, habiendo ya algun tiempo que habia partido de la Tierra, me dirigí hácia una pequeña nebulosa que se distingue de la Tierra á la izquierda del astro precedente. Mis ideas, sin embargo, se volvian de cuando en cuando hácia la Tierra. Unos momentos despues de la observacion precedente, habiendo vuelto mis ojos á Paris, se quedaron pasmados al verle presa de una insurreccion popular; y fijando mas la atencion, vi barricadas en los boulevares, cerca de la Casa de la Ciudad, en las calles largas y los ciudadanos se tíroteaban mutuamente. La primera idea que me vino, fué que se estaba llevando á cabo una nueva revolucion y que Napoleon III era arrojado de su trono; pero por una correspondencia secreta de las almas, llamó mis miradas una barricada del arrabal de San Antonio, sobre la cual vi tendido el cadáver del Arzobispo Dionisio Augusto Afre á quien conocí muy poco. Sus ojos apagados miraban, sin

verle, el cielo donde yo estaba y sus manos tenían agarrada una rama verde. Tenía, pues, ante la vista, las jornadas de Junio de 1848 y en particular la del 25. — Pasaron algunos instantes, acaso algunas horas, durante las cuales mi imaginación y mi razón buscaban alternativamente la explicación de este hecho particular: Ver á 1848 *después* de 1834, cuando atraída de nuevo mi vista hacia la Tierra notó una distribución de banderas tricolores en una gran plaza de la ciudad de Lyon. Procurando distinguir el personaje oficial que hacía esta distribución, reconocí sin trabajo el simpático semblante del joven duque de Orleans, y acordeme que después del advenimiento de Luis Felipe, se envió á aquel joven príncipe á calmar las agitaciones de la capital de la industria francesa. Síguese de aquí que después de 1834 y 1848, tenía ante los ojos un hecho acaecido en 1831. Un poco más tarde se dirigió mi mirada sobre París en un día de fiesta popular. Un corpulento rey con abultada barriga y rubicunda faz, atravesaba en aquel momento el Puente Nuevo, en una magnífica carroza. Un grupo de niñas, vestidas de blanco, parecía una canasta de lilas, puesta en el terraplén del puente. Extraños animales, coloreados,

corrían por París. Era evidentemente la vuelta á Francia de los Borbones. No hubiera entendido nada sobre esta última particularidad, á no haberme acordado que en aquella época se lanzaron al aire muchos y escogidos globos aereostáticos en forma de animales. Desde lo alto del cielo parecían correr, con muy poca gracia, sobre los techos.

Volver á ver un acontecimiento pasado, lo comprendí explicándolo por las leyes de la luz; pero volver á ver los acontecimientos de un modo contrario á su orden real, era cosa que se volvía enteramente fantástica, y (según me decía yo á mí mismo), me hubiera llevado á la divagación, si procurase explicar esta imposibilidad.

Sin embargo, como tenía los hechos ante los ojos, no podía negarlos y así traté de averiguar la hipótesis que podía darme cuenta de semejante singularidad.

La primera hipótesis era esta: la Tierra es bien lo que veo, y por un destino cuyo secreto solo Dios conoce, la historia de Francia vuelve á pasar casi por las mismas fases que ha atravesado ya: adelantada hasta cierto máximo, que está representado por el año de la exposición universal, retrocede hacia sus orígenes por una os-

cilacion que puede existir en la humanidad, como en las oscilaciones de la aguja imanada, como en el movimiento de los astros. Los personajes que me parecen ser aquí el duque de Orleans y Luis XVIII son acaso otros principes que repiten exactamente lo que han hecho los primeros.

Esta hipótesis, sin embargo, me pareció bien extraordinaria y me detendré en una teoria mas racional:

Dada la multitud de las estrellas y planetas que gravitan al rededor de cada una de ellas, me preguntaba yo, ¿qué probabilidad hay para que se halle en el espacio un mundo exactamente semejante á la Tierra?

El cálculo de las probabilidades responde á esta pregunta. Quanto mas grande sea el número de mundos, mayor será la probabilidad de que las fuerzas de la naturaleza hayan originado una organizacion semejante á la de la Tierra. Así pues, el número real de los mundos es superior á toda la numeracion humana escrita ó imposible de escribirla. Si comprendiésemos el infinito, nos fuera acaso licito decir que ese número es el infinito. Concluyo de aquí que hay una gran probabilidad en favor de la existencia de uno ó muchos mundos exactamente semejantes á la

Tierra, en cuya superficie se consumaria la misma historia, la misma sucesion de acontecimientos, habitados por las mismas especies vegetales y animales, por la misma humanidad, los mismos hombres, las mismas familias, idénticamente.

Me pregunté, en segundo lugar, si este mundo, á la par de ser análogo á la Tierra, no podria tambien serle *simétrico*. En este punto entré en la geometria y en la teoría metafisica de las imágenes, llegando á convencerme de que era *posible* que el mundo en cuestion fuese semejante á la Tierra, pero, sin embargo, inverso. Cuando os mirais en un espejo notais que el anillo de vuestra mano derecha ha pasado al dedo anular de la izquierda, lo que modifica su simbolo; si guiñais el ojo derecho, ó tendeis el brazo del mismo lado, vuestra imagen guiña el ojo y tiende el brazo izquierdo. ¿Es imposible que en la afinidad de los astros exista un mundo exactamente inverso al del mundo terrestre? Á buen seguro que en una infinidad de mundos, lo imposible sería, al contrario, que no hubiese ninguno, siendo así que mas bien los hay á miles que uno solo. La naturaleza no solo ha debido repetirse y reproducirse, sino representar la creacion bajo todas las formas. Creia pues que el mundo donde veia esas

cosas no era la Tierra, sino un globo semejante cuya historia era precisamente lo contrario de la vuestra.

QUERENS. — También yo me he imaginado que eso podía ser así. Pero ¿no os era fácil cercioraros del hecho y hacer constar si era verdaderamente la Tierra ú otro astro, lo que teniais ante los ojos, examinando su posición astronómica?

LUMEN. — Eso es precisamente lo que hice y este exámen me confirmó en mi idea. El astro en que acababa de percibir cuatro hechos análogos á cuatro hechos terrestres, pero inversos, no me pareció que ocupaba la primitiva posición. La pequeña constelación de El Altar habia dejado de existir, y en ese lado del cielo donde ya os acordais que me habia aparecido la Tierra, en mi primer episodio, habia un polígono irregular de estrellas desconocidas. Adquirí así la convicción que no era nuestra Tierra lo que tenia delante de mí, y no cupiéndome ya la menor duda sobre ello, tenia desde entónces, por campo de exploracion, un mundo tanto mas curioso cuanto que este no era la Tierra y que su historia parecia representar, en un órden inverso, un cuadro de la historia de la Tierra.

Algunos acontecimientos, á la verdad, me pa-

reció que tenian sus análogos sobre la Tierra, pero en general la coincidencia fué muy notable, con tanto mas motivo cuanto que el desprecio con que yo miraba á los institutores de la guerra, me habia lisongeadó con la idea de que este azote no debia existir en otros mundos, y que al contrario, la mayor parte de los acontecimientos que presencié, eran aun combates ó preparativos de luchas.

Después de una batalla que me pareció ser semejante á la de Waterlóo vi la batalla de las Pirámides. Una imagen de Napoleon emperador se habia vuelto primer cónsul, y vi la Revolucion suceder al Consulado. Noté algun tiempo después la plaza del castillo de Versalles, cubierta de coches de luto, y en un sendero descubierto de Ville d'Avray, reconocí el paso lento del botánico Juan Jacobo Rousseau, que sin duda estaba filosofando en aquel momento sobre la muerte de Luis XV. El acontecimiento que después llamó mas mi atención, fué una de las fiestas de gala del principio del reinado de Luis XV, dignas hijas de las de la Regencia, en las que el tesoro de Francia se deslizaba en perlas de agua por entre los dedos de tres ó cuatro cortesanas adoradas. Vi á Voltaire con gorro de dormir en su

parque de Ferney y despues á Bossuet paseándose por el terraplen de su palacio episcopal de Meaux, no léjos de la pequeña colina que corta hoy el camino de hierro, pero sin hallar allí la menor huella de esta industria. En esta misma sucesion de acontecimientos, veia los caminos cubiertos de diligencias y vastas naves de velas en los mares. El vapor habia desaparecido con todas las grandes fábricas que hace mover en nuestros días. El telégrafo tambien se habia aniquilado, asi como todas las aplicaciones de la electricidad. Los globos que habian aparecido de cuando en cuando en mi campo de observacion, se habian perdido y el último que ví era el disforme que elevaron en Annonay los hermanos Mongolfier, en presencia de los citados generales. La faz del mundo habia cambiado ya; Paris, Lyon, Marsella, el Havre y Versailles, sobre todo, estaban desconocidos: las tres primeras ciudades habian perdido su inmenso movimiento, pero la última habia ganado un brillo incomparable. Me habia formado una idea muy imperfecta del régio esplendor de las fiestas de Versailles, y sumamente satisfecho de asistir á ellas, me hallé muy conmovido, en el fondo de mi alma, al ver á Luis XIV en persona en el suntuoso terraplen del Oeste,

rodeado de mil señores engalanados. Era por la tarde y los últimos rayos de un sol ardiente se reflejaban en la real fachada, mientras que galantes parejas bajaban gravemente por la escalera de mármol ó se dirigian á las sombrías y silenciosas alamedas.

Mi vista se volvia de preferencia hácia la Francia ó al menos hácia la region del mundo desconocido que me representaba la Francia, pues por mas lejos que se esté de su país, siempre se acuerda uno de él y cada vez se lleva á él el pensamiento con el mayor placer. No creais que las almas desencarnadas sean desdeñosas, frias y libres de todo recuerdo, pues en este caso serian muy tristes nuestras existencias. No: guardamos la facultad de recordar lo pasado y nuestro corazon no se absorve en la vida del espíritu. Asi pues, considerad el goce que experimenté cuando volví á ver desarrollarse ante mi vista toda la historia de Francia, como si sus fases se hubiesen cumplido en un órden inverso. Despues de la unificacion del pueblo, vi la soberanía de un potentado y tras de esta el feudalismo señorial. Mazarino, Richelieu, Luis XIII y Enrique IV se me aparecieron en Saint-Germain. Los Borbones y los Guisas volvieron á empezar para mi sus escaramuzas:

creo vislumbrar la jornada de San Bartolomé. Varios hechos particulares de la historia de nuestras provincias me aparecieron de nuevo, como por ejemplo, una escena de la Diableria de Chaumont, que tuve tiempo de observar delante de la Iglesia de San Juan, y el degüello de los protestantes en Vassy. Estas escenas me llenaron de indignacion, pero luego despues me quedé agradablemente sorprendido al ver el magnifico cometa en forma de sable de 1577. Percibí, en una lejana llanura, á Francisco I y á Carlos V saludándose. Luis XI se me apareció en un terraplen de la Bastilla; las estatuitas de su sombrero me lo hicieron reconocer. Despues tendí la vista sobre una plaza de Ruan y noté una espesa humareda y llamas, en medio de las cuales se consumía el cuerpo de la doncella de Orleans.

Persuadido de que este mundo era exactamente la contra partida de la Tierra, adiviné de antemano los acontecimientos que iba á ver. Así pues mi sorpresa no fué grande cuando, despues de haber visto á san Luis muriendo al pié de Tunez, asisti á la octava cruzada, luego á la tercera, en la cual reconocí á Federico Barroja por sus barbas y despues á la primera en la que Pedro el Hermitaño y Godofredo de

Bullon me trajeron al Tasso á la memoria. Esperaba ver sucesivamente á Hugo Capeto cantar las visperas con capa pluvial; al concilio de Tauriaco decidir que se vá á pronunciar el juicio de Dios en la batalla de Fontanet y á Carlos el Calvo degollar en ella á cien mil hombres y á toda la nobleza merovingiana; á Carlomagno coronado en Roma; la guerra contra los Sajones y los Lombardos; á Carlos Martel amartillando á los Sarracenos; al rey Dagoberto haciendo construir la abadia de San Dionisio, así como habia visto á Alejandro III poner la primera piedra de la iglesia de Nuestra Señora; á Brunehaut arrastrado por tierra por un caballo; á los Visigodos, á los Vándalos, á los Ostrogodos, á Clodoveo y á Meroveo aparecerse en el país de los Salios, en una palabra, desarrollarse, en orden inverso á su sucesion, todos los orígenes de la historia de Francia, como efectivamente sucedió.

Muchas cuestiones históricas muy importantes, que hasta entonces me habían parecido oscuras, se me aclararon; y así puede establecer, entre otras, que los franceses son originarios de la margen derecha del Rin y que los alemanes no tienen razon alguna para disputarles ese rio, sobre todo la margen izquierda.

Es verdad que habia para mí un interés mayor de lo que pudiera expresar en asistir de este modo á unos acontecimientos de los que solo tenia una vaga idea por los ecos á menudo falaces de la historia, y en visitar unos países desde tan largo tiempo transformados. La vasta y brillante capital de la civilizacion moderna habia envejecido rápidamente y estrechádose hasta el punto de las ciudades ordinarias, pero encastillándose con torres almenadas. Admiré alternativamente la hermosa ciudad del siglo xv, los tipos curiosos de su arqueologia, la célebre torre de Nesles, los vastos conventos de Saint Germain des Prés. Allí donde florece ahora el jardín de la torre de Saint Jacques, reconocí el pátio sombrío del alquimista Nicolás Flamel. Sus redondos y puntiagudos tejados hacian el singular efecto de hongos en la orilla del rio. Este aspecto feudal desapareció á su vez para dejar el puesto á un simple castillo edificado en medio del Sena, rodeado de algunas cabañas, y en fin, á un verdadero campo donde se percibian tan solo unas chozas de salvajes. Paris no existia ya y el Sena deslizaba sus aguas silenciosas en medio de la yerba y de los sauces. Noté, al mismo tiempo, que el foco de la civilizacion habia mudado de

sitio y bajado hácia el sur. ¿Os lo confesaré, amigo mio? En ninguna otra circunstancia experimentó mi alma una sensacion tan viva de goce, como en el momento en que me fué licito ver á la Roma de los Césares con todo su esplendor. Era un dia de triunfo, é indudablemente bajo los principes sirios, pues en medio de las magnificencias exteriores, de los brillantes carros, de las oriflamas de púrpura, de un senado de mujeres elegantes y de ministros de ópera, distinguí á un emperador, muellemente recostado en un carro dorado, completamente vestido de seda clara y cubierto de piedras preciosas, de adornos de oro y plata resplandecientes al sol del mediodía. No podia ser nadie mas que Heliogábalo, el sacerdote del sol. El coliseo, el templo de Antinoo, los arcos de triunfo, la columna Trajana, se hallaban contruidos y Roma estaba en toda su belleza arqueológica, última belleza que no era mas que una escena de teatro para bufones coronados. Algo mas tarde asisti á la grandiosa erupcion del Vesubio que sepultó á Herculano y Pompeya. Ví á Roma en llamas por un momento y aunque no pude distinguir á Neron en su terraplen, estaba bien persuadido que lo que tenia ante mi vista era el incendio del año 64 y la señal de las per-

secuciones cristianas. Algunas horas despues estaba aun ocupada mi imaginacion en examinar los vastos jardines de Tiberio y acababa de ver llegar á este emperador cerca del jardin de rosas, cuando á consecuencia de la rotacion de la Tierra sobre su eje, vino la Judea á colocarse bajo mi ansiosa mirada, que adivinó inmediatamente á Jerusalem y al monte Gólgota. Subía Jesús por esta montaña, rodeado de algunas mujeres, escoltado por una partida de soldados y seguido de un populacho de Judios. Este espectáculo es uno de los que nunca olvidaré. Era para mí diferente que para los demás vivientes que asistian á este espectáculo, pues la gloria futura (y sin embargo pasada) de la Iglesia cristiana se desplegaba, como la coronacion del divino sacrificio... No insisto mas, pues comprendereis facilmente los diversos sentimientos que agitaron mi alma en esta observacion suprema....

Volviendo luego á Roma, reconocí á Julio César tendido en el suelo, teniendo á su cabecera á Antonio, que tenia, segun creo, en su mano izquierda, un rollo de papiros. Los conjurados bajaban apresuradamente por las márgenes del Tiber. Repasando, por una natural curiosidad

la vida de Julio César, le hallé otra vez con Vercingetorix en el seno de las Gálias, y pude hacer constar que todas las hipótesis que nuestros modernos han hecho sobre Alesia, ninguna fija el verdadero solar que ocupó, puesto que esta fortaleza estaba situada en.....

QUÆRENS. — Perdonadme, maestro, si os interumpo, pero aprovecho la ocasion para pedirós que me aclareis un hecho particular del dictador. Puesto que habeis vuelto á ver á Julio César, decidme, os ruego, si su figura se parece en verdad á la que Napoleon III, que reina actualmente en las Gálias, ha descrito en su grande obra sobre la vida de este famoso capitan.

LUMEN. — Mucho me alegraría, amigo mio, de poder aclararos este punto, si me fuese posible; pero considerad que aquí las leyes de la perspectiva me prohiben.....

QUÆRENS. — ¿De la perspectiva?... De la política, quereis decir?....

LUMEN. — No, de la perspectiva (aunque estas dos cosas se parecen mucho), porque al ver á los grandes hombres desde el cielo, les juzgo de un modo diferente de lo que parecen al vulgo. Desde el cielo, vemos geoméricamente á los hombres por lo alto y no de frente, es decir, que cuando

están en pie, no tenemos de ellos más que una proyección horizontal. Ya os acordáis que un día hemos pasado juntos, en globo, por encima de la columna Vendôme en París, y que me hicisteis la reflexión que Napoleón, visto desde lo alto, no excedía del nivel de los demás hombres. Lo mismo sucede con César. Desde el otro mundo las medidas materiales desaparecen: no quedan más que las medidas intelectuales.

Sea lo que fuere, de Julio César me remonté hasta los consules y los reyes del Lacio, para detenerme un instante ante el rapto de las Sabinas, que me fué muy satisfactorio de poder observar directamente, como tipo de las antiguas costumbres. La historia ha embellecido muchas cosas y reconocí que la mayor parte de los hechos históricos reproducidos por los pintores, eran totalmente diferentes de los que se nos representa. En aquel mismo instante percibí al rey Candaule en Lidia, en la escena del baño que ya conocéis, la invasión de Egipto por los Etiopios, la república oligárquica de Corinto, la octava olimpiada de la Grecia, y á Isaias profetizando en Judea. Vi construir las pirámides por rebaños de esclavos que obedecían á capataces montados en dromedarios. Se me aparecieron las grandes dinastías de Bac-

triana y de la India y me ofreció la China las artes maravillosas que poseía antes que naciera el mismo mundo occidental. Tuve ocasión de buscar el Atlántides de Platon y vi efectivamente que las opiniones de Bailly acerca de aquel desaparecido continente no son tan infundadas. En la Galia ya no se distinguía más que anchurosas selvas y pantanos; las mismas druidas habían desaparecido y los salvajes se parecían mucho á los que viven aun hoy día en Oceania. Era, por cierto, la *edad de piedra* vuelta á hallar por los arqueólogos modernos; más tarde aun ví que el número de los hombres disminuía poco á poco y que la dominación de la naturaleza parecía pertenecer á una gran raza de monos, al oso de las cavernas, al león, á la hiena y al rinoceronte. Hubo un momento en que no solamente me fué imposible distinguir tan siquiera á un hombre en la superficie de este mundo, sino aun la menor huella de raza humana. Todo había desaparecido. Los temblores de tierra, los volcanes, los diluvios parecían ser los dueños de la superficie planetaria y no permitían ya la presencia del hombre en el seno de aquellas ruinas.

QUERENS. — Os confesaré, ¡Oh Lumen! que esperaba con impaciencia el momento en que llegaréis al paraíso terrestre, á fin de saber á punto

fijo en que forma se presentó la creacion de la raza humana sobre la Tierra. Mucho me sorprende que ni siquiera hayais soñado en esta importante observacion.

LUMEN. — Os cuento únicamente lo que he visto, curioso amigo, y me guardaré bien de substituir al testimonio de mis ojos los ensueños de mi imaginacion. Por consiguiente, os diré que no he notado la menor huella de ese Eden tan poéticamente descrito en las teogonias primitivas. Además, hubiera sido muy extraordinario que la semejanza entre el mundo que tenia ante mis ojos y la Tierra hubiese llegado hasta ese punto, tanto mas cuanto que si el paraíso terrestre tiene su razon de ser en la cuna de la humanidad, no veo que pueda tener la misma razon en el fin de la sociedad humana.

QUÆRENS. — Creo, al contrario, que sería mas justo suponerle al fin que al principio, y mejor como recompensa que como prelude de una vida de sufrimiento. Pero ya que no le habeis visto, no insisto mas sobre esta cuestion.

LUMEN. — Me sucedió, en fin, al terminar la observacion de este mundo singular, cuya historia era precisamente lo contrario de la vuestra, ver animales maravillosos por su monstruosidad que

se batian por la orilla de vastos mares. Habia serpientes gigantescas armadas de zarpas formidables, cocodrilos que volaban sostenidos por alas orgánicas mas largas que su cuerpo, peces disformes cuya boca se hubiera tragado un buey, aves de presa lidiando horriblemente entre sí en islas devastadas. Habia continentes enteros cubiertos de vastas selvas, de árboles con hojas enormes que crecian las unas sobre las otras, vegetales sombríos y severos, porque el reino vegetal no poseia ya ni flores ni frutos. Las montañas vomitaban cascadas inflamadas, los rios caian en cataratas, el suelo de los campos se abria como precipicios profundos en los cuales se hundian las colinas, los bosques, los rios, los árboles y los animales. Pero en breve me fué imposible distinguir hasta la misma superficie del globo; un mar universal me pareció que le cubria, y el reino vegetal, como el reino animal, se eclipsaron lentamente para dejar el puesto á una monotona verdura surcada por relámpagos y blancas humaredas. Era, desde entonces, un mundo que se moria, y asistí á los últimos latidos de su corazón, relevados por resplandores pálidos é intermitentes. Parecióme luego que estaba lloviendo á la vez sobre su superficie entera, pues el sol no alumbraba ya mas que

nubes y surcos de lluvia. El hemisferio opuesto al sol me pareció menos sombrío que ántes y unas pálidas claridades se dejaban ver de cuando en cuando al través de las tempestades. Estos reflejos se hicieron mas intensos y se propagaron por toda la esfera. Habia anchurosas grietas candentes como el hierro en la fragua : así como el hierro sucesivamente encendido en la ardiente hornaza se vuelve rojo claro, luego anaranjado, amarillo, blanco é incandescente, así pasó el mundo por todas las facés de un fuego sucesivo. Su volúmen se acrecentó y su movimiento de rotacion disminuyó. El globo misterioso se volvió semejante á una esfera inmensa de metal fundido envuelta en vapores metálicos. Bajo la accion incesante de su cráter interior y de los combates elementales de esta extraña química, adquirió proporciones, y su esfera incandescente se convirtió en esfera de vapores. Desde entónces se fué desarrollando sin cesar y perdiendo su personalidad. El Sol que le alumbraba en un principio no le excedía mas en esplendor, y engrandecía él mismo su circunferencia en tal grado, que llegó á ser evidente para mí que el planeta vaporoso iba á perder su misma existencia absorbiéndose en la atmósfera engrandecedora del Sol.

Asistir al fin del mundo es un raro permiso. Así es que en mi entusiasmo no pude ménos de exclamar con cierta vanidad : « Hé aqui el fin del mundo, ¡oh Dios mio! y hé aqui la suerte reservada á las innumerables tierras habitadas! » — ¡No es el fin! respondió una voz al entendimiento de mi alma : *¡es el principio!*

— « ¿Cómo, el principio? pensé yo al momento.

— « El principio de la Tierra misma, respondió la misma voz. Has repasado toda la historia de la Tierra, *alejándote de ella con una velocidad mayor que la de la luz.* »

Esta afirmacion no me sorprendió tanto como el primer episodio de mi vida ultra terrestre, pues familiarizado ya con los efectos sorprendentes de las leyes de la luz, estaba preparado, en lo venidero, para cualquiera nueva sorpresa. Bien habia yo sospechado el hecho por ciertos detalles que no os he podido referir por no turbar la unidad de mi narracion, pero que eran, sin embargo, incomparablemente mas extraordinarios aun que la sucesion general de los acontecimientos.

QUERENS. — ¡Pero si realmente era la Tierra, como es que la observacion astronómica que hicisteis mas adelante para reconocerla en la conste-

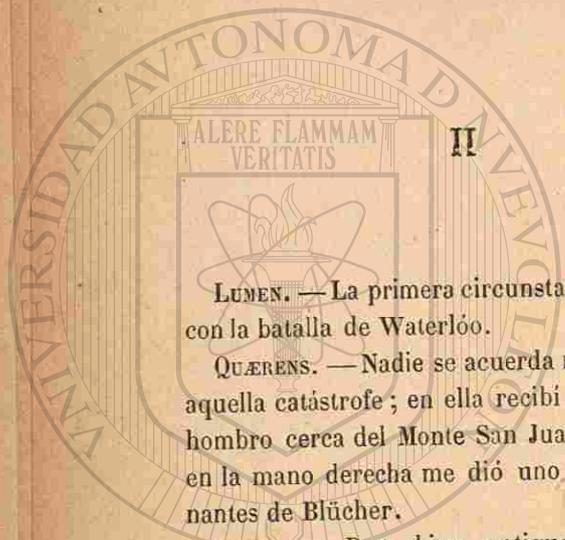
lacion del Altar os ha indicado, al contrario, que el mundo que examinabais no era ni la Tierra ni un asterismo del Altar?

LUMEN. — Es porque esta misma constelacion habia cambiado á consecuencia de mi viaje por el espacio. En vez de las estrellas de tercera magnitud  $\alpha$ ,  $\gamma$  y  $\zeta$ , y de las estrellas de cuarta magnitud  $\beta$ ,  $\delta$  y  $\theta$  que constituyen esta figura vista desde la Tierra, mi alejamiento hácia la nebulosa habia reducido estas estrellas á unos puntitos imperceptibles. Habia colocadas allí otras estrellas brillantes, que eran sin duda  $\alpha$  y  $\beta$  del Cochero,  $\theta$ ,  $\iota$ ,  $\eta$  y aun acaso  $\epsilon$  de la misma figura, estrellas diametralmente opuestas á las precedentes, cuando se está sobre la Tierra, pero que han debido interponerse allí cuando yo las dejé atrás. Las perspectivas celestes habian cambiado ya y se hacia, en verdad, casi imposible, determinar la posicion de nuestro Sol.

QUERENS. — No habia pensado yo en este inevitable cambio de perspectiva, mas allá de Capella. Asi pues, es la Tierra misma lo que habeis visto. Además, su historia se ha desarrollado ante vos en sentido inverso de la realidad. Habeis visto los acontecimientos antiguos venir *despues* de los acontecimientos modernos. ¿Por qué

nuevo proceder ha podido la luz hacer os subir por el rio del tiempo?

Ademas, ¡oh Lumen! segun me anunciasteis, habeis observado particularidades curiosas relativas á la Tierra misma. Precisamente deseaba someteros varias cuestiones sobre estos pormenores. Así, diré con interes las historias extraordinarias que deben completar esta narracion, persuadido que, como anteriormente, responderán de antemano á mi curiosidad.



LUMEN. — La primera circunstancia se relaciona con la batalla de Waterlío.

QUERENS. — Nadie se acuerda mejor que yo de aquella catástrofe; en ella recibí un balazo en el hombro cerca del Monte San Juan, y un sablazo en la mano derecha me dió uno de aquellos tumbantes de Blücher.

LUMEN. — Pues bien, antiguo compañero, al asistir de nuevo á aquella batalla, la ví de muy diferente manera de como tuvo lugar. Lo vais á ver.

Cuando hube reconocido el campo de Waterlío, al sur de Bruselas, distinguí primeramente un número considerable de cadáveres, siniestra asamblea de la muerte que yacía tendida por el suelo. Distingúase al través de la niebla, allá á lo léjos, á Napoleon marchando hácia atras y teniendo su

caballo por la brida, los oficiales que le acompañaban marchaban hácia atras igualmente! Debían resonar algunos cañones, pues se veían de vez en cuando los tristes resplandores de sus relámpagos. Cuando se hubo acostumbrado mi vista al campo, distinguí en primer lugar algunos soldados muertos que se despertaban, resucitando de la eterna noche, y que se levantaban de pronto! Han resucitado sucesivamente en pelotones. Los caballos muertos se despiertan como sus ginetes y estos vuelven á montar á caballo. Tan pronto como volvieron á la vida dos ó tres mil hombres, los veo formar insensiblemente en línea de batalla; encuéntranse frente á frente los dos ejércitos y empiezan á batirse con un encarnizamiento y un furor que se hubiera podido tomar por desesperación. Una vez empeñada la lucha resucitan con mas rapidez los soldados. Franceses, Ingleses, Prusianos, Alemanes, Hanovreses, Belgas; capotones grises, uniformes azules, capas encarnadas, verdes y blancas se alzan del campo de la muerte y se baten. Apercibo al emperador en el centro del ejército francés; un batallon en cuadro le rodeaba; habia resucitado la guardia imperial!

Por ambas partes avanzaron entónces los inmensos batallones precipitando sus pesadas

olas; por derecha é izquierda cargaron los escuadrones. Los blancos caballos hacian flotar al viento sus aéreas crines. Me acordé del extraño dibujo de Raffet y del epigrafe espectral del poeta aleman Sedlitz :

La caisse sonne, étrange,  
Fortement elle retentit;  
Dans leur fosse ressuscitent  
Les vieux soldats péris <sup>1</sup>.

Y de aquel otro :

C'est la grande revue  
Qu'à l'heure de minuit,  
Aux Champs Élysées,  
Tient César décédé <sup>2</sup>.

Era aquello Waterlóo, pero un *Waterlóo de ultra-tumba*, pues los combatientes eran resucitados. Además, extraño efecto de óptica! los veia marchar hácia atrás unos contra otros. Semejante batalla era de un efecto mágico, que me impresionaba con tanta mas fuerza cuanto que adivinaba ver el acontecimiento mismo y que este se presen-

<sup>1</sup> Suena el tambor y fuertemente resuena. En su sepultura resucitan los veteranos muertos.

<sup>2</sup> Es la gran revista que á media noche pasa César muerto en los Campos Eliseos.

taba trasformado de un modo extraño en su imagen simétrica. Otra observacion no ménos singular hice. Quanto mas se batian, mas aumentaba el número de los combatientes; á cada boquete que abria el cañon en las apretadas filas, resucitaba inmediatamente un grupo de muertos para cubrir aquellos boquetes. Cuando hubieron pasado el dia los ejércitos enemigos en destrozarse recíprocamente con la metralla, los cañones, las balas, las bayonetas, los sables y las espadas; cuando hubo concluido la gran batalla, no habia ni siquiera un muerto ni un herido; los uniformes poco antes destrozados, en desórden, estaban en buen estado, los hombres muy buenos y sanos y las filas compactas y correctamente ordenadas. Los dos ejércitos se alejaron lentamente uno de otro como si la ardorosa pelea no hubiese tenido mas objeto que el hacer resucitar al humo del combate, los doscientos mil cadáveres que yacian en el llano algunas horas antes. ¡Que batalla tan ejemplar y envidiable! De seguro que era aquel el mas singular de los episodios militares. Mas sorprendente aun que el aspecto físico era el moral al pensar que aquella batalla daba por resultado no el vencer á Napoleon, sino por el contrario colocarle en el trono. En vez de perder la batalla, era el emperador

quien la ganaba, de prisionero se hacía soberano. Waterlóo era un 18 brumario!....

QUERENS. — No comprendo bien, Lumen, ese nuevo efecto de las leyes de la luz y os agradecería en extremo me lo explicarais, si lo conoceis.

LUMEN. — Os lo dejé adivinar poco há, diciéndoos que me alejaba de la Tierra con una velocidad *mayor* que la de la luz.

QUERENS. — Pero, decidme por favor, de que manera ese alejamiento progresivo en el espacio os hizo ver los objetos en orden inverso al en que han tenido lugar?

LUMEN. — Es muy sencilla la teoría. Suponed que partís de la Tierra con una velocidad exactamente *igual* á la de la luz, llevareis siempre con vos mismo el aspecto que tenia la Tierra en el momento en que salisteis, puesto que os alejais del globo con una velocidad exactamente igual á la que trasporta al espacio aquel aspecto ó manifestacion. Aun cuando viajarais durante mil años, cien mil años, aquella imágen os acompañaria siempre, como una fotografia que no envejece, mientras que los años envejecen al original.

QUERENS. — Comprendí ese hecho en vuestra primera conversacion.

LUMEN. — Bueno. Suponed ahora que os alejarais de la Tierra con una velocidad mayor que la de la luz. ¿Qué sucederia entónces? Encontraríais a medida que fuerais avanzando en el espacio, los rayos que salieron *antes* de vos, es decir las sucesivas fotografías que de segundo en segundo, á cada instante, vuelan al espacio. Si, por ejemplo, partís en 1867, con una velocidad igual á la de la luz, llevais eternamente con vos el año 1867. Si caminais con mayor velocidad encontrareis los rayos que salieron en los años anteriores y que llevan en sí mismos la fotografia de aquellos años.

Para poner mas en evidencia la validad de este hecho, os ruego que imagineis muchos rayos luminosos que hubiesen salido de la Tierra en distintas épocas. Supongo que el primero es el de un instante cualquiera del 1º de Enero de 1867. Á razon de 72,000 leguas por segundo, en el momento en que os hallo, ha recorrido ya cierto camino desde el momento de su marcha y se le encuentra á una distancia que expresaré con la letra A. Consideremos ahora un segundo rayo salido de la Tierra cien años ántes, el 1º de Enero de 1767: lleva cien años *de delantera* al primero y se encuentra á una distancia mucho mayor, distancia que expresaré con la letra B. Un tercer

rayo, supongamos el del 1º de Enero de 1667, está aun mucho *mas léjos*, á una distancia igual á la que recorre la luz en 400 años. Llamemos C el sitio en que se encuentra ese tercer rayo.

Por último un cuarto, un quinto y un sexto rayo son respectivamente de 1º de Enero de 1567, 1467, 1367, etc., y están escalonados á distancias iguales, D, E, F, internándose cada vez mas en el infinito.

Hé aquí pues una série de fotografías terrestres escalonadas en la misma línea de distancia en distancia en el espacio. Ahora bien el espíritu que se aleja pasando sucesivamente por los puntos A, B, C, D, E, F, encuentra en ellos sucesivamente la historia secular de la Tierra en aquella época.

QUERENS. — Y á que distancia se hallan, maestro, esas fotografías unas de otras?

LUMEN. — Bien fácil es calcularlo : el intervalo que las separa es naturalmente el que recorre la luz en cien años. Ahora bien, á razon de 77,000 leguas por segundo, veis en seguida que recorre 4,620,000 leguas en un *minuto*, 277,200,000 leguas en una hora, 6,652,800,000 leguas en un *día* 2,428,272,000,000 en un *año*, ó teniendo en cuenta los años bisiestos, 2,429,935,200,000. Resulta por consiguiente que el intervalo entre dos

puntos salidos á un *siglo* de distancia es de 242 trillones 993 mil millones y medio de leguas próximamente.

Tenemos así, digo, una série de fotografías terráqueas escalonadas en el espacio á aquellos intervalos reciprocos. Supongamos ahora que entre cada una de aquellas imágenes seculares se encuentran escalonadas á su vez todas las imágenes anuales, guardando entre sí la distancia que la luz recorre en un año, y que acabo de decir; despues que entre cada una de las imágenes anuales tenemos las de cada día; despues que cada día contiene las de sus minutos y cada minuto la imagen de sus segundos, siguiéndose todas segun las distancias respectivas de cada una de ellas : tendremos en un rayo de luz, ó mejor dicho en un rastro de luz compuesto de una série de imágenes diferentes y colocadas unas sobre otras, la inscripcion fluidica de la historia de la Tierra.

Cuando el espíritu viaja en aquel rayo etéreo de imágenes con una velocidad superior á la de la luz, encuentra sucesivamente las antiguas imágenes. Cuando llega á la distancia en que se halla entonces el aspecto salido en 1767, ha remontado cien años de la historia terrestre. Cuando llega al punto á que llegó el aspecto de 1667 ha remon-

tado dos siglos. Cuando llega á la fotografia de 1567, ha vuelto á ver tres siglos y así sucesivamente. Os dije al principio que me dirigia entonces hácia una nebulosa situada á la izquierda de Capella. Esta nebulosa se encuentra á una distancia incomparablemente mayor que aquella estrella, aunque desde la Tierra parece que están juntas, porque los dos rayos visuales están cerca; esta proximidad aparente es tan solo un efecto de perspectiva. Para dar una idea del alejamiento probable de aquella nebulosa, puedo deciros que no es menor que la Via lactea. Se ocurre entonces naturalmente el preguntar á que distancia habriamos de suponer trasportada la Via lactea, para que se redujese al aspecto de aquella nebulosa. Mi sábio amigo Arago habia hecho este cálculo, que no ignorais, puesto que lo repetia cada año en su curso del Observatorio y que se publicó despues de su muerte. Seria preciso suponer trasportada la Via lactea á una distancia igual á 334 veces su longitud. Como la luz emplea 15,000 años en atravesar de una á otra parte la Via lactea, de aquí se deduce que la luz no debe emplear ménos de 334 veces 15,000 años, es decir ménos de cinco millones de años para venir desde allí. Habia remontado el rayo de la Tierra hasta aque-

lla lejana nebulosa, y si mi vista espiritual hubiese sido mejor, hubiera podido distinguir no solamente la historia retrospectiva de diez mil, de cien mil años, sino tambien la de cinco millones de años.

QUÆRENS. — Para remontar así los acontecimientos alejándoos en el espacio, ¿ volabais acaso retrocediendo ó es mas bien que los espíritus tienen la facultad de ver tras sí?

LUMEN. — Qué pregunta! Si intentára daros á comprender por medio de que sentido íntimo ven los espíritus, os meteria en la discusion de un problema que no podriais resolver. Para satisfacer vuestra natural curiosidad, imaginaos que me volvia de cuando en cuando para examinar la Tierra; así lo comprenderéis mejor.

QUÆRENS. — ¿ Cuánto tiempo duró aquel viaje hácia la nebulosa?

LUMEN. — ¿ No os he dicho ya que el tiempo no existe ya fuera del movimiento de la Tierra? Que haya tardado cien años ó medio dia en aquel exámen, es completamente lo mismo ante el infinito.

QUÆRENS. — Maestro, me permitís que os someta ahora una singular idea que me ha asaltado á la mente?

LUMEN. — Para oír vuestras reflexiones es por lo que os refiero todo esto.

QUERENS. — Se me ha ocurrido si esa misma inversión podría tener lugar para el oído como para la vista. Si, del mismo modo que podemos ver un acontecimiento al revés de lo que fué en realidad, podríamos también oír un discurso empezando por el fin. Quizá sea esta una pregunta ociosa y tal vez en apariencia ridícula, pero cuando se trata de paradojas, me parece que todo merece igualmente la atención. Así os lo digo con franqueza, cuando hace un momento me hablabais de la batalla de Waterlloo, me vino á las mientes saber como hubierais oído... las palabras que la tradición atribuye al general Cambronne, si el fenómeno que se ha producido por la luz hubiera tenido lugar también para el sonido.

LUMEN. — Las leyes del sonido se diferencian esencialmente de las de la luz. El sonido tan solo recorre 340 metros por segundo y sus efectos nada tienen absolutamente de común con los de la luz. No obstante es evidente que si avanzáramos en el aire con una velocidad *mayor* que la del sonido, oíríamos al revés los sonidos que saliesen de los labios de un interlocutor. Si, por ejemplo, recitase éste un verso heroico, un

oyente que se alejara con dicha velocidad, á contar desde el momento que oyó la última sílaba, encontraría sucesivamente las otras once sílabas que salieron ántes y oíría el verso al revés.

QUERENS. — De manera que, volviendo á nuestra batalla de Waterlloo, hubierais oído...

LUMEN. — Si lo que ha sucedido con respecto á la luz hubiera tenido lugar también con el sonido, habría oído el conjunto informe de las sílabas siguientes :

Pas-*rend-se-ne-et-meurt-de-gar-la*, <sup>1</sup>

que me hubiera sido de difícil comprensión. Habría tratado de hallar diferentes sentidos en aquellas sílabas.

QUERENS. — Tal vez hubierais creído, modificando lógicamente los sonidos que Cambronne, respondiendo al reto del oficial inglés, lo había enviado á la mansión de los muertos diciéndole :

<sup>1</sup> La expresión célebre. *La garde meurt et ne se rend pas*: (La guardia muere y no se rinde), puesta silabicamente de revés.

Pars en ce lieu et meurs !... De guerre las !...

LUMEN. — ¡Desnaturalizando mucho los sonidos! Sin embargo, os confieso que no me hubiera dejado satisfecho esa interpretación. Hubiera intentado encontrarle otras muchas, que no son ahora del caso. En cuanto á la teoría en sí misma, dá márgen á una reflexion curiosa y es que la naturaleza hubiera podido hacer que el sonido no recorriese 340 metros por segundo (pues la ciencia ignora cual es la causa de esta velocidad), sino que se trasmitiera con mas lentitud, mucho mas despacio aun. Porque, por ejemplo, ¿no se transmite en el aire con una velocidad de algunos centímetros tan solo por segundo? Ved lo que sucedería si así fuera. Los hombres no podrian hablarse al andar. Supongámonos dos amigos que van hablando reunidos; dá un paso el uno, dos pasos alejándose de un metro, y como que el sonido tardaría muchos segundos en recorrer ese metro,

\* Prosódicamente resultan casi los mismos sonidos en esta frase que en la anterior, si bien su significado es distinto, pues dice ahora : Parte á esa mansion y muere! Cansado de batallar.

(N. del T.)

resultaría de aquí que en vez de oír la continuación de la frase pronunciada por su amigo, el caminante oíría de nuevo, en orden inverso, los sonidos constituidos de las frases anteriores. ¿De que depende que no se pueda hablar y andar á un tiempo, y que las tres cuartas partes de los hombres no puedan oírse?

Estas reflexiones, amigo mio, me inclinan á proponeros que mediteis sobre un asunto muy digno de estudio y del cual apenas se han ocupado hasta el dia; la correlacion y armonía del organismo humano con el mundo terráqueo en que se agita. La manera como vé el hombre, como oye, sus sensaciones, su sistema nervioso, su estatura, su peso, su densidad, su marcha, sus funciones en una palabra, todos sus actos están regulados, constituidos tambien para el estado de nuestro planeta. Ninguna accion vuestra es absolutamente libre é independiente : el hombre es la resultante, dócil, aunque inconciente, de las fuerzas orgánicas de la Tierra.

Pero volviendo á mi observacion de los pormenores relativos á la vida terrenal, presentados de un modo inverso por el rápido vuelo con que iba yo marchando, os referiré ahora el aspecto

raro que me ofrecían las existencias humanas. En el mundo que tenía á mi vista y que (ya lo hemos visto) era el vuestro, los hombres no nacían ya por la vía natural que conocéis. Por el contrario...

QUERENS. — ¿Cómo por el contrario?

LUMEN. — Para poner en el mundo á un hombre, se empezaba por cavar la tierra hasta cierta profundidad ó, para hablar con más exactitud se reunían las gentes en una especie de verjel; algunos obreros echaban con palas tierra pulverizable alrededor de un hoyo que parecía en verdad brotar de allí. Después esos obreros se inclinaban y sacaban de la abertura ya practicada una caja larga y estrecha que era llevada, no precisamente en triunfo, pero con cierta formalidad y recojimiento, á un templo. Veía salir algunos minutos después dicha caja, seguida siempre de un número considerable de concurrentes, de los cuales unos parecían tristes, mientras otros permanecían muy indiferentes. La comitiva marchaba hacia atrás, vestida de negro.

Se llegaba en seguida á una casa en la que se entraba retrocediendo con la caja de que he hablado. ¿Qué es lo que sucedía después allá dentro? Una vez tan solo pude verlo gracias á la disposi-

ción particular que tenían los balcones y el alumbrado. Algunas personas empezaban por desclavar la caja á martillazos (procedimiento tan raro como todo lo demás); después desvalijaban el objeto que contenía y lo colocaban sobre una cama.

Entonces es cuando puede decirse que empezaba el momento supremo del nacimiento de un ser humano; pues aquel cuerpo inerte que acababan de desenterrar era un futuro viviente. Toda la familia se echaba á llorar, como para deplorar la llegada de un nuevo ser á aquella triste vida; los unos desgarraban sus vestiduras, otros, eran los ménos, se arrancaban los cabellos, otros estaban tendidos como muertos sobre sus butacas; otros se arrodillaban en derredor del lecho y parecían hallarse en oración. Los médicos — siempre se dan á conocer, — llegaban no para despachar al enfermo, ántes al contrario, para darle la vida y como si dijéramos para ayudar á la muerte en su parto. Generalmente al día siguiente de su entierro es cuando puede decirse que empezaba el cadáver á despertarse. El sacerdote que había dirigido la primera ceremonia, venía para darle el bautismo de la extrema-unción. Desde aquel momento el recién nacido se veía rodeado de todos los cuidados imaginables.

Así es como tenían lugar todos los nacimientos. Se nacía viejo ó en la edad madura. Por punto general se sufría una gran enfermedad ántes de poder formar parte definitivamente de los vivos. Á veces no se experimentaba ninguna y se levantaban del seno de la muerte como de repente. La vida era desde entonces muy diferente de la nuestra actual; en lugar de envejecer, se rejuvenecía; se alcanzaba la edad viril, los cráneos calvos se iban cubriendo de pelo insensiblemente; las canas se volvían negras, de color de castaño ó rubias; las mujeres coqueteaban y se acicalaban mucho ántes de ser inocentes; la misma naturaleza reparaba los deterioros del tiempo; hombres y mujeres llegaban á la edad madura, despues á la juventud, despues á la adolescencia, para caer luego en la infancia y despues de haber recorrido todas las fases, se llegaba á ser niño, hasta el momento en que por último los parientes lo conducían al templo, y despues se desaparecía de la escena del mundo por un procedimiento que podreis adivinar si os fijais en la simetría.

QUERENS. — Confieso, Lumen, que en mi vida he oído una narración mas extraordinaria y maravillosa. Pero en ese mundo singular, ¿como se verifican los matrimonios?

LUMEN. — No es ménos curioso esto. Todos los que deben serlo nacen ya casados. Bien sea el esposo ó la esposa quien nazca primero, el que viene al mundo despues, es conducido directamente al domicilio conyugal. Los hijos han nacido hace largo tiempo y están ya en la flor de la vida cuando nacen el padre y la madre. La familia permanece unida cierto número de años; cada uno de aquellos miembros se aproxima á la juventud. En cierta época los niños mueren unos despues de otros, haciéndose cada vez mas pequeños y desapareciendo por la ley indicada mas arriba.

Cuando el esposo y la esposa han llegado á la edad de la adolescencia (sin embargo hay muchas excepciones para el primero, pero el tiempo no hace al caso), se regocijan por última vez celebrando una brillante boda, despues se separan como pesarosos y dándose reciprocamente las mas vivas muestras de cariño. Estas relaciones amorosas retrospectivas se prolongan á veces por muchos años y no es ménos digno de llamar la atención aquí el ver que ardientes testimonios de mutua simpatía se prodigan los « novios » despues de su separación definitiva.

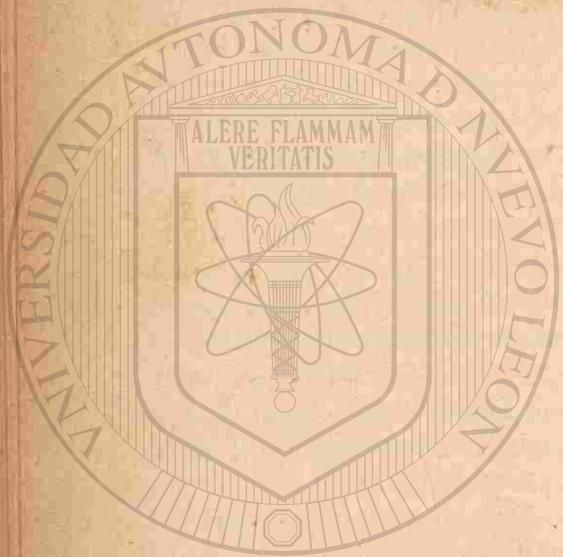
QUERENS. — Maestro, si todo acontece de esa

manera en sentido opuesto á la naturaleza terrenal, de que procedimientos se valen para las comidas, el alimento material y todo lo que con él se relaciona ?

LUMEN. — Os asemejais mucho, amigo mio, á esos niños impertinentes que hacen en público las mas indiscretas preguntas. Puesto que sabeis que los hechos suceden exactamente á la inversa de la naturaleza, podeis fácilmente figuraros qué cuadro responderá á vuestra extraña pregunta.

Entre las particularidades de la existencia, algunas de ellas parecen semejantes aun cuando sean opuestas. El acto de sentirse era para mí como el acto de levantarse y vice-versa. La tierra giraba para mí en sentido contrario, la mañana era la tarde, y la tarde la mañana ; pero como los crepúsculos se parecen mucho, no me apercibía de aquella inversion, si se considera lo parecidos que eran entre sí los detalles : el vestirse, por ejemplo, era para mí lo mismo que el desnudarse, etc. No quiero prolongar ahora inútilmente esta narracion. Mi objeto era demostraros que para gozar del espectáculo de un mundo y de un sistema de vida diametralmente opuesto al nuestro, basta con alejarse de la Tierra con una velocidad mayor que la de la luz.

En ese vuelo del alma hácia los horizontes inaccesibles del infinito, se encuentran los rayos luminosos, reflejados por la Tierra y por los demás planetas hace millares y millares de millones de años, y *observando los planetas desde aquella lejana distancia, se puede asistir como testigo ocular á los acontecimientos de su pasada historia.* Así se remonta el rio del tiempo hasta su origen. Semejante facultad debe alumbrar con nueva claridad para nuestra inteligencia las regiones de la eternidad. Me prometo haceros ver pronto cuales son las consecuencias metafísicas de este principio, si, como lo espero, habeis aceptado el valor científico de los datos de este estudio ultra-terráqueo.



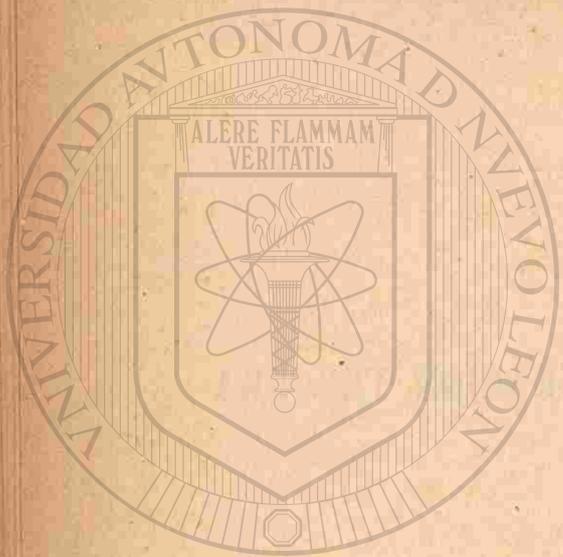
NARRACION TERCERA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## NARRACION TERCERA <sup>1</sup>

HOMO HOMUNCULUS.

QUERENS. — Os he escuchado con interés, ¡ oh Lumen ! pero, lo confieso, no estoy completamente convencido de que todo lo que me acabais de referir sea una realidad. Es cierto que es muy difícil creer que se puedan ver de este modo directo todas las cosas ; cuando hay nubes, por ejemplo, no podeis ver al través de ellas lo que sucede en la superficie de la Tierra : lo mismo sucede en el interior de las moradas.

LUMEN. — Desengañaos, amigo mio, las ondulaciones del éter atraviesan obstáculos que podriais tener por insuperables. Las nubes están formadas de moléculas entre las cuales un rayo de luz puede pasar con frecuencia ; en el caso contrario, hay aqui y allá intersticios á través de los cuales se puede ver oblicuamente : es rara la imposibilidad de poder distinguir algo. Si es esta

<sup>1</sup> Escrita en 1867.

vuestra última objeción, es preciso confesar que es muy difícil de rebatir.

QUÆRENS. — Teneis un modo particular de resolver todas estas dificultades; y tal vez sea esto un privilegio de los seres espirituales. Me ha sido preciso suponer sucesivamente que habeis sido trasportado á Capella con una velocidad mayor que la de la luz; que llegasteis á un mundo sin encarnaros en él; que vuestra alma permanece emancipada de todo envolvente corpóreo; que vuestros ojos ultra-terrestres son bastante potentes para distinguir desde arriba lo que aquí acontece; que podeis avanzar y retroceder en el espacio á vuestro antojo; y por último que las mismas nubes no se oponen á que podais distinguir la superficie de nuestro globo. Preciso es que convengais en que todo esto es ya mucho conceder.

LUMEN. — ¡Qué terrenal sois aun! mi buen amigo, y como os sorprenderiais si tratase ahora de probaros que todas esas dificultades no lo son en realidad, y que todas las que se oponen aun á que concibais el fenómeno son efecto únicamente de vuestra ignorancia natal!... ¿Qué pensaríais si os dijese que no existe hombre alguno que tenga ni siquiera idea de lo que sucede en la Tierra y que ninguno comprende la naturaleza?

QUÆRENS. — En nombre de las indiscutibles verdades de la ciencia moderna, llegaría á creer que quereis imponerme vuestras ideas.

LUMEN. — ¡No lo permita Dios! Escuchadme, amigo mio. Los maravillosos descubrimientos de la ciencia contemporánea deben ensanchar la esfera de vuestras concepciones. ¡Acabais de descubrir el análisis espectral! Por el metódico exámen de un modesto rayo de luz procedente de lejana estrella, analizais los elementos que constituyen esta estrella inaccesible que mantienen sus fulgores. Esto es, tierno hermano mio espiritual, un acontecimiento mas asombroso por si solo que todas las conquistas de los Alejandro, Césares y Napoleones, que todos los descubrimientos de los Ptolomeos, Colones y Guttembergts, que todas las biblias de los Moisés, Confucios y Jesuses. ¡Cómo! Trillones de leguas miden el abismo que os separa de Siro, Arcturo, Vega, Capella, Castor y Polux, y analizais las sustancias que constituyen estos selos, como si pudierais cogerlos con la mano y someterlos al crisol del laboratorio! ¡Cómo, pues, os resistís á creer que, por procedimientos que os son desconocidos, la vista del alma puede abarcar por si misma el aspecto luminoso de un mundo lejano y distinguir tambien sus menores detalles?

¡Cómo! El telégrafo lleva en un instante imperceptible vuestro pensamiento de Europa á América atravesando los abismos del Océano; dos interlocutores hablan en voz baja á millares de leguas de distancia, ¿y no sois capaz de admitir lo que os digo porque no lo comprendéis aun del todo? Pero comprendéis por ventura *¿de qué manera* el parte telegráfico vuela y llega á su destino? No, verdad. Pues entonces dejad esas dudas que no tienen ni siquiera el valor de ser científicas.

QUERENS. — Mis objeciones, sábio maestro, no tienen mas objeto que el de traer nueva luz á mi razon. Estoy lejos de negar la realidad de lo que queréis hacerme conocer, y deseo ante todo darme de ello una idea exacta y racional.

LUMEN. — No vayais á creer, amigo mio, que esto me incomoda en lo mas mínimo, y para ensanchar á mis anchas las esferas de vuestras concepciones, puedo en este mismo instante abrir los ojos y haceros ver la insuficiencia de vuestras facultades terrenales y la fatal pobreza de la misma ciencia positiva, invitándoos á que reflexionéis que las causas de nuestras impresiones son únicamente modos del movimiento, y que lo que se llama orgullosamente la *ciencia* no es mas

que una *percepcion orgánica muy limitada*. La luz por la que nuestros ojos ven, el sonido por el cual nuestros oidos oyen; el olor, el sabor, etc., son diferentes modos de movimiento que os impresionan. No podeis apreciar mas que algunos de entre ellos, por los sentidos que habeis recibido, principalmente por la vista y el oido. ¿Creeis cándidamente ver y oír la naturaleza? Pues no es así: recibis algunos de los movimientos en ejercicio en vuestro átomo sublunar. Hé aquí todo. Fuera de las impresiones que percibís, hay una infinidad que no podeis percibir.

QUERENS. — Dispensadme, maestro. Pero este nuevo espacio de la naturaleza no me parece bastante claro para que pueda yo comprenderlo bien. Si quisierais.....

LUMEN. — El aspecto es nuevo y os llama la atencion; pero una atenta reflexion os lo hará comprender pronto. El sonido se forma por vibraciones que ejecutándose en el aire, vienen á herir la membrana de vuestro tímpano y os dan la impresion de diversos tonos. El hombre no oye todos los sonidos. Cuando las vibraciones son demasiado lentas (ménos de 40 por segundo), el sonido es muy bajo: vuestro oido no lo oye. Cuando son demasiado rápidas (mas de 36,850 por segundo),

el sonido es demasiado agudo; vuestro oído no lo puede ya apreciar. Fuera de estos dos límites de organismo humano, existen algunos sonidos que pueden oír otros seres, como por ejemplo, los insectos. Los mismos razonamientos se aplican á la luz. Los diferentes aspectos de esta, los matices y los colores de los objetos se deben igualmente á vibraciones que vienen á herir vuestro nervio óptico y á daros la impresion de las diferentes intensidades de la luz. El hombre no vé todo lo que es visible. Cuando las vibraciones son demasiado lentas (menores de 458 trillones por segundo), la luz es demasiado débil: nuestra vista no la vé ya. Cuando las vibraciones son demasiado rápidas (superiores á 727 trillones por segundo), la luz sobrepuja entónces vuestra facultad orgánica de percepcion y se hace ya imposible que podais verla. Sobre los límites indicados existen todavía colores que otros seres pueden ver. No conoceis pues, y no podeis conocer mas que las impresiones que pueden hacer vibrar las dos cuerdas de nuestra lira orgánica, que se llaman el nervio óptico y el nervio auditivo.

Reflexionad un momento sobre la extension de las cosas que no podeis percibir. Todos los movimientos ondulatorios que existen en el uni-

verso comprendidos entre las cifras 36,850 y 458,000,000,000,000 en la misma unidad de tiempo, no pueden ser ni vistos ni oídos por vuestros sentidos y pasan fatalmente inadvertidos para vosotros. ¡Tratad de medir esta escala! La ciencia moderna comienza á penetrar algo, muy poco, en este mundo invisible y sabeis que acaba de medir las vibraciones inferiores á 458 trillones (son rayos caloríficos invisibles) y las que exceden de 727 trillones (son rayos químicos igualmente invisibles). Pero los métodos científicos no pueden extender sino muy poco la esfera de la percepcion directa, ni ir nunca mas allá. — Estais aislado en medio del infinito.

Hay mas aun. Existen infinitas vibraciones en la naturaleza, las cuales *no hallándose en correspondencia* con vuestra organizacion y no pudiendo pues recibirlas, *quedarán siempre ignoradas para vuestros sentidos*. Si tuvierais otras cuerdas en vuestra lira, diez, ciento, mil... la armonía de la naturaleza se traduciria mas completamente haciéndolas vibrar á todas, cada una en su tono; percibiriais muchos hechos que tienen lugar alrededor vuestro, cuya existencia ni sospechais siquiera, y en lugar de dos notas dominantes, podriais formaros una idea del conjunto del con-

cierto; pero vuestra pobreza es grande; mayor de lo que creéis, y os es imposible compararla á la riqueza de ciertos seres superiores á los habitantes de la Tierra.

Los sentidos que poseéis bastan para iniciaros en la existencia posible de otros sentidos, no tan solo mas potentes, sino de especie completamente distinta. Por el sentido del tacto, por ejemplo, podeis ciertamente conocer la sensacion del calor; pero es fácil concebir la existencia de un sentido especial, análogo al que por medio de la luz os dá el aspecto de los objetos exteriores, y que haga al hombre capaz de juzgar de la figura, de la sustancia, de la estructura interna y de las demás cualidades de un objeto por la accion de las ondas calorificas que emanan de él. El mismo razonamiento podria aplicarse con motivo de la electricidad. Podeis concebir de la misma manera la existencia de un sentido que siendo, por ejemplo, al ojo lo que el espectróscopo es al telescopio, diese el conocimiento de los elementos constitutivos de los cuerpos. Segun esto, desde el punto de vista científico, tenéis ya las bases suficientes para imaginar modos de percepcion completamente distintos de los que caracterizan á la humanidad terrestre. Estos sentidos existen en otros mundos,

y hay una infinidad de maneras de percibir la accion de las fuerzas de la naturaleza.

QUERENS.—Confieso, maestro, que una luz nueva y particular acaba de penetrar en mi inteligencia y que vuestra enseñanza me parece una interpretacion verdadera de la realidad. Habia ya pensado en la posibilidad de semejantes cosas; pero jamás habia podido adivinarlas, envuelto como me hallo aun en los sentidos terrestres. En verdad que es preciso hallarse fuera de nuestro círculo para juzgar con acierto del conjunto. No hallándonos, pues, dotados sino de algunos sentidos limitados, no podemos conocer mas que los hechos que sean accesible á su percepcion. Lo demás naturalmente se ignora por completo. ¿Es mucho lo que queda, comparado con lo que sabemos?

LUMEN.—Lo que queda es inmenso y lo que sabeis es casi nada. No tan solo vuestros sentidos no perciben los movimientos físicos que, como la electricidad solar y terrestre cuyos efluvios se cruzan en la atmósfera, el magnetismo de los minerales, de las plantas y de los seres, las afinidades de los organismos, etc., os son invisibles; pero perciben aun ménos los movimientos del mundo moral, las simpatías, y antipatías, los sentimientos, las atracciones espirituales, etc. Os lo

digo en verdad : lo que sabeis y todo lo que podeis conocer con vuestros sentidos terrenales es nada al lado de lo que existe. Es tan profunda esta verdad, que podria suceder muy bien que existiesen seres en la Tierra, seres esencialmente diferentes de vosotros, que no tuvieran ni ojos ni oidos, ni ninguno de vuestros sentidos, pero que tuvieran otros capaces de percibir lo que no se os alcanza, y que vivieran en vuestro mismo mundo, conociendo lo que no podeis conocer y formándose de la naturaleza una idea muy distinta de la que os formais.

QUERENS. — Esto ahora es completamente superior á mi razon.

LUMEN. — Mas aun, terrenal amigo mio, puedo añadir con toda franqueza que las percepciones que recibis y que constituyen las fases de nuestra ciencia, no son ni siquiera percepciones de la *realidad*. No. Luces, resplandores, colores, aspectos, tonos, ruidos, armonias, sonidos diversos, aromas, sabores, cualidades aparentes de los cuerpos, etc., no son otra cosa mas que *formas*. Estas formas entran en nuestro pensamiento por la puerta de los ojos y de los oidos, del olfato y del gusto, y os representan apariencias, pero no la esencia misma de las cosas...

*La realidad escapa á vuestra inteligencia y sois completamente incapaz de comprender el universo...* Pero reconozco por la turbacion íntima de vuestro encéfalo y por las agitaciones flúidicas que atraviesan vuestros lóbulos cerebrales que ya no comprendeis nada absolutamente de mis revelaciones. No proseguiré mas, pues, en esta materia, cuyo motivo solo tenia por objeto haceros ver cuán profundo sería vuestro error si dierais gran importancia á las dificultades que os pueda oponer vuestra sensacion terrestre, y daros á conocer que ni vos, ni ningun hombre en la Tierra puede formarse ni una idea aproximada siquiera de la realidad del universo. El hombre terrestre no es mas que un homúnculo.

Ah ! si conocierais los organismos que vibran en Júpiter y en Urano, y si pudiérais apreciar los sentidos en accion en Vénus y en el anillo de Saturno, si el viaje de algunos siglos os hubiera permitido observar, aun cuando fuera de pasada, las formas de la vida en los sistemas de estrellas, las sensaciones de la vista en los soles de colores, las impresiones de un sentido eléctrico que no conocéis en los grupos de soles múltiples ; si una comparacion ultra-terrestre, en una palabra, os hubiese suministrado los elementos de un nuevo

conocimiento, comprenderiais como seres vivientes puedan ver, oír, sentir, ó por mejor decir, conocer la naturaleza, sin ojos, sin oídos, sin olfato; que existe en la naturaleza un número indeterminado de otros sentidos, los cuales son esencialmente distintos de los vuestros, y que hay en la creacion un número incalculable de hechos maravillosos cuya existencia ni remotamente podeis sospechar. En esta contemplacion general del universo, amigo mio, se vé la solidaridad que reúne al mundo físico con el espiritual; se vé á mas altura la fuerza íntima que eleva á ciertas almas probadas por las asperezas de la materia, pero purificadas por el sacrificio, hácia las solemnes regiones de la luz espiritual; y se comprende qué inmensa felicidad está reservada á esos seres que, en la Tierra misma, llegaron á emanciparse progresivamente de las pasiones corporales.

QUÆRENS. — Volviendo á la trasmision de la luz en el espacio, ¿no se pierde á lo último esta luz? ¿el aspecto de la Tierra permanece eternamente visible y no se atenúa, por el contrario, en razon de lo cuadrado de la distancia para anonadarse á cierto límite?

LUMEN. — Esa expresion vuestra « á lo último »

no tiene aplicacion, atendiendo á que no hay último en el espacio. La luz se debilita es cierto con la distancia, los aspectos se hacen ménos intensos, pero nada se pierde por completo. La Tierra no es visible á todas las miradas á cierta distancia; pero su aspecto existe aun cuando no le veamos, y miradas espirituales pueden distinguirla. Además, la imagen de un astro, llevada en alas de la luz, se aleja á veces á insondables profundidades en los oscuros desiertos del vacío. Existen en el espacio vastas regiones sin estrellas, países diezados por el tiempo, de donde se alejaron sucesivamente los mundos por la atraccion de focos exteriores. Segun esto, la imagen de un astro, al atravesar estos negros abismos se encuentra en una condicion análoga á la imágen de una persona ó de un objeto que el fotógrafo ha reflejado en su *cámara oscura*. No es imposible que estas imágenes encuentren en esos vastos espacios un astro oscuro (la mecánica celeste ha demostrado la existencia de muchos de ellos), de particulares condiciones, cuya superficie (formada de iodo tal vez, si hemos de atenernos al análisis espectral), se sensibilizaria y se haria capaz de fijar en sí misma la imagen del mundo lejano. De este modo vendrian á pintarse los acontecimientos terrestres

en un globo oscuro ; y si este globo gira sobre sí mismo, como los demás cuerpos celestes, presentará sucesivamente sus diferentes zonas á la imagen terrestre y tomará de esta suerte la fotografía continua de los acontecimientos sucesivos. Además, al bajar ó al subir siguiendo una línea perpendicular á su ecuador, la línea en que las imágenes se reprodujeron, describiría no un círculo, sino una espiral, y las nuevas imágenes no coincidirían con las antiguas y por lo tanto no se superpondrían unas á otras, sino que se seguirían arriba ó abajo. La imaginación podría suponer ahora que este mundo no es esférico, sino cilíndrico, y ver así en el espacio una columna imperecedera en la que se irían grabando y se enroscarian por sí mismos los grandes acontecimientos de la historia terrestre... No he visto yo esta realización ; hace tan poco que dejé la Tierra que apenas he tenido tiempo de vislumbrar si este hecho no se ha realizado en la riqueza infinita de las creaciones astrales.

QUÆRENS. — Si el rayo que sale de la Tierra no es *destruido* nunca, maestro ; nuestros actos son pues eternos ?

LUMEN. — Lo habeis dicho. Un hecho consumado no puede borrarse ya, y ningun poder puede

hacer que ya no exista. Se comete un crimen en medio de una campiña desierta. El criminal se aleja, queda desconocido y supone que el acto que acaba de ejecutar ha *pasado* para siempre. Se lavó las manos, se arrepintió y cree ya *borrada* su acción. Pero en realidad nada se ha destruido. En el momento en que el acto se verificó, la luz se apoderó de él y con la velocidad del rayo los trasportó al cielo. Se incorporó á un rayo de luz : eterno, se transmitirá eternamente en el infinito...

Se ejecuta una buena acción en silencio ; el bienhechor la mantiene oculta : la luz se apoderó de ella también y lejos de estar olvidada, subsistirá siempre.

Napoleon, para satisfacer su ambición personal, causó á sabiendas la muerte de cinco millones de hombres, de treinta años de edad por término medio, y á quienes quedaban por lo tanto unos treinta y siete años mas que vivir aun, segun el cálculo de probabilidades y leyes de la vida. Son pues ciento ochenta y cinco millones de años los que destruyó. Su castigo, su expiación, es el ser arrebatado por el rayo de luz que partió de las llanuras de Waterloo el 18 de junio de 1815, alejarse en el espacio con la misma velocidad de la luz, tener constantemente á la vista el instante

crítico en que vió derrumbarse para siempre el andamiage de su vanidad, experimentar sin tregua el dolor de la misma desesperacion y permanecer unido á ese rayo de luz durante los ciento ochenta y cinco millones de años destruidos de los cuales es responsable. Al obrar así, en vez de cumplir dignamente su mision, retardó por todo el tiempo indicado su progreso en la vida espiritual. ¿Y si os fuese dado entrever lo que sucede en el orden moral tan claro como entreveis ahora lo que sucede en el orden físico, veriais vibraciones y trasmisiones de otra naturaleza, que fijan en los arcanos del mundo espiritual las acciones y aun los pensamientos mas secretos.

QUÆRENS. — Vuestras revelaciones son espantosas, Lumen. De este modo nuestros eternos destinos están íntimamente ligados con la misma construccion del universo. Á veces he pensado en el problema especulativo de la comunicacion posible entre los mundos por medio de la luz. Muchos físicos han supuesto que tal vez llegue el dia en que se establezca una comunicacion entre la Tierra y la Luna y tal vez los planetas, por medio de signos luminosos. Pero si se pudiesen hacer señales de la Tierra á una estrella cuya luz tarde por ejemplo cien años en llegar hasta nos-

otros, la señal de la Tierra no llegaría aquí sino despues de trascurrido dicho tiempo y la respuesta no llegaría aquí sino despues de otro periodo igual. Pasarian pues dos siglos entre la pregunta y la respuesta. Haria mucho tiempo que el observador terrestre habria muerto cuando su señal llegase al observador sideral. Y este sin duda habria sufrido la misma suerte cuando se recibiera su contestacion!

LUMEN. — Seria esto, en efecto, una conversacion entre vivos y muertos.

QUÆRENS. — Me permitiréis, maestro, que os haga una pregunta un poco indiscreta... la última, pues veo que Vénus palidece y siento que vuestra voz vá á cesar de dejarse oír?

Si las acciones están de tal modo visibles en las regiones etéreas podremos ver despues de nuestra muerte no tan solo nuestros propios actos, sino tambien los de los demás; me refiero á aquellos que nos interesen.

Por ejemplo, una pareja de almas gemelas y siempre unidas gozará viendo durante mil años las dulces horas pasadas juntamente en la Tierra; se alejarán en el espacio con una velocidad igual á la de la luz, para tener siempre á la vista la misma hora de felicidad. Por el contrario, un ma-

rido seguirá con interés la vida entera de su compañera, y en el caso de que algún incidente inesperado se manifestara, podría examinar con detención detalles que le serían penosos... Hasta podría, si su compañera desincarnada residiese en algunas regiones cercanas, llamarla para observar juntos aquellos hechos retrospectivos. No se podrían admitir negaciones ante el irrecusable testimonio... si gozaran los espíritus con la contemplación de algunos hechos íntimos?

LUMEN. — En el cielo, mi terrenal amigo, se tienen en poco esos recuerdos de orden material y me extraña que os fijéis en estas cosas. El carácter que debe llamarse más particularmente la atención en el conjunto de los hechos que constituyen estos dos coloquios, es que en virtud de las leyes de la luz, podemos ver los hechos después que han tenido lugar y cuando se han desvanecido en realidad.

QUÆRENS. — Os aseguro, maestro, que esta verdad no se borrará jamás de mi memoria. Precisamente es este el punto que más me ha admirado. Olvidad mi digresión anterior. Si os he de hablar con franqueza, lo que más asombro me causó desde vuestra primera conversación fué el pensar que la duración del viaje del espíritu es

no solo nulo, negativo, sino también *retrógrado!* « ¡Tiempo retrógrado! » Estas dos palabras deben admirarse al verse juntas. ¿Cómo creerlo? ¿Es decir se sale de una estrella hoy para llegar ayer? Que digo, ayer? ¡Se llega *hace* setenta y dos años! Se llega cien años *hace!* Cuanto más lejos se vaya se llega antes. Sería preciso modificar por completo la gramática.

LUMEN. — Es incontestable. Hablando en estilo terrestre, no hay error alguno al usar este lenguaje, puesto que la Tierra no se halla más que en 1793, etc., para el mundo á que hemos llegado. Por lo demás, en nuestro glóbulo mismo tenéis ciertas paradojas aparentes que aproximadamente os dan una idea de esta. Por ejemplo, la del telegrama que expedido en París á las doce, llega á Brest á las doce menos veinte minutos.

Pero no son las aplicaciones particulares ó los aspectos curiosos lo que debéis conservar en la imaginación, sino la *revelación* de la cual no son más que la forma, y la metafísica de las que son la expresión sensible. Sabed que el tiempo no es una realidad absoluta, sino solo una medida transitoria causada por los movimientos de la Tierra en el sistema solar. Considerado con los ojos del

alma y no con los del cuerpo, este cuadro no ficticio, sino real, de la vida humana, tal y como fué, sin disimulo ni ocultacion posible, toca por una parte en el campo de la teología porque explica físicamente un misterio que no habia sido explicado aun « el juicio particular, » y por nosotros mismos, de cada uno de nosotros despues de la muerte. Considerando la cuestion en conjunto, el presente de un mundo no es ya una actualidad momentánea que desaparece en el mismo instante que se manifiesta, no es ya un aspecto sin consistencia, una puerta por la cual el pasado se precipita incesantemente hácia el porvenir, un plan matemático en el espacio ; es, por el contrario una realidad efectiva que se aleja de este mundo con la velocidad de la luz y que internándose eternamente en el infinito, permanece asi como *un presente eterno*.

Tal es la realidad metafísica de este vasto problema, que se puede concebir ahora la omnipresencia del mundo en toda su duracion. Los acontecimientos se disipan para el lugar que los vió nacer, pero permanecen en el espacio. Esta proyeccion sucesiva y sin fin de todos los hechos consumados en cada uno de los mundos, se efectua en el seno del *Ser infinito*, cuya ubicuidad

mantiene de este modo cada cosa en una permanencia eterna.

Los acontecimientos que han tenido lugar en la superficie de la Tierra, desde su origen, estan visibles en el espacio á distancias, tanto mas lejanas cuanto mas reconditas son. Toda la historia de la Tierra y la vida de cada uno de sus habitantes podrian por consiguiente verse á un tiempo por una mirada que abarcára todo este espacio. Comprendemos de este modo ópticamente como Dios, presente en todas partes, vé todo el pasado en un mismo momento.

Lo que es verdad en nuestra Tierra es verdad en todos los mundos del espacio. Así es que la historia entera de todos los universos puede estar presente á la vez en la universal ubicuidad del Creador.

Puedo añadir que Dios conoce todo el pasado, no solamente por esta mirada directa, sino tambien por el conocimiento de cada cosa presente. Si un naturalista como Cuvier ha sabido reconstruir especies animales que habian desaparecido con solo tener á la vista un fragmento de huevo, el Autor de la naturaleza conoce por la Tierra actual la Tierra pasada, el sistema planetario y el sol del pasado, y todas las condiciones de tempe-

ratura, de agregaciones y formaciones por las cuales los elementos han llegado á formar los compuestos que existen en la actualidad.

Por otra parte, el porvenir puede estar tan completamente presente para Dios en sus gérmenes actuales como el pasado lo está en sus frutos. Cada acontecimiento está ligado de una manera indisoluble con el pasado y el porvenir. El porvenir será también consecuencia forzosa del presente, deducción tan lógica y rigurosa del mismo y existe en él tan exactamente como lo está también el pasado para quien pudiera reconocerlo.

Pero, lo repito, el punto capital de esta narración, es el saber, el comprender, que la vida pasada de los mundos y de los seres está siempre visible en el espacio, gracias á la trasmisión sucesiva de la luz al través de las vastas regiones del infinito.

## NARRACION CUARTA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ratura, de agregaciones y formaciones por las cuales los elementos han llegado á formar los compuestos que existen en la actualidad.

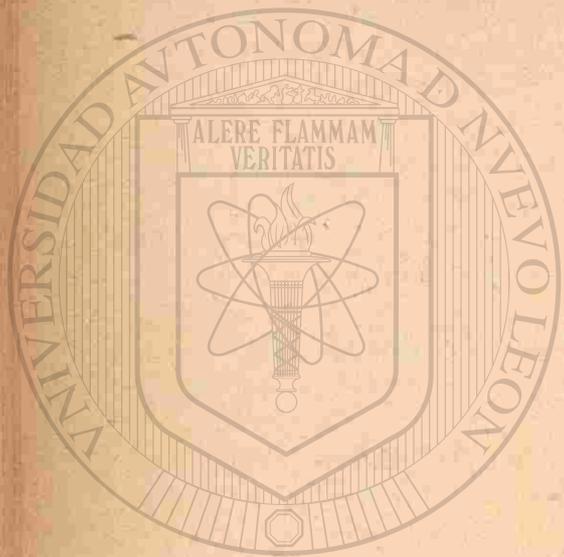
Por otra parte, el porvenir puede estar tan completamente presente para Dios en sus gérmenes actuales como el pasado lo está en sus frutos. Cada acontecimiento está ligado de una manera indisoluble con el pasado y el porvenir. El porvenir será también consecuencia forzosa del presente, deducción tan lógica y rigurosa del mismo y existe en él tan exactamente como lo está también el pasado para quien pudiera reconocerlo.

Pero, lo repito, el punto capital de esta narración, es el saber, el comprender, que la vida pasada de los mundos y de los seres está siempre visible en el espacio, gracias á la trasmisión sucesiva de la luz al través de las vastas regiones del infinito.

## NARRACION CUARTA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## NARRACION CUARTA<sup>1</sup>.

ANTERIORES VITÆ.

QUÆRENS. — Han trascurrido dos años, ¡oh Lumen! desde el día en que tuvo lugar nuestra última conversacion mistica. Durante este periodo, para vos insensible, como habitante del espacio eterno, pero muy sensible para nosotros los seres terrenales, muchas veces se elevó mi pensamiento hácia los grandes problemas en los cuales me iniciasteis y nuevos horizontes se han presentado á la vista de mi alma. Supongo tambien que desde que marchasteis de la Tierra, vuestras observaciones y vuestros estudios no han hecho mas que acrecentarse en un campo de investigaciones cada vez mas vasto. Sin duda alguna tendreis infinitas maravillas que enseñar á mi inteligencia mejor preparada. Oh! si soy digno de saberlas y si puedo comprenderlas, referidme, oh Lumen, los viajes celestes que trasportaron vuestro espíritu hácia las esferas

<sup>1</sup> Escrita en 1869.

superiores, las verdades desconocidas que os han sido reveladas, los horizontes que habeis entrevisto, los principios que habeis descubierto sobre el misterioso asunto del destino de los hombres y de los séres.

LUMEN. — Querido y antiguo amigo, prepararé vuestra alma para recibir esas extrañas impresiones que ningun espectáculo terrestre supo ni pudo producir. Es sin embargo absolutamente necesario que os despojeis por completo de toda preocupacion terrestre. Lo que voy á enseñaros os asombrará, escuchadlo desde luego atentamente, como una verdad comprobada y no como una novela : este es el primer esfuerzo que reclamo de vuestro ardoroso estudio. Cuando comprendáis lo que os digo — y espero que así sea si concentráis matemáticamente vuestro espíritu — concebireis como todos los hechos que constituyen nuestra existencia ultra-terrestre, son no solo posibles sino tambien reales, y que están además en armonia íntima con nuestras facultades intelectuales manifestadas ya en esa Tierra.

QUÆRENS. — Os puedo asegurar, ¡oh Lumen! que mi espíritu libre y despreocupado arde en deseos de conocer esas maravillas que el oído humano no ha escuchado todavía.

LUMEN. — Los acontecimientos que serán objeto de esta narracion no se refieren únicamente á la Tierra y á los astros vecinos, sino que se extienden á los inmensos campos de la astronomía sideral, cuyas maravillas nos darán á conocer. Su explicacion terminará como en las anteriores por el estudio de *la luz*, puente mágico echado de uno al otro astro, de la Tierra al Sol, de la Tierra á las estrellas, — de *la luz*, movimiento universal que llena los espacios, que mantiene los mundos en sus órbitas, y constituye la vida eterna de la naturaleza. Recordad, pues, ante todo *la marcha sucesiva de la luz en el espacio*.

QUÆRENS. — Sé que la luz, ese agente poderoso, por el cual se hacen visibles los objetos para nosotros, no se trasmite instantáneamente de un punto á otro, sino sucesivamente, como todo móvil. Sé tambien que vuela á razon de 70,000 leguas por segundo, que recorre 777,000 leguas cada 10 segundos y 4,620,000 cada minuto. Sé que emplea mas de 8 minutos en salvar la distancia media de 37 millones de leguas que nos separa del Sol. La astronomía moderna nos ha familiarizado con todas estas cosas.

LUMEN. — ¡Y os formais una idea clara de su movimiento ondulatorio ?

QUERENS. — Tal creo. Lo comparo al del sonido, aun cuando tenga lugar en una escala incomparablemente mayor. Ondulaciones por ondulaciones, el sonido se propaga en el aire. Cuando las campanas tocan á vuelo, su toque sonoro, es oido en el mismo instante en que hiere el bádajo por los que habitan cerca de la iglesia, no llega á los oidos de los que viven á 3 hectómetros y medio sino un segundo despues, dos segundos y tres segundos á los oidos de los que residen á 7 hectómetros y á 1 kilómetro de la iglesia. De este modo el sonido no llega de una á otra aldea sino sucesivamente de una region mas cercana á otra mas lejana del espacio, y se aleja así sin apagarse á distancias casi infinitas. Si pudiésemos ver desde la Tierra un acontecimiento que se verifica en la Luna; si, por ejemplo, tuviésemos tan buenos instrumentos que pudieramos distinguir desde aquí una fruta que cayera de un árbol en la superficie de la Luna; no veriamos este hecho *en el momento mismo* en que se verifica sino un segundo *despues*, por que para llegar desde la distancia en que se halla la Luna, la luz emplea un segundo aproximadamente. Si pudiésemos ver igualmente un hecho que aconteciese en un mundo situado diez veces

mas léjos que la Luna, no lo veriamos sino 13 segundos despues de haber realmente sucedido. Si ese mundo estuviese mil veces mas léjos que la Luna, no veriamos el hecho sino 130 segundos despues que hubiera tenido lugar; mil veces mas léjos, no le veriamos sino 1,300 segundos ó sea 21 minutos 40 segundos despues; y así sucesivamente segun las distancias.

LUMEN. — Exactamente, y sabeis que por esto es que el rayo luminoso enviado desde la estrella *Capella* á la Tierra emplea 72 años en llegar á ella. Si recibimos pues únicamente hoy el aspecto luminoso de la estrella emanado de su superficie hace 72 años, reciprocamente los habitantes de *Capella* no ven hoy mas que la Tierra de hace 72 años. La Tierra refleja en el espacio la luz que recibe del sol, y, desde léjos, aparece brillante como os lo parecen *Vénus* y *Júpiter*, planetas iluminados por el mismo Sol que la ilumina. El aspecto luminoso de la Tierra, su fotografia, viaja en el espacio á razon de 77,000 leguas por segundo, y no llega á la distancia de la estrella *Capella* sino despues de 72 años de marcha incesante. Os recuerdo estos elementos con el objeto de que teniéndolos clara y firmemente grabados en vuestra mente, podiais comprender sin difi-

cultad los hechos que han tenido lugar en mi vida ultra-terrena despues de nuestra última conferencia.

QUERENS. — Estos principios de óptica no se borran de mi memoria. El día despues de vuestra muerte, en octubre de 1864, cuando, segun me dijisteis, os hallásteis trasportado á Capella, os asombrásteis de llegar en el momento en que los astrónomos filósofos del país observaban la Tierra en 1793, y uno de los hechos mas atrevidos de la Revolucion francesa.

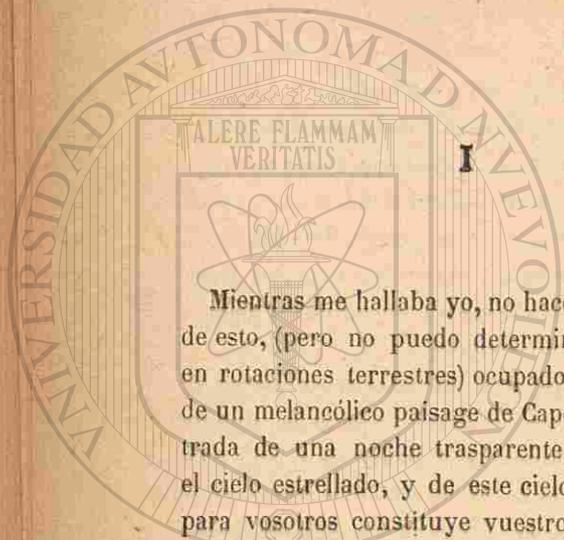
No os causó ménos extrañeza el volveros á ver niño, correteando por las calles de Paris. Al aproximaros á la Tierra á menor distancia que la de Capella, os colocabais en la zona en que llegaba la fotografia terrestre producida en la época de vuestra infancia y os volvais á encontrar á la edad de seis años, no como recuerdo, sino en realidad. De vuestras anteriores narraciones esta es la que me costó mas trabajo crear, es decir, comprender con exactitud.

LUMEN. — Lo que os quiero ahora dar á entender es mucho mas sorprendente todavia; pero era necesario haber admitido lo primero para comprender con mas claridad lo que voy á decir. Saliendo de Capella y aproximándome á

la Tierra he vuelto á ver mis 72 años de existencia terrenal, mi vida entera, directamente, tal como pasó; porque acercándome á la Tierra, iba al encuentro de las zonas sucesivas de aspectos terrestres que arrastraban en la extension la historia visible de nuestro planeta, inclusa la de Paris, y de mi personalidad que en él se hallaba. Recorriendo retrospectivamente en un día el camino que la luz emplea 72 años en recorrer, habia vuelto á ver mi vida entera en un día y llegaba para presenciar mi entierro.

QUERENS. — Es lo mismo que si volviendo de Capella á la Tierra hubierais hallado en vuestro camino 72 fotografias escalonadas de año en año. La mas lejana de la Tierra, la que ántes salió, la que estaba á la distancia de Capella, señalaba 1793; la segunda, salida un año despues, y que no habia llegado aun á Capella marcaba 1794; la décima, 1803; la trigésima sexta, que habia llegado á la mitad del camino, daba 1829; la quinquagésima, 1843; la septuagésima segunda, 1863.

LUMEN. — Es imposible comprender mejor esta realidad que al pronto parece incomprensible y misteriosa. Ahora puedo contaros lo que me ha sucedido en Capella despues de haber visto de nuevo mi existencia terrenal.



Mientras me hallaba yo, no hace mucho tiempo de esto, (pero no puedo determinaros el tiempo en rotaciones terrestres) ocupado, en el interior de un melancólico paisaje de Capella y á la entrada de una noche trasparente, en contemplar el cielo estrellado, y de este cielo la estrella que para vosotros constituye vuestro Sol, y en las cercanías de esta estrella, el pequeño planeta azulado que es vuestra tierra; mientras observaba una de las escenas de mi primera infancia; mi tierna madre sentada en medio de un jardín, llevando en brazos á un niño de pocos meses (mi hermano), teniendo al lado á una niña que solo contaba dos primaveras (mi hermana) y á un niño que tenia dos meses (yo mismo); mientras que me veia yo en esa edad en que el hombre no tiene aun conciencia de su existencia intelectual

y lleva no obstante en su frente el germen de su vida entera; mientras pensaba en esa extraña realidad que hacia verme á mi mismo á la entrada de mi terrenal carrera, sentia mi atencion desviada de vuestro planeta por un poder superior, y mis miradas se dirigian hácia otro punto del cielo que en aquel mismo momento, me pareció unido á la Tierra y á mi terrenal carrera por algun lazo oculto. No pude ménos de fijarme en aquel punto del cielo; no sé que poder magnético me encadenaba á él. Traté muchas veces de desviar mis miradas para dirijirlas á la Tierra que amo siempre, pero volvia con mas obstinacion hácia la estrella desconocida.

Esa estrella, en la que mis miradas trataban así como por instinto de adivinar algo, forma parte de la constelacion *Virgo*, asterisco cuya forma varia un poco vista desde Capella. Es una estrella doble, es decir la reunion de dos soles, una de blancura argentina, la otra de un color de oro brillante, que giran la una alrededor de la otra en una rotacion de ciento cincuenta y nueve años. Se vé esa estrella á la simple vista desde la Tierra y se halla inscrita con la letra  $\gamma$  (*Gamma*) de la constelacion *Virgo*. Alrededor de cada uno de los soles que la constituyen hay un sistema

planetario. Mi vista se fijó en uno de los planetas del sol de oro.

En este planeta hay vegetales y animales como en la Tierra; sus formas se aproximan á las formas terrestres aunque en el fondo los organismos están constituidos de bien distinto modo. Hay un reino animal análogo al nuestro, peces en sus mares y cuadrúpedos en su atmósfera en la que los hombres pueden también volar, aunque sin alas, en razón de la gran densidad de aquella atmósfera. Los hombres de ese planeta presentan casi la forma humana terrestre. Se diferencian no obstante en no tener pelo en la cabeza; en las manos tienen tres pulgares que pueden oponerse recíprocamente entre sí y en el talón como tres espolones en vez de la planta del pié; las extremidades de los brazos y de las piernas son flexibles como el *cautchú*; tienen dos ojos, una nariz y una boca, lo que les hace asemejarse á los rostros terrenales. No tienen orejas á los lados de la cabeza, sino una sola, de forma cónica en la parte superior del cráneo como un sombrero. Viven en sociedad y no van desnudos. En resumen, ya veis que son bastante semejantes exteriormente á los habitantes de la Tierra.

QUERENS. — Existen pues según esto, seres muy distintos de nosotros en los otros mundos, para que esos, á pesar de sus diferencias, merecen compararsenos?

LUMEN. — Una profunda diferencia, de la que no podeis formaros idea, separa en general las formas animadas de los diferentes globos. *Esas formas son el resultado de los elementos especiales de cada globo y de las fuerzas que en él actúan*: materia, densidad, peso, calor, luz, electricidad, atmósfera, etc., se diferencian esencialmente de un mundo á otro. En un mismo sistema, esas formas empiezan ya á ser distintas. Así los hombres de Saturno y de Mercurio en nada se parecen á los hombres de la Tierra; el que los viere por primera vez no reconocería en ellos ni cabeza, ni miembros ni sentidos. Los del sistema planetario de Virgo, hácia el que mis miradas se fijaban con pasiva persistencia, se aproximan por el contrario, en su forma, á los habitantes del globo terráqueo. También se asemejan á ellos por su estado moral é intelectual. Algo inferiores á nosotros, están situados en los grados de la escala de almas que precede inmediatamente al grado á que pertenece en su conjunto la humanidad terrestre.

QUERENS. — La humanidad terrestre no es homogénea en su valor intelectual y moral; antes por el contrario la encuentro muy vária en este punto. Nos diferenciamos mucho en Europa de las tribus de la Abisinia y de los salvajes de las islas Oceánicas. ¿Qué pueblo tomáis por tipo para el grado de inteligencia en la Tierra?

LUMEN. — El pueblo árabe. Es capáz de producir hombres como Kepler, Newton, Galileo, Arquímedes, Euclides, ó de Alambert; por otra parte toca en sus raíces con las hordas primitivas unidas á la roca granítica. Pero no es necesario tomar aquí á ningún pueblo por tipo; mejor es considerar en conjunto la civilización moderna. Por otra parte, no hay tanta diferencia como parece suponéis que existe entre la inteligencia de un negro y la de un cerebro de raza latina. Si de todos modos se os hace necesaria una comparación, os diré que los hombres de ese planeta de Virgo están poco más ó menos al nivel de adelanto intelectual de los pueblos árabes y escandinavos.

La diferencia más esencial que existe entre ese mundo y la Tierra consiste en que allí no hay sexos ni en los animales ni en las plantas, ni en la humanidad. La generación de los seres se verifica de una manera espontánea, como resultado natural

de ciertas condiciones fisiológicas reunidas en ciertas islas fértiles del planeta y los hombres, no se forman en el vientre de una madre como aquí. Sería inútil explicaros el procedimiento, atendido á que no podéis juzgar y comprender sino con vuestras ideas terrenales y los hechos de ese planeta son completamente distintos. El resultado de esta situación orgánica es que el matrimonio no existe bajo ninguna forma en dicho mundo, y que las amistades entre los humanos no se mezclan nunca con las atracciones casuales que se manifiestan siempre aquí, aun en las más puras relaciones amistosas, entre dos personas de distinto sexo.

Atraída, como ya os lo he dicho, hácia aquel planeta lejano, la mirada de mi alma, examiné con detenimiento su superficie. Fijéme muy particularmente y sin conocer la razón dominante para ello, en una blanca ciudad que desde lejos parecía una comarca cubierta de nieve, pero lo probable es que no lo fuese, pues es inverosímil que pueda el agua existir en aquel globo en los mismos estados químicos y físicos que en la Tierra. Veíase cerca de dicha ciudad una alameda que conducía á un bosque vecino formado por árboles amarillentos. No tardé en observar con especialidad á tres personajes que parecían

dirigirse lentamente hacia el bosque. Constituían el grupo dos amigos que aparentaban hallarse en íntima conversación y un ser diferente de ellos por su traje encarnado y que por su traza debía ser ó su criado, ó su esclavo, ó su animal doméstico.

Mientras miraba yo con curiosidad á los dos personajes principales, el de la derecha levantó el rostro al cielo, como si lo hubiesen llamado de lo alto de un globo, y fijó la vista precisamente hacia Capella, estrella que sin duda no veía, puesto que aquella escena tenía lugar para él durante el día. Oh! antiguo amigo mío, jamás olvidaré la súbita impresion que me causó aquel espectáculo. Cuando pienso en ello ni recordar puedo lo que por mí pasó entonces...

Aquel hombre del planeta de Virgo que me miraba como á pesar suyo era... ós lo diré sin preambulo, era yo...

QUERENS. — ¿Cómo vos?

LUMEN. — Yo mismo en persona. Al instante me reconocí y ya podreis juzgar cual seria mi sorpresa!

QUERENS. — ¡Sin duda! Os confieso ahora que no entiendo ni una palabra.

LUMEN. — El hecho es que aquella era una

situacion completamente nueva y que exige una explicacion.

Era yo, en verdad, y no tardé en reconocer no tan solo mi rostro y mi forma anterior, sino tambien á la persona que me acompañaba que era un antiguo é íntimo amigo mío, mi querido Kathleen, que fué mi compañero de estudio en aquel planeta. Seguí con la mirada el bosque dorado al través de deliciosos valles sombreados por doradas cúpulas de árboles de corpulento ramaje matizados con las tintas mas bellas y el cespéd florido del color del ámbar. Un manso arroyuelo serpenteaba en la fina arena y á sus orillas nos sentamos. Recuerdo las dulces horas que juntos pasamos, los hermosos años trascurridos en aquella tierra lejana, nuestras fraternales conferencias, las mutuas impresiones que juntos experimentabamos á la vista de los hermosos paisajes del bosque, ante las silenciosas llanuras, las vaporosas colinas y las lagunas que sonreían al cielo. Nuestras aspiraciones se elevaban hacia la grande y santa naturaleza y adorabamos á Dios en sus obras. ¡Con qué alegría volví á ver aquella fa z de mi existencia precedente, y reanudar la cadena de oro interrumpida por la Tierra!...

En verdad, querido Quærens, yo era realmente quien vivía entonces en aquel planeta de Virgo. Me volvía á ver tal cual había sido y podía continuar observando la serie de mis actos y volver á ver directamente los mejores momentos de aquella lejana existencia. Por otra parte, si hubiera dudado de mi identidad, hubiera cesado la incertidumbre aun durante la observación, pues mientras me contemplaba ví salir del bosque y venir á buscarme á mi hermano de aquella existencia, Berthor, que vino á mezclarse en nuestra conversación á orillas de la murmuradora fuente.

QUÆRENS. — Maestro, os aseguro que no se me alcanza de que modo podríais veros así en realidad en aquel planeta de Virgo. ¿Teníais acaso el don de ubicuidad? ¿Podíais estar como Francisco de Asís ó Apolonio de Tyane, en dos sitios á la vez?

LUMEN. — De ningún modo. Al examinar las coordenadas astronómicas del sol Gamma de Virgo, al conocer su paralaxis, vista desde de Capella, llegué á persuadirme de que la luz de aquel sol no podía emplear ménos de 172 años en atravesar la distancia que la separa de Capella.

Recibía pues actualmente (estilo terrestre: en

1869) el rayo luminoso salido de aquel mundo hace 172 años (hablando terrenalmente: en 1797). Según esto se deduce que vivía yo precisamente en el planeta de que se trata y que me hallaba á los veintinueve años de edad.

Al comprobar las edades y comparando los diferentes estilos planetarios, he reconocido en efecto que había nacido en aquel mundo de Virgo el año 45,904 (que corresponde al año 1677 de la era cristiana terrestre) y que morí repentinamente en el de 45,913, que comprende al año 1767. Cada año de aquel planeta equivale á diez de los nuestros. En el momento en que me veía como os acabo de referir, aparentaba tener unos veinte años de edad, terrenalmente hablando; pero en relación al planeta venía á tener unos dos años. Á veces se alcanza en él la edad de 15 años, que puede calcularse como el límite de la vida en aquel globo y que equivale á 150 años terrestres.

El rayo luminoso, ó, mejor dicho, el aspecto, la fotografía de aquel mundo de Virgo, tardando 172 años en atravesar la inmensa distancia á que se encuentra de Capella, dá por resultado que hallándome en este último astro, recibía únicamente la imagen emanada 172 años ántes de la

constelacion de Virgo; y aunque las cosas hayan cambiado mucho desde entónces, aun cuando se hayan sucedido muchas generaciones, que yo mismo hubiese muerto y que desde aquella época haya tenido tiempo de nacer de nuevo y vivir 72 años en la Tierra, no obstante todo esto, la luz habia tardado todo aquel tiempo en recorrer la distancia de Virgo á Capella y me traia recientes impresiones de aquellos sucesos pasados.

QUERENS. — Estando demostrada esa duracion en el camino de la luz, nada se me ocurre que decir en contra de esto. No puedo ménos de confesar, sin embargo, que tal cosa excede á todo lo que podía yo esperar de la facultad creadora de la imaginacion.

LUMEN. — Aquí no hay nada de imaginacion, antiguo amigo mio, sino una realidad eterna y sagrada que tiene por lo tanto su lugar en el plan de la creacion universal. Directa y reflejada, la luz de cada astro, ó mejor dicho el aspecto de cada sol y de cada planeta, se extiende en el espacio con una velocidad de 77,000 leguas por segundo y el rayo luminoso contiene en si mismo todo lo que es visible. Como nada se pierde, la historia de cada mundo, contenida en la luz que de él emana incesante y nece-

sariamente, atraviesa por toda la eternidad el espacio infinito, sin poder aniquilarse nunca. El ojo terrenal no podría leer en él; pero existen ojos superiores á los de la Tierra. Por otra parte en la Tierra misma cuando examináis con el telescopio la naturaleza de una estrella, bien sabéis que no es su naturaleza actual la que teneis á la vista, sino su pasado que os trasmite un rayo de luz salido de ella tal vez hace cien mil años. Tampoco ignoráis que cierto número de astros cuyos elementos físicos y numéricos tratáis de determinar vosotros, astrónomos de la Tierra, y que brillan con fulgor sobre vuestras cabezas, pueden muy bien no existir desde el principio del mundo terrestre.

QUERENS. — Lo sabemos. Quiere decir que habeis visto desarrollarse á vuestra vista vuestra penúltima existencia 172 años despues de haber trascurrido.

LUMEN. — Ó mas bien una faz de aquella existencia; pero hubiera podido y podré evidentemente volverla á ver por completo acercándome á aquel planeta como lo he hecho para mi existencia terrestre.

QUERENS. — ¿De manera que habeis visto de nuevo en la luz vuestras dos últimas encarnaciones?

LUMEN. — Exactamente y lo que es mas las he visto y las veo aun juntas, *simultáneamente*, como si estuviese una al lado de otra.

QUÆRENS. — ¿Las veis ambas á la vez?

LUMEN. — El hecho es fácil de comprender. La luz de la Tierra tarda 72 años en llegar á Capella. La luz del planeta de Virgo, que está casi vez y media mas distante de Capella tarda 172 años. Como yo vivía hace 72 años en la Tierra y cien años en otro planeta, aquellas dos épocas llegaron á mí precisamente á la vez en Capella. Tengo pues á la vista, con solo mirar á ambos mundos, mis dos últimas existencias que se desarrollan naturalmente, como si yo no estuviese aqui para verlas, y sin que pueda cambiar nada en las acciones que me veo á punto de ejecutar tanto en el uno como en el otro, puesto que aquellas acciones aunque presentes y futuras para mi observacion actual, han pasado en realidad.

QUÆRENS. — ¡Qué asombroso es eso en verdad!

LUMEN. — Lo que mas me impresionó en aquella inesperada observacion de mis dos últimas existencias que se desarrollaban juntas y de presente para mí en dos mundos diferentes, y lo que mas estrañeza me causó, es que aquellas dos existencias se asemejan entre sí de la manera mas

asombrosa. Veo que he tenido poco mas ó ménos los mismos gustos en la una que en la otra, las mismas pasiones, los mismos errores. Ni criminal, ni santo, en ambas. Además, (¡extraña coincidencia!) he visto en la primera paisajes análogos á los que vi en la tierra. Así me esplico, aquella inclinacion innata con la que vine al mundo terrestre hácia la poesia del norte, por los cuentos de Ossian, por los misteriosos paisajes de Irlanda, las montañas y las auroras boreales. La Escocia, la Escandinavia, la Suecia y Noruega con sus brumas, el Spitzberg con sus soledades, tenían para mí irresistible atractivo. Los antiguos torreones arruinados, los picos y las rocas silenciosas, los abetos sombríos bajo los cuales gime el cierzo airado, todo esto me parecia en la Tierra tener alguna oculta relacion con mis pensamientos íntimos. Cuando he visto la Irlanda, me ha parecido haber vivido en ella. Cuando subí por primera vez al Rigi y al Finsteraarhorn y cuando asistí á la salida esplendorosa del sol en las cimas nevadas de los Alpes, me pareció haber ya visto todo aquello anteriormente. El espectro del Brocken no me pareció nuevo. Consiste esto en que durante unos cincuenta años habia habitado en análogas regiones en el planeta de Virgo. La misma vida,

las mismas acciones y circunstancias, las mismas condiciones. ¡Analogías, analogías! Con todo lo que he visto, hecho y pensado en la Tierra, lo había ya visto, hecho y pensado cincuenta años antes en aquel mundo anterior.

¡Siempre me lo sospechaba!

El conjunto de mi vida terrestre, es sin embargo superior al de la precedente. Cada niño trae al nacer diferentes facultades, aptitudes especiales, cualidades innatas, que no pueden tener otra explicación ante el espíritu filosófico y la Justicia eterna sino por trabajos anteriormente ejecutados por almas libres. Pero aunque mi vida terrenal sea superior á la precedente, principalmente en lo que concierne á tener un conocimiento mas exacto y profundo del sistema del mundo, sin embargo, debo observar que ciertas facultades físicas y morales, poseidas anteriormente, me faltaban en la Tierra. Por el contrario poseía en ese mundo facultades que no había recibido antes.

Así, por ejemplo, entre las facultades físicas de que carecía en la tierra, citaré sobre todo la de volar. En el planeta de Virgo veo que volaba con tanta frecuencia como andaba y esto tenía lugar sin aparato aeronáutico y sin alas; lo hacía buenamente con los brazos y las piernas, como

cuando se nada entre dos aguas. Al examinar con detención el modo de locomoción que veo empleaba en aquel planeta, reconozco fácilmente que no tengo (quiero decir, que no tenía) ni alas, ni globo, ni hélice. En un momento dado, me lanzaba del suelo, con apoyar fuertemente la planta del pié y tomando empuje extendía en el aire los brazos y nadaba sin fatiga. Cuando bajaba á pié una montaña escarpada, me lanzaba en el espacio á pié juntillas y descendía lenta y oblicuamente, por mi sola voluntad, hasta el punto en que quería pararme. También me sucedía volar despacio á la manera de una paloma que describe una curva al entrar en el palomar. Hé aquí lo que veo claramente que hacía en aquel mundo.

No es una vez sola, han sido cien y mil tal vez las que me he sentido arrebatado del mismo modo en mis sueños terrestres.

Exactamente como os lo he referido, es decir, poco á poco, de un modo natural, sin aparato alguno. ¿Cómo semejantes cosas se presentarían, y con tanta frecuencia, en nuestros sueños si fueran imposibles? nada puede justificarlos: nada análogo existe en el globo terráqueo. Para obedecer instintivamente á esa tendencia innata, muchas veces me lancé en la atmósfera en un

globo lleno de gas; pero no es la misma impresion: *no se siente uno volar*; creese uno casi inmóvil. Ahora me explico mis sueños: mientras mis sentidos reposaban, mi alma tenia reminiscencias de su existencia anterior.

QUÆRENS. — Pero yo tambien, con mucha frecuencia, me he sentido y me he visto volar en sueños y del mismo modo que lo habeis descrito, por un acto de la voluntad, sin alas ni aparatos. ¿Si habré vivido yo tambien en el planeta de Virgo?

LUMEN. — Lo ignoro. Si tuvierais buena vista ó instrumentos de gran alcance, podriais aun desde vuestro mismo globo, ver aquel planeta, examinar su superficie, y si en él hubieseis existido en la época en que salieron los rayos que ahora llegan á la Tierra, tal vez pudierais encontraros en él y reconoceros; pero vuestra retina es muy débil para intentar semejante investigacion. Por otra parte no es absolutamente necesario que hayais vivido en aquel mundo para haber tenido la facultad de volar. Existen muchos mundos en donde el vuelo constituye el estado normal y en los que toda la raza humana no vive mas que por esa facultad. Realmente son pocos los planetas en donde los séres rastreen como en la Tierra.

QUÆRENS. — Resultaria de vuestra vision precedente que no fué la primera vuestra existencia terrenal y que ántes de vivir en la Tierra habiais ya vivido en otro mundo. Segun esto creeis en la pluralidad de las existencias del alma?

LUMEN. — ¿Os olvidais que estais hablando con un espiritu desencarnado? Debo rendirme ante la evidencia al tener á mi vista mi vida terrenal y mi vida anterior en el planeta virginal. Además recuerdo otras varias existencias anteriores.

QUÆRENS. — ¡Ah! precisamente esto es lo que falta para convencerme de lo mismo, pues por mi parte no recuerdo nada absolutamente de lo que pudo proceder á mi nacimiento terrenal.

LUMEN. — Aun estais encarnado. Esperad vuestra libertad y entónces podreis acordaros de vuestra vida espiritual. El alma no tiene plena memoria ni plena posesion de sí misma, sino en su vida normal, en su vida celeste, es decir, entre sus encarnaciones. Entónces vé no tan solo su vida terrestre, sino tambien sus existencias anteriores.

Como ha de poder acordarse de su vida espiritual el alma cuando se halla envuelta en los groseros lazos de la materia y aprisionada en ella para un trabajo transitorio?

Cuán penoso no le sería ese mundo! Que tra-

bas no traería á la libertad de sus actos si mostrase el alma su principio y su fin ! Donde estaria el mérito si uno supiese su destino? No han llegado aun á ese estado de adelanto las almas encarnadas en la Tierra para que pudiera serles útil el recuerdo de su estado anterior. La permanencia de las impresiones anímicas no se manifiesta en ese mundo transitorio. La oruga no recuerda su existencia rudimentaria en el huevo. La crisálida adormecida no recuerda los dias que consagró al trabajo cuando rastreaba por las plantas bajas. La mariposa, que vuela de flor en flor, no recuerda tampoco el tiempo en que su mómia vagaba suspensa de una tela, ni el crepúsculo en que su larva se arrastraba de yerba en yerba, ni la noche en que fué sepultada por una conchita de la via. Sin embargo, esto no impide para que el huevo, la oruga, la crisálida y la mariposa sean un solo y mismo sér.

QUERENS. — Sin embargo, maestro, si hubieramos vivido ántes de esta vida algo nos quedaria de ello. Sin esto esas existencias anteriores son lo mismo que si no hubieran tenido lugar.

LUMEN. — ¡ Ah ! ¿ Creeis que es nada el llegar á la Tierra con aptitudes innatas? Nacen dos hijos de unos mismos padres, reciben idénticamente la

misma educacion, los mismos cuidados les rodean, habitan en el mismo sitio, examínadlos sin embargo con attention. ¿ Son iguales? De ningun modo. La igualdad de las almas no existe. Este trae consigo instintos pacíficos y una gran inteligencia : será bueno, estudioso, prudente, ilustre tal vez entre los pensadores. Aquel viene con instintos de mando, de envidia y tal vez de ferocidad. Dibujándose y acentuándose mas y mas sus inclinaciones, le vereis con el tiempo al frente de un ejército y tendrá esa gloria (pozo envidiable por cierto, aunque muy admirada todavía en la Tierra), que va unida al título de asesino oficial. Esa divergencia de carácter, débil ó fuertemente acusada, que no depende ni de la familia, ni de la raza, ni de la educacion, ni del estado físico, vemos que se manifiesta en todos los hombres. Podeis pensar lo que querais : llegareis á formaros el convencimiento que no tiene explicacion satisfactoria ni otra razon de ser mas que en los estados anteriores de las almas.

QUERENS. — La mayor parte de los filósofos y de los doctores teológicos han enseñado, sin embargo, que el alma era creada al mismo tiempo que el cuerpo.

LUMEN. — Os ruego que me digais en que mo-

mento tiene eso lugar. ¿Es en el momento del nacimiento? Tanto la legislación como la fisiología anatómica os dicen y saben perfectamente que el niño vive aun antes de salir de su cárcel uterina y que destruir un feto de ocho meses es cometer un asesinato. ¿En qué época creéis pues que el alma aparece súbitamente en el cráneo fluidico del feto ó del embrión?

QUÆRENS. — Varios Padres de la Iglesia han dicho que eso sucede á la sexta semana de la gestacion. Otros han opinado que en el mismo momento en que tiene lugar la concepcion.

LUMEN. — ¡Qué idea tan pobre y absurda! Quisierais que los designios eternos del Creador estuviesen sometidos en su ejecucion á los caprichosos deseos, á la llama intermitente de dos corazones amantes! ¿Podeis admitir que vuestro sér inmortal es creado al contacto de dos epidermis? ¿Cabe en vos el suponer que el pensamiento supremo que gobierna los mundos se ponga á la merced de la casualidad, de la intriga, de la pasion y á veces del crimen? ¿Pensais que el número de las almas pueda depender del número de flores que hayan podido ser tocadas por el dulce polvillo del polen de doradas alas? No os parece semejante suposicion, semejante doctrina, una blasfemia, un in-

sulto á la dignidad divina y á la del alma misma? Y por otra parte, admitirla no seria materializar por completo nuestras facultades intelectuales?

QUÆRENS. — Convengo en que sería muy singular, en efecto, que un acontecimiento tan importante como la creacion de un alma inmortal estuviese sometido á una causa carnal, fuere el resultado fortuito de uniones mas ó ménos legítimas. Convengo tambien en que la diferencia de aptitudes que se traen al venir al mundo no puede esplicarse por causas orgánicas; pero me pregunto de qué sirven muchas existencias si cuando uno empieza una nueva vida no recuerda las precedentes. Me pregunto además si es verdaderamente de desear para nosotros el tener en perspectiva un viaje sin fin á través de los mundos y una trasmigracion eterna. Porque al fin preciso será que todo esto tenga un término y que despues de tantos siglos de viaje, acabemos por descansar. Entónces, igual nos sería descansar inmediatamente despues de una sola existencia...

LUMEN. — ¡Oh hombre! no conocéis ni el espacio ni el tiempo; no sabéis que fuera del movimiento de los astros, el tiempo no existe y que la eternidad no puede ser medida; no sabéis que en

el infinito de la extension sideral del universo, el espacio no es mas que una palabra vana y no puede medirse tampoco; lo ignorais todo: principio, causa, fin, nada comprendeis; átomo en otro átomo movil, no teneis del universo ninguna nocion exacta; y en semejante ignorancia, en tales tinieblas, ¿quisierais comprenderlo, adivinarlo, saberlo todo! Mas fácil sería reducir todo el agua del Océano á la cáscara de una nuez que hacer comprender á vuestro terrenal cerebro las leyes que rigen el destino del universo. ¿No podeis, haciendo uso legitimo de la facultad de induccion que se os ha dado, fijaros en las consecuencias directas que resultan de una observacion razonada? Esta os demuestra que no somos iguales al llegar al mundo; que el pasado es semejante al porvenir, y que la eternidad que está delante de nosotros tambien está detrás; que nada se crea en la naturaleza y que nada se anota tampoco; que la naturaleza se extiende á todo lo existente, y que Dios, espíritu, ley, número, no están fuera de la naturaleza como tampoco lo están materia, peso, movimiento; que la verdad moral, la justicia, la sabiduria, la virtud existen en la marcha del mundo tanto como la realidad física; que la justicia ordena la equidad en la

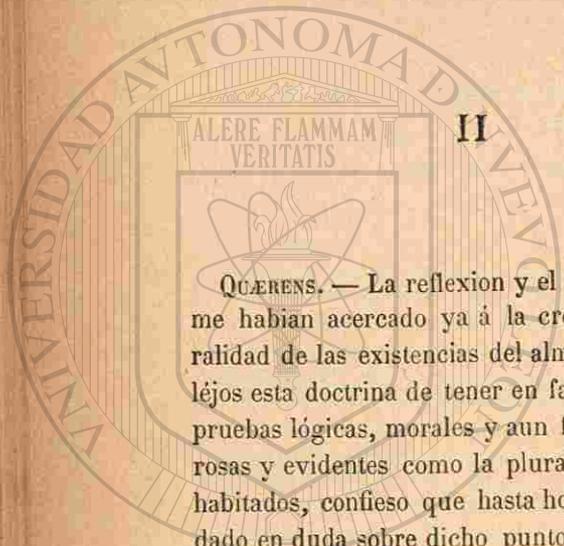
distribucion de los destinos; que estos no se cumplen en el planeta terrestre; que no existe el cielo empireo y que la Tierra es un astro del cielo; que otros planetas habitados se ciernen con el nuestro en la extension, abriendo á las alas del alma un horizonte sin límites, y que el infinito del universo corresponde, en la creacion material, con la eternidad de nuestras inteligencias en la creacion espiritual. ¿Tales verdades unidas á las inducciones que nos inspiran, no bastan á quitar de nuestro espíritu rancias preocupaciones, dejándole en libertad para vagar en un panorama digno de los vagos y profundos deseos de nuestras almas?

Podria aun añadir nuevos detalles á este bosquejo general presentándoos algunos ejemplos que os llamarian aun mas la atencion. Me bastará decir que existen en la naturaleza otras fuerzas que las que conoceis, cuya esencia como modo de obrar son muy diferentes de la electricidad, la atraccion, la luz, etc. Entre estas desconocidas fuerzas naturales hay una en particular cuyo estudio ulterior traerá portentosos descubrimientos para dilucidar los problemas del alma y de la vida. Esta fuerza fluidica invisible, es ese lazo misterioso que une á los seres vivientes sin que de ello

tengan conciencia siquiera y que se ha manifestado ya en muchas ocasiones. Pongamos por ejemplo dos seres que *se aman*. Les es imposible vivir separados. Si la fuerza de los acontecimientos trae consigo una separacion, encuentránse nuestros dos amantes como desorientados, y sus almas se hallarán sin cesar ausentes de sus cuerpos para reunirse á través de la distancia. Los pensamientos del uno son comunes al otro; las emociones del uno las experimenta el otro y viven juntos á pesar de la separacion. Si alguno de ellos experimentase alguna desgracia, el otro la sufriria tambien. Se ha visto á veces que tales separaciones han producido la muerte. ¿Cuántos hechos no habeis comprobado con testimonios irrecusables, respecto de apariciones espontáneas de una persona á un íntimo amigo, de una mujer á su marido, una madre á su hijo y reciprocamente, que tuvieron lugar precisamente en el mismo instante en que la persona aparecida moria á gran distancia kilométrica? La mas severa critica no puede ya hoy negar estos hechos auténticamente comprobados. Se vé tambien á dos niños gemelos, separados diez leguas el uno del otro, en distintas circunstancias, que sufren á un mismo tiempo una misma enfermedad, ó sí

el uno se cansa demasiado, el otro experimenta un malestar cuya causa directa desconoce y de la que no puede darse razon. Y así podria referiros mil hechos en comprobacion de estas verdades. Ellos prueban que existen lazos simpáticos entre las almas y aun entre los cuerpos, y nos invitan á reflexionar una vez mas, que estamos lejos de conocer todas las fuerzas que actuan en la naturaleza.

Si os hago estas indicaciones, amigo mio, es sobre todo para enseñaros que podeis presentir la verdad aun antes de la muerte y que la existencia terrestre no se halla tan desprovista de luz, para que no se pueda, por medio del raciocinio, llegar á conocer los principales rasgos del mundo moral. Además, todas estas verdades debian brotar de mi narracion, cuando os participara que no fué solamente mi penúltima existencia la que directamente volvi á ver, sino tambien mi antepenúltima vida planetaria, y, hasta el presente, mas de diez existencias que precedieron á aquella en que nos conocimos en la Tierra.



II  
QUERENS. — La reflexion y el estudio, Lumen, me habian acercado ya á la creencia en la pluralidad de las existencias del alma ; pero estando léjos esta doctrina de tener en favor suyo tantas pruebas lógicas, morales y aun físicas tan numerosas y evidentes como la pluralidad de mundos habitados, confieso que hasta hoy me habia quedado en duda sobre dicho punto. La óptica moderna y el cálculo trascendental, que nos hacen como si dijéramos tocar con el dedo los demás mundos, nos enseñan sus movimientos, sus años, estaciones y dias, haciéndonos asistir tambien á las variaciones de la naturaleza viviente en su superficie ; todos estos elementos han permitido á la astronomía contemporánea el fundar esa doctrina de la existencia humana en los demás astros sobre una base sólida é imperecedera. Pero, os lo

repito, no sucede lo mismo con la palingenesia, y aunque inclinándome mucho hácia la trasmigracion de las almas en el verdadero cielo, puesto que solo así nos podemos formar una idea de la vida eterna, sin embargo para convencerme por completo de ello, necesitaria una luz que aun no tengo.

LUMEN. — Esa luz precisamente es la que forma el objeto de nuestra conferencia de hoy y espero que la veais. Os lo confieso, os llevo una gran ventaja puesto que hablo *de visu* y que me limito estrictamente á hacerme el intérprete exacto de los acontecimientos terrestres de los que se halla tejida actualmente mi vida espiritual. Puesto que vuestra inteligencia puede conocer la posibilidad, la verosimilitud de la explicacion científica de mi narracion, al escucharla necesariamente se ha de ilustrar mas, tomando mayor vuelo las ideas.

QUERENS. — Por eso mismo ardo siempre en deseos de escucharos.

LUMEN. — La luz, ya lo habeis comprendido, se encarga de dar al alma desencarnada la *vista directa* de sus existencias planetarias.

Despues de haber visto de nuevo mi existencia terrenal, volví á ver mi penúltima vida en uno

de los planetas de Gamma Virginis ; pero como la luz no me trae aquella sino despues de 72 años, y esta despues de ciento setenta y dos, veo hoy desde Capella, lo que era en la Tierra hace 72 años, y lo que era en el mundo virginal hace ciento setenta y dos. Ahí teneis, pues, dos existencias *pasadas y sucesivas* que se han hecho para mí *presentes y simultáneas* aquí, en virtud de las leyes de la luz que me las trasmite.

Hace quinientos años poco mas ó ménos, que vivía en un mundo cuya posicion astronómica, vista desde la Tierra, es precisamente la del seno de Andrómeda, del seno izquierdo. Á buen seguro que los habitantes de aquel mundo no sospecharán siquiera que los de un planetita del espacio han reunido las estrellas por medio de líneas ficticias, trazando figuras de hombres, mujeres, animales y diversos objetos, incorporando todos los astros (para darles un nombre) á esas figuras mas ó ménos originales. Con que extrañeza llegaría á la noticia de los hombres planetarios, que en la Tierra ciertas estrellas llevan los nombres de Corazon de Escorpion, (¡ que corazon ! ) Cabeza de Perro, Cola de la Osa mayor, Ojo del Toro, Cuello del Dragon, Frente del Capricornio ! No ignorais que las constelaciones dibujadas en la esfera ce-

leste, las posiciones de las estrellas en la misma, no son reales, ni absolutas, sino que dependen únicamente de la situacion de la Tierra en el espacio, y que todo ello es simplemente una cuestion de *perspectiva*. El que desde lo alto de una montaña contempla el panorama circular y fija en su plano la posicion respectiva de todas las cimas que distingue, las colinas, los valles, las aldeas, los lagos etc., se construye una carta que no puede servir mas que para el punto en que se encuentra, pues si se traslada veinte leguas mas allá, las mismas cimas son visibles, pero están ya situadas en posiciones reciprocas completamente distintas, resultado del cambio de perspectiva. El panorama de los Alpes y del Oberland visto desde Lucerna y del Pilate en nada se parece al que se contempla desde Faulhorn ó de Scheinige sobre Interlaken. Sin embargo, son las mismas cimas y los mismos lagos. Lo mismo sucede con las estrellas. Las mismas se ven desde la estrella Delta de Andrómeda y desde la Tierra. Sin embargo, sería imposible encontrar ó formar con ellas ni una constelacion siquiera, tan cambiadas están ya las perspectivas celestes ; las estrellas de primera magnitud se han hecho de segunda y de tercera ; algunas de un orden inferior, vistas de mas cerca, se han

hecho brillantísimas y sobre todo la situación respectiva de las estrellas, unas de otras ha variado completamente, á consecuencia de la diferente posición entre aquella estrella y la Tierra.

QUERENS. — Según esto, las constelaciones que por tanto tiempo se han creído trazadas de un modo imperecedero en la bóveda celeste, no se deben más que á la perspectiva. Al cambiar de posición cambian también las perspectivas y el cielo ya no es el mismo. Pero entonces ¿no deberíamos nosotros tener un cambio de perspectivas celestes cada seis meses, puesto que en este tiempo la Tierra ha cambiado en gran manera de situación y ha ido á colocarse á 74 millones de leguas de distancia del punto que ocupaba seis meses ántes?

LUMEN. — Esta objeción me prueba que habeis comprendido perfectamente el principio de la deformación de las constelaciones á medida que cambia uno de sitio en el espacio. Así sucedería, en efecto, si la órbita terrestre fuese de una dimensión bastante grande para que dos puntos opuestos de la misma pudieran cambiar la vista del paisaje celeste.

QUERENS. — Me parece que 74 millones de leguas...

LUMEN. — Nada son tratándose de distancias

celestes, y lo mismo influyen para cambiar las perspectivas de las estrellas como un paso dando en el cimborrio del Panteón en el cambio para el observador de la posición aparente de los edificios de París.

QUERENS. — Ciertos mapas de la edad media presentan el zodiaco como ceñido al empuje y colocan algunas constelaciones, tales como Andrómeda, la Lira, Casiopea y el Águila, en la misma región que los Serafines, Querubines y Tronos. Era esto entonces pura fantasía, puesto que en realidad no existen las constelaciones y son solo simples signos convencionales debidos únicamente á efectos de perspectiva.

LUMEN. — Pues es claro. El antiguo cielo teológico no tiene hoy razón de ser, y el buen sentido por si solo atestigua que no existe. No pudiendo oponerse dos verdades entre sí, es necesario que el cielo espiritual esté en consonancia con el físico: esto es lo que he tratado de demostraros en mis diferentes conferencias.

En el mundo de Andrómeda vemos que nada queda ni existe de la constelación que lleva dicho nombre. Las estrellas que vistas desde la Tierra aparecen como reunidas y han servido para dibujar en el paisaje celeste á la hija de Cefeo y

Casiopea, se hallan diseminadas en la extension en todas distancias y direcciones. Allí no se podría hablar, ni en otra parte tampoco, el menor vestigio de las huellas de la mitología terrestre.

QUERENS. — En ello pierde la poesía... Experimentaria ciertamente una dulce satisfaccion en saber que habia residido durante una vida entera en el seno de Andrómeda. Eso halaga á la imaginacion; hay en ello un cierto sabor mitológico y una sensacion vital. Me gustaria verme trasportado allí, sin temor del monstruo, y sin preocuparme tampoco del jóven Perseo acompañado de su cabeza de Medusa y del famoso Pegaso. Pero ahora, gracias al escarpelo de la ciencia, ya no hay ni princesa expuesta sin velos á orillas de las olas, ni virgen con la espiga dorada en la mano, ni Orion persiguiendo á las Pleyades; Vénus ha desaparecido de nuestro cielo vespertino y el viejo Saturno dejó caer su guadaña en la oscuridad de la noche. ¡La ciencia lo ha hecho desaparecer todo! Deploro este progreso.

LUMEN. — ¿Es decir que preferís la ilusion á la realidad? ¿No sabeis que la verdad es incomparablemente hermosa, mas grande, mas admirable y maravillosa que el mas adorado error? ¿Hay algo comparable, en todas las mitologías

pasadas y presentes á la sola contemplacion científica de las grandezas celestes y á los movimientos de la naturaleza? ¿Qué cosa podria impresionar mas profundamente el alma que el hecho de la extension ocupada por los mundos y la inmensidad de los sistemas siderales? ¿Qué palabra es mas elocuente que el silencio de una noche estrellada? ¿Qué imágen podria trasportar el pensamiento á un abismo de asombro mayor que ese viaje intersideral de la luz haciendo eternos los acontecimientos transitorios de la vida de cada mundo? Despojaos, pues, amigo mio, de vuestros antiguos errores, y sed verdaderamente digno de la majestad de la ciencia. Escuchad lo que sigue.

En virtud del tiempo que dicha luz tarda para llegar del sistema de  $\delta$  de Andrómeda á Capella, volví á ver, este año, 1869, mi antepenúltima existencia terminada hace 550 años. Aquel mundo es muy extraño para nosotros. No hay en él mas que un reino: el reino animal en su superficie; el vegetal no existe. Aquel reino animal es muy diferente del nuestro, aun cuando su especie superior, su especie inteligente, posea cinco sentidos como en la Tierra. Es un mundo sin sueño y sin fijeza. Hallase completamente envuelto en

un oceano rosaceo ménos denso que el agua terrestre y mas que el aire. Puede considerarse como una sustancia fluidica intermedia entre el aire y el agua. No es posible que os forméis una idea exacta de ella, pues la química terrestre no os puede ofrecer una sustancia semejante como término de comparacion. El gas ácido carbónico que se mantiene invisible en el fondo de un vaso y que se puede verter como el agua, os dará una idea algo aproximada. Débese aquel estudio particular á cierta cantidad de calórico, y de electricidad permanente en aquel globo. No ignorais que en la Tierra, en la estructura de los seres, minerales, vegetales y animales, no hay mas que tres estados de los cuerpos: sólido, líquido y gaseoso y que estos tres estados reconocen por causa única el calor emanado del Sol en la superficie terrestre. El calor interior del globo no ejerce mas que una accion insensible en esta superficie. Ménos calor solar liquidaría los gases y soldificaría los líquidos. Mas calor fundiria los sólidos y evaporaría los líquidos. Basta suponer mayor ó menor cantidad de calórico para formar aire líquido (aire líquido, ¿lo entendéis?) y mármol gaseoso. Si por una causa cualquiera, el planeta terrestre se escapase algun dia por la tangente de su órbita

y se alejare en la helada oscuridad del espacio, veriais soldificarse toda el agua terrestre y á su vez los gases hacerse líquidos, despues sólidos... ¡veriais! no, no lo veriais si os quedaseis en la Tierra, pero podrias presenciar desde el espacio ese curioso espectáculo si á vuestro globo se le ocurriera escaparse por la tangente. Y notad además que si ese frio colosal viniese repentinamente, los seres se encontrarían helados de pronto y el globo trasportaría al espacio el panorama singular de todas las razas, humana y animales, fijas é inmovilizadas por toda una eternidad en las diferentes actitudes en que cada individuo y cada ser se hubiera hallado en el momento de la catástrofe.

Hay mundos que se encuentran en dicho estado. Son cometas cuyos habitantes, detenidos insensiblemente en su vida por la rápida fuga del cometa lejos del Sol, se encuentran allí como millares de estatuas. La mayor parte están echados, atendido á que ese profundo cambio de temperatura necesita varios dias para tener lugar. Allí están en confusion mezclados los muertos ó por mejor decir, los adormecidos en letargo completo. El frio les conserva. Tres ó cuatro mil años mas tarde, cuando el cometa vuelva de su afelio

oscuro y helado á su brillante perihelio hácia el Sol, el calor fecundo acariciará aquella superficie con sus benéficos rayos : se acrecentará con rapidez, y cuando haya alcanzado el grado que caracteriza la temperatura natural de aquellos seres, resucitan estos á la edad que tenían en el momento en que se durmieron, vuelven á sus negocios de la vispera (¡qué vispera!) sin saber que han dormido (sin sueño) durante tantos siglos. Se ven algunos que siguen una partida de juego comenzada y acaban una frase cuyas primeras palabras fueron pronunciadas cuatro mil años ántes. Todo esto es muy sencillo. Hemos visto que el tiempo no existe en realidad.

Es en grande lo mismo que sucede en pequeño en la Tierra á nuestros infusorios que resucitan, esto es, que renacen á la lluvia despues de varios años de muerte aparente.

Pero volviendo á nuestro mundo de Andrómeda, la atmósfera rosacea semi-líquida, que le baña enteramente como un océano sin islas, es la morada de los seres animados de aquel globo. Sin descansar ni un instante en el fondo de aquel océano, al que ninguno llegó nunca, flotan perfectamente en el seno del móvil elemento. Desde el nacimiento á la muerte no tienen punto de reposo.

Su actividad es condicion misma de su existencia, pues si se pararan, perecerian. Para respirar, es decir para hacer penetrar en su seno el fluidico elemento, se ven obligados á agitar continuamente sus extremidades y á tener sus pulmones (me valgo de esta palabra para darme á entender) constantemente abiertos. La forma exterior de aquella raza humana se aproxima algo á las sirenas de la antigüedad, aunque ménos elegante, pues en su organismo tiene algo de la foca.

¿ Veis la diferencia esencial que separa aquella constitucion de la de los hombres? Es que *en la Tierra respiramos sin darnos cuenta de ello*, sin trabajar para obtener nuestro oxígeno, sin vernos obligados á ganar con esfuerzo la trasformacion de la sangre venosa en sangre arterial por la absorcion del oxígeno. En aquel mundo, por el contrario, el aire es un alimento *que no se alcanza sino como premio del trabajo*, á costa de incesantes esfuerzos.

QUÆRENS. — ¿Entonces aquel mundo es inferior al nuestro en grado de progreso?

LUMEN. — Sin duda alguna, puesto que lo he habitado ántes de venir á la Tierra. Pero no vayais á creer que la Tierra sea muy superior por la razon de que respiramos aun durmiendo. Cierta-

mente que es maravilloso el encontrarse provisto de un mecanismo pneumático que se abre por sí solo de segundo en segundo, cada vez que nuestro organismo necesita de la menor bocanada de aire, y maravilloso que ese autómatas funcione aun cuando los que lo poseen ni ven su belleza ni aprecian su valor. Pero el hombre no vive tan solo de aire; se hace necesario tambien al organismo terrestre un complemento mas sólido y este complemento no llega por sí mismo. ¿Qué resulta de ahí? Fijaos un momento en la Tierra. ¿Qué espectáculo tan triste y desolador! ¿Qué mundo de miseria y embrutecimiento! ¿Toda esa multitud encorvada hácia el suelo que araña con mil trabajos para *pedirle su pan!* ¿todas esas cabezas inclinadas hácia la materia en vez de alzarse para contemplar la naturaleza! ¿todos esos esfuerzos y fatigas llevando en pos de sí la debilidad y la enfermedad! ¿todos esos amaños *para amontonar un poco de oro* á espensas de todos! ¿explotacion del hombre por el hombre! ¿las castas, las aristocracias, los robos y las ruinas! ¿las ambiciones, los tronos y las guerras! en una palabra, el *interés personal*, siempre egoista, sordido las mas de las veces, y el reino de la materia sobre el espíritu: hé aquí el cuadro normal de la Tierra, situacion producida

por la ley que rige vuestros cuerpos, que os obliga á matar para vivir y á preferir la posesion de los bienes materiales, que no os podeis llevar mas allá de la tumba, á la de los bienes intelectuales cuya riqueza inalienable guarda el alma para siempre.

QUERENS. — Hablais, maestro, como si pensais que es posible vivir sin comer.

LUMEN. — ¡Ah! ¿Creeis acaso que se está sugeto á tan ridicula operacion en todos los mundos del espacio? Por fortuna en la mayor parte de los mundos, el espíritu no se halla sometido á semejante ignominia.

No es tan difícil como pueda suponerse al primer pronto, el creer en la posibilidad de atmósferas nutritivas. La conservacion de la vida en el hombre y los animales depende de dos causas: la respiracion y la nutricion. La primera reside naturalmente en la atmósfera, la segunda en el alimento. De éste proviene la sangre; de la sangre los tejidos, los músculos, los huesos, los cartílagos, la carne, el cerebro, los nervios, en una palabra la constitucion orgánica del cuerpo. El oxígeno que inspiramos puede considerarse como sustancia nutritiva por sí misma, puesto que al combinarse con los principios alimenticios arbsorbidos por el

intestino, acaba las sanguificación y el desarrollo de los tejidos.

Segun esto, para formarse idea completa de la nutrición hecha por la atmósfera, basta tener presente que en suma el alimento se compone de albumina, azúcar, grasa y sal, y considerar que un fluido atmosférico en vez de constar solamente de ázoe y oxígeno, esté compuesto de aquellas diferentes sustancias en estado gaseoso.

En nuestro estado actual, aquellos alimentos se encuentran en los cuerpos sólidos de los cuales nos alimentamos y á la digestión es á la que se debe la función de desprenderlos y asimilarlos al organismo. Cuando comemos un pedazo de pan, por ejemplo, introducimos en nuestro estómago fécula y almidon, sustancia insoluble en el agua y que no se halla en la sangre. La saliva y el jugo pancreático transforman el almidon insoluble en azúcar soluble. La bilis, el jugo pancreático y las secreciones intestinales cambian el azúcar en grasa. Se encuentra azúcar y grasa en la sangre y de este modo es como por el procedimiento de la alimentación, las sustancias han sido segregadas y asimiladas á nuestro cuerpo.

Os asombráis, amigo mio, de que en el mundo celeste, donde reside hace cinco años terrestres, me

acuerde aun de todos estos términos materiales y que descienda á hablaros en esta forma. Los recuerdos que me llevé de la Tierra no se han borrado y puesto que tratamos accidentalmente de una cuestión de fisiología orgánica, no me avergüenzo de llamar las cosas por su nombre.

Si suponemos, pues, que en lugar de estar combinados ó mezclados en la constitución de los cuerpos sólidos ó líquidos, los alimentos se encuentran en el estado gaseoso formando parte de la atmósfera, creamos de este mundo atmósferas nutritivas que nos dispensan de la digestión y de sus funciones ridículas y groseras.

Lo que el hombre es capaz de imaginar en la reducida esfera en que pueden tener lugar sus observaciones, la naturaleza ha sabido realizarlo en algun punto de la creación universal.

Por lo demás os puedo asegurar que cuando no se está ya acostumbrado á esa operación material de la introducción del alimento en el tubo intestinal, no puede uno ménos de causarle repugnancia su groseria. Es lo que pensaba no há mucho, cuando contemplando uno de los mas opulentos paisajes de vuestro planeta, me impresionó hondamente la belleza delicada y angelical de una jóven, tendida en una góndola que flotaba dulcemente por las

cerúleas aguas del Bósforo á la vista de Constantinopla. Formaban el asiento de aquella jóven Circasiana, ricos cojines de terciopelo carmesi bordados de brillante seda y cuyas borlas de oro besaban cariñosamente las ondas. Hallábase ante ella un pequeño esclavo negro que pulsaba un instrumento de cuerda. Aquel cuerpo era tan juvenil y gracioso, aquel brazo doblado tan elegante, aquellos ojos tan puros y candorosos, y aquel semblante ya pensativo estaba tan tranquilo á la luz del cielo, que estuve largo rato absorto, en una especie de admiracion retrospectiva, contemplando aquella obra maestra de la naturaleza viva. Pues bien, mientras que aquel candor de la juventud que despierta, aquella suavidad de la flor que entreabre su corola á los primeros rayos de la existencia me tenían en una especie de encanto pasajero, la barca arribó á orillas de una plataforma que se internaba algo en el agua, y la jóven, sostenida por el esclavo, vino á sentarse en un divan, junto á una mesa copiosamente servida al rededor de la cual hallábanse ya sentadas otras personas. ¡Se puso á comer! Sí, ¡comió! Durante la hora apenas si pude invocar más recuerdos terrestres. ¡Que espectáculo tan ridículo! Un sér semejante llevándose los alimentos á la boca y vertiéndose á

cada instante no sé que especie de sustancia en el interior de su cuerpo encantador! Qué cosa tan tosca! Despues ver como aquellos dientes de perlas destrozaban un animal cualquiera! Luego los fragmentos de otro animal hacen abrir sin vacilacion ante sí aquellos labios virginales para recibirlos y engullirlos! ¡Qué comida! Una mezcla de ingredientes sacados de animales ó fieras que han vivido en el fango para ser degollados despues. ¡Qué horror! Aparté la vista con tristeza de aquel extraño contraste para dirigirla á Júpiter, donde la humanidad no se halla reducida á semejantes necesidades.

Los séres flotantes que pertenecen al mundo de Andrómeda donde tuvo lugar mi antepenúltima existencia, están sometidos mas servilmente aun que los habitantes de la Tierra al trabajo de la nutricion. No tienen como en nuestro globo un aire que les proporcione las tres cuartas partes del alimento: es preciso que ganen lo que se puede llamar su oxígeno, y se hallan condenados á ejercitar sus pulmones sin tregua y á preparar aire nutritivo sin dormir nunca y sin hartarse jamás de aire, porque, á pesar de todo su trabajo, no absorben sino muy pequeña cantidad á la vez. Así pasan su vida entera y mueren sucumbiendo á la fatiga.

QUERENS. — ¡ Para eso mejor sería no nacer !

LUMEN. — La misma reflexion podria aplicarse á la Tierra. ¿ De qué sirve el nacer, cansarse en mil trabajos diversos, rodar por espacio de sesenta ó cien años en el mismo círculo de cada dia : dormir, comer, moverse, hablar, andar, correr, agitarse, pensar etc., etc. ? ¿ De qué sirve todo esto ? ¿ No se adelantaria lo mismo si se destruyera uno al dia siguiente de su nacimiento, ó mejor aun, si no se tomase uno la molestia de nacer ? La naturaleza proseguiria impávida su marcha sin apercibirse de ello. Y, por lo demás, tambien podemos hacer esta pregunta : ¿ De qué sirve la naturaleza misma y por que existe el universo ?... A todas estas preguntas el espíritu observador, solo puede dar una respuesta : Es preciso que todos los destinos se cumplan.

Muchas veces, amigo mio, me he dirigido en el fondo de mi conciencia esas mismas preguntas insolubles, y recuerdo que una persona verdaderamente superior á quien habia conocido en una existencia anterior, precisamente en aquel mundo de Andrómeda y á la que felizmente he vuelto á ver aunque muy rápidamente en la Tierra, la virtuosa princesa Carolath, á quien tambien habeis conocido, me habló con fre-

cuencia de estos mismos problemas. Hizo muchos esfuerzos para elevar la inteligencia del país á cuya cabeza brillaba, pero no lo consiguió. Aquel mundo de Andrómeda es muy toseco y atrasado y nada podia comprender de aquellos discursos.

Para daros una idea de la debilidad intelectual de aquella humanidad, hablaré de los dos asuntos que pueden darnos por punto general el nivel de la cultura é ilustracion de un pueblo : la religion y la politica. Pues en la religion en vez de buscar á Dios en la naturaleza, de fundar un juicio en la ciencia, de aspirar á la verdad, de servirse de los ojos, para ver y de la razon para comprender, en una palabra, en lugar de establecer los cimientos de su filosofia en el conocimiento tan exacto como sea posible del orden divino que gobierna el mundo ; se han dividido en sectas voluntariamente ciegas, han creido tributar homenaje á su pretendido Dios dejando de discurrir, y creen adorarle sosteniendo que su mundo es el único en el espacio, recitando palabras, insultándose reciprocamente las sectas entre sí, y ¡ ay ! lo que es peor bendiciendo espadas, encendiendo hogueras y autorizando asesinatos y guerras. Hay tales asertos en sus doctrinas que no parece sino que han sido inventadas expre-

samente para ultraje del sentido comun y esos son precisamente los que constituyen los artículos de la fé de sus creencias!

Lo mismo sucede en política. Los mas inteligentes y puros no llegan á entenderse; así es que se cree que la república es una forma de gobierno utópica, irrealizable. Recorriendo los anales de su historia y remontándonos hasta donde nos sea posible, veremos que los pueblos, cobardes é indiferentes, en vez de querer gobernarse por sí mismos, prefieren ser mandados por individuos que se proclaman sus Basileos. Este jefe les coje las tres cuartas partes de sus recursos, lo mas florido y mejor de la nacion, enumera á todos sus súbditos y de vez en cuando los envia á darse de cabezadas con el pueblo vecino, gobernado á su vez por otro Basileo. Semejantes á bancos de arenques, dirígense de ambas partes hácia un campo de batalla, que llaman el *campo de honor*, y se destrozan recíprocamente como dementes furiosos, sin saber por qué y sin poder entenderse atendido á que hablan diferentes idiomas. Algunos mimados de la casualidad vuelven del combate. ¿Pero creéis que vuelven con el ódio hácia el tirano que los manda? De ninguna manera. Al volver á sus hogares, el primer

cuidado de aquellos restos de ejército es celebrar juntamente con los dignatarios de su secta acciones de gracias, suplicando á Dios conceda largos y felices dias de vida al hombre digno que se tituló su paternal Basileo!

QUERENS. — De esta relacion se deduce que los habitantes de Delta Andrómeda son física é intelectualmente inferiores á nosotros; porque en la Tierra distamos mucho de observar semejante conducta. En resúmen, en aquel mundo no existe mas que un reino animado, un reino móvil, sin sueño, entregado á la agitacion perpetua por una inexorable fatalidad. Semejante mundo me parece muy raro.

LUMEN. — ¿Qué diriais pues del que habité quince siglos hace? Mundo igualmente dotado de un solo reino, pero tampoco de un reino móvil, al contrario, de un reino fijo, como vuestro reino vegetal?

QUERENS. — Animales y hombres detenidos por raíces?..



### III

LUMEN. — Mi existencia anterior á la del mundo de Andrómeda tuvo lugar en el planeta Vénus, cercano á la Tierra, y donde recuerdo haber sido mujer. No lo he vuelto á ver directamente por la ley de la luz, puesto que esta tarda igual tiempo para llegar de Vénus ó de la Tierra hasta Capella, y por lo tanto al mirar á Vénus, la veo ahora tal como era hace 72 años y no 900, época de mi existencia en dicho planeta.

Mi cuarta vida anterior á la de la Tierra pasó en un inmenso planeta anular perteneciente á la constelacion del *Cisne* y situado en la zona de la Via lactea. Sabed que dicho mundo no se halla poblado mas que de árboles.

QUERENS. — ¿Es decir que no hay allí mas que plantas, y que no han aparecido todavía ni animales ni seres inteligentes y parlantes?

LUMEN. — No es eso. No existen mas que plantas, es verdad; pero en aquel vasto mundo de plantas, hay razas vegetales mas adelantadas que las de la Tierra; hay plantas que viven como vos y yo; que sienten, piensan, razonan y hablan.

QUERENS. — Pero eso es imposible!... Oh! dispensadme, queria decir, es extraordinario, incomparable y completamente desconocido.

LUMEN. — Existen tan cierto esas razas vegetales, que de ellas formaba yo parte hace quince siglos, en la época en que era árbol razonador.

QUERENS. — Pero decidme, como puede razonar una planta sin cerebro y hablar sin lengua?

LUMEN. — Enseñadme, os lo ruego, porque procedimiento íntimo vuestro cerebro material dá nacimiento á ideas intelectuales y por qué movimiento vuestra alma traduce sus mudos pensamientos en palabras audigibles?

QUERENS. — Pienso en ello, maestro; pero verdaderamente no encuentro la explicación fundamental de ese hecho tan comun por lo demás.

LUMEN. — No hay derecho para declarar imposible un hecho desconocido, cuando de ese modo se ignora la ley de su propio modo de ser. Por que sea el cerebro el origen material puesto en la

Tierra á disposicion de la inteligencia, ¿creéis acaso que haya cerebros semejantes, cerebros y médulas espinales en todos los globos del espacio? Sería demasiada candidez el creerlo. La ley del progreso rige el sistema vital en cada uno de los mundos. Este sistema vital se diferencia segun la naturaleza íntima y las fuerzas particulares de cada mundo. Cuando ha llegado á un grado suficiente de elevacion que la hace capaz de entrar en el sistema del mundo moral, el *espíritu* mas ó ménos adelantado hace en él su aparicion. No vayais á creer que el Padre eterno crea directamente en cada globo una raza humana. No. El primer escalon del reino animal recibe la transfiguracion humana por la fuerza misma de las cosas, por la ley natural, que le enaltece el día en que el progreso le ha traído á su grado de superioridad relativa.

¿Sabeis porque teneis pecho, estómago, dos piernas y dos brazos, y una cabeza provista de sentidos visual, auditivo y olfativo? Pues es por la razon de que los cuadrúpedos, los mamíferos que precedieron al hombre en la Tierra fueron formados del mismo modo. Los monos, los perros, los leones, los osos, los caballos, los bueyes, los tigres, los gatos, etc., y ántes que

ellos el rinoceronte la hiena de las cavernas, el ciervo de gigantesca cornamenta, el mastodonte, el zaurigo, etc., y ántes de estos tambien el plesiosauro, el ictiosauro, el iguanodonte, el pterodáctilo, etc., y ántes de los mismos tambien las tortugas, los crustaceos, etc., han sido producto de las fuerzas vitales que actuaban en la Tierra, dependientes del estado del suelo y de la atmósfera, de la química inorgánica, de la cantidad de calor y gravedad terrestre. El reino animal ha seguido en la Tierra desde su origen esa marcha continua y progresiva hácia el perfeccionamiento de la forma, tipo de los mamíferos, desprendiéndose cada vez mas de las imperfecciones de la materia. El hombre es mas bello que el caballo, este mas que el oso y este á su vez mas que la tortuga. Una ley semejante ha regido en el reino vegetal. Los vegetales pesados, toscos, sin hojas y sin flores empezaron la série. Despues, con el andar de los siglos, las formas se hicieron mas elegantes y puras. Aparecieron las hojas vertiendo en los bosques una sombra silenciosa. Las flores, á su vez, vinieron á embellecer el jardín de la Tierra y á derramar dulces perfumes en la atmósfera insípida hasta entónces. Esa doble série progresiva de los dos reinos se encuentra de

nuevo hoy en los terrenos terciarios, secundarios y primordiales visitada por la escrutadora mirada de la geología.

Hubo un tiempo en la Tierra en que algunas islas brotando apenas del seno de aguas calientes, en los vapores abundantes de una atmósfera sobrecargada, no había otros seres que se distinguieran del reino inorgánico mas que algunos filamentos suspensos en las olas. Algas, fucos, esos fueron los primeros vegetales. En las rocas se ven nacer algunos seres á los cuales la inteligencia no puede dar nombre. Allí vemos henchirse las esponjas; mas allá se levanta un árbol de coral; acullá las medusas se desprenden como hemisferios gelatinosos. ¿Son animales? ¿Son plantas? La ciencia permanece muda. Son animales-plantas, zoófitos.

Pero la vida no se limita tan solo á estas formas. Existen otros seres no ménos primitivos y tan elementales que señalan un género de vida especial. Son anillados, gusanos, peces reducidos al estado tubular, seres sin ojos, sin oídos, sin sangre, ni nervios, ni voluntad; especies vegetativas que no obstante se hallan dotadas de un poder *locomotor*.

Mas tarde aparecen rudimentos de órganos

locomotores, de vida mas libre. Despues son peces y anfibios. El reino animal se vá formando por sí mismo.

¿Qué hubiera sucedido si los primeros seres no hubiesen abandonado su roca? Si aquellos elementos primitivos de la vida terrestre hubieran permanecido enclavados en el punto de su formación y si por una causa cualquiera la facultad de locomoción no hubiese tenido principio?

Hubiera sucedido que el sistema vital terrestre en vez de manifestarse en dos diferentes direcciones, el mundo de las plantas y el de los animales, hubiera continuado manifestándose solo en la primera. No hubiera habido mas que un reino en vez de dos y actuando el poder creador como activo en el reino animal, no se hubiera detenido en la formación de las sensitivas, plantas superiores que se hallan ya dotadas de un verdadero sistema nervioso, ni en la formación de las flores que están ya tan cerca de vosotros en sus actos orgánicos, sino que continuando su marcha ascendente, lo que se ha producido en el reino animal se hubiera producido en el vegetal. Existen ya vegetales que sienten y obran; hubiera habido tambien vegetales que pensasen y se diesen á entender. No por eso se

hubiera privado la Tierra del género humano. Únicamente lo que hubiera sucedido es que en vez de ser el género humano moviente, como lo es, hubiera estado fijo por los pies.

Tal es el estado del mundo anular que habité, hace quince siglos, en el seno de la Via láctea.

QUÆRENS. — Os aseguro que ese mundo de Hombres-Plantas me choca mas que el anterior. No me puedo formar idea de la vida y costumbres de esos seres singulares.

LUMEN. — Su género de vida es en efecto muy distinto al vuestro. No construyen ciudades, no viajan, ni tienen forma alguna de gobierno. No conocen la guerra, este azote de la humanidad, y no tienen ese amor propio nacional que os caracteriza. Prudentes, pacientes y dotados de gran constancia, no tienen ni la movilidad ni la fragilidad de los hombres de la Tierra. Viven por término medio de cinco á seis siglos, en una vida tranquila, dulce, uniforme y sin disturbios. Pero no vayais á creer que aquellos hombres-plantas no tengan mas que una vida vegetativa; tienen por el contrario una vida muy personal y muy absoluta. Están divididos, no por castas, segun el nacimiento ó la fortuna, como en la Tierra, lo cual es absurdo, sino por familias, cuyo valor

natural se diferencia precisamente segun la especie. Tienen una historia social, no escrita, pues nada puede perderse entre ellos atendido á que no hay ni emigraciones ni conquistas, sino por tradicion y por generacion. Cada uno conoce la historia de su raza. Hay tambien dos sexos como la Tierra, y las uniones tienen lugar de un modo análogo pero mas puro, desinteresado y afectuoso. No siempre son uniones consanguíneas por eso : á veces hay fecundaciones á distancia.

QUÆRENS. — Pero en fin, ¿ cómo pueden comunicarse sus ideas, si es cierto que piensan ? Y por otra parte, maestro, cómo os reconocisteis vos mismo en aquel mundo tan raro ?

LUMEN. — Una misma respuesta servirá para vuestra doble pregunta. Miraba yo hácia aquel anillo de la constelacion del Cisne y en él se fijaba con insistencia la vista de mi alma; admirábame no ver mas que vegetales en su superficie y con particularidad observaba las singulares agrupaciones en el campo : aquí de dos en dos, allá de tres en tres, mas allá de diez en diez, y mas léjos en mayor número; veía algunos que parecían sentados á orillas de una fuente, otros parecían como recostados, con pequeños retoños al rededor de sí; trataba de reconocer en aquella arbo-

leda las especies terrestres, como los pinos del Norte, las encinas, los álamos y los sauces, pero no pude encontrar estas formas botánicas; por último fijé sobre todo mis miradas en un vegetal de la forma de la higuera, sin hojas ni frutos, pero con flores de color de escarlata, cuando de repente ví á aquella enorme higuera alargar una rama, como un brazo gigantesco, llevar el extremo de aquel brazo hácia su copa, desprender una de las magníficas flores que adornaban su cabellera y presentarla en seguida, inclinando la copa, á otra higuera esbelta y elegante cargada de hermosas flores azules y que se hallaba algunos pasos delante de él. Pareció este recibir con cierto agrado la flor purpurina, pues extendió una rama, se podría decir una mano cordial á su vecino y en esta actitud permanecieron largo tiempo.

Sabeis que en ciertas circunstancias basta un gesto para dar á conocer á una persona. Esto fué lo que me sucedió ante aquel cuadro. Aquel gesto de la higuera de la Via láctea despertó en mí espíritu todo un mundo de recuerdos. Aquel Hombre-Planta, *también era yo*, hace quince siglos, y reconocí á mis hijos en las higueras de flores de violetas que me rodeaban, pues recordé que el color de las flores descendentes resulta de la

mezcla de los dos colores del padre y de la madre.

Aquellos Hombres-Plantas ven, oyen y hablan, sin ojos, sin oídos y sin laringe. En la misma Tierra teneis ya flores que distinguen muy bien no tan solo el día de la noche, sino también las diferentes horas del día, la altura del Sol en el horizonte, un cielo puro de un cielo encapotado; que se impresionan por la diversidad de ruidos con exquisita sensibilidad y que por último se entienden entre sí perfectamente y hasta con las mensajeras mariposas. Estos rudimentos se hallan desarrollados á un verdadero grado de civilización en el mundo de que hablo, y aquellos seres son tan completos en su género como lo sois en la Tierra en el vuestro. Verdad es que su inteligencia está ménos adelantada que una mediana inteligencia de la humanidad terrestre, pero en sus costumbres y sus relaciones recíprocas, en todo, llevan consigo cierta delicadeza y dulzura que deberían tomar por norma la mayor parte de los habitantes de la Tierra.

QUERENS. — Maestro, ¿cómo es posible que se vea sin ojos y que se oiga sin oídos?

LUMEN. — Cesaria nuestra extrañeza, antiguo amigo mio, si reflexionáis que la luz y el sonido no son otra cosa más que *modos del movimiento*.

Para apreciar uno ú otro de esos modos del movimiento, os es necesario (y os basta) tener un aparato en correspondencia con él, aun cuando no fuera mas que un simple nervio. El ojo y el oído son esos aparatos para nuestra naturaleza terrenal. En otra organizacion natural tanto el nervio óptico como el auditivo forman otros órganos muy diferentes. Además no existen tan solo en la naturaleza esos dos modos de movimientos: luminosos y sonoros; hasta puedo deciros que estas dos calificaciones derivan de nuestra manera de sentir y no de la realidad. Existen en la naturaleza no uno, sino diez, veinte, ciento, mil modos diferentes de movimiento. Estais organizados en la Tierra para apreciar principalmente los dos referidos y son los que constituyen toda nuestra vida de relacion. En otros mundos hay otros sentidos para apreciar la naturaleza bajo otros aspectos, sentidos que unos hacen las veces de nuestros ojos y oídos y otros reciben percepciones completamente extrañas á las que se hallan al alcance de los organismos terrestres.

QUÆRENS. — Cuando poco há me hablabais de los Hombres-Plantas del mundo del Cisne, me vino á las mientes preguntaros si las plantas terrestres tienen alma.

LUMEN. — Es claro que sí. Las plantas terrestres se hallan dotadas de alma lo mismo que los animales y los hombres. Sin el alma virtual no podria subsistir ningun organismo. La *forma* de un vegetal está hecha para su alma. ¿Por qué una bellota y un hueso plantados la una al lado del otro, en el mismo suelo, bajo el mismo clima é idénticamente en iguales condiciones, han de producir la primera una encina y el segundo un melocotonero? Porque una fuerza orgánica que reside en la encina construirá un vegetal especial, y otra fuerza orgánica, otra alma, que reside en el melocotonero, atraerá á sí otros elementos para formar del mismo modo su cuerpo específico; lo mismo que una alma humana se construye á sí propia su cuerpo, sirviéndose de los medios puestos por la naturaleza terrestre á su disposicion. No hay mas diferencia que el alma de la planta no tiene conciencia de sí misma.

Almas de vegetales, almas de animales, almas de hombres, son seres que llegaron ya á un grado de personalidad, de autoridad suficiente para doblegar á sus órdenes, dominar y regir bajo su direccion las demás fuerzas no personales esparcidas en el seno de la inmensa naturaleza. La mónade humana, por ejemplo, superior á la

mónade de la sal, á la del carbono á la del oxígeno, las absorbe é incorpora á su obra. Nuestra alma humana en nuestro cuerpo terrestre, en la Tierra, sigue sin darse cuenta de ello todo un mundo de almas elementales que forman las partes constituyentes de su cuerpo. La materia no es una sustancia absolutamente sólida y estensa; La sustancia no tiene importancia. De un átomo al otro hay un vacío inmenso relativamente al tamaño de los mismos. Al frente de los diversos centros de fuerzas constituyentes que forman el cuerpo humano, el alma humana gobierna todas las almas ganglionarias que le están subordinadas.

QUÆRENS. — Confieso, mi profundo profesor, que no comprendo con claridad esta teoría.

LUMEN. — Por eso os la explicaré con un ejemplo que os la presentará como un hecho.

QUÆRENS. — ¿Cómo un hecho? Seriais acaso una reencarnación de la princesa Scheezarada y me habeis fascinado en un nuevo cuento de las *Mil y Una Noches!*

## IV

LUMEN. — Antes de haber sido *árbol pensante*, hace quince siglos, en el mundo anular de la constelación del Cisne, fui, hace 2,400 años próximamente, habitante del sistema  $\theta$  (*Thêta*) de Orion. Conoceis y habeis admirado muchas veces conmigo esta rica constelación. La estrella  $\theta$  se encuentra debajo de la Espada suspendida al Cinturón y brilla al margen de la famosa nebulosa. Se halla mucho más próxima á las regiones celestes en que nos hallamos que esa nebulosa sumergida á lo lejos en los cielos. Tarda su luz 2,400 años en atravesar la distancia que la separa de Capella, donde está situado siempre mi observatorio, punto alrededor del cual gravita nuestra conversación. ®

Este sistema de  $\theta$  de Orion es uno de los más particulares que existen en la bóveda celeste, tan variada y rica en joyas. Consta de cuatro so-

les principales colocados en cuadrilátero. Dos de estos soles que forman lo que podría llamar la base del cuadrilátero, están acompañados además uno por un sol y el otro por dos. En rigor es pues un sistema de siete soles alrededor de los cuales gravitan planetas habitados.

Hallábame entonces en un planeta que giraba alrededor de un sol de segundo orden. Este gira alrededor de uno de los cuatro soles principales que á su vez gira, como los demás alrededor de un centro de gravedad invisible colocado en el interior del cuadrilátero. No seguiré hablándoos de esos movimientos; debéis conocerlos por la mecánica celeste.

Hallábame pues alumbrado y calentado en mi planeta por siete soles á un tiempo: por uno mayor y mas radiante al parecer que los seis restantes, por hallarse mas cerca de mí; por un segundo muy grande y brillante tambien; por tres medianos y por dos pequeños gemelos. Mi sol principal era de color azul cobalto; mi segundo naranjado, los tres pequeños blancos y los dos últimos asemejaban á dos ojos de rubí.

QUERENS. — ¡Es decir que en el cielo existen semejantes soles de colores, dobles y multiples!

LUMEN. — Los hay en gran cantidad. El sistema de que os hablo entre otros es conocido por los astrónomos de la Tierra, que cuentan ahora á millares en sus catálogos los sistemas de estrellas dobles, multiples y de colores. Podeis comprobarlo vos mismo con el telescopio.

En el planeta de Orion de que he hablado poco há, los seres ni son vegetales ni animales. No pudieran tener cabida en ninguna clasificacion de la vida terrestre, ni siquiera en una de las dos grandes divisiones del reino vegetal y animal. No sé verdaderamente á que compararlos para daros una idea de su forma.

¿Habeis visto en los jardines botánicos el cirio gigantesco, el *cereus giganteus*?

QUERENS. — No me es desconocido este vegetal. Su nombre procede de su semejanza con los cirios de tres ó mas ramas que se encienden en los templos.

LUMEN. — Pues como os decia, los hombres de  $\theta$  Orionis se asemejan algo á aquella forma. Sin embargo se mueven lentamente y permanecen en pié por un procedimiento de succion, como ampollas. La parte inferior de su tallo vertical, la que estriba en tierra extiende ligeramente á la manera de las estrellas de mar unos pequeños

apéndices que se clavan en el suelo haciendo el vacío.

Esos seres caminan en manadas y cambian de latitud según los climas.

Ahora os hablaré de lo más curioso de su organización y que prueba evidentemente el principio de que os hablaba antes relativo á la reunión de almas elementales en el cuerpo humano.

Habiendo examinado aquel mundo, en el cual viví hace 2,400 años y cuya luz emplea dicho tiempo en llegar hasta aquí, me reconocí en uno de aquellos seres. Hallábame solo, de pié, en medio de un paisaje oriónico. Me miraba, acordándome del tiempo remoto en que habitaba aquel mundo. Entonces era yo semejante á un vegetal de diez metros de alto, sin hojas ni flores y constaba tan solo de un tallo cilíndrico terminado en su parte superior por muchas ramas ó brazos á la manera de candelabro. El diámetro del tallo central, como el de las ramas podía tener un pié. El extremo superior del tallo y de las ramas hallábase coronado con una diadema de franjas argentinas.

De pronto veo á ese ser agitar sus ramas y disiparse.

Entonces recordé que en dicho mundo se ven con frecuencia individuos buenos y sanos que se deshacen literalmente de pronto.

Las moléculas que les constituyen caen todas juntas á tierra. Cesa de existir personalmente el individuo pues sus moléculas se derraman en el suelo y se dispersan.

QUERENS. — ¿Cómo si dejáramos se separan y se van á hacer novillos?

LUMEN. — Una cosa parecida. Recuerdo que esa descomposición del cuerpo sucede con mucha frecuencia durante la vida. Á veces es el resultado de un disgusto, otras del cansancio, otras un desequilibrio entre las diferentes partes del organismo. Se existe integralmente, como lo estais ahora, y despues de pronto se encuentra uno reducido á su más simple expresión. La molécula central que esencialmente os constituye se siente bajar á consecuencia de la caída de sus hermanas á lo largo de los miembros y llega á la superficie del suelo, solitaria é independiente.

QUERENS. — Ese modo de desaparecer sería á veces un procedimiento muy cómodo en este mundo. Para salir de una situación apurada, por ejemplo de una escena conyugal á lo Molière, de un mal cuarto de hora como el de Rabelais ó de un tránsito doloroso como el de la escalera de un cadalso, bastaría con no sugetar ya uno sus átomos constituyentes y..... buenas noches.

LUMEN. — Tomais la cosa á ehanza; pero os aseguro que su realidad es incontestable. Existiria en la Tierra como en el planeta de Orion, si no imperase tanto en vosotros el principio de autoridad. Elementalmente puede decirse que existe ya. Vuestro cuerpo está formado por moléculas animadas. Segun ha dicho uno de vuestros fisiólogos mas eminente, vuestra médula espinal es una série lineal de centros independientes y gobernados á un tiempo. Las partes esenciales que componen vuestra sangre, vuestra carne y vuestros huesos están en el mismo caso. Son provincias con una administracion autonómica, pero sometidas á una autoridad superior.

El funcionamiento de esta autoridad superior es una condicion de la vida humana, condicion que es ménos exclusiva en los animales inferiores. Debajo de cada anillo del gusano llamado lombriz, existe un gusano entero, de modo que una lombriz representa una série de seres semejantes que forman una verdadera sociedad de cooperacion vital. Cortado en anillos, el gusano forma otros tantos individuos independientes. En la ténia ó lombriz solitaria, la cabeza es de mayor importancia que lo restante y posee como las plantas, la facultad de reproducir el resto del cuerpo que

ha podido ser separado. La sanguijuela es un ser formado igualmente de individuos soldados entre sí. Cortándola en anillos de cinco en cinco obtendriamos otras tantas sanguijuelas. Del mismo modo que la rama brota del árbol, lo mismo que la pata del cangrejo ó la cola del lagarto vuelven á formarse por sí solas. En realidad los animales vertebrados como el hombre por ejemplo están compuestos en su árbol esencial (la médula espinal y su extension superior en el cerebro) de segmentos superpuestos unos á otros, de centros nerviosos, dotado cada uno de ellos de una alma elemental.

La ley de autoridad en accion en la Tierra ha determinado en la série animal una division preponderante. Estais compuestos de una multitud de seres agrupados y dominados por la atraccion plástica de vuestra alma personal que desde el centro de vuestro sör, ha formado vuestro cuerpo desde el embrión y ha reunido alrededor suyo, en su microcosmo, todo un mundo de seres que no tienen aun conciencia de su individuadad. ®

QUERENS. — En el planeta de Orion la naturaleza misma se halla entonces en el estado de república absoluta?

LUMEN. — República gobernada por la ley.

QUÆRENS. — ¿Pero cuando un ser se encuentra descompuesto de ese modo, cómo puede de pronto reconstituirse íntegramente?

LUMEN. — ¿Por la voluntad y con frecuencia sin el menor esfuerzo y por un deseo hasta furtivo. No por hallarse separadas de la molécula cerebral las corporales, dejan de estar siempre unidas á ella íntimamente. En un momento dado, se reúnen y vuelven á tomar cada una su sitio. La molécula directora atrae á las demás á distancia, como el imán atrae las limaduras de hierro.

QUÆRENS. — Ya me estoy yo imaginando ver á ese ejército liliputiense sorprendido de repente por un silbido y estrechándose al centro, organizar la reunión de todos esos soldaditos, los cuales trepando ágilmente unos sobre otros llegan en un abrir y cerrar de ojos á formar de nuevo el hombre-cirio que me habais descrito. — En verdad que es preciso dejar la Tierra para ver semejantes novedades!

LUMEN. — Juzgáis aun de la naturaleza universal por el átomo que teneis á la vista y solo podeis comprender los hechos que entran en la esfera de vuestras observaciones. Pero, os lo repito, la Tierra no es el tipo del universo.

Aquel mundo de  $\theta$  Orionis, con sus siete soles giratorios se halla poblado por un sistema orgánico análogo al que os acabo de definir. En él vivi hace 2400 años y en él me vuelvo á ver ahora en razon del tiempo que tarda la luz para llegar desde aquel punto del espacio hasta Capella. En él conocí el espíritu que en este siglo incarnó en la Tierra y publicó sus estudios bajo el nombre de Allan-Kardec. Durante nuestra existencia terrenal, no recordábamos habernos conocido, pero con todo nos sentíamos á veces atraídos el uno al otro por identidad de ideas y sentimientos. Ahora que ha vuelto como yo al mundo de los espíritus, se acuerda tambien de la singular república de Orion y puede verla de nuevo. Si, muy singular y sin embaño es un hecho. En nuestro pobre planeta no teneis idea siquiera de la diversidad inimaginable que separa los mundos tanto en su geología como en su fisiología orgánica. Estas conferencias pueden servir para ilustraros sobre este hecho general tan importante para formaros una idea del universo.

Pero la gran enseñanza científica que de estas conferencias podreis sacar, es el considerar que la luz es el modo de trasmision de la historia universal. Con la poderosa facultad visual de que

gozamos aquí, podemos distinguir la superficie de los mundos lejanos. El ojo de nuestro *perispiritu* no es como el del cuerpo. En este los rayos divergen, de manera que un cuerpo muy pequeño colocado muy cerca del ojo llena el espacio de dos rayos, mientras que á mayor distancia un cuerpo mayor se hace necesario para llenar el espacio proporcionalmente acrecentado que separa los mismos rayos. Por el contrario en nuestro ojo los rayos visuales entran en líneas paralelas, de suerte que vemos cada objeto en su verdadero tamaño y en su usual proporción, sin que en su dimensión aparente influya para nada la distancia. No vemos por completo ciertos objetos grandes, sino tan solo secciones proporcionadas á la abertura de nuestra retina especial, y esas partes son visibles para nosotros con igual claridad á cualquier distancia (cuando no nos lo impide la atmósfera) y distinguimos perfectamente un árbol en una pradera de un cuerpo celeste tan lejano como  $\theta$  de Orion lo está de Capella.

Por otra parte, en virtud de la ley de trasmisión sucesiva de la luz, todos los acontecimientos de la naturaleza, la historia de todos los mundos, se hallan derramados en el espacio como el

cuadro universal mas verdadero y mas grandioso de la naturaleza entera.

Pronto llegará la aurora que ahuyenta los espíritus y disipará nuestra conversacion como se desvanece la luz de Vénus al aproximarse el día en la Tierra. Hubiérame complacido no obstante en añadir á lo que llevo dicho una observacion muy importante sacada de las mismas que os he hecho ya. Es la siguiente: Si partiérais de la Tierra en el momento en que brota un relámpago y viajarais durante una hora ó mas con la velocidad de la luz, veriais el rayo tanto tiempo como lo mirarais. Este hecho se deduce de los principios sentados anteriormente. Pero si en vez de alejaros *exactamente* con la velocidad de la luz lo hicierais con menor velocidad, podriais observar lo siguiente: Supongamos que este viaje de alejamiento de la Tierra durate un minuto y que el relámpago dura un milésimo de segundo. Hubierais entonces continuado viéndolo durante 60,000 veces su duracion. En nuestro primer supuesto este viaje es identico al de la luz, pues habiendo tardado esta 60,000 décimos de segundo para ir de la Tierra al espacio en que os encontrarais, nuestro viaje y el suyo han sido simultáneos. Pero si en vez de volver precisamente en la

misma velocidad que la luz, lo hubierais hecho mas despacio y hubierais empleado, por ejemplo, un milésimo de segundo mas para llegar al mismo punto, en vez de ver siempre *el mismo momento del relámpago*, hubierais visto sucesivamente los diversos momentos que constituyen la duracion total del mismo, igual á un milésimo de segundo. En ese minuto entero hubierais tenido el tiempo de ver primeramente el principio del relámpago, analizar su desarrollo, sus fases y la continuacion hasta su fin. Concebid entónces que portentosos descubrimientos se podrian hacer en la naturaleza íntima del relámpago aumentado 60,000 veces en el órden de su duracion! Qué batallas tan espantosas tendriais tiempo de descubrir en sus llamas! ¡Qué pendemonium! ¡Qué siniestros átomos! ¡Qué mundo oculto por su fugacidad á los imperfectos ojos de los mortales!

Cuando viajais con la velocidad de la luz, veis constantemente el cuadro que existia en el momento de vuestra marcha. Si os arrebatan un año con igual velocidad por un año, tendreis el mismo acontecimiento á la vista. Pero si para ver mejor un hecho que no hubiera durado mas que algunos segundos, como por ejemplo la caida de una montaña, una avalancha, un terremoto, partis para

ver el principio de la catástrofe y retrasando un poco vuestros pasos con relacion á los de la luz, para no ver constantemente aquel principio sino el primer momento que siguió, despues el segundo y así sucesivamente, de modo que no llegueis á ver el fin sino una despues de un exámen de una hora siguiendo casi á la luz: el hecho para vos habrá durado una hora en vez de algunos segundos, vereis las rocas ó las piedras suspensas en el aire y de este modo podreis daros cuenta del modo como tuvo lugar el fenómeno, y de todos sus incidentes.

Veo en nuestro pensamiento que comparais este procedimiento al de un microscopio que aumentase el tiempo. Es exactamente lo mismo. De este modo vemos el tiempo aumentado. Este procedimiento no puede recibir en rigor el nombre de microscopio sino mas bien el de *cronoscopio*, ó de *cronotele-scopo* (ver el tiempo desde lejos).

La duracion de un reinado puede aumentarse por el mismo procedimiento á gusto de un partido político. Así, por ejemplo á Napoleon II que no reino mas que tres horas, podia vérsese reinar durante quince años sucesivamente, estudiando los 180 minutos que forman las tres horas tanto

como 180 meses, alejándose de la Tierra con una velocidad algo ménos que la de la luz, de modo que partiendo en el primer minuto en que las Cámaras reconocieron á Napoleon II no llegareis al último minuto de su reinado ficticio, sino después de quince años. Veriais cada minuto durante un mes y cada segundo durante doce horas.

El final de este coloquio, mi querido Quærens, está en su principio. Os queria enseñar que la ley física de *trasmision sucesiva de la Luz* en el espacio es uno de los *elementos fundamentales de las condiciones de la vida eterna*. Por esta ley cualquier acontecimiento es imperecedero y el pasado está siempre presente. La imagen de la Tierra de hace 6000 años se halla actualmente en el espacio, á la distancia que la luz recorre en 6000 años; los mundos situados en aquella region ven la Tierra en aquella época. Podemos volver á ver nuestra propia existencia directamente, y nuestras diversas *existencias anteriores*; para esto basta hallarse á una distancia conveniente de los mundos en que hemos vivido. Veis estrellas desde la Tierra que ya no existen, porque se extinguieron después de haber emitido los rayos luminosos que solo ahora llegan hasta vosotros; de la misma manera que podriais recibir la voz

de un hombre lejano, el cual pudiera haber muerto ántes del momento en que le ois, si hubiese sido herido, por ejemplo de apoplegia en el momento de lanzar su grito.

Mucho celebro que este cuadro me haya permitido trazáros al mismo tiempo el de la diversidad de esas existencias y de la *posibilidad de formas vivientes desconocidas en la Tierra*. En esto tambien las revelaciones de Urania son mayores y mas profundas que las de todas sus hermanas. *La Tierra no es mas que un átomo en el Universo*.

Aquí me detengo; *todas* estas numerosas y diversas aplicaciones de las leyes de la Luz, os habian pasado inadvertidas. En la Tierra, en esa caverna oscura tan juiciosamente calificada por Platon, vegetais en la ignorancia de las fuerzas gigantescas que obran en el universo. Día llegará en que la ciencia física descubra en la luz el principio de todo movimiento y la razon íntima de las cosas. De algunos años á esta parte el análisis espectral os ha hecho ver en un rayo luminoso procedente del Sol ó de una estrella las sustancias que constituyen ese sol ó aquella estrella; podreis determinar ya á través de una distancia de millones y trillones de leguas, la naturaleza de los cuerpos celestes, cuyo rayo

luminoso recibis ! El estudio de la luz os prepara resultados mas portentosos aun en la ciencia experimental y en sus aplicaciones á la filosofia del universo.

Como habreis podido ver por mis relaciones he viajado por muchos países celestes distintos y no me he fijado aun, no me he incarnado en ninguna parte. Espero en lo que queda de siglo reincarnarme en un mundo dependiente del séquito de Sirio. La humanidad es mas hermosa que la de la Tierra. Los nacimientos se verifican por un sistema orgánico ménos ridículo y brutal que en la Tierra ; pero el carácter mas distintivo de la vida en aquel mundo consiste en que el hombre posee la facultad de percibir las funciones fisico-organicas que se verifican en él para el sustento del cuerpo. En vuestro organismo terrenal no veis, por ejemplo, de que manera se asimilan los alimentos absorbidos, como se renuevan la sangre, los tejidos y los huesos : todas las funciones se verifican instintivamente, sin que de ello tengais conciencia. Así es que se padecen mil enfermedades cuyo origen permanece oculto sin poderlo encontrar jamás. Allí siente y percibe el hombre todas las funciones que contribuyen á su conservacion vital del mismo modo que

vosotros percibis un placer ó un dolor. De cada molécula del cuerpo sale, por decirlo así, un nervio que trasmite al cerebro las impresiones varias que recibe. Si el hombre terrenal tuviera semejante sistema nervioso con solo mirar á su propio organismo por medio de sus nervios, veria como y cuando el alimento se trasforma en quilo, este en sangre, la sangre en bilis, en saliva, en materia nerviosa, etc. : en una palabra se veria á si mismo. Pero estais muy léjos de esto, pues el centro animico de vuestras percepciones se halla como embotado por los múltiples nervios de los lóbulos cerebrales y de sus ramificaciones ópticas.

Otro carácter preciso de la organizacion vital del mundo Sirio, consiste en que el alma puede cambiar de cuerpo sin pasar por el trance de la muerte, desagradable las mas de las veces y siempre triste. Un sábio que ha trabajado toda su vida en la instruccion de la humanidad y vé llegar el término de sus dias sin haber podido terminar sus nobles empresas, puede cambiar de cuerpo con un jóven adolescente y empezar una nueva vida, mas útil aun que la primera. Para que tenga lugar esta transmigacion basta el consentimiento del adolescente y la operacion magnética de un médico competente. Se ven á

veces dos seres, unidos por los mas dulces y fuertes lazos del amor, verificar semejante cambio de cuerpo despues de muchos años de union : el alma del esposo pasa ha habitar el cuerpo de la esposa, y vice-versa, por el resto de la vida. Es indudable que así la experiencia intima de la vida se hace mas completa para cada uno de los cónyuges. Ese sistema de Sirio es mas adelantado que este y espero que en él tenga lugar mi próxima existencia corporal.

No es mi objeto hablaros de los mundos que podria habitar en el porvenir; era solo daros á conocer los que he habitado en el pasado. Por ello podreis entrever la incommensurable diversidad que existe en los productos animados de todos los sistemas solares diseminados en el espacio.

Al acompañarme en espíritu en ese viaje intersideral, habeis pasado algunas horas léjos de la Tierra. Bueno es á veces aislarse de este modo en los celestes senderos. El alma se posee mejor así y en sus reflexiones solitarias penetra profundamente á través de la realidad universal. La humanidad terrestre, lo comprendeis muy bien, es, en lo moral, como en lo físico la resultante de las fuerzas virtuales de la Tierra. La forma humana, la estatura, el peso, dependen de estas

fuerzas. Las funciones orgánicas están determinadas por el planeta. Si la vida se divide ahí en trabajo y en descanso, en actividad y en sueño, es por la rotacion del globo que produce la noche : en los globos luminosos ó iluminados por muchos soles alternativos, no se duerme. Si se come y se bebe aqui es por el estado imperfecto de la atmósfera. El cuerpo de los seres que no comen no se halla construido como el vuestro, puesto que no necesita ni estómago ni vientre. El ojo terrenal os hace ver el universo de cierto modo : el ojo saturneo vé de muy distinta manera ; existen sentidos que perciben cosas que no podeis percibir y que ven la naturaleza de muy diferente manera tambien. Cada mundo se halla habitado por razas esencialmente diferentes y que á veces no son ni animales ni vegetales. Existen hombres de todas las formas posibles, de todos tamaños, de todos los pesos, de todos colores, de todas sensaciones y de todos los caracteres. El universo es infinito. Nuestra existencia terrenal no es mas que una faz en el infinito. Una diversidad inagotable enriquece ese campo maravilloso del eterno Sembrador.

La mision de la ciencia es el estudiar lo que los sentidos terrenales son capaces de percibir.

La mision de la filosofia es formar la sintesis de todas las nociones concretas y determinadas y ensanchar la esfera del pensamiento. Ahora querido y terrenal amigo mio, sabeis ya lo que es la Tierra en el universo, sabeis elementalmente lo que es el Cielo, y sabeis tambien lo que es la Vida... y lo que es la Muerte.

Pero la refraccion de la atmósfera terrestre extiende mas allá del Zénit la luz emanada del Sol lejano. Las vibraciones del dia no me permiten ya poder continuar hablandoos. Adios dulce amigo mio. Adios! ó por mejor decir: Hasta la vista. Grandes acontecimientos se preparan en el globo que habitais. Despues de la tempestad, volveré tal vez, por última vez para daros prueba del cariño que os profeso. Despues mas tarde, cuando hayais cesado de vivir en ese planeta de prueba; saldré á vuestro encuentro y haremos juntos un viaje real á través de los espléndidos é indescriptibles paisajes de la inmensidad. En los mas temerarios sueños de vuestra imaginacion, jamás os formareis una idea, ni siquiera aproximada, de las portentosas curiosidades, de las maravillas inimaginables que os esperan.

NARRACIONES DEL INFINITO  
HISTORIA  
DE UN COMETA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



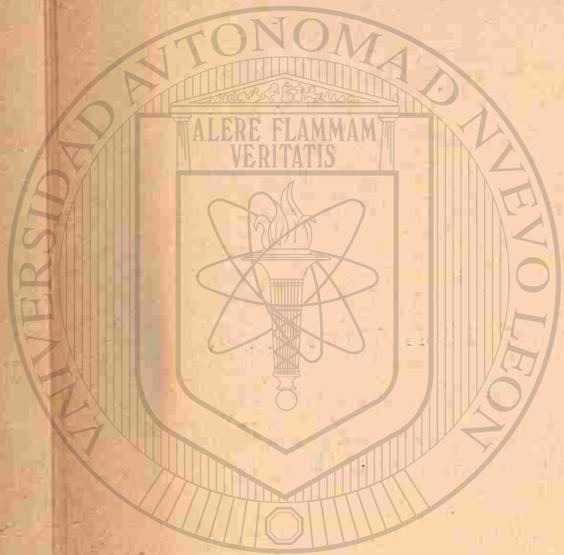
La mision de la filosofia es formar la sintesis de todas las nociones concretas y determinadas y ensanchar la esfera del pensamiento. Ahora querido y terrenal amigo mio, sabeis ya lo que es la Tierra en el universo, sabeis elementalmente lo que es el Cielo, y sabeis tambien lo que es la Vida... y lo que es la Muerte.

Pero la refraccion de la atmósfera terrestre extiende mas allá del Zénit la luz emanada del Sol lejano. Las vibraciones del dia no me permiten ya poder continuar hablandoos. Adios dulce amigo mio. Adios! ó por mejor decir: Hasta la vista. Grandes acontecimientos se preparan en el globo que habitais. Despues de la tempestad, volveré tal vez, por última vez para daros prueba del cariño que os profeso. Despues mas tarde, cuando hayais cesado de vivir en ese planeta de prueba; saldré á vuestro encuentro y haremos juntos un viaje real á través de los espléndidos é indescriptibles paisajes de la inmensidad. En los mas temerarios sueños de vuestra imaginacion, jamás os formareis una idea, ni siquiera aproximada, de las portentosas curiosidades, de las maravillas inimaginables que os esperan.

NARRACIONES DEL INFINITO  
HISTORIA  
DE UN COMETA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## HISTORIA DE UN COMETA

### PRÓLOGO

La siguiente narracion no es una novela fantástica, brotada espontáneamente en los campos, á veces fértiles en demasia, de la imaginacion; en el fondo y por derecho de nacimiento pertenece á los estudios positivos : ha nacido en el terreno de la ciencia.

El cometa que vamos á poner en escena y que será objeto de nuestra narracion, no es un mito : existe y millares de personas lo han visto brillar sobre su cabeza, como de ello se convencerá quien lea hasta lo último esta historia.

Las fechas de sus anteriores apariciones no han sido imaginadas de una manera caprichosa y arbitraria, sino calculadas por elementos elípticos dignos de toda la confianza de las personas

sérias; estos elementos son conocidos por los astrónomos y el límite del error posible no pasa de un céntimo<sup>1</sup>.

El estado de los lugares que recorre nuestro temerario viajero no está descrito al acaso, sino que por el contrario se funda en la observación directa ó á veces en la inducción.

De todos los fenómenos que se describen no hay ni uno siquiera que haya sido hijo de la invención. No ha venido la palabra á componer pensamientos á tontas y á locas; sino que ha permanecido humilde servidora de su augusta verdad.

Tal es la sólida trabazón del tejido que nos hemos complacido en bordar para ofrecerselo á nuestros lectores.

(1) Las personas algo versadas en la ciencia astronómica conocerán desde luego de que cometa se trata, si les decimos que sus elementos son los siguientes :

T.	=	1811,	set.	12,26
F.		75°	1'	0"
M.		140°	24'	26"
l		73°	2'	47"
q		1,03558		

Podemos añadir, para mayor inteligencia, que su distancia afelia = 421,02; su semieje mayor, 214,03; su excentricidad, 0,9931; y que camina en sentido retrógrado.

## I

EN QUE EL COMETA NOTA POR PRIMERA VEZ LA  
EXISTENCIA DE LA TIERRA.

Allá por *el año seiscientos once mil ciento ochenta y nueve ántes de la era cristiana*, el gran cometa que los habitantes de Júpiter observaban hacia ciento cuarenta mil años notó por vez primera que, no lejos del Sol, había un planetita 1,400 veces mas pequeño que el de que acabamos de hablar; globo bien miserable, girando con poco garbo sobre si mismo, envuelto en vapores muy densos, sometido á espantosas revoluciones geológicas y atmosféricas y por último inhabitable para la raza humana.

Dicho cometa, cuya cola no bajaba de ochenta millones de leguas de largo, cuya esfera no solidificada aun, tenía un circuito de diez mil leguas y cuya hermosa cabellera no tenía ménos de novecien-

tas mil leguas de espesor, — sus dimensiones son aun hoy la mitad de lo que eran entónces; — ese cometa, que hasta entónces se habia ocupado especialmente en la observacion de los mundos de Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno, etc y que solo se habia rozado con la mas noble sociedad del cielo, se sorprendió extraña y desagradablemente al ver el aspecto del pobre y pequeño mundo terrestre.

Aun cuando apreciara la extension del poder de la natureleza, estaba muy léjos de sospechar que fuesen posibles semejantes astros liliputienses. Mucho trabajo le costó creer en lo que estaban viendo sus ojos y solo despues de haberse convencido completamente que no habia ni ilusion ni espejismo, es cuando quiso condescender á aceptar la realidad. La existencia de aquella infima posicion social solo sirvió para enorgullecerle mas. Envolviéndose por decirlo así en su majestad cometaria, pasó desdeñosamente cerca del pobre vástago, volviendo la cabeza al otro lado, levantóla despues con altivez, y dirigiéndose á los desiertos del espacio prosiguió con orgullo su espléndido vuelo al través de la inmensidad de los cielos.

Del mismo modo pasan tambien, ay! con harta

frecuencia, junto á los pequeños los grandes, los poderosos junto á los débiles, desconociendo por su desden el valor de los humildes y locamente olvidadizos de la justicia, como si los seres que parecen mas desgraciados no fuesen tambien hijos de la madre naturaleza y miembros de la misma familia universal!

Sin embargo, en realidad (preciso es confesarlo) es un mundo bien pequeño el nuestro para aquellos que, como nosotros, no se hacen ilusiones acerca de su importancia.

Este Cometa, uno de los mas hermosos por no decir el mas bello de nuestro sistema, jamás se aproxima mas al Sol de lo que lo está la Tierra: 37 millones de leguas. Traza en el espacio una órbita elíptica y cuando llega hácia la region en que nos hallamos, describe con rapidez un semicírculo y se vuelve. El astro melenudo, arrebatado por su velocidad de mil leguas por minuto, remonta hácia los confines del reino planetario y atreviesa las órbitas de todos los mundos. Como si echara de ménos al hermoso Sol de centelleante corona, retarda su vuelo á medida que de él aleja. Se interna hasta la distancia de quince mil millones, trescientos ochenta y siete millones ochocientos mil cuatrocientas leguas del Sol: es

su afelia; cuando ha llegado á ese lejano y oscuro espacio, su carrera debilitada ya no tiene mas velocidad que la del viento, algunos metros por segundo. Pero su curva se cierra de nuevo y vuelve hácia el astro radiante cuyo disco ha disminuido sucesivamente de tamaño, hasta tal punto que con ese alejamiento ya no se le vé sino bajo el aspecto de una estrella. Á esa espantosa distancia, sin embargo, el Sol le llama de nuevo y él reconoce su voz. Vuélvese entónces hácia él y cae desde las alturas polares sobre la eclíptica, evitando cuidadosamente la red que á su paso le tienden Júpiter y Saturno; se le vé aumentar en velocidad, crecer, hacerse inmenso, prodigioso, ardiente como el deseo, y héle aquí que se precipita de nuevo hácia el Sol, foco de todas las atracciones planetarias. Despues de quince siglos de viaje, llega á los esplendores del perihelio; el cono de vapores candentes que se habia estrechado en proporción que el Cometa se alejaba del Sol y que habia desaparecido por completo, renace y se desarrolla á medida que se aproxima al centro de la esfera. Toma de nuevo su extension y forma, sus doradas irradiaciones y sus joyas, á la manera de esos cortesanos que se engalanan cuando van á visitar á

su rey. Entónces es cuando el Cometa ha entrado ya en el radiante dominio del rey de la luz: entónces ostenta majestuosamente ante las atónitas miradas que le contemplan toda la magnificencia de su belleza y de sus galas.

Quando en el año seiscientos ocho mil ciento veinticuatro ántes de Jesucristo, el astro brillante volvió de su viaje de recreo y pasó de nuevo por los sitios en que mora la Tierra, excitada algun tanto su atencion por este globito verde, mas se fijó algo en él. Hay tambien personas mayores que de buen grado toman interés, por contraste, hácia los niños y muchas veces tambien nos llaman muy particularmente la atencion los mecanismos microscópicos. El Cometa se dignó, pues, observar y quiso averiguar hasta que grado de vida habia podido alcanzar aquel globo mezquino.

Precisamente sucedió que en aquel período se quedó durante año entero mirando á la Tierra por hallarse colocado en la mejor posición para observar este planeta, sin sustraerse por esto á la direccion contraria por donde era impelido.

En vez de dirigirse del Oeste al Este, como todas las planetas y casi todos los satélites del sistema, se mueve de Este á Oeste, es decir en sentido *retrogrado*. Esa ley contraria escitó mas

aun, como ucede siempre que hay obstáculos, su afán de investigacion durante los doce meses que la Tierra permaneció en la esfera de su visibilidad, no perdió ni una noche ni un dia de exámen.

Notó primero, como se lo habia sospechado ya, que ese mundo embrionario no podia estar entonces habitado por séres inteligentes. Giraba lentamente sobre si mismo; pero ningun efecto producian en él la sucesion de dias y noches, atendido á que de su seno mismo brotaba un calor infinitamente mayor que el que recibia del sol. Las nieblas, los vapores y humaredas que lo envolvian hubieran bastado por si solos para servir de obstáculo á los rayos solares. Á medida que se acercaba al mundo terrestre, hacia esfuerzos para distinguir mejor la naturaleza de su superficie; pero no habia visto nunca un mundo tan pobre, y no pudiendo persuadirse que un planeta pudiera ser tan miserable, aguardó á que alguna ráfaga de luz solar le permitiera, iluminando la escena, hacer mejores investigaciones.

Esto tuvo lugar en el solsticio. Era el solsticio de invierno ó el de verano? Sobre esto nada dice la historia, con tanto mas motivo, cuanto á que en aquella época lejana la Tierra aun no tenia

estaciones y que en virtud de su calor propio conservaba la misma temperatura en el rigor del invierno que en la canícula. Sea lo que fuere sobre la fecha, lo cierto es que el cometa no pudo contener un grito de admiracion cuando llegó á distinguir con claridad la superficie terrestre.

« Un mundo de conchas! » exclamó.

No se equivocaba. Encontrábase la Tierra en aquel entonces en la época *secundaria*; los terrenos triasicos se formaban y se estaba en pleno período *conchifero*.

Algunos millones de años ántes de aquella época habia tenido lugar la condensacion y caída de las aguas en el globo enteramente líquido; mil combinaciones terribles de gases, vapores, materias, incandescentes, habian surcado el seno ardiente de la esfera que acababa de brotar; de una y otra parte, el caos plutoniano, disolviendo y reconstituyendo los cimientos agitados del nuevo mundo, habia sofocado unas revoluciones, produciendo otras mayores; el globo entero era el teatro de operaciones de su enorme brazo. En aquel inmenso laboratorio, la naturaleza se habia ejercitado en manipulaciones químicas de donde salieron los volcanes de inflamada boca, las erupciones de lavas, los manantiales de agua hirviente, los re-

molinos de vapores; mas tarde se formó una corteza en la superficie del globo en fusion, como se vé formarse una película en el plomo que se enfria, y las convulsiones se fueron calmando un poco.

Despues de aquella época *primitiva*, durante la cual ningun ser viviente, vegetal ó animal, habia aparecido aun, la naturaleza se habia recogido durante la época de *transicion*, lento y majestuoso periodo cuya edad y duracion no puede concebir ningun espiritu: entónces se habian cumplido los primeros misterios de la regeneracion de los séres y, entre las tormentas é incesantes agitaciones en la superficie no consolidada aun, los primeros vegetales, algas y fucus, los primeros animales, zoófitos polipos, aparecieron en el seno del mar universal.

Mas tarde aun los pantanos primitivos se vieron cubiertos de un musgo vegetal, y el reino de las plantas inauguró la era de sus esplandores. Primer dueño del reciente globo, puedo desplegar todas sus riquezas en él, y ninguna otra época vió despues aquella exuberancia de formas ni semejante dominacion. Plantas de extrema sencillez, sin flores ni frutos, pero de un tamaño y de una altura prodigiosos, extendieron la irradiacion

de su espléndido verdor en todos los bancos, en todas las lenguas de tierra, en todas las penínsulas que la ola dominadora habia dejado á la tierra. Era aquello como un solo mar cortado por oasis verdentes. Las yerbas aborescentes, las calamitas, los sigilares, los lepidodendros, lomatofloios y equisetoccos se habian disputado la soberanía de las islas. Desde aquel tiempo que data la formacion de las hullas que hoy nos calientan, vastas capas vegetales que resucitan á la luz del dia los troncos sepultados en los tiempos que fueron; esas minas se fundaron un millon de años ántes de la época en que comienza nuestra historia. Desde esta época, el parto de la vida terrestre continuó y apenas se hubiera podido decir entónces que habia terminado su nacimiento.

Al aproximarse al globo, el Cometa no pudo ver mas que conchas. Á pesar de toda su buena voluntad imposible le fué ver ninguna otra cosa mas. Reinaba el mar aun en la superficie entera del globo, como hoy reina en las tres cuartas partes del mismo: no existiendo continentes, sino tan solo algunas islas y terrenos pantanosos. El rey de la creacion era entónces algun caracol marítimo, algun molusco cefalópodo silencioso y en extremo inofensivo.

Aquel inocente animal que no podía figurarse nunca que llegase para él el día de ser bautizado por Júpiter Ammon, reinaba entonces como soberano en el reino de Neptuno :

El tridente de Neptuno es el cetro del mundo, ha dicho despues Lemierre. Ningun inglés podría revindicar con mas derecho el mencionado cetro como los animalitos de que hablamos. Se les veía como á los buques de hoy, flotar en la superficie de las aguas en sus navicillas blancas ó multicoloreadas, grandes, pequeñas, medianas, de todas dimensiones ; escuadras enteras vagaban en persecucion de resas marítimas. Corrian con elegancia y rapidez, se cruzaban, se adelantaban unos á otros como si se hubiera tratado de regatas. Se les veía.... este se se refiere al Cometa ; porque á la verdad nadie mas que él podía disfrutar de semejante espectáculo : soledad y silencio.

On n'entendait au loin, sur l'onde et sous les cieux,  
Que le bruit des rameurs qui frappaient en cadence  
Les flots harmonieux <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Estrofa de la inspirada y preciosa composición de Lamartine, « *el Lago*. » (Meditaciones.) — « A lo léjos solo se oía el mar, y bajo el cielo el ruido cadencioso de los remeros golpeando las rmoniosas olas.

(N. del T.)

Y los remeros eran nuestros ammonitos viajando á rienda suelta por el Océano y los mares.

Nuestro Cometa, sorprendido en demasia al no ver mas que conchas en el mar y en la tierra y conchas por todas partes, se deshizo en congeturas sobre la causa final de la creacion del globo terráqueo.

« Gran misterio es ese, se decía á sí propio, crear todo un mundo para tales habitantes. » Pensaba profundamente qué suma de inteligencia podía encerrarse bajo el cráneo de aquellos seres que carecen de él, cual sería el grado de su juicio y el poder de su pensamiento ; y á pesar de lo exiguo é insignificante del gboho terráqueo, con todo se le hacia muy cuesta arriba el creer que aquel pequeño universo hubiera sido creado únicamente para servir de morada á aquellos moluscos. Examinó con detencion todos los géneros. Observó la sociabilidad de las almejas y la habilidad de las tortugas, que por vez primera acababan de despertar á la vida ; pasó revista á los moluscos acéfalos, gasterópodos ; brachiópodos, pterópodos, cefalópodos, lo mismo que á los cinipetos que no tienen ni cabeza, ni piés, ni brazos ; pero entre toda esa sociedad á nadie

halló á quien conceder la facultad sagrada de la inteligencia.

Cansado de estériles investigaciones, volviöse el cometa y cual otro Judío Errante, pensaba marchando y marchaba pensando, cuando un grito gutural y formidable hizo temblar los ecos del mundo. « Ah! exclamó, aquí tenemos probablemente al príncipe de la creacion; doy gracias al cielo de no haberme dejado marchar sin haberle visto. » Volvió la cabeza y él era efectivamente.

Un monstruo disforme, negruzco, colosal, escamoso, enseñaba una enorme boca de cocodrilo unida á un cuello de hipopótamo con las extremidades anteriores bastante cortas y las piernas tan grandes como las de un camello, arrastrábase grotescamente á orillas de un pantano.

« No es hermoso, prosiguió diciendo el Cometa; pero la belleza no es mas que cuestion de gusto, una apreciacion puramente relativa y que nada tiene de absoluto. Debe ser el príncipe de la tierra: (en la tierra de los ciegos el tuerto es rey) y los ammonitos son los príncipes del mar. Parece que vive generalmente en el campo, sus modales no son muy elegantes que digamos. Es sencillo, modesto y feo; en una palabra, está en completa armonia con el mundo que habita...

Lo mismo dá, jamás hubiera sospechado que existieran semejantes creaciones; pero no hay duda, este labirintodonte es el único animal capaz de empuñar el cetro, luego es el rey. Hé aquí á la primera de las Majestades! La Fuerza prima el Derecho. » Continuó su monólogo con la discusion de la ley darwiniana de eleccion natural (*natural selection*) de la cual se deduce que « La razon de la fuerza es la mejor razon. »

Desviado algun tanto de la vida habitual con esa aparicion del monstruo terrestre, el Cometa continuó su viaje de vuelta abismado en profundas meditaciones y avanzó hácia los confines del sistema planetario sin apercibirse de la rapidez de su marcha ni de las esferas que encontró á su paso. No se dió cuenta de su propia existencia sino al aproximarse al astro Saturno.

El esplendor y la riqueza de una civilizacion adquirida por siglos de trabajo rodeaban aquel mundo de irradiaciones. Era la mansion de la fecundidad y de la paz. Al aproximarse á él se sentia palpitar en su seno la vida. Hacia largo tiempo que habia salido de las tinieblas del caos lanzándose hácia la perfeccion realizable. Segun lo han enseñado algunos de esos felices mortales

que alcanzaron á penetrar el géneo de la naturaleza (*majestati natura par ingenium*) y á penetrar sus augustos secretos, los mundos planetarios ofrecen en la cifra de sus distancias al Sol el criptogrammo de su edad. Los mas lejanos son los mas avanzados en la via del progreso.

Neptuno, que se halla situado á mil cien millones de leguas del Sol, salió de la nebulosa solar el primero de todos, hace miles de millones de siglos. — Urano, que gravita á setecientos millones de leguas del centro comun de las órbitas planetarias, tiene muchos cientos de millones de siglos. — Saturno, cuya distancia es de trescientos cincuenta millones de leguas, cuenta ya en su cabeza venerable mas de cien millones de siglos. — Júpiter, coloso que se cierne á ciento noventa millones de leguas, tiene setenta millones de siglos de edad. — Marte tendrá mil millones de años : dista del Sol unos cincuenta y seis millones de leguas. — La Tierra que se halla á unos treinta y siete millones de leguas del Sol, salió de su seno ardiente hará unos cien millones de años. — Tal vez no haya mas que unos cincuenta millones de años que Venus salió del Sol : gravita á veintiseis millones de leguas ; y diez millones de años tan solo que Mercurio (distancia : ca-

torce millones) nació del mismo origen, mientras que la Luna era engendrada por la Tierra.

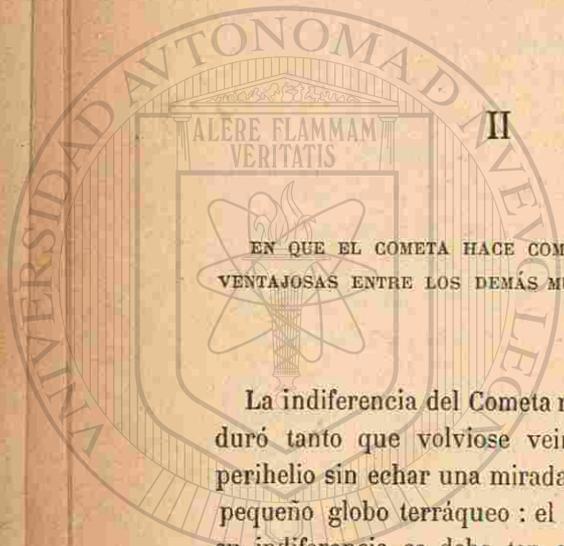
Habiendo asistido á estos génesis el astro visitador, nadie mejor que él conocia su historia y su cronologia sideral ; pero, como todas las personas instruidas, siempre encontraba medio de aumentar sus conocimientos y pasaba siempre la vida observando. El trabajo brillante y feliz deramaba en él todos sus tesoros. Veíanse los mares interiores cubiertos de bajeles que salvaban las distancias como soberanos del líquido imperio ; los puertos rebosaban de las riquezas de todas las naciones. Los rios estaban cubiertos por otras naves mas pequeñas y los campos cruzados de estrechas vias por las que corrían santuosos edificios. Veíase por los límpidos aires volar escuadras reunidas y cunas aereas se alzaban de lo alto de las montañas escarpadas. Verdaderamente el espíritu habia dominado á la materia y el imperio del hombre se extendia desde el fondo de los abismos á las cúspides del aire. Como un hilo invisible reunia la vida en un solo centro las partes mas lejanas de aquel universo. Cuando se contemplaba aquel globo por los polos, veíase un inmenso sistema de anillos que le rodeaban á grandes distancias, y hasta ellos se remontaban

los aereos bajeles. Alrededor del mundo saturneo habia otro extra-saturneo separado del primero como unas ocho mil leguas, múltiple y que podria tener unas veinte y cuatro mil leguas de ancho, pero que comunicaba con el mundo central por medio de una atmósfera. Mas allá de este mundo anular, se veian otros ocho semejantes á unos pequeños globos de color naranja ó verdoso que circulaban en deredor. El génio de la humanidad saturnea habia reducido aquel pequeño universo á su dominacion completa y su poder irradiaba alrededor del globo central para extenderse sobre todos los demás.

Á la manera que despues de una siesta á la sombra de una palmera desde donde se domina la rica naturaleza del África, nos despertamos de repente saliendo de las tinieblas del sueño para contemplar la fértil campiña; así le sucedió á nuestro Cometa cuando despues de haberse quedado absorto en un sueño desde su partida de la Tierra informe, se despertó junto al magnifico Saturno. Fué retardando el paso y contempló con mas detenimiento que nunca aquella maravillosa esfera, — retraso que los astrónomos de Neptuno calificaron de « perturbacion Saturnea »; y, cuando hubo recorrido los sitios de aquel vasto

imperio, creyó verdaderamente que salia de una pesadilla.

¿Qué era efectivamente la Tierra al lado de aquel astro espléndido? La Tierra! un miserable glóbulo en donde apenas despuntaba la vida acusando formas que no son para dichas; una masa caótica en la que los elementos permanecian en horrible confusion; nada en fin; porque el Cometa, al dar la vuelta solo vió á la Tierra, allá á lo léjos, como una manchita negra en el Sol. Ese estado deplorable de nuestro planeta es mas que suficiente para legitimar el olvido en que cayó en la memoria cometaria y para absolverle por completo por la indiferencia con que miró una creacion tan mediana como la creacion terrestre.



II  
EN QUE EL COMETA HACE COMPARACIONES POCO  
VENTAJOSAS ENTRE LOS DEMÁS MUNDOS Y EL NUESTRO.

La indiferencia del Cometa respecto de la Tierra duró tanto que volvióse veintitres veces á su perihelio sin echar una mirada siquiera á nuestro pequeño globo terráqueo : el término que tuvo su indiferencia se debe tan solo á un acontecimiento enteramente extraño que vino, casi contra su voluntad, á sacarlo de su apatía.

Al pasar por vigésima cuarta vez cerca de nuestro globo — era hácia el año quinientos treinta y cuatro mil quinientos sesenta y cuatro ántes de la encarnacion de Cristo, — hallóse muy próximo á la Tierra, pues tanto se cruzaron los dos astros en su carrera que la Tierra vivió durante cinco días y cinco noches en la cola vaporosa que daba al

cometa una longitud de setenta millones de leguas, midiendo esta distancia desde la cabeza hasta el extremo de su flotante vestidura. Esta inmensa cola era un cono hueco cuyos bordes median algunos centenares de miles de leguas de espesor; dicha figura cónica es la forma general de la cola de los cometas; el cono puede estar mas ó ménos determinado y á veces se aproxima al cilindro. Es una atmósfera sumamente ténue formada por la accion del sol. El calor volatiliza todas las partes del cometa que son susceptibles de ello y á las cuales el frio habia condensado cuando el astro se hallaba lèjos del foco; esas partes volatilizadas se extienden en un inmenso espacio, se hacen ligeras en extremo y se alejan del cuerpo del cometa que no ejerce ya en ellas mas que una atraccion muy débil. Cualquiera que sea su tamaño, no pesan mucho dichos conos : se podia cortar de ellos un pedazo tan grande como la catedral de Nuestra Señora é el Observatorio de Paris y tragárselo homeopáticamente como una bocanada de aire. ®

Decíamos, pues, que durante cinco dias la Tierra habitó en dicho cono. Tal vez cause extrañeza que pueda vivir aun nuestro planeta despues de haber tenido semejante encuentro, y crezca

aun mas el asombro cuando añadamos que aquella proximidad pasó desapercibida para los vivientes de aquella época. ¿ Á qué debemos atenernos respecto del choque de los cometas y cual es sobre este punto en definitiva la opinion de los astrónomos?

Uno de los primeros del cenáculo <sup>1</sup> opinaba que los cometas eran mucho mas pesados que lo que tienden á presentarlos lo dicho anteriormente. « Abandonando los mares su antigua posicion para precipitarse hácia un nuevo ecuador, dijo, una gran parte de los hombres y de los animales ahogados en aquel diluvio universal ó destruidos por la violenta sacudida impresa al globo terráqueo, especies enteras anonadadas, todos los monumentos de la industria humana derribados : tales son los estragos que debió producir el choque con un cometa. » « Si la cola de alguno alcanzase nuestra atmósfera, decia otro astrónomo, <sup>2</sup>, ó si alguna parte de la materia que forma aquella cola extendida por los cielos cayese por su propio peso, las exhalaciones causarían cambios muy sensibles para los animales y las plantas; porque es muy verosímil que los vapores traídos de tan remotas

<sup>1</sup> Laplace.

<sup>2</sup> Grégory.

y extrañas regiones y escitados por un calor tan grande fuesen funestos á todo lo que se encuentra en la Tierra y causaran en ella las mayores calamidades. » Á la simple aproximacion de aquellos dos cuerpos, decia un tereero <sup>1</sup> se opearían, sin duda alguna grandes cambios en sus movimientos, ya fuesen estos producidos por la atraccion reciproca de ambos astros, ó ya por algunos fluidos aproximados entre sí. El menor de estos cambios llegaría hasta cambiar la situacion del eje y de los polos de la Tierra. Las colas son indudablemente torrentes inmensos de exhalaciones y vapores producidos por el ardor del sol. Un cometa con cola podría pasar tan próximo á la Tierra que nos encontraríamos ahogados en el torrente que arrastra en pos de sí, ó en una atmósfera de la misma naturaleza que la que le rodea. Algunos, al aproximarse al sol, han alcanzado tal grado de calor que hubiera tardado en enfriarse mas de 30,000 años. Qué efecto produciría este calor en la Tierra? La reduciría á cenizas ó la vitrificaría; la cola por sí solo inundaría la Tierra de un río ardiente y aniquilaría todos sus habitantes, á la manera que perece un hormiguero

<sup>1</sup> Maupertuis.

en el agua hirviendo cuando el labrador la derama sobre él 1.

1 Tal vez parezca que M. de Maupertuis entra aquí ya en el terreno de la pura novela. Os acordáis entonces de la mas extraña de las descripciones imaginarias de este género, de la *Conversacion d'Eiros con Charmoin*, una de las narraciones mas originales del mas original de los novelistas de Ultramar? Nuestra entrevista del cometa con la Tierra fué felizmente ménos terrible que aquella. Nuestro cometa fué lo bastante humanitario para no envenenar á sus huéspedes; el de Edgardo Poë, por el contrario, hubiera dejado en suspenso su existencia como lo hizo en la extraña agonía del mundo cuyo fin produjo, segun el fantástico novelista.

..... El Cometa tan temido avanzó periódicamente, ensanchando visiblemente su disco rojo y aumentando su brillo..... Al aproximarse, palideció la Humanidad. Todos los actos de la misma se suspendieron.

..... Los mas valientes corazones de nuestra raza latian con violencia en los pechos. Este *nuevo* meteoro no era ya un fenómeno astronómico sino una pesadilla en los corazones una sombra en los cerebros. Con inconcebible rapidéz tomó el aspecto de un gigantesco manto de llama clara, siempre extendida por todos los horizontes.

..... Un día despues, — y los hombres respiraron con mayor libertad. Era evidente que nos hallabamos ya bajo la influencia del cometa, dijo el testigo ocular, y sin embargo viviamos. Hasta gozábamos de una electricidad en los miembros y de una viveza de espíritu insólitas. Al mismo tiempo nuestra vejetacion cambió sensiblemente. Un lujo extraordinario en el follaje, completamente nuevo hasta entonces brotó en todos los vejetales.

El inglés Whiston es el primero que ha destinado con regularidad los cometas para los acontecimientos funestos de nuestro mundo. Despues

..... Pero he aquí que una extraña alteracion se apodera de todos los hombres; la primera sensacion de *dolor* fué la terrible señal de la lamentacion y del honor general. Consistia dicha sensacion en una gran opresion en el pecho y en los pulmones acompañada de una insoportable sequedad en la piel. Se veia bien claramente que la atmósfera estaba radicalmente viciada. El resultado del exámen produjo un estremecimiento de terror, del mayor terror, en el corazon universal del hombre.

... El azoe del aire desaparecia... El oxígeno, fuente del calor y de la vida se aumentaba por el contrario de una manera anormal. Habia llegado el cometa y empezaba á ejercer su accion. La sobrescitacion de los espíritus vitales, como la exuberacion de la vejetacion, habian dado ya los primeros sintomas. Marchándose todo el azoe era inevitable una combustion devoradora, omnipotente, inmediata de todo.

Ultimo dia de la vida!... Morábamos en la rápida modificación del aire. La sangre roja saltaba bulliciosamente en sus estrechos canales. Un delirio furioso se apoderó de todos los hombres; y levantando sus entumecidos brazos al cielo amenazador, temblaban y lanzaban gritos lastimeros... Vióse una luz extraña y lúgubre que por un momento le circundó todo... Despues se oyó un sonido penetrante y agudo como si *El* lo hubiese proferido y toda la masa de eter que nos inundaba y en cuyo seno viviamos estalló de repente en una especie de llama intensa...

Así habla Edgardo Poë. El simple relato de semeja un catástrofe hace estremecer. Pero no es tan terrible nuestro cometa. Se trata aquí de un honrado viajero que recorre

de haber atribuido al cometa de 1680, el diluvio, anuncia que un día al volver del sol trayendo ardientes y mortíferas exhalaciones, causará á los habitantes de la Tierra todas las desgracias que les están predichas para el fin del mundo y por último el incendio universal que debe consumir á este desdichado planeta.

Pero por otra parte Newton asegura que un cometa sin disco tan grande como el de aquí á Saturno, se puede meter en un dedal de veinticinco milímetros de diámetro si se condensara al grado del aire atmosférico que respiramos. Los últimos cálculos relativos á las débiles masas de los cometas deben tranquilizarnos completamente. Si se precipitara sobre nuestro globo el cometa de mas poder, no produciria otro efecto que el de una mosca chocando con una locomotora, y sus gases nada podrian contra nuestra atmósfera.

Lo que es nuestro mundo antediluviano y sus indígenas ni siquiera hubieran podido temer semejante rociada con que se amenaza segun hemos dicho mas arriba al hormiguero terrestre, atendiéndose á las tierras y que nos hace dar una verdadera vuelta al mundo y para el cual la del globo terráqueo no es mas que una chanza.

do á que bebían, nadaban, se zambullían, moraban y vivían en plena agua caliente. Microscópicos infusorios, peces y anfibios no se aperci- bieron de la travesía del Cometa.

Sucedió — y este es precisamente el pequeño acontecimiento que sacó á nuestro viajero de su apatía secular — que aquel tránsito del globo terráqueo no lejos de su cabeza produjo en su espíritu una influencia muy ventajosa al ménos bajo el punto de vista terrestre. Se dignó fijarse en el globo que atravesaba su cabellera. Pudié- rase creer que la Tierra cansada de su larga soledad espiaba el momento del tránsito, porque jamás se ofreció otro espectáculo mas extraño á la vista del Cometa. Defendían la entrada de una península dos rocas escarpadas: — en aquellas rocas que se perdían en las nubes, dos seres raros, insólitos, maravillosos y extraordinarios se miraban de hito en hito sin pestañear.

Eran el Pterodáctilo y el Ramphorynchus, murciélagos ambos grandes como carneros, dos esfinges vivientes cuyas alas replegadas aseme- jábanse á árboles de largas y pendientes hojas. Impresionado por este espectáculo, el Cometa se concentró en si mismo y haciendo memoria recordó que setenta y tres mil quinientos sesenta

años ántes, habia ya tenido ocasion de observar aquel pequeño globo y sus singulares moradores...

Púsose entónces á examinar sériamente la Tierra. Reconoció á la primera ojeada que la configuracion geográfica de la superficie habia cambiado notablemente, que pequeños continentes cortaban el océano universal y que la vegetacion exuberante aun compartia el imperio del mundo con un reino animal de bastante importancia. Notó despues la figura típica que caracterizaba aquel reino animal y no dejó de reflexionar profundamente. En la época de su última visita no habia visto mas que conchas; ahora eran cocodrilos de todos tamaños y colores. En tierra firme, en el mar, en el seno de los aires, por todas partes habia cocodrilos, lagartos y saurios, unos con aletas, otros con alas, pero al fin y al cabo, cocodrilos todos.

Miró con detenimiento las enseñadas y los promontorios y pasó revista al ejército de saurios gigantescos, á su vista desfilaron los Ictiosauros, el *communis*, el *intermedius* el *platyodonte*, el *tenuirostris*, etc. Algunos de ellos tenían treinta piés de largo. Esas manadas de lagartos marinos nadaban en alta mar como nuestras ballenas;

sus ojos que nacian á raiz de la cabeza tenían un pié de anchura y allábanse provistos de un aparato óptico que les hacia servir cuando querian de microscopio; hallábanse tambien provistos de excelentes mandíbulas, cuya abertura pasaba de un metro enseñando dos hermosas filas de ciento ochenta dientes; su columna vertebral, compuesta de cien vértebras, les permitia los mas pérfidos y flexibles movimientos. Vió precipitarse desde las orillas al fondo de los mares bandadas de Plesiosauros, otra clase de lagartos del mismo tamaño que los anteriores, que participaban á la vez de la serpiente por el cuello desmesuradamente largo, del camaleon por el costillage; del cuadrúpedo por el tronco y de la ballena por las aletas. Presenció los peligrosos conciliábulos de los terribles Pœkilopterontes, de garras enormes y dientes acerados y los de los Hyleusauros, Cetiosauros, Sterrosauros, esos filibústeros de los mares antediluvianos. Vió elevarse por los aires á bandadas á los Pterodactilos, inmensos murciélagos cuya boca horrorosa ostenta sesenta dientes amenazadores, y que pasaban su vida saltando de un árbol á otro y de una á otra roca. Los altos vegetales no le parecieron ménos asombrosos por su severo aspecto: eran tallo

corpulentos, cañas colosales, gigantescas retamas, coníferos semejantes á nuestros aletas y esbeltos robles de aéreas raíces.

Á la vista de semejante panorama mas lúgubre que risueño, púsose á reflexionar nuestro Cometa. Trescientas sesenta y cinco veces giró la Tierra á su vista y por trescientas sesenta y cinco veces dió la vuelta entera al globo. Dejose oír de repente un crujido formidable. Hendióse en el seno del mar la corteza del globo y mientras se elevaban con furia las llamas, precipitábase el mar en el abismo abierto súbitamente con espantoso estrépito. Arrastrado por el oleage de la gruñidora catarata los monstruos aullaban ántes de caer en la sima devoradora y de ella huían despavoridos los alados reptiles lanzando gritos siniestros. Despoblábanse las riberas y de uno á otro monte veían la chispa eléctrica aproximar las distancias atravesando la atmósfera. Bien pronzcláronse al fragor de la tempestad los sordos rugidos de un trueno desconocido y la superficie entera pareció desgarrada por la misma revolución.

¡Ay! No habia vuelto el Cometa de su primer menosprecio respecto de la Tierra y no pensaba en ocuparse de ella con formalidad. La costum-

bre en que estaba hacia millares de siglos viendo pasar mundos ya muy entrados en la era de la civilización, como lo estaban Neptuno y Urano; — otros que habian llegado á la cima del progreso y se cernían en el espacio ostentando su alcanzada superioridad como Saturno; — otros en plena vía de lujo y progreso, como Júpiter; — y otros en la primavera de la vida humana como Marte; la costumbre de aquel espectáculo, le colocaba en malas condiciones para poder apreciar debidamente el globo terráqueo. Así es que volvió á caer en su antigua indiferencia.

Mientras tanto la revolución geológica proseguía su tarea. La formación jurásica hacia estremecer los cimientos del globo, y la Tierra entera temblaba como si hubiese sido presa de vértigo. Los mares se sepultaban en las ardientes profundidades ó se vertían en regiones ya formadas; otros brotaban de ignotos manantiales abiertos de pronto en medio de las tierras. Inmensas llanuras se sentían en movimiento á la manera como vemos las burbujas de aire levantar la película de un metal en fusión: daban lugar á la formación de las montañas. De otro lado, los montes y las colinas se hundían extendiendo una llanura des uds, allí donde mil accidentes

constituían ántes la superficie. Ántes de alejarse de la Tierra para perderla de vista, el astro de larga cabellera pudo reconocer que el cataclismo cuyo prelude había llamado su atención por un instante proseguía con efervescencia y que comenzaba para el globo una obra de reconstrucción.

Marchando el cometa con una velocidad de 70,000 leguas por hora poco mas ó ménos, ó sea de un millon y mediodo leguas por día al punto de salida y retardando esta velocidad á medida que se alejaba, llegó á los tres meses de haber dejado la circunscripción de la tierra á una region del espacio donde le aguardaban los más extraños espectáculos. Había en aquella época, entre la órbita de Marte y la de Júpiter, cierto número de planetas nacidos de un anillo primitivo desprendido del ecuador solar en la época que medió desde el nacimiento de Júpiter al de Marte. En vez de formar un globo único, como había sucedido á los demás planetas, aquel anillo heterogéneo formó un gran número de ellos, tan heterogéneos y frágiles como él. Esos globos giraban como los demás al rededor del Sol, teniendo sus años, sus estaciones y sus días. Ahora bien, como quiera que el Cometa se fuese aproxima-

mando á la órbita del mayor de ellos, preocupado como iba aun con las revoluciones cuya muestra le había ofrecido la Tierra y filosofando sobre el destino del universo, aquel globo inmenso que se le venia encima, con una velocidad de 16,000 leguas por hora y que se precipitaba en línea recta de modo de cruzarlo precisamente en el punto de la órbita que iba á salvar, y á producir de este modo un choque inevitable; — aquel globo inmenso, repito, estalló como una bomba algunos momentos ántes del encuentro. Exhaláronse vapores que fueron á incorporarse á la cola del cometa, y se vió una docena de fragmentos separarse, prosiguiendo, no obstante, su marcha en el espacio. Era el fin de un mundo, fin prematuro, sin duda, y resultado de algun cataclismo interior concentrado por largo tiempo. Este acontecimiento tuvo lugar á ciento seis millones doscientos ochenta mil leguas del Sol. Tal vez de allí tomaron origen los pequeños planetas telescópicos Belona, Galatea, Terpsicore y Leto, cuya distancia del Sol es para los cuatro de 2.78, tomando por unidad la de la Tierra. Parece que esos pequeños astros vienen anualmente á ver el sitio funesto donde tuvo lugar la catástrofe que produjo su separación.

Aquel era el camino de Damasco en el que el espíritu del Cometa debía sufrir una fuerte y duradera impresion; desde aquella fecha debian contarse sus buenos sentimientos hácia nosotros. Sin aquel hecho tal vez hubiera flotado largo tiempo aun en la indiferencia; pero, como se ha observado muchas veces, basta una causa inesperada para trasformar de pronto los caracteres mas firmes. Movidó por un sentimiento de benevolencia que los poderosos experimentan hácia los muy bajos y humildes, á la vista de aquel trágico fin el cometa se enterneci6 tristemente y llegó á temer por la vida de la Tierra.

« ¡ Pobre Tierra ! exclamó, si vendrá esa revolucion para darte muerte ántes de haber nacido ! ¿ Qué será de ella en medio de las turbaciones en que convulsivamente se agitaba poco há ? Tendrá fuerza bastante para dominarlas y sobrevivir á ellas, ó será su destino servir tan solo de inhospitalaria morada á seres salvajes y crueles ?

Desde aquel día, prestó mayor atencion y la suerte de la Tierra le interesó mas vivamente, en razon al estado humilde de dicho globo. Con frecuencia pensaba en ella y pasaba junto á las mas esplendentes y magníficas esferas sin echarles ni siquiera una ojeada. Llegó á veces á encontrar

muy tardío y pesado su viaje : no se conformaba ya con la idea de pasar tres mil sesenta y tres años y medio ausente de la Tierra y á lo mas diez y ocho meses en presencia de ella. Por último, el pequeño mundo llegó á ser una de sus ideas mas constantes.

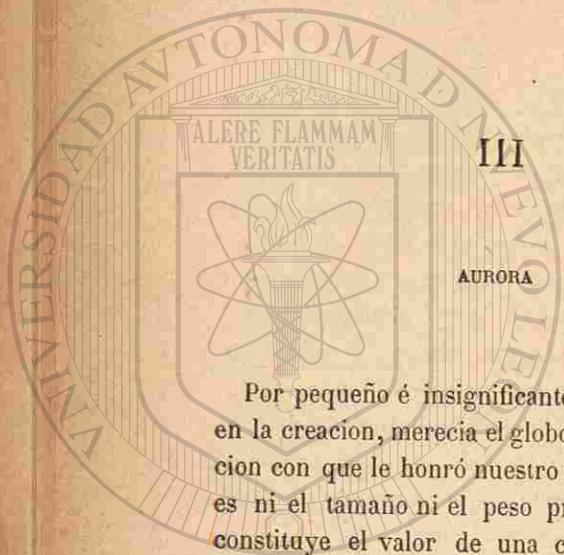
Aguardaba con impaciencia el verano, pues el solsticio de esta estacion es para los cometas la época de su paso en el perihelo y de su aproximacion á la Tierra. Desde que sentia los rayos del sol hacerse mas ardientes y tan pronto como veía aumentar á aquel astro, ent6nces conocia que se hallaba al fin de la primavera. Apenas se hacia visible la Tierra, ya fuese bajo la forma de una manchita redonda en el sol ó ya á manera de una media luna ó de un cuarto creciente á la izquierda ó á la derecha del astro radiante, sentía con placer aumentar su velocidad y aproximarse al objeto de sus deseos. Así llegaba con toda rapidez á acercarse al globo terráqueo al que amaba cada vez mas y desde el primer día empezaba la revision de su pequeño mundo.

Asistió al despertar de las razas animales de toda la época secundaria desde el periodo del lias y del periodooolítico hasta el último de los subperiodos cretaceos. De tres en tres mil años obser-

vaba la sucesion lenta y regular de las especies, tanto animales como vegetales. Habiéndose acostumbrado poco á poco á las revoluciones inherentes á la formacion de todo lo creado; presenciando los cataclismos que trasfiguraban de arriba á abajo ciertas partes de la superficie terrestre, las convulsiones interiores de donde se formaban las bocas volcánicas para vomitar sus fuegos horribles, la elevacion de las cordilleras de montañas que preparaban en la superficie los relieves de la futura configuracion geográfica del planeta, llegó á hacerse ménos temeroso respecto de los efectos de esos grandes movimientos, á pensar que una ley desconocida los dirigia y á convencerse que solo servian para el progreso y perfeccionamiento del globo en que tenian lugar. Así fué como en cada uno de aquellos años tres mil veces mayores que los nuestros, seguia el progreso del niño terráqueo en su cuna.

En honor de la verdad debemos decir que no perseveró siempre en su solícita atencion. La causa de esa falta de perseverancia se debe á un principio sobre el que es bueno á veces fijarse un poco: el trato frecuente con los poderosos puede debilitar algo nuestros sentimientos fraternales en favor de los humildes. Pasando la mejor, ó mas

bien la mayor parte de su vida con los patricios del imperio solar, el Cometa sufrió sin darse cuenta de ello una especie de contagio y se enorgullecó un poco con aquel roce. Por unos cuarenta mil años estuvo prestando atencion con igual intensidad; pero luego parecia cansarse y aguardaba ya con ménos impaciencia la vuelta de la primavera. Empezaba á acostumbrarse al espectáculo terráqueo y pensaba en los demás planetas. Al aproximarse á ellos los miraba y de nuevo volvian como ántes las comparaciones poco ventajosas para nuestro globo con los demás astros. Por veinte mil años se mantuvo en esa actitud y casi se podia deducir de ella que las esferas superiores llamaban principalmente como en otro tiempo la atencion de su espíritu. Con todo la Tierra progresaba mas rápidamente que aquellos, puesto que era mas jóven y cambiando la escena con mas facilidad en la época de la formacion terciaria, volvió nuestro globo á ser para el cometa objeto de la atencion que por un instante se habia hecho extensiva á los demás mundos.



Por pequeño é insignificante que sea su rango en la creación, merecía el globo terráqueo la atención con que le honró nuestro célebre viajero. No es ni el tamaño ni el peso precisamente lo que constituye el valor de una criatura, pues esta como hija que es de un poder infinito lleva en la frente el sello de su autor. Tan admirable es un objeto pequeño de la naturaleza como uno grande. En esto estriba principalmente el carácter inherente al poder infinito, como sucede con el sol reflejándose en una gota de agua con tanta brillantez como en el océano. El inteligente cosmopolita no dejó de hacer esas observaciones que le proporcionaba la misma contemplación de la naturaleza

y en sus solitarias meditaciones debió elevar sin duda el globo terráqueo á la altura que por derecho de nacimiento le correspondía, — su ejecutoria estaba coronada por una diadema divina.

Además, por si misma la Tierra iba poco á poco dando á conocer la grandeza de su origen. Salía insensiblemente de sus pañales primitivos y se despojaba de sus deformidades para elevarse á la belleza. Empezaba á despuntar la elegancia. En otro tiempo las plantas y los animales eran rudos y toscos, sin ninguna clase de atractivos; los árboles severos no tenían ni hojas ni frutos: desprovistos se hallaban también los animales de pieles, lanas, plumaje y de todo ornamento. Pero en la época á que hemos llegado, notabanse ya flores y frutos para el primer reino y lujosas vestiduras para el segundo. La familia de los proteaceos dejaba ver en las banksias hermosas ramas fructíferas.

Las mimoseas ofrecían ya las acacias y los jugos que aun hoy se encuentran confinados en la lejana Australia. Los abedules, los carpinos, los nogales, los aunos, se elevaban al lado de las palmeras, los pinos, los tejos, y los cipreses, sin estar separados como hoy acontece por las leyes de la distribución geográfica. En los pantanos, rios y

lagunas se veían también las colas de caballo y los castaños de agua, y las gigantescas flores ninfeáceas abrian sus hermosas adelfas en la superficie de las mansas aguas.

¿Para qué miradas aparecían aquellas bellezas en la aurora de la Tierra? Para qué oídos las armonías de la naturaleza suspiraban en el rumor de los mares y en el murmurio del follaje? Para quién daban los bosques silenciosos retiros, presentaban encantadoras perspectivas y extendían adamsadas alfombras por medio de la luz irregular? Sobre qué frentes caía el silencio de las noches estrelladas con la tranquila mirada de la plateada Luna? Para quién eran esos antiguos esplandores? Para quién aquellas irradiaciones del cielo, el verdor de los prados, aquellas brisas perfumadas, aquel estremecimiento del ramaje al temblor de la hoja, aquellos magníficos espectáculos de la tierra y del mar? Para quién aquel sol de los días y aquellas estrellas de las noches; aquel cielo azul, aquellas nubes multicolores, aquellos resplandores dorados de los crepúsculos, aquellas apariciones del arco iris y de los meteoros?... Para quién el trabajo de aquella inmensa naturaleza? Ninguna inteligencia había hecho aun su aparición en la Tierra.

En los países en que hoy irradia el mundo civilizado, en la comarca donde se alza ufana nuestra brillante capital, reinaban entonces las profundas aguas del océano. Los lugares en donde debía estar la Francia no dejaban adivinar ningún indicio de la forma que presenta en la actualidad. Era aquello entonces un conjunto de grandes lagos y de penínsulas. El mar descendía más abajo de París, hasta Bourges; desde Valenciennes á San Ló se podía únicamente seguir á flor de agua la cadena irregular de la formación cretácea. La llanura de Langres estaba formada desde el período jurásico y dominaba este último mar; las cúspides elevadas que Langres debía coronar con sus negras almenas, aquellas en que César debía encender las hogueras á las que Montigny-le-Roi arrebató la chispa de su nombre, las cavernas suspendidas donde Sabino debía surtraerse un día á la cólera del águila romana, aquellas cunas venerables velaban ya sobre las ondas antediluvianas. La antigua Auvernia, lo mismo que la Bretaña á su izquierda y á su derecha los Alpes, se había elevado desde los siglos lejanos de la época primitiva; pero Lyon, Tours, París y Dunkerque yacían aun en el fondo de las aguas. En la época terciaria es cuando

aparecieron aquellos terrenos en la superficie para una duracion, si bien no definitiva, al ménos muy respetable.

Los predecesores de las especies animales que viven aun en nuestros dias se escalonaban segun la fecha de su aparicion. Despues de la vida de las aguas habian venido los anfibios; despues de estos vinieron los seres nacidos para la tierra firme; tan cierto es que nada hay fortuito en la creacion y que la sucesion de las especies fué ordenada por la autoridad de las leyes eternas. Los primeros cuadrúpedos mamíferos fueron paquidermos; Palootherio, Anoplotherio, Xiphodonte, séres intermedios por su organizacion entre el rinoceronte, el caballo y el tapir. Del tamaño de un caballo el primero, con una cabeza de tapir adornada con una trompa carnosa de ojos pequeños y lánguidos y con piernas muy gruesas. Tenia por el contrario el segundo las piernas muy largas y además una cola de un metro de largo que le hacía las veces de timón para atravesar los lagos y los rios. El tercero se asemejaba á una gamuza esbelta, medrosa y ligera. Existia tambien el Lofiodonte, cuyo tamaño variaba segun las especies, desde el del conejo hasta el del rinoceronte; el Chiropotamo vivia en los rios. En los

mares, donde el Mosasauro, cuya mandibula de un metro de larga llevaba el sello del periodo cretaceo, y asomaba á ratos una cabeza enorme fuera del agua, otros cetaceos mas tranquilos, los Delfines, eran los reyes del líquido elemento. Relativamente á nosotros la poblacion de la Tierra conservaba el carácter que nos admiró precedentemente en las épocas anteriores.

Cuando llegó el Cometa cerca de la Tierra, en la aurora de la última época, en el periodo eoceno (*εως*, aurora; *καινος*, reciente), pudo contemplar pasages en los cuales se desarrollaba la vida en la plenitud de sus progresos. En aquel espectáculo se reveló la ley de los destinos; dedujo que una voluntad desconocida dirigia la formacion de aquel pequeño mundo y preparaba una morada para algun nuevo ser digno de recibir el cetro de un mundo.

Depurada ya la atmósfera podia el Sol derramar á manos llenas sus rayos generadores; las aguas plácidas y silenciosas reflejaban un cielo puro; mil plantas hacian ondular en el aire sus verdeantes penachos, y flores primitivas se miraban á la orilla de las aguas. Retozaban ya en los campos los rebaños y los alegres habitantes del aire encaminaban su vuelta á elevadas regiones.

Irradiaba la vida en su aurora y las estaciones empezaban ya á deslindarse. Reconoció que el régimen y gobierno de la Tierra se aproximaba ya de un modo visible al de los mundos superiores. Acostumbrado como todos los cometas á pasar del extremo del calor al del frío, á acercarse al Sol en cada uno de sus ardientes estíos y á separarse de él á distancias prodigiosas, en sus inviernos mil veces mas frios que los nuestros, por un sentimiento de bondad natural, sentía una verdadera satisfaccion al ver ciertos mundos libres de tales rigores <sup>1</sup>. Hallábase la Tierra en la afortunada condicion de los planetas.

<sup>1</sup> Debió con todo extrañarse de semejante uniformidad. Es tan larga la eclipse de algunos Cometas que en la época de su afección deben sufrir un frío tan intenso del que no podemos formamos idea, mientras que tan cerca del Sol pueden pasar en su perihelio que sufren un calor inconcebible tambien. Newton calcula que el Cometa de 1680, recibió al pasar junto al Sol veintiocho mil veces mas calor del que recibimos nosotros en el solsticio de verano, y que su temperatura debió ser dos mil veces mas elevada que la del hierro candente. Añadía Newton que el destino de los Cometas era caer en el Sol para mantener su ignicion. El autor de las *Cartas de la Tumba* aludiría tal vez á este fin deplorable cuando escribía lo siguiente : « Un poderoso cometa, mayor que Júpiter, aumentó de volumen en su trayecto amalgamándose seis cometas mas. Desviado de su camino ordinario por estos pequeños choques, no pudo volver á tomar

Esta consideracion la unió mas intimamente aun á los demás mundos y de esto resultó cierto sentimiento de alegría en el espíritu del Cometa á favor de la Tierra. La categoria de esta empezaba á dibujarse.

Aquellos progresos, lentos, pero sensibles, proporcionaban al astro viajero goces maternales que no habia experimentado hasta entonces. Cuando por primera vez en un viaje ó por efecto de cierta colocacion de todos los planetas importantes detrás del Sol, se hubo aproximado mas que nunca á este astro, notó la existencia de otros dos planetas entre la Tierra y el Sol, Vénus y Mercurio; no fijó la atencion en estos mundos, ni se permitió la satisfaccion de seguir paso á paso las fases de su desarrollo, los olvidó como si hubieran permanecido en el caos y no se interesó mas que en la observacion de nuestra Tierra. Otra vez, al pasar junto á Marte, observó en este globo una creacion muy análoga á la de la Tierra y que podia excitar del mismo modo la curiosidad de un viajero. La misma indiferencia que ma-

» bien su órbita elíptica, de modo que el pobre fué á estre-  
» llarse en el centro devorador del Sol... Se cuenta que el  
» desgraciado Cometa, quemado vivo, lanzaba espantosos  
» gritos. »

nifestó por Vénus y Mercurio, tuvo tambien por Marte, á quien dejó volar solitariamente en su órbita ideal, para no ocuparse mas que del globo terráqueo en las épocas de su paso en las regiones en que se agita. Esta sencilla observacion basta para dar á conocer que decididamente habia salido nuestro Cometa de su pasada indiferencia hácia nosotros, y que de allí en adelante iba á fijarse en todo lo que pudiera tener relacion con nuestro globo.

Fué en la época de su centésimo viaje á contar desde el primero que hemos referido al principio de esta narracion, es decir hacia el año 304,689, cuando el brillante Cometa habia asistido al preludio de la gran época geológica que precedió á la en que nos hallamos hoy. 50,000 años despues veia desaparecer esa faz eocena. Dos mil siglos ántes de nuestra era, llegaba en medio del periodo al cual se ha dado el nombre de mioceno.

¡Aurora, mañana de la vida, origen luminoso! Mas tarde, las formas de la existencia habrán revestido sin duda una elegancia mas esquisita, una belleza mas perfecta; pero en aquella época se siente la raíz de la primavera universal subir desde todas las raíces para elevarse á todas las cimas. Mas adelante el progreso incesante conti-

nuará su obra; pero entónces todas las fuerzas de la naturaleza se hallan en plena virilidad y prepararon á la esperanza un espectáculo que ninguna otra época le podria presentar en el porvenir.

Si nuestros siglos son segundos en el reloj gigantesco de los cielos, y si el *dia* de la Tierra, en el órden astronómico, debe igualarse á millares de siglos, ¿causará extrañeza que la aurora de semejante día se cuente con la misma medida y que se haya extendido en una larga série de siglos? Los periodos efimeros por los que medimos las facces de nuestra vida actual, son medidas insignificantes en la vida de la naturaleza; un siglo no se apercibe siquiera en la frente de este sér siempre jóven; diez siglos, ciento, no marcan en él ninguna arruga.

Para medir los primeros años de un globo mil y mil veces secular, se hallaba el Cometa en condiciones mucho mejores que las en que nos hallamos en la Tierra, y tal es la feliz posicion de los cometas en general. Su vara de medir era de mas de tres mil años, puesto que ya hemos dicho que este periodo cuando ménos mediaba entre una y otra visita, y esto, repetimos, le daba

naturalmente una escala cronológica respetable y muy á propósito para servir de unidad de medida á las evoluciones terrenales.

Á pesar de este largo intervalo, tan grande á nuestra vista, pero tan pequeño en la duración indeterminada de las creaciones celestiales, le sucedió á veces no notar ni el más ligero cambio en el aspecto terrestre entre dos tránsitos sucesivos, tal era la lentitud con que se verificaban los cambios; le sucedía á veces observar las mismas escenas, los mismos paisajes, los mismos vegetales y las mismas especies animales, como si los seres que había visto tres mil años ántes estuviesen aun en vida y en la misma edad. Si esto le sucedía á pesar de la larga duración de su año, ¿qué hubiera sido en un período de revolución más corto? Le hubiera sido completamente imposible estudiar de un modo conveniente esta creación lentamente progresiva.

Á estas ventajas inherentes á su naturaleza cometaria, reunía otras no ménos importantes: como el poder comparar los demás mundos al nuestro. Habiéndose formado en las regiones heliacas del sistema, en una época en que los planetas más lejanos florecían ya en el seno de una esplendorosa carrera, no pudo asistir al

nacimiento de ninguno de ellos, pues todos eran ya mayores que él y siempre los había visto en la plenitud de la vida.

Neptuno, el astro más lejano y más antiguo de todos, había pasado ya su mediodía. En las regiones lejanas en que se encuentra, la Tierra se hubiera helado y esterilizado de repente; pero en virtud de la variedad de acción de las fuerzas de la naturaleza (naciendo siempre los mundos en armonía con el lugar de su destino) vivía Neptuno en los desiertos de su vida especial, con años iguales á más de un siglo y medio terrestre.

Urano, mundo más joven, se hallaba en el centro de su jornada: era otra vida bajo otros aspectos, vida incompatible con la precedente, lo mismo que se diferenciaba esencialmente de las sucesivas. En sus más aventuradas temeridades, no alcanza nunca la imaginación humana á elevarse á la posibilidad de existencias diferentes de la nuestra, é impotente se halla siempre para representarse las formas desconocidas. Alrededor del mundo uránico gravitaban cuatro lunas retrógradas que semejantes á su soberano contaban ya en el pasado de su cronología las fases que habían desaparecido de su primera juventud. Cada año

uránico es igual á ochenta y cuatro años terrestres.

Saturno, según hemos visto ya, se hallaba en el seno de su esplendor y se elevaba aun de perfección en perfección. Decir que los Saturneos marchaban á grandes pasos hácia el apogeo que habían alcanzado ya los Uranios, sería sin embargo hablar sin propiedad, porque la perfección de un mundo no es la perfección de otro y ni en ninguna época de su larga historia, se hubieran podido colocar los mundos en una sola serie y dar á cada uno el número de orden en una misma escala. Cada mundo tiene su destino especial, como también medios especiales para cumplirlo. Los Saturnios tienen años treinta veces más largos que los nuestros y ocho satélites dan á su calendario ocho meses lunares.

Júpiter se encontraba entonces en plena juventud, lleno de fuerza y vigor. De seguro que había pasado hacia largo tiempo por el período correspondiente al que entonces atravesaba la Tierra y con mayor lentitud era como se oían los latidos de su fuerza vital. Su año era doce veces más largo que el nuestro; guardaba su primitiva primavera perpetua, mientras que las estaciones comenzaban á hacerse sensibles en

la superficie del globo; cuatro lunas rápidas circulaban á su alrededor exuberantes como el de una vida escepcional.

El Cometa había observado todo esto ántes del día en que la Tierra se le apareció por primera vez y esta fué sin duda una de las causas que motivaron su desden. Lo que más efecto produjo en su ánimo y lo que hizo más daño á la buena forma de la Tierra era la pequeñez del globo terráqueo al lado del de Júpiter; la Tierra le hacía el efecto de una luna perdida y por esto creyó que no merecía llamar su atención. Y es que existe en efecto una diferencia notable entre las dimensiones de Júpiter y las de la Tierra.

El diámetro de Júpiter es once veces mayor que el de la Tierra, lo cual le dá una superficie ciento veintiseis veces mayor y un volumen mil cuatrocientas catorce veces mayor también. Hallábase Marte en aquella época, en una condición semejante á la de la Tierra; aun cuando era mayor en edad, no había crecido mucho y se detuvo algo en su primer desarrollo, y además como el astro melencólico había hecho de la Tierra el objeto de sus primeras investigaciones, en virtud de un estado general que se podría llamar inercia moral, siempre se fijaba en nuestro globo

y ningun otro hubiera podido excitar mas vivamente su curiosidad. La Tierra pues fué el humilde objeto de todas sus investigaciones.

La Luna estaba entónces habitada por el pequeño pueblo de los Solenitas. Pero se concibe que ese mundo era verdaderamente demasiado pequeño para llamar por algun tiempo la atencion del magnifico viajero.

A pesar de estas excelentes disposiciones en nuestro favor, un acontecimiento, que es preciso esperar siempre que suceda un día ú otro en la vida de los séres, estuvo á punto de poner término á las observaciones tan perseverantes é instructivas del cometa. Hay en los habitantes del espacio ciertos actos que pueden corresponder á los de nuestra vida. Hablaremos un momento de este, pues no dejaba de ser de alguna importancia : se trata del *matrimonio* de nuestro Cometa.

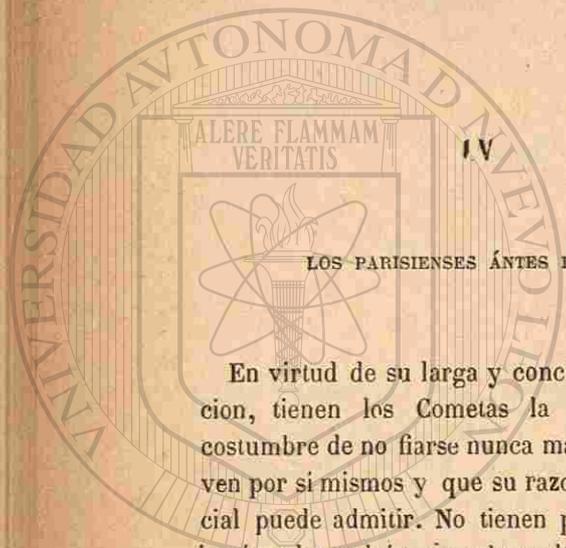
Hacia veinte y siete mil años que un soberbio aerolito esbelto y bien plantado, veía pasar allí á lo léjos, en los desiertos del espacio, al errante cometa ; — la soledad atrae las ideas y se hubiera podido tal vez inferir que solitario como él, se sintió arrastrado hácia el astro de dorada y larga cabellera. Durante veintisiete mil años, aquel bóldo,

uno de los gigantes de su especie, aproximó su órbita á la del cometa, en virtud de la gravitacion universal (esas gigantescas piedras metálicas celestes giran alrededor del Sol como los cometas). No fué sino al cabo de tan largo periodo cuando aproximándose á él, recorrió el meteoro cinco mil leguas en ménos de un minuto, atravesó zonas cada vez mas densas cercanas al centro de gravedad y formó desde entónces el *disco* del Cometa. ¿Fué aquello el origen de otros muchos cometas? Es lo que la historia no dice; y por otra parte los filósofos que han procedido en este punto por una analogía poco legitima han caido en una ridicula exageracion. Pero cualquiera que sea el modo de nacer de los cometas, lo cierto es que existen mas hoy en el cielo que peces en el mar; y para afirmar esta verdad tenemos á Kepler. Qué sucederia si aumentara siempre el número de ellos sin reglas ni limites? Es necesaria cierta dosis de firmeza de espíritu para ver con sangre fria esa multitud de astros que se cruzan en su vuelo rápido y no puede uno entonces ménos de preguntarse como es que sus órbitas multiplicadas, cortando la órbita terráquea en todas direcciones, no suceden choques mas frecuentes entre los planetas y los cometas.

Ya no volveremos á hablar mas de este acontecimiento. Queda para nosotros el cometa lo que era, el único personaje en accion. El bolido fué absorbido por él, y por lo tanto no existe ya individualmente.

Un autor vulgar diria que por aquel entonces fué cuando vino el primer pato á barbotar en las aguas cenagosas en el sitio en que debia estar un dia la Francia. El cometa, mas fino y de una educacion enteramente clásica, saludó la aparicion de la familia de las palmipedas junto á un rio en el cual Lutecio (*tutum*, barro) debia un dia amarrar su barca. Graznaban las ranas, saltaban las salamanquesas y por primera vez ondulaban las culebras. Las cigüeñas, las flamencas, todas las aves de ribera se colocaban aristocráticamente en un pié. Los cuervos rayaban el aire con un vuelo de lúgubre estremecimiento, los mirlos silbaban, los gorriones parecia como que aguardasen las migajas del transeúnte, y otras aves mas alegres habitaban ya en las florestas profundas y colocaban sus primeros nidos en las ramas. Las marmotas, las ardillas, los ratones, los castores, los caballos, los perros, los gatos y los coatis inauguraban la série del reino inofensivo que debia subsistir despues de la época de

la creacion del hombre, y los primeros monos trepaban en las ramas flexibles de las enredaderas : eran el piteco, el dryopiteco y el misopiteco, cuyos gestos y visajes horripilantes anunciaban de léjos los abogados de todas las causas de la humanidad futura.



#### LOS PARISIENSES ANTES DE PARIS

En virtud de su larga y concienzuda observación, tienen los Cometas la muy admirable costumbre de no fiarse nunca mas que de lo que ven por si mismos y que su razon clara é imparcial puede admitir. No tienen preocupaciones y jamás se les podrá tachar de ocultar lo que piensen para agradar á algun protector. Viajeros independientes pasan su vida en la observacion comparativa y tal vez sean los hijos del cielo mas eruditos. Asi para dar clara muestra de la prudencia con que proceden en todo, haremos observar que á pesar del benevolo afecto que profesaba á la Tierra, á pesar del estado de espiritu en que se hallaba y la satisfacoion que hubiera experimentado al saludar al primer *ser*

*inteligente* que hubiera podido apercibir en la superficie de este mundo tan ricamente preparado, nuestro Cometa, buscando este sér al fin del período terciario (es decir hácia el año ciento cuatro mil cuatrocientos noventa), buscando, digo, un habitante superior, mas ó ménos parecido á los que en otros globos existian, pero no encontrando ningun indicio de su presencia, llegó en justicia á creer de buena fé que ese ser no vendria nunca y que la Tierra, por hermosa y engalanada que entónces estuviera, brillaba para el espacio ciego.

La isla de Francia habia brotado ya del seno de las aguas. Como acontece á los génios superiores que presienten con frecuencia el destino futuro de los mas humildes imperios, así tambien el Cometa sintió como una especie de atraccion hácia aquella parte del mundo. Por dos veces habia cubierto ya el mar aquellos nobles terrenos; pero la configuracion geográfica que debian guardar acababa de recibir únicamente su carácter definitivo bajo el punto de vista del litoral. En el sitio que Paris debia ocupar un día, observó el Cometa los muy antiguos é ilustres predecesores de los Parisienses: los hipopotamos berreaban en las lagunas, los megaterios (*mega*, grande; *therion*, animal), los

camellos y otros rumiantes empezaban á hacer sus emigraciones; los ciervos de gigantesca cornamenta y las rápidas gacelas se buscaban y se escondían en los bosques umbrios. A orillas del Sena, en los paseos en que mas tarde los elegantes debían ostentar sus espléndidos trajes y sus elegantes modales, se veían los pavos reales, primeros tipos de la vanidad, y no léjos de ellos apercibíanse las cigüeñas marchando con planta altanera.

La poblacion era como hoy muy variada. Las tortugas se cruzaban con las liebres, los perros echaban una desdenosa mirada á los gatos y las ocas pequeñas iban en pos de las grandes; los grajos, sin embargo, no habían aprendido todavía el adornarse con plumas ajenas. Pero los caballos retozaban libremente en las llanuras dejando flotar al viento sus blancas y pobladas crines; los bueyes vivían juntos en manadas; veíase á las terneras bajar á beber al torrente y pasar de uno á otro prado; los graves elefantes, los decanos de la época, visitaban soberanamente los paisajes de su tranquilo imperio. Para dar la última pincelada á este panorama, que pide ya la presencia del hombre, las nieves de las lejanas montañas se elevaban hasta las nubes en

el horizonte; en primer término se veían los negros abetos dominando el bosque, los olmos y las encinas se adornaban ya con sus frondosas hojas, los tilos y los álamos se elevaban esbeltos en mitad del campo y el sauce inclinaba sus ramas á orillas de la murmuradora fuente.

La variedad que reina de un mundo á otro es inmensa, y las producciones de la naturaleza en una tierra no se parecen en nada á las de otra. La materia que constituye los seres es una cosa pasiva, de una obediencia sin igual, y que se amolda prodigiosamente al capricho de la fuerza que la rige; la fuerza tan solo es la soberana. Por esto sucede que existiendo las fuerzas naturales en diferentes grados de intensidad ó de asociacion en los diferentes globos, han producido en ellos seres esencialmente distintos unos de otros. A pesar de esta variedad necesaria é indefinida, pudo fácilmente reconocer el Cometa que la Tierra se iba aproximando al estado definitivo en que se hallaban ya sus demás compañeras del espacio y en el que el huesped viene á tomar posesion de sus estados. No se parecia á los otros planetas, pero conservando un carácter especial, era visible su preparacion. Así como en una série de habitaciones diferentes, amuebladas con gustos, modas

y caracteres esencialmente distintos y aun opuestos, el ojo escrutador conoce sin gran trabajo si están preparadas para ser habitadas pronto.

Sin embargo, se nos querrá creer si decimos que el Cometa tuvo que esperar aun una trentena de sus años, de tres mil de los nuestros, para que se empezaran á realizar sus esperanzas? A veces hizo algunos descubrimientos engañosos; creyó ver á veces algun indicio de mano humana; á veces creía distinguir, á la distancia en que se hallaba de la superficie terrestre, bandas de seres nuevos que parecian revelar la creacion tan deseada; eran quimpanzes, gorillas, macacos y orangs; entónces conocia su equivocacion y caian por tierra sus ilusiones. Hubo una época, durante los años cuarenta y cuatro mil ciento sesenta y cuatro, cuarenta y un mil noventa y nueve, treinta y ocho mil treinta y cuatro y treinta y cuatro mil novecientos sesenta y nueve, que nadó en un mar de esperanza. Asi como se observa á veces en el mes de Abril algunos dias de verano bellos y luminosos que empiezan ya á despuntar, la luz, el calor y los aromas descender en la atmósfera entibiada, del mismo modo en aquel mes de Abril de la Tierra, hubo una era anticipada. Una especie revestida al parecer del carácter de mando florecia

en las risueñas llanuras de un gran continente, que desapareció despues; ya se ordenaban á su alrededor los rebaños, como si dijéramos en una especie de domesticidad consentida; ya parecian propicios los elementos para la instalacion del gran monarca y favorables á su establecimiento; pero era un fruto prematuro, y el Cometa bien vió que aquello no eran hombres.

Se hubiera podido dar tal vez á esos seres primitivos de los cuales acabo de hablar el nombre de Trogloditas, si consideramos que vivian en las cavernas naturales, ya en la falda de las montañas, ó ya en la soledad de los bosques y que jamás colocaron una piedra sobre otra para erigir la mas pequeña construccion. Tal vez fuesen el origen de la raza humana y el punto ó línea de transicion con las razas animales anteriores, pues *Natura non facit saltum*. Pero el viajero observador no pudo resolver este misterio. Durante los cuatro años que acabamos de marcar, los observó sin llegar á darse cuenta de la realidad de su naturaleza y cuando en el año treinta y un mil novecientos cuatro ántes de nuestra era volvió á su perihelio, habian desaparecido ya aquellos seres misteriosos y en vano buscó sus huellas ó sus sucesores en la Tierra.

Veíanse también á veces pasearse grandes monos, con el bastón en la mano, por las selvas vírgenes, y á veces también dos grupos armados de enormes palos encontrarse en un bosque y darse una tunda recíproca y soberana; los muertos y los heridos allí se quedaban y se les olvidaba sin ninguna clase de compasión. En otro lugar se veían diferentes monos jugar entre ellos de un modo inocente y amistoso, aunque á veces pérfido, lo que denotaba ya cierta inteligencia. Muchos de esos jugadores se complacían á veces ir á hostigar á algún cocodrilo dormido, el cual despertándose sobresaltado los veía huir á todo correr divirtiéndose él también á la vez en avanzar una pata y comerse la cabeza del más pequeño ó del menos listo de entre ellos. Mas allá se veían grupos numerosos que celebraban alegremente, tal vez la boda de algún personaje importante de la compañía. Verdaderamente estos fueron entonces los únicos seres que llamaron verdaderamente la atención del Cometa. Se los hubiera quedado mirando durante cincuenta mil años sin cansarse. Los restantes no aparentaban tener ni la cuarta parte de su inteligencia. Caballos, elefantes, perros ó gatos, parecían más dóciles, y tal vez andando el tiempo educados por el hom-

bre podrían elevarse sus facultades al nivel de esas razas domésticas, más inteligentes que la de los monos; pero en aquella época, aquellas eran sin disputa alguna las primeras de la creación.

Divisó más tarde en las ardientes comarcas del Ecuador, otros seres que ofrecían un gran parecido con los precedentes. Eran negros como ellos, vivían también en pequeñas familias en los desfiladeros ó en los briques, se mataban recíprocamente de vez en cuando, daban caza á las aves del cielo y permanecían ocultos durante la noche. En dos cosas se diferenciaban un poco de los anteriores: en que los primeros se divertían mucho, mientras que los segundos parecían estar siempre de un humor feroz, y que encendían á veces unos palos en un pequeño volcán mientras que los otros no lo habían probado nunca. A parte de esto se parecían como dos gotas de agua.

Por una de las más felices coincidencias, como no se encuentran más que en las novelas, nuestro Cometa, que se aleja del Sol, según hemos dicho, á quince mil millones, trescientos ochenta y siete millones, ochocientas mil cuatrocientas leguas, se encontró, el mismo año en que hizo la prudente observación, con un gran Cometa

parabólico<sup>1</sup>, que venia del Sol  $\alpha$  del Centauro, vecino nuestro, que no dista de nosotros, como se sabe, mas que unos ocho trillones seis cientos tres mil millones, dos cientos millones de leguas de aquí. Aprovecharon aquel raro y feliz encuentro para ir un rato juntos y el Cometa del Centauro acompañó al nuestro hasta la órbita de Neptuno. No hablaron mas que un momento comenario, es decir durante unos tres cientos noventa años únicamente; pero aquel breve instante bastó para que nuestro Cometa se pusiera alegre y contento, porque su comadre, que tenia mucho talento, le aseguró que si habia visto encender fuego en la Tierra, tenia derecho para deducir que en ella existia ya una raza inteligente.

Hablaron tambien de los reinos extra-neptunianos, y el cometa parabólico dió clara muestra de gran erudicion y de profunda experiencia; por

<sup>1</sup> Se llaman cometas parabólicos aquellos que en vez de seguir alrededor del Sol una curva cerrada y de volver á pasar periódicamente por los mismos sitios, se apartan de la figura elíptica para no volver mas. Aléjanse entónces á distancias indeterminadas, salen de la esfera de atraccion de nuestro Sol, entran á veces en el dominio de otro y le pertenecen por cierto tiempo; despues caen de nuevo en otro sistema y continuan de un modo irregular su carrera vagamunda.

que nada mejor hay como los grandes viajes para instruirnos sobre el valor relativo de los diferentes paises. Pero por otra parte dan á veces ménos solidez á nuestros juicios sobre ciertas verdades absolutas, independientes de las nacionalidades, y ese Cometa de paso fluctuaba en la duda cuando se trataba de esas graves verdades. Por eso el nuestro resolvió estar en guardia contra las atracciones del desconocido y no hacerse nunca parabólico. No referiré sus discusiones sobre los extra-neptunianos, puesto que están mas allá del límite de nuestro alcance. Nuestras mas lejanas miradas, — hablo de miradas telescópicas, — no van mas allá del Tridente, cuyo centro se limita á un imperio de dos mil millones, tres cientos millones de leguas de distancia.

A su vuelta siguiente, nuestro intrépido viajero auguró bien de la Tierra desde que á ella se acercó. Aquella Tierra querida se presentaba al Sol naciente bajo el aspecto mas bello y espléndido que habia visto nunca. Resplandecia llena de juventud y claridad en el limpido cielo. Las llanuras verdeaban como en la mañana refrescada por el rocío; abriáanse las flores, y los bosquecillos amenos ofrecian al lado de la azucena las rosas abiertas ya. Ciertamente que aquello era la última

época, el período cuaternario que empezaba.

Si los volcanes que aun humeaban eran numerosos en el centro de las cordilleras y si los vapores rojizos subían en torbellinos hácia el cielo; si la Tierra temblaba aun y parecia como estudiar sus entumecidos miembros; si pesados paquidermos hollaban el terciopelo esmaltado de los prados, mientras que los tigres rugían en el vasto desierto; si los grandes cazadores alados caían sobre seres pequeños y temerosos para devorarlos, mientras que el mar salado encerraba en su seno monstruos inexorables, estriba esto en que la Tierra no debía ser un mundo perfecto, sino que debía permanecer como un mundo inferior, en que la *ley de muerte* reinase, ¡ay! como condicion necesaria de la ley de la vida. Pero veían bien claro que los tipos primitivos informes habian desaparecido siendo reemplazados por otros mas adelantados y establecidos en una base definitiva. Bien claro estaba que desde el monte al llano y del bosque al mar habia llegado la hora de ocupar aquellos lugares un huésped capaz de apreciar el valor de semejante mansion.

Preocupado siempre por ver al fin en la Tierra seres capaces de comprender la belleza de aquellas grandiosas escenas, criaturas nobles y pode-

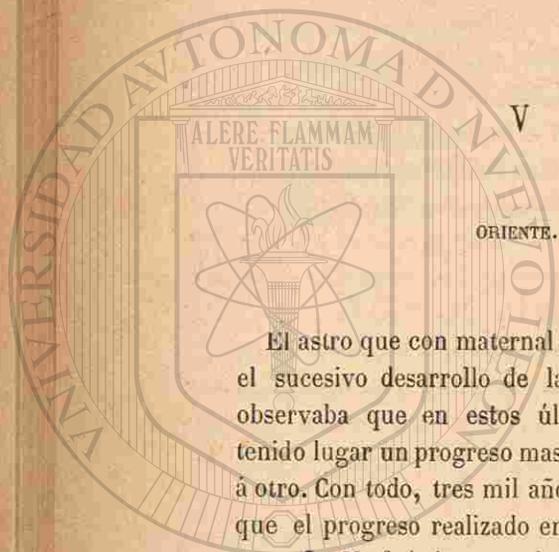
rosas cuya frente estuviese iluminada por la sacra aureola del pensamiento, nuestro Cometa no dejaba ni un instante de velar. Bien habia visto, seis años cometarios ántes, á algunos bípedos de pelo pardo pasar de una á otra caverna y hacer largas cacerías; bien observó al año siguiente, otros seres armados de arcos, de flechas, hachas y cuchillos de sílice, reunirse en ciudades de barro y beber en los lagos como los castores; pero no podia resignarse á creer que la raza humana no tuviese otros representantes. En cada uno de estos viajes perihélicos abarcaba con sus miradas el conjunto del globo en cada una de sus comarcas y su corazón palpitaba á cada instante ante un descubrimiento ilusorio. Hacia cincuenta mil años, diez mil sobre todo, que aguardaba para ver aparecer al hombre; bien merecia recibir al fin su recompensa.

En los fértiles valles bañados por los afluentes superiores del Ganges y del Indo, mas allá de las gigantescas cordilleras del Himalaya, una primavera perpetua derrama su benéfica influencia. El zodiaco iranio toma su origen en un punto del cielo que marcaba el solsticio en el año de 19337. Dos grandes razas vivieron mas tarde bajo aquella institucion del primer calendario astronómico.

En la época en que pasó el Cometa estaban aun reunidas aquellas dos razas : eran los Aryas, tribus nómadas que reconocieron inmediatamente como superiores á las precedentes; además de su forma exterior mas adelantada, manifestaban por signos indubitables una conciencia inteligente. Habianse congregado las familias en poblaciones, y aquella vida nacional primitiva, que lleva sus tiendas de una á otra plaga, se dirigia hácia el Sol. Era el despertar del Oriente; y allí quizás la cuna de la inteligencia. ¿Acababa Dios de poner la mano en su última creación para hacer resplandecer en su frente el signo eternamente imperecedero de la conciencia? Ó no habia tocado aun la frente de aquella criatura demasiado jóven aun?... No se dá el uso de la razon al niño al dia siguiente de su nacimiento.

Cuando se arroja una bellota en el humus fértil, pasan los años y abren el gérmen secreto. Muchas nieves blanquean el suelo del bosque, muchas primaveras derraman su rocío y muchos julios envian su calor saludable á los frondosos árboles. Despues de mucho tiempo trascurrido vemos á una tierna encina mecerse al soplo del viento y los pajarillos que en ella se posan hacen cimbrear su débil tallo. Pero si pasan los siglos

por la creciente copa del vegetal, con los siglos vendrá tambien la verdadera grandeza del árbol de inmensas ramas. A su sombra vendran á sentarse las generaciones y las cifras llegarán á ser impotentes para señalar el número de sus años. Del mismo modo en la naturaleza todo crece con lentitud; así tambien en la obra divina todo progresa segun la noble sucesion de los tiempos.



V

ORIENTE.

El astro que con maternal solitud presenciaba el sucesivo desarrollo de la creación terrestre, observaba que en estos últimos tiempos había tenido lugar un progreso mas rápido de un periodo á otro. Con todo, tres mil años son tan poca cosa, que el progreso realizado en dicha época es bien pequeño. No fué sino por el número de esas visitas termilarias como pudo el astro inspector darse cuenta del progreso y adeanto de la creación hácia una perfección quizás indefinida.

Con mas justificación que nunca en sus esperanzas nuestro filósofo puso el mayor cuidado en examinar aquellas tribus patriarcales de la India. Pero ¿cuán léjos estaban de los habitantes de los demás mundos, con quienes había hecho cono-

cimiento en la antigüedad ! ; Qué distancia los separaba de la era verdaderamente humana en que las ciencias, las letras y las artes son la cultura de las naciones!... Si el espíritu ha despertado bajo ese cráneo aun deprimido, si ya tiene conciencia de si mismo, no ha salido del periodo nocturno en que los sueños dominan aun. Vive en medio de un temor perpetuo; invoca los elementos, los seres inanimados, los fenómenos de la naturaleza, á título de poderes superiores; pero al fin sueña ya, y comunica por la poesía con el origen universal de todo lo creado.

En el año trece mil quinientos catorce ántes de nuestra era, fué únicamente cuando nuestro cometa creyó apereibir por primera vez una apariencia de ciudad humana; no era mas que un conjunto informe de tiendas de piedra. Sin embargo, sería difícil expresar el entusiasmo con que la saludó y la alegría que experimentó al ver esa señal sensible del progreso de la familia intelectual en la Tierra. En el seno de la inmensa llanura líquida que rodeaba la mayor parte del globo como un manto de esmeralda, se destacaba un triángulo irregular de amarillo de ocre. Esta playa parecia ménos fértil que la que se extendía á su derecha y en la que se veían aun las tribus indias de que

hemos hablado mas arriba; pero en el extremo Norte, habia una comarca de extraordinaria riqueza. Parecia que el hombre habiendo podido abarcar la totalidad de la esfera terrestre y comparar sus diferentes regiones, habia escogido precisamente la mas hermosa y agradable; observacion que puede servir para hacer ver que una inteligencia suprema lo gobierna todo. En medio de esta region privilegiada, bajaba un gran rio y se dividia en dos ramas principales ántes de desembocar en el mar. En la parte alta del triángulo formado por aquella division reapareció la primitiva ciudad. Aquella *Memphis* debia ceder su real supremacia á This, ciudad del Alto Egipto, y mas tarde Tebas debia eclipsar á las dos precedentes.

El observador celeste no habia divisado aun la raza blanca entre los hombres, es cierto, pero notaba ya cuán grande era el progreso que se iba manifestando. Vió que los hombres se habian constituido en sociedad para emprender trabajos especiales y que cierto lazo de unidad unia las familias en un mismo pueblo. Por la noche, cuando su luz resplandecía en el horizonte, veía algunos hombres que venian á arrodillarse á orillas del Nilo contemplando su imágen en la onda tran-

quila. Durante la noche, desde lo alto de los montes piramidales, otros hombres vestidos de trajes diferentes, observaban su posicion entre las estrellas. Eran los origenes de las investigaciones y el origen tambien de la servidumbre de los pueblos ignorantes y temerosos por hombres imprudentes y tiránicos.

No apareciendo nuestro Cometa en la Tierra mas que á grandes intervalos, se concebirá fácilmente que no pudo formarse sino una idea vaga de lo que el hombre en su orgullo llama pomposamente la Historia del mundo. Bajo un punto de vista general en su aspecto celeste era como observaba el Cometa los acontecimientos sucesivos de la creacion : no á través del prisma engañoso de que se sirven los hombres para engrandecer lo que les conviene y rebajar lo que no les conviene. No podia preciarse el Cometa de conocer los pequeños detalles de la historia; su misma naturaleza se oponia á ello, pero hubiera podido (como le sucedió con frecuencia) hacerse el intérprete del astro terrestre cerca de los demás astros del cielo, y referir su historia con una extension y grandiosidad de minas infinitamente superiores á las ilusiones de los hombres. No hay que extrañarse pues si nuestro observador no

desciende á buscar los insignificantes detalles de la vida terrestre; su método de observacion no ha cambiado en nada y no es la aparicion de la familia humana la que puede variar la época de sus rápidas apariciones.

Imposible, pues, le sería afirmar si en su tránsito del año diez mil cuatrocientos cuarenta y nueve, la teocracia egipcia contaba sus años en el período de *Phta* ó solamente en el de *Phré*, de *Chumb* y de *Seb*; pero sabe astronómicamente que un sol próximo al nuestro, y del cual oía hablar muy bien á los cometas que del mismo procedían, el grandioso, el hermoso *Sirio*, había sabido atraerse las miradas y los pensamientos, la admiracion y el aprecio de los sacerdotes del Alto y del Bajo Egipto. Del mismo modo sería imposible afirmar que la era india de los Manouantaras empezó en su origen zodiacal por el antiguo, el primer Manu-Soua-Yambhouva y que en aquel año 19,337 los hijos de Osiris hubiesen podido distinguir perfectamente el punto del solsticio de verano entre el Nakchatra-Aswini y el Nakchatra-Bharani; pero sabe positivamente que amaban tiernamente al Sol, Agni, dios del fuego, y que temían á Indra, dios del rayo. Sabe también, por observacion directa, que el Oriente

luminoso meció en sus cándidas aureolas á la naciente inteligencia, que, mas tarde, debía descender hácia el Occidente en que nos hallamos.

Por lo demás bien se le alcanzaba que si estaba destinada la Tierra á ser una mansion intelectual, digna de poderse comparar con sus vecinos del espacio, como Júpiter, Saturno, etc., no era en dos días como podría conseguirlo, y que para establecerse eran necesarios á la humanidad largos períodos de aprendizaje. ¡Largo y penoso es siempre el tiempo que ha de pasar para que un mundo se civilice! Teóricamente calculaba el Cometa por sus años de á tres mil y deducía que en cuatro ó cinco podría la Tierra salir de su infancia. Cuatro después del en que nos encontramos dan mil ochocientos once: ¿se equivocaba el Cometa? Prácticamente, pensé que sería necesaria una duracion mucho mayor atendiendo á que según lo que ella veía, no parecían muy dispuestos los hombres á perfeccionarse unos á otros, sino que se ocupaban en destruirse reciprocamente. Hablando con franqueza, eso fué lo que mas le impresionó y que no ha podido borrarse aun de su memoria; siempre tiene á la vista la primera impresion que recibió al asistir desde lo alto de los cielos á la grande y sangrienta batalla que se dió en aquellos primeros

siglos, impresion que, lejos de haber sido cicatrizada por el tiempo, ha sido renovada siempre, puesto que el astro sensible no ha pasado aun ni una vez siquiera cerca de la Tierra, desde que en ella existen hombres, sin ver en alguna parte á esos seres matarse unos á otros. Parecióle que no habian nacido sino para probar sus fuerzas y ejercitarlas unos contra otros, tan luego como fueran suficientes, y que en vez de formar una familia solidariamente unida como en otros globos, los hombres de la Tierra formaban un reino eternamente dividido contra si mismo. Teniendo esto en cuenta, auguró que seria preciso cuadruplicar el número de los siglos que se necesitaria para la emancipacion del hombre.

Un acontecimiento inesperado, de lo que solo hablaremos aquí por via de paréntesis, puso una laguna en la série de las observaciones cometarias en la época á que hemos llegado; á su paso en el año siete mil trescientos ochenta y cuatro, la Luna absorbió completamente su atencion, y los nueve meses que pasó á la vista de la Tierra se deslizaron sin tener tiempo para proseguir en sus observaciones. Hacia el año cincuenta y nueve mil cuatrocientos ochenta y nueve, es decir diez y siete años ántes, habia observado en el astro vecino al nuestro y que nos

acompañaba siempre como un satélite fiel, un movimiento general que habia operado una division nunca vista en la superficie lunar. Dos naturalezas esencialmente distintas se habian apoderado de cada uno de los hemisferios; los habitantes que pasaban del uno al otro creian penetrar en un mundo nuevo. Ahora bien, como no estaban equilibradas las fuerzas, sucedió que la parte mas rica y fértil fué insensiblemente absorbiendo la mas pobre como si hubiese chupado toda la savia de la vida y como queriendo dominar sin rival al reino humano. Todos los fluidos, todos los líquidos convertidos en gases emigraron del hemisferio que mira á la tierra al hemisferio opuesto, y la época en que pasó el Cometa fué precisamente la de la emigracion de los Selenitas al único hemisferio que quedó habitable. Veíaseles hacer su equipaje y huir por todas partes hácia el círculo del horizonte; grandes y pequeños, gordos y flacos, ricos y pobres, todos partian para el nuevo mundo, hasta el punto que el desgraciado hemisferio se quedó desde entónces completamente desierto y aun hoy dia solo existen rocas que se estan mirando unas á otras en el silencio mas espantoso.

Otro acontecimiento estuvo á punto de poner tér-

mino tambien á los estudios de nuestro Cometa. En su penúltimo tránsito, creyó oír los últimos suspiros de la tierra. Un flujo enorme brotaba de ella, los torrentes habian inundado las comarcas de tierra adentro; las llanuras y las montañas parecian hundirse, como si el mar hubiese salvado las barreras de su imperio para trasladar su dominacion mortal á los antiguos continentes. Pero cuando hubo dado la vuelta el globo en la noche de 180 grados presentando el otro hemisferio, reconoció el cometa que aquel diluvio no era universal; que se extendia únicamente hácia las primitivas regiones del Asia, y que los dos gigantescos triángulos americanos brillaban al sol, ricos de espléndida vegetacion, de especies animales en el apogeo de su gloria y de una humanidad que llena de vida adoraba á la naturaleza. Eran los antecesores de los Toltecos, que debian ser reemplazados mas tarde por los Chichimecos, despues por los Aztecas, á los cuales debian agregarse con el andar de los tiempos los Tapanecos, Colues, los Tlatelolues, etc., y fundar la célebre ciudad de Tenochtitlan en las islas del lago Tezcuco, cuyas mismas islas debian un dia reunirse en una sola para dar una base sólida á la capital de Méjico. Veianse tambien las montañas en donde Manco-Capac debia fundar

tambien un dia la república de los Incas adoradores del Sol, y donde Pizarro debia de hacer su aparicion para fundar por derecho de conquista el vireino del Perú. Entre las dos Américas, se distinguian una multitud de pequeños Estados separados. El Cometa pensó, no sin fundamento, que en el caso de que el mundo asiático tuviese la desgracia de sepultarse en el fondo de las olas, el mundo americano podria bien reemplazarle. Pero no tardó mucho en persuadirse de que no estaba en peligro la vida de la humanidad. Mientras que aquel nuevo mundo se despertaba á su vez, el antiguo continuaba creciendo, si se exceptua la pequeña parte anegada por accidente. Poseia el Egipto una verdadera ciudad, donde se divisaban palacios y torres y el comienzo de una informe escultura; altas pirámides orientaban la comarca. Fundábanse las grandes capitales de la India. La Europa misma se apercibia de su existencia; abriendo sus párpados bajo un cielo luminoso, vió que era ya muy entrado el dia y quiso levantarse. En la Australia, el Cometa no veia mas que grandes monos ocupados en hacerse reciprocamente los gestos mas horrorosos.

Observaba tambien, entre esas criaturas humanas tan diversas, otros animales no ménos

extraños, cuyo tipo se ha perdido ya en nuestros días : el *Elephas primigenius* ó mammoth, elefante colosal de 18 á 18 piés de altura, armado de largos colmillos formando un semi-círculo, que no bajaban de cuatro metros de largo. Al encontrar con el tiempo sus huesos fosiles mezclados con osamentos humanos, se cree que pertenecen á hombres gigantes de 20 piés de estatura. Véase también al rinoceronte *tichorynus*, cubierto de abundante pelo, que dió origen á los dragones legendarios galos de las grutas sepulcrales; el oso de las cavernas, que se paseaba por Montmartre en compañía del tigre gigantesco; el buey primitivo y el uro, que Julio César encontró por última vez al volver de Bibracta; el ciervo *megacero*, cuya cornamenta, muy divergente forma ángulos de tres á cuatro metros de abertura, y que fué presa de los primeros ballesteros; por último, soberbias ayes, como ya no se ven hoy día, el *dinornis* ó el *épiornis*, cuyos huevos tienen 25 centímetros de largo y que cual gigantescos avestruces orecian una vista muy hermosa al lado del hombre.

Nuestros abuelos los Celtas, de raza indo-germánica, conocieron aquellos últimos vástagos de las generaciones antediluvianas. Aquellos valien-

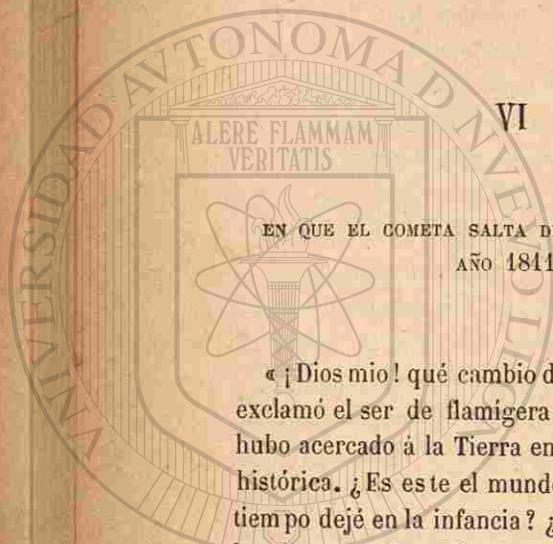
tes antecesores merecieron llamar la atención del Cometa, como cien mil años ántes los megaterios y los dinoterios habían sido objeto también de su particular atención; y es muy digno de notar, que el mismo astro que hoy vemos fué contemplado en otro tiempo por ojos cerrados hace muchos siglos y por razas que han desaparecido para siempre en el abismo de los tiempos. Así pasan los seres efímeros que nos parecen la existencia toda, mientras que la naturaleza universal, en la cual no pensamos, permanece en su tranquila grandeza.

Fué en el año de 1254, ántes del nacimiento de Jesucristo, cuando nuestro venerable viajero hizo su penúltima visita á la Tierra. Decíamos que nuestros abuelos vivían aun de la vida natural primitiva, en el seno de los bosques frondosos del país que un día debía ser Francia, limitando su ambición á las riberas en que nacieron y gozando en paz de la luz del cielo y de los frutos de la Tierra.

Sus ascendientes, que hemos visto hace algunos miles de años en Oriente, llevaban aun la vida alegre y atormentada de la conquista, mientras vivían tranquilamente en los bosques de su patria adoptiva. No tardarán en bajar al sur, dejando

en pós de sí á los Cimerios, Escordiscos, Taurinos, Boyenses y Cimbros; pero aun quieren gozar del privilegio de la infancia. Despues subirán á su grandeza. Por el contrario, los que hemos visto han ido sucesivamente en decadencia. Duermen los Egipcios, Memphis murió ya, Uris sueña, Tebas, la ciudad de cien puertas, vela; pero no tardará mucho en ser destruido todo esto por el viento del desierto. Así desaparecieron otras tantas civilizaciones. Babilonia, fundada hacia mil quinientos años, ha caído ya, y Ninive que le sucedió está completamente arruinada. Ecbatana iba á aparecer, despues á desaparecer para que naciera Persépolis, que á su vez caería tambien. Asirios, Medos, Persas, Caldeos, eran tan solo rastros de serpientes; en el otro mundo adelantaba lentamente la América. La China era el reflejo de la India y el Sol derramando sus benéficos rayos rodeaba la naturaleza inmensa en una luz tranquila y suave. Poco há habia salido un pequeño pueblo del Egipto; fijábase despues á lo largo del mar, pero sin tener reyes aun. Por último, veíase una pequeña isla en la parte baja de Europa, cuyos habitantes, llegados á ella hace tan solo ocho cientos años, se decían anteriores a la Luna, y pretendían haber sido engendrados de la Tierra,

como las cigarras que llevaban sus mujeres en el pelo para dar á entender su origen. Un gran acontecimiento ocupaba entónces á los habitantes. Un tal Paris tuvo la ocurrencia de robar á una señora hermosísima llamada Elena, esposa legítima del rey Menelao, y habiéndosela llevado á un pueblecito del Asia menor, á algunos grados de distancia, toda la nacion se puso en pié de guerra. En un abrir y cerrar de ojos se fabricaron toda clase de armas, se enjaezaron los caballos, se afilaron las espadas, se pulimentaron las corazas, se tegieron las cotas de malla, se armaron las careax, se forjaron los escudos, se pusieron regatones á las lanzas y se preparó todo para el combate. Jamás habia visto el Cometa otra cosa semejante. Desgraciadamente, es decir, felizmente para ella, no pudo asistir á la guerra entera, pues el asalto de la ciudad por sí solo duró diez años y en diez años el Cometa habia recorrido como unos ochenta y cinco millones de leguas; pero esto no le impidió encontrar que se hacia mucho ruido por poca cosa y casi se podia inferir que si los habitantes de la Tierra daban en la gracia de reñir por nada, acabaria el Cometa por no ocuparse mas de ellos.



VI

EN QUE EL COMETA SALTA DESDE EL DILUVIO AL  
AÑO 1811.

« ¡ Dios mio! qué cambio de un año á esta parte! exclamó el ser de flamígera cabellera cuando se hubo acercado á la Tierra en su última aparición histórica. ¿ Es este el mundo que hace tan poco tiempo dejé en la infancia? ¿ Es este el pueblo que he visto tan miserable, tan pequeño, tan temeroso y tan débil? ¿ Han muerto pues sin duda todos los que vi y oí por acá? Hombres, pueblos, ciudades, nacionalidades, ¡ todo ha cambiado! ¿ Dónde están los bardos que atestiguaron en mi nombre la constitucion céltica? ¿ Dónde sus dolmanes y altares? ¿ Qué de revoluciones desde mi marcha! Ya no veo aquí ni á los Celtas ni á los Kimris; tampoco encuentro á los Medos ni á los Griegos allá.

¿ Cuál es esa ciudad?... ¡ Pero esto no es la Tierra!... » El Cometa no acertaba á comprender lo que estaba viendo.

Muchos cambios habian tenido lugar en verdad desde su última visita; pues *se estaba entonces en el año de gracia de 1811, y el Cometa bajaba de lleno sobre Paris*<sup>1</sup>.

Para los astros en general y para los grandes cometas en particular, tres mil años no son gran cosa: en el calendario de la eternidad es ménos que un segundo. Pero para el hombre, ya sabeis

<sup>1</sup> El astro viajero cuya historia vamos refiriendo, no es efectivamente otro mas que el gran Cometa de 1811. Todos recuerdan el efecto prodigioso que produjo la súbita aparición de aquel magnífico astro en la noche del martes 26 de marzo de 1811. Se le atribuyó el fecundo calor del estío y la excelencia del vino en aquel año memorable. Todos los periódicos se ocuparon de él haciéndole hablar en todas las lenguas y por todas las causas. Unos le acariciaban, otros le temían. Estos leían de nuevo la eterna profecía de Orval; aquellos celebraban el saludo que el cielo hacía al nacimiento del rey de Roma. Napoleon, recostándose en una ventana de las Tullerías, preguntaba á su tío el cardenal Fesch lo que pensaba del nuevo astro. Todo Paris miraba y no trascurió el verano sin que se hubieran confeccionado corbatas á la Cometa, sombreros á la Cometa y sin que no anduviera en todo el Cometa. Metió tanta bulla que aun hoy lo recuerdan como si fuese ayer.

lo mismo que yo..... matemático lector, tres mil años es mucho, muchísimo!

¡Cuántas generaciones se han sucedido en el mundo desde el año 1254 ántes de Jesucristo! La Grecia, el Lacio y los reyes; la República latina, Cartago, el Norte, el Imperio romano; la destruccion del coloso, los Bárbaros, el Imperio de Occidente; la fundacion de los reinos franco, germánico y anglo-sajon; paganismo, cristianismo, islamismo; cismas; renacimiento; progreso y decadencia del feudalismo; monarquía, república, imperio. Todos estos acontecimientos habian tenido lugar aquí sin que el Cometa supiera de ellos ni una palabra siquiera. ¿Y que seria si en vez de limitarnos á nuestra sociedad europea abarcáramos el globo entero? Toda la parte histórica de la existencia del hombre en la Tierra podria cober entre estos dos términos: — 1254 + 1811, que no señalan para nuestro Cometa mas que el intervalo de un año.

Fue, pues, muy legítima y perdonable su sorpresa. Del día á la mañana habia pasado, sin darse cuenta de ello, del imperio troyano al imperio francés, de Agamenon á Napoleon. No se podria dar en verdad un salto mayor.

Las ciudades y los pueblos habian cambiado,

Unos habian desaparecido, otros habian nacido. Evidentemente, la humanidad habia dado un paso desde entónces. ¿Era hácia adelante ó hácia atrás? El astro, observador fino y sagaz, tuvo sus razones para creer que no habia sido hácia atrás. Pero no solamente el hombre habia cambiado en todo lo que á él se refiere, sino la misma naturaleza habia seguido una modificacion que parecia deberse á otra causa mas que á la mano del tiempo. Los bosques se habian reducido y no abarcaban ya el espacio inmenso que ocuparon en otro tiempo. Canales trazados por la mano del hombre surecaban la superficie terrestre. Se habian desecado las lagunas y pantanos. Las orillas del mar estaban bien defendidas. Los campos se hallaban atravesados por líneas blancas; escalonábanse los pueblos en las faldas de las montañas; ciudades industriosas asentaban á orillas de los grandes rios, bañando su pié en la onda rápida; jardines y bosquecillos rodeaban esos grupos de moradas humanas. Era preciso confesar que en aquella pequeña parte del hemisferio el hombre habia dado á conocer quién era.

Pero... (¿dónde no hay peros?) el Cometa oyó aun el estruendo de las armas. « ¡Aun dura eso! ¡ay! dijo, se conoce que no pueden perder la

costumbre. ¡Pobres hombres! este pais sin embargo no es muy feo! ¿Por qué derraman entónces la sangre en sus campos degradados? ¿No seria mucho mejor trabajar en paz bajo el sol alegre? ¿Pero saben acaso lo que hacen?

En el seno del espacio silencioso é infinito no existen distancias, y dos órganos creados para percibir los mas débiles sonidos podrian recibir la comunicacion á través del éter impalpable. Todo es relativo, lo mismo la intensidad del sonido que la de la luz. Cuando llegan los Cometas á los desiertos mas lejanos, retardan poco á poco su marcha, como si quisieran prestar el oído á lo desconocido. Dicese que á veces, semejantes á las almas que fraternizan en un destierro comun, se comunican desde lejos sus impresiones al través de la inmensidad, y que matan el fastidio de la soledad y de las tinieblas con una conversacion sobre la naturaleza de las cosas y el destino de los seres que han visitado. Hace algunos años que nuestro Cometa se encontró en las soledades trasuránicas con el Cometa de Halley, ménos noble que él, pero de cierta respetable categoría en la gerarquía sideral. No tardaron los dos viajeros en referirse confidencialmente sus mutuos recuerdos.

— He hallado muy cambiada á la Tierra desde

mi último viaje, decia la mayor á la de mas edad. Allá andan las cosas muy de prisa. Parece que tres mil años de dicho mundo equivalen á uno de los míos y que en tan breve tiempo pueden hacer y morir noventa generaciones. ¡Qué diferencia con Neptuno, donde nada ha cambiado, ni un ápice siquiera, desde hace seis mil años!

— Respetable amiga, contestaba el otro, mis años pasan con mas rapidez que los vuestros, porque en lo que tardo en dar una vuelta alrededor de nuestro brillante rey los terrícolas solo cuentan *setenta y cinco años*; sin embargo, si os he de hablar con franqueza, mucho se construye y se derriba en tan corto espacio de tiempo en aquel pequeño planeta. Creo que mi asombro respecto de la frivolidad de los terrícolas no es inferior al vuestro.

— Hablando aqui en confianza, me parece que aquellas gentes ó son muy superficiales ó muy activas: desde que existen hombres en la Tierra, se la ve trasformarse de un manera prodigiosa. En otro tiempo, ántes de la creacion de dicho animal, recuerdo haber hecho unos veinte ó treinta viajes sin haber notado grandes cambios en la superficie terráquea. Hace tan solo cinco años (el Cometa queria decir 15,000 años nuestros), han encontrado el medio de edificar, de

demoler, de ahondar, de llenar, de transfigurar su patria, como si se tratase de representar una comedia de magia. — ¿Y en qué año terrestre hicisteis vuestra penúltima aparición, caballero?

— Hijo mío, si mi memoria no me es infiel, hará como cosa de treinta siglos terrestres; no conozco muy bien el pequeño calendario que usan por allá, para poder precisar con exactitud la fecha. Me encontraba yo entonces á los doscientos cuarenta y cinco años de edad, pues contaba cuarenta y seis años desde el despertar de mi conciencia cuando noté la Tierra por primera vez, y he vuelto desde entonces como unas doscientas veces.

El pequeño Cometa, que sabía calcular bastante bien, halló al instante que aquella penúltima aparición se refería al ménos á la mitad del siglo trece ántes de la era cristiana; la frecuencia de sus visitas á la Tierra le habian puesto al corriente sobre nuestra manera de contar en años paganos y en años de gracia. Así es que no pudo ménos de sonreirse pensando en la extrañeza de su venerable compañero con motivo de los cambios ocurridos en la Tierra desde aquella época. Padecía algo este Cometa de intemperancia de palabra, así es que ardía en deseos de referir

en aquella misma sesión, sus observaciones personales sobre la humanidad terráquea, de lo cual el otro se apercibió.

— Querida viajera, le dijo, sobre este asunto debéis estar bien enterada, puesto que habeis ido á la Tierra con mas frecuencia que yo y habeis seguido su historia mas de cerca. Decidme, ¿el estado de cosas que contemplé poco há (quería decir en 1811) no es el que siguió inmediatamente despues al de mi anterior visita? Me parece que hay un gran vacío entre aquellas fechas y que seriais vos el único para llenarlo.

— Cuarenta veces me he hallado junto á la Tierra desde vuestro ante-penúltimo viaje, repuso éste, y en cada una de dichas cuarenta veces encontré siempre cosas nuevas si os he de hablar en verdad. Los hombres viven tan poco en aquel globo que son muy contados los que pueden vanagloriarse de haberme visto aparecer dos veces, y la mayor parte se puede decir que apenas han conseguido verme ni siquiera una vez. Y sin embargo, añadió con acento pesaroso, mi año es cuarenta veces menor que el vuestro. De mis diferentes apariciones, las que mejor recuerdo, porque los acontecimientos de que fui objeto me impresionaron hondamente, son las que en la

Tierra se señalan con las épocas de XII ántes de la era cristiana, DCCCXXXVII, MLXVI, MCCCCLVI, MDXXXI y MDCCLIX. Si os interesa, tendré sumo gusto, ya que se me ofrece la ocasion, de referiros esa historia.

Como el Cometa se interesaba mucho por todo lo que tenia relacion con los negocios humanos, y como tampoco la disgustaba encontrar con quien charlar, aun cuando fuera con un Cometa joven, en las profundas soledades que atravesaba, prestó la mayor atencion al relato del viajero.

Entonces oyó como en el seno del Celeste Imperio chino, en el año 12 ántes de la era vulgar, bajo la gloriosa dinastía de los *Han*, sucesores de los *Thsin*, habiendo el *Fong-siang-chi* observado el Cometa por mandato del emperador, reconoció que era un nuevo signo de la maldicion celeste contra *Thsin-chi-hoang-ti*, el cual no satisfecho con haber reducido á cenizas el observatorio de la *Torre de los Espiritus*, erigida por el emperador *Wouwang*, mandó cortar la cabeza á los cuatro cientos cincuenta sábios del imperio, disponiendo al propio tiempo bajo pena de muerte que en el término de cuarenta días se quemasen todos los libros clásicos de moral, de filosofia, de astronomía y de historia; como el astrónomo

imperial (el *Fong-siang-chi*) habia aconsejado al principe pasar, como en invierno, al salon de la izquierda del palacio negro para ofrecer un sacrificio á *Hiouenming* y renovar simbólicamente la era de las ciencias, de las letras y de las artes; de que manera el *Tatsoung-pé* reunió á los mandarines alrededor del trono imperial como en la época del último eclipse, no para prestar socorro al astro, sino para saludarlo, y como aquel mayordomo hizo que el emperador en persona tocara « en el tambor del trueno, el redoble del prodigio »; y como toda la China estuvo en constante estado de alarma durante dos meses terrestres muy cumplidos... Refirió despues como en el año de gracia de 837, Luis el Bueno, hijo y sucesor de Carlomagno, se arrodilló ante él en un rincón oscuro del terrado del palacio, preguntándole que queria anunciarle de parte del cielo; la contestacion que dieron las dignidades eclesiásticas para sustituir algo al silencio del Cometa, y como el buen emperador se dió prisa en los tres años que le quedaban de vida en fundar góticas catedrales, ricas abadías, vastos monasterios y dotar con bienes de la corona las iglesias y conventos... Refirió tambien de que manera, en el año de 1066, el duque Guillermo el Conquistador, dejó gritar á

voz en cuello por toda la Normandia : « *Nova stella, novus rex* ; nuevo astro, nuevo soberano ; » como se dejó guiar por el Cometa y marchó bajo su égida á la conquista de Inglaterra : lo que puede verse aun hoy en los famosos tapices de Bayeux, en que la reina Matilde, mujer del Conquistador, dibujó los principales episodios de la conquista é hizo el retrato exacto del Cometa, centelleando por cima de las cabezas de una porcion de gentes que levantan hácia él los ojos y los brazos... Refirió sobre todo como en 1456, estando en guerra moros y cristianos, vieron en él la forma de un sable flamígero y el augurio de las mas horribles desgracias. Habiendo tomado Constantinopla por asalto Mahomet II, acariciaba la idea de abreviar á su caballo en el altar mayor de San Pedro en Roma, y de paso sitiaba á Belgrado. Mucho aumentaron los temores del papa Calisto III con la aparicion del sable turco en el cielo. Refirió como este papa, exasperado, le habia excomulgado á él mismo al excomulgar á los Turcos; y como instituyó entónces el toque del *Angelus*, oracion que se hacia á las doce, al sonido de las campanas, para atraer las bendiciones del cielo; de que manera, al empezar la gran carniceria que duró dos dias sin cesar, los

hermanos menores, sin mas arma en la mano que un crucifijo, « se colocaron en primera fila, invocaban el exoreismo del papa contra el Cometa y querian hacer caer sobre sus enemigos la funesta influencia de la aparicion celeste... » Contó tambien, tan grande fué la diversidad de sus efectos, que al aparecer en 1531, Luisa de Saboya, madre de Francisco I, al apercibir, tres dias ántes de su muerte, una gran claridad en su cuarto, mandó correr una cortina y fué tal lo que se impresionó con la vista del Cometa, que exclamó: « ¡Este es un signo que no puede aparecer para ningun plebeyo; Dios solo lo concede á los grandes de la tierra! Cerrad la ventana; es un Cometa que me anuncia mi muerte. ¡Preparémonos!... » Refirió por último como de su aparicion en 1682, data su era histórico-astronómica, puesto que son los elementos de su paso observador en aquel año que permitieron fijar su identidad con el Cometa aparecido en 1531 y 1607, permitiendo al célebre astrónomo Halley registrarlo en la vida de la ciencia y darle su nombre, pronosticando su vuelta para el año 1759.

Trazó despues un brillante cuadro de la historia general y cronológica de la sucesion de los imperios desde el año 1254 ántes de la era vulgar hasta

1834

1409

el año 1835, época de su última aparición en la Tierra. La gran Cometa se impresionó mucho al ver la rapidez con que los hombres tejen y destejen las nacionalidades. Lo que mas le sorprendió y mas disgusto produjo en su ánimo, fué el considerar los medios empleados por los habitantes de la Tierra para sus conquistas reciprocas: el hierro, la sangre, los refinamientos odiosos de la crueldad, la grandeza de la maldad en sus cuerpos tan pequeños y en seres tan débiles; el desden de los poderosos y la debilidad nativa de unos y otros. Poco edificante le pareció la historia universal y á no haber sido por la inmensa distancia que le separaba de la tierra, mas de una vez se le hubieran erizado los cabellos al oír tantos horrores como los que le iba refiriendo su compañero.

Siempre andando se dejaron atrás á Neptuno sin apercibirse de ello siquiera, y el Cometa de Halley continuó su biografía cosmopolita.

— Tales han sido los progresos de la astronomía de unos setenta y cinco años á esta parte, que desde mi aparición en 1682 (estilo terrestre), el astrónomo que me dió su nombre anunció también mi vuelta para el año de 1759. Era algo atrevido esto. No ignorais que sin ir tan allá como vos en los desiertos del espacio, — pues dentro de unos

quince años, en 1873, tendré necesidad de volverme, mientras vos podeis proseguir vuestro viaje durante mil quinientos años mas, — no ignorais, digo, que sin embargo, me separo de la Tierra unos mil doscientos millones de leguas. Para nosotros, no es enorme; pero para los habitantes de la Tierra, es una inmensidad. Durante este intervalo, me encuentro á veces detenido por ciertos habitantes del espacio y me veo obligado á retardar el paso al atrevesar sus esferas de acción. Ahora bien, á lo que parece esos señores del Observatorio tienen una vista de lince ó están dotados de una intuición trascendental. Así es que al llegar yo al imperio joviano, me hallaba naturalmente fuera del límite del alcance de dichos caballeros, aun cuando tuviesen en su auxilio los telescopios de mas alcance, tenia pues derecho á pensar que estaba fuera del círculo de sus investigaciones científicas; pues no, señor, Júpiter me ocasionó un retardo de 518 días, y Saturno otro de 400. Pues todo esto se determinó, se previó y anunció anticipadamente con mucha aproximación á la época fija y precisa. Está visto: ¡no podemos tener secretos para los astrónomos!

Tuve la buena suerte de ser anunciado con quince años de anticipación por la cola mas hermosa que

darse puede, una cola séxtupla, — que lo confieso ingenuamente no me pertenecía. Supongo veriais el otro día á ese intrigante que pasa de una á otra corte sin volver dos veces al mismo sitio, y que de tan *excéntrico* como es se ha hecho *parabólico*, y ya habreis notado que tiene nada ménos que seis colas para él solo. Pues bien, el fué mi precursor en 1744 : fué el Cometa mas hermoso del siglo diez y ocho del celendario terráqueo actual. La primera noche que apareció se creian las gentes estar viendo un segundo sol poniente, tan resplandeciente era su aureola.

Os decia no ha mucho que en cada uno de mis viajes encontré novedades en los usos, costumbres y espíritu de las naciones. En ningun tiempo fué mas evidente esta observacion que en mi último viaje. Habiendo salido de las regiones terráqueas en 1759, á ellas debia volver en 1835. Se habia calculado con mas exactitud aun que anteriormente el retraso que me causaria Júpiter, Saturno y Urano, y se habia trazado tambien el camino que seguiria en el cielo á mi vuelta; debia yo pasar el 20 de agosto de 1835 cerca de la estrella  $\zeta$  de la constelacion del Toro; el 28, entre Géminis y el Cochero; por éste el 21 de Setiembre; el 3 de Octubre por el Lince; el 6 por la Osa mayor; el 12

por Bootes; el 13 por la Corona; el 15 entre Hércules y el Serpentario; el 19 por Ofiuco; el 16 de noviembre cerca, de  $\eta$  de este asterismo; el 26 de diciembre, cerca de Antares, en el Scorpion. Se entiende que no me aparté en nada de la linea que tan sábiamente se me habia trazado. Os decia pues ántes que en ningun tiempo ni en ningun globo habia visto un trastorno semejante ni semejante revolucion en las ideas que en aquel último viaje, lo que francamente me llenó de tristeza, de tanta tristeza, que los mismos habitantes de la Tierra la hubieron de notar <sup>1</sup>. ¿Qué es lo que habian hecho en la Tierra desde 1759 hasta

<sup>1</sup> Se lee en la *Edinburg Review* de 1836: « El Cometa de Halley, aun en las noches en que mejor se ha manifestado, apareció, sin embargo, difuso y turbio; excitaba mas bien la curiosidad que la admiracion. Le hemos examinado con el telescopio y no podriamos expresar el sentimiento de tristeza que produce aquella melancólica claridad. Cuanto mas se examina semejante astro, ménos comprende uno su naturaleza. Una luz azulada y poco intensa, medio apagada á veces en un envolvante nebuloso, tal es el espectáculo que se ofrece á la vista. *La calidad de la luz es extraña*; no se parece ni á la del Sol ni á la del satélite de la Tierra, ni á la de las estrellas, ni siquiera al reflejo de las nebulosas de la via lactea. Es preciso haber visto á Saturno con un fuerte antecio para formarse una idea exacta de la luz plomiza que arrojaba aquel cometa.

1835? ¿Qué cataclismo tuvo lugar entre los humanos? Cuanto mas trato de averiguar la causa y el movíl de aquella renovacion, ménos la encuentro. Ni el Cometa de Cárlos Quinto podria dar con ella.

— ¿Quién es ese Cárlos Quinto?

— Perdonadme, venerable amiga; me olvidaba que no estais muy al tanto de los asuntos terrenales. Cárlos Quinto fué un emperador que abdicó la corona de Alemania en 1556; á la vista de uno de nuestros flamígeros hermanos que casualmente pasaba del lado de la Tierra y que ni siquiera se ocupaba de la existencia de esta. Á ese mismo hermano ya le habian acusado con anterioridad de haber sido él causa del diluvio y de haber anunciado tambien la muerte de Cesar. Este Cometa debia de haber vuelto trescientos años mas tarde, en 1836; pero desde que ha conocido la necesidad de los emperadores que se creen ser el centro de las intenciones celestes, se despidió de ese mundo lleno de vanidad y tontería, y resolvió marcharse á otro sistema; en estos momentos se halla en la estrella polar, y por mas que le aguarden los humanos, no vendrá. Pero reanudando el hilo de nuestras ideas, interrumpido por ese Cometa ejemplar, os decia pues que me deshice en conjeturas sobre las causas que pudieran haber producido el cambio

que sobrevino durante mi ausencia en la sociedad europea.

— Ahora me toca á mi daros noticias, hija mia. Si los grandes se hallan con frecuencia muy arriba para poder distinguir y apreciar los acontecimientos de abajo, lo que constituye en ellos una ignorancia deplorable, mézclanse á veces en algunos hechos que pueden entónces juzgar con cierta superioridad. Por esto podré yo tal vez llenar el vacio que os falta á vos. Lo que se es que en 1811 ya no existia en Francia ningun rey por la gracia de Dios, sino un emperador. La semana misma de mi llegada, tuvo un hijo dicho emperador. Me quedé mirando á la Tierra desde marzo de 1811 hasta abril de 1812. He creido reconocer que Francia tenia entónces espantados á sus vecinos por un engrandecimiento extraordinario, debido á la conquista; y lo que me confirmó en esta idea es que el gran coloso formó un ejército de 450,000 hombres, y partió con este medio millón del lado de los llanos de Rusia. Ignoro lo que fué de ellos, pues desde el mes de julio de 1812, no distinguia ya gran cosa en la superficie del glóbulo terráqueo.

Son muy lógicos los Cometas. Ayudándose recíprocamente con sus recuerdos y la experiencia

adquirida con la observacion de los pueblos, ambos reconstruyeron, por decirlo así, nuestra historia. Era un silogismo de nuevo género. En 1759, decía el uno, existia en Francia un estado social carcomido y sobre el que unos martillos llamados filósofos pegaban de firme á mas y mejor. En 1814, decía el otro, habia un gran emperador y un gran bloqueo. En 1835 continuaba la primera, existia un rey constitucional y una Francia muy pacífica. Con estos tres datos, se trazaron á grandes rasgos el bosquejo de la historia francesa. Hablaron tambien de las demás naciones, pues no se crea que los Cometas tienen mas preferencia por un hormiguero que por otro; pero como las historias circunvecinas se parecen mucho á la anterior y que por otra parte nos interesan ménos, á nosotros que no somos de raza cometaria, no trasladaremos aquí aquellas etereas conversaciones.

Así fué como las célebres exploradoras del espacio, acostumbradas á las grandes cosas, habian pesado el globo en que nos hallamos con sus flúidicas balanzas. Pero no tardó mucho el Cometa de Halley en desviarse de su amiga, trazando la curva correspondiente para cerrar su órbita á su afelia, mientras que el mejestuoso cometa de 1811, prosiguió su carrera en línea recta, pues no dejará de

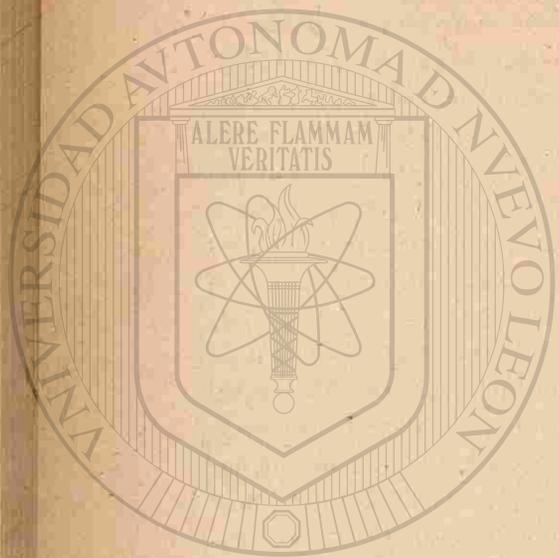
alejarse del sistema solar sino en el año de gracia 3,343, para volver á él con la misma lentitud. Tal vez esté observando en estos momentos, en esos desiertos intra-estelares, mundos que nos son desconocidos, mundos antiguos cuyo sol se ha apagado y que trasportan silenciosamente en el espacio sus ruinas cosmológicas y sus cementerios de humanidades difuntas.

Epilogo. — Cuando vuelva el Cometa de 1835 (en el año de gracia 1911), tal vez nos encuentre simplemente envejecidos con setenta y cinco años mas, ¡valiente bicoca! Pero cuando su venerable compañero de 1811 vuelva á pasar por acá (hacia el año 4876), ¿á quién ó qué es lo que encontrará en nuestro puesto? ¿Estará la brillante capital en que nos hallamos donde están hoy las capitales del último año del Cometa? ¡Troya!... Ninive!... Tebas!... y otras cien cuyos nombres no sobrevivieron siquiera á sus ruinas? ¿Soplará el viento de las soledades en las playas donde fué Francia y se inclinaron en el Sena de otro tiempo los sauces melancólicos? ¿Volverá á ver Francia y Paris, Inglaterra y Londres, Italia y Roma, ese Cometa de largos periodos, que jamás vió dos veces seguidas ni la misma ciudad ni la misma

nacion? Si dentro de unos cincuenta mil años continuamos esta historieta (nosotros ú otro cualquiera), ¿ tendremos que añadir nuevas noticias que destruyeron por completo las primeras y será siempre la historia de la Tierra una narracion de trastornos y superficiales fundaciones? Los Cometas no tienen el don de profecía. Sin embargo, como el autor de esta narracion tiene entre ellos algunos amigos y que era demasiado niño en 1811 para atreverse á hablar de buenas á primeras al grande y orgulloso Cometa de aquel año vertiginoso, se tomó sin embargo la libertad últimamente de enviar un mensajero de blonda cabellera al ilustre viajero, suplicándole al propio tiempo le preguntase en confianza, qué esperaba ver en la Tierra en las futuras épocas de su regreso. El autor ha tenido la suerte de poder terminar esta verídica historia con una respuesta agradable. Es cierto que nada ha dicho en concreto el Cometa y esto prueba mas cuánto vale y cuánta es su discrecion y reserva; pero ha respondido al emisor que debía volverse con el rostro placentero hácia ese astrónomo particular que le enviaba: — Porque, añadió con su propia voz, debes decirle, querida mia, que la humanidad que tan vieja le parece ya, no está mas que en su primera

infancia; se halla aun en los primeros dolores de la vida; pero ¡ que espere! ántes de cien mil años, apostaria mi cola entera que tendrá no solamente el uso de la razon, sino tambien la instruccion gratuita y obligatoria, el competente sufragio universal, la república definitiva, la emancipacion de las conciencias, por último la supresion de las quintas, de los pastores de hombres y de las carnicerías humanas.

Tales fueron las últimas ideas, las últimas palabras del astro viajero, que habia aprendido á juzgar de muy alto la historia del planeta terráqueo y de su humanidad. Se deduce en conclusion que somos muy poca cosa en la inmensidad del universo, pero que no obstante, si ejercitamos nuestra inteligencia, adquiriremos un valor que nos distinga de la materia bruta. *Espiritualizarnos* cada vez mas: tal debe ser, segun decia el Cometa, el objeto constante de nuestros esfuerzos.

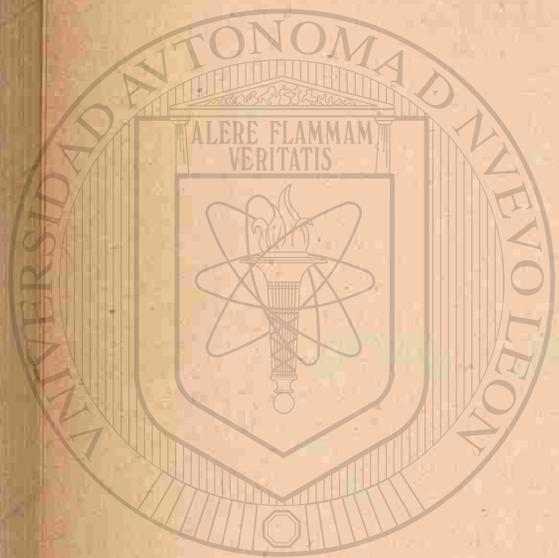


UANL  
EN EL INFINITO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EN EL INFINITO

---

Ya hacia varios años que no había recibido ninguna comunicación de Lumen, aunque muchas veces haya reflexionado en sus originales revelaciones sobre la luz, y sobre la vida del pasado y de las existencias anteriores, cuando una noche, á la hora que teníamos la costumbre de conversar, es decir, cuando al tercer día de la Luna, el creciente silencioso se cierne melancólicamente en el cielo occidental, — hora dulce y serena entre todas ellas, creí oír un estremecimiento á mi lado: me pareció que alguien había andado como sobre hojas secas; pero me hallaba sentado en una butaca en mi balcón, y no había allí hojas secas. El mismo ruido inexplicable se hizo oír otra vez, recorrí el balcón sin ver á nadie y

por otra parte no podía entrar nadie sin yo verle; pasé por la cúpula del gran telescopio y la idea de dirigir el ojo de Urania sobre los paisajes lunares, tan dignos de ser observados en esta época de la lunacion en que se hallan alumbrados oblicuamente por el Sol, me vino instantaneamente á la cabeza y me ocupó demasiado para que yo olvidara ya el ruido singular que habia oído y que me distrajo de mi meditacion. Pasé una hora larga en el estudio de la selenologia y me dediqué sobre todo en sacar un dibujo de las orillas escarpadas del mar de la Serenidad. Cuando se ocultó la Luna, volví el telescopio hácia Júpiter y observé mejor que nunca el brillo de las zonas blancas que atraviesan su disco, zonas tan brillantes en aquel momento que uno de sus satélites sobre el planeta me pareció negro por el contraste, aunque era blanco fuera del disco.

Como allí habia entónces muchas manchas en el Sol y poco tiempo antes se habia admirado en toda Europa una magnífica aurora boreal, la coincidencia del número de manchas solares y la frecuencia de las auroras boreales hacia ya algunos años, me hizo pensar que tal vez existirían actualmente algunas auroras boreales en Júpiter, que añaden al brillo de este planeta una luz pro-

pia, distinta de la que recibe del Sol y que le refleja en el espacio.

Habia pasado así la noche en observaciones astronómicas; hácia las diez, habiendo bajado mucho la temperatura, encendieron la estufa del cuarto inmediato é iba de cuando en cuando á calentarme los pis entre las observaciones. Pensareis sin duda aquí, mi querido lector, que estos son detalles superfluos que os importan muy poco. Desengañaos, pues si me tomo el trabajo de referirlos aquí, es porque es necesario hacerlo así para la explicacion de lo que sigue. En efecto, vino uno de mis colegas hácia las doce para hablarme de una estrella doble que iba á pasar por el meridiano. Estando hablando se me ocurrió enseñarle mi dibujo de las orillas escarpadas del mar de la Serenidad y preguntarle si lo hallaba exacto. Busqué el dibujo en mi mesa de escribir y quedé sorprendido de no encontrarle allí; pero estaba sobre la estufa. — Mirad, le dije, le buscaba muy léjos y le teníamos delante de nosotros. Ved: el monte Roëmer está bien iluminado. El gran crater de Posidonio no está aun mas que á média luz, y las orillas del lago de los Sueños están bastante llenas de grietas. El circo de Le Monnier y el de Vitruvio resaltan de un

modo maravilloso... pero no sé porque en vez de enseñarosla me quedo mirando esta hoja. Tomadla y examinad á vuestro gusto ese meridiano de nuestro Satélite para el cual se levanta á esta hora el Sol.

Mi colega tomó la hoja y yo iba á dirigir el telescopio sobre la estrella doble de que me habia hablado. Tardaria unos cinco minutos en colocar el instrumento en posicion y durante ese tiempo no me dijo una sola palabra; ni para aprobar ni para criticar mi dibujo. Cuando volví á brindarle otra vez á que fuese á ver la estrella doble, se echó á reir á carcajadas, exclamando:

— ¿Qué es eso, amigo mio, se ha vuelto V. loco? ¿en dónde diablos está su dibujo de V.? Á la verdad, que eso no es un paisaje lunar, sino una baraunda de astrología ó de alquimia, en donde las mismas brujas de Alberto el Grande no comprenderian una jota.

— ¿Cómo es eso? repliqué: mi dibujo sin embargo no está tan mal hecho, y V. no ignora que hace ya bastante tiempo que examino en particular esas mismas regiones de la Luna. Mañana veremos si la pequeña montaña de Linnea es siempre la misma: el Sol llegará á tocarla.

— ¡Pues bueno! hacedme el favor de decir en dónde está el crater de Possidonio en este papel.

Y me alargó la hoja.

Apenas fijé la vista en ella que se apoderó de todo mi ser un asombro sin igual, hasta el punto de preguntarme á mi mismo si soñaba, y juzgareis de mi estupefaccion si os digo, que realmente la hoja *no contenia mi dibujo* al lapiz, sino una porcion de signos con tinta, una série de líneas fantásticas indescifrables.

Mi primer pensamiento fué suponer que me habia equivocado de papel y que no habia dado á mi amigo el dibujo; pero como yo habia vuelto á mirar muy bien los detalles no podia admitir esa hipótesis. Por otra parte aquellas líneas indescifrables jamás las habia yo visto. ¿Cómo es que se hallaban en mi casa? Por último no habia duda de que hoja en donde habia hecho mi dibujo, era media hoja de papel de cartas, con mi cifra, la cual estaba completamente blanca cuando hice uso de ella al ir á dibujar.

¿Que explicacion dar á un fenómeno semejante? era la misma.

Hé aquí el grimorio que de un modo tan particular reemplazaba á mi dibujo selenográfico.

II ○ √ δΔ + II? +! > h♀ h♂ ★ ♀ C ○ δ? √ -  
 ̄ ̄ ○ ★? & ○ II !? Z ̄ √.

δ' C + ♀ C + C & δ h' !? > + C ! h : ♂? II ̄ Z' R √ -  
 ! w > ? √ ♂ C 2 ♀ C ★ C δ? √ ○ ○ 2 ̄ > Δ ♀ Δ +  
 ♂ C >.

√ C III ○ √ δ ○ γ Δ δ Δ + ! h ♂' ○ 2 ★ > Δ C ! > ?  
 ! Δ + √ ○ γ Δ C > ♂ ○ + √ ★ ? 2 !? ♂ C > ? ★ ! -  
 C Δ +,

̄ > h ̄ > ? - ! Δ C ○ h ★ Δ II !? > II + ? √ ̄ > C !  
 = II ○ C √ C ! q ? ○ II ★ Δ II ̄.

○ Z' C + !, ♂ ○ + √ II + ? δ II + ○ C √ Δ +, III  
 δ' ? + !? + ♂ > ○ √, ★ Δ 2 Z' ? III Z' ○ √ ○ II !? > -  
 ♀ Δ C √ ? + !? + ♂ II. ★ ? + ? √ ? > ○ ̄ δ II √  
 Z' Δ C, ★ ○ > > ? + ? ♂ Δ C √ ̄ δ II √ !? +  
 ! > ? !? + C >.

δ II Z' ? +.

En dichas líneas no habia evidentemente medio de poder conocer mi dibujo. Era aquello sin duda una inscripcion, pero confesemos que era positivamente cabalística é ininteligible. Estaba yo mucho mas asombrado de esta singular meta-

morfosis de lo que queria aparentarlo. Dije á mi amigo que no entendia absolutamente que era aquello, que ya supondria que mi dibujo lo habia hecho en otra hoja que se habia extraviado.

Despues que se marchó, volví al papel y al voltearle (lo que no me explico no haber hecho ántes) vi mi dibujo de aquel lado, poco marcado, pues no era mas que un bosquejo con lapiz. ¿ Pero cómo es que al dibujarle no advertí aquellas líneas cabalísticas tan claramente marcadas del otro lado? Evidentemente no estaban allí. Agoté todas las conjeturas posibles y cuando llegó la hora de mi sueño, dejé las investigaciones para el dia siguiente, acordándome del antiguo refran de « la noche trae consejo. »

Al despertar al dia siguiente, me apresuré á mirar mi papel misterioso y á examinarlo, buscando la solucion del problema. ¿ Otra maravilla! Mi dibujo selenográfico se hallaba allí perfectamente visible. En cuanto á los jeroglíficos no se hallaba allí el mas pequeño rastro!

— ¡ Oh por esta vez! exclamé yo, mi espíritu familiar me ha jugado una buena pasada; pero cuál será la razon de todo esto?...

En seguida me puse á investigar y á hacer mil conjeturas para llegar á explicármelo. Por último

la idea de la estufa y del calor me trajeron á la memoria las propiedades de las tintas simpáticas, y pensé en el acto que tal vez mis jeroglíficos estarían escritos con una sustancia de aquella clase. Para asegurarme, me puse á calentar mi papel, y no fué poca mi satisfacción el ver aparecer los misteriosos caracteres á medida que el papel se iba calentando mas. Cuando la inscripción estuvo perfectamente visible, me puse á transcribirla para estudiarla y *procurar leerla*, aplicándola las reglas de la criptografía.

El primer punto que me llamó la atención al examinar la inscripción, fué la firma: esta palabra de cinco caracteres me hizo pensar en *Lumen*, y me figuré que tal vez era mi amigo espiritual del otro mundo el autor de esa inscripción. Recordé al instante el singular ruido que oí la víspera dos veces, estando pensando en él, y reflexioné que esa no era una conjetura indigna de llamar la atención. Por otra parte podía simplemente admitirlo á título de hipótesis provisoria, y probar sino me ayudaría á leer el monograma.  $\oint \Pi Z^? +$ .

Si esta firma es el nombre de *Lumen*, dije para mí, cada uno de esos cinco caracteres corresponderá respectivamente á las cinco letras de su nombre: suponía pues que

 $\oint = L$ 
 $\Pi = U$ 
 $Z^? = M$ 
 $? = E$ 
 $+ = N$ 

y procuré reemplazar cada uno de estos signos por su letra correspondiente en todos los sitios en que los encontraba y examiné si esta substitución daba algun principio de luz en esta gran oscuridad. La primera palabra impresa mas arriba fué pues inscrita.

*!u*

Los dos caracteres de la segunda palabra no encontrándose en los cinco de la firma probable que me servia de base para empezar mi trabajo, tuve que ir á la otra. Mi hipótesis de substitución me dió siete letras conocidas para reemplazar en la tercera palabra, y las puse así:

*!an-t-ument!*

Apenas acababa de escribir esta palabra, que el signo *!* me pareció deber ser una *t*, como terminando el adverbio. La primera palabra debía pues ser, muy probablemente *tu*, y la tercera concluía por *ument*. La fabricacion de estas dos palabras

me hizo ver dos cosas muy importantes para mis investigaciones : la primera, que la firma era efectivamente el nombre de Lumen ; la segunda, que el jeroglífico estaba hecho para la lengua francesa : seguí con alguna esperanza mi investigacion.

La cuarta palabra no estaba aclarada por la substitucion de su cuarta letra *L*. Asi sucedió desgraciadamente con las siguientes.

La última palabra de la primera frase estaba escrita así :

*tem* ☉ √

Pensé que estos dos últimos caractéres no podían ménos de ser una *p* y una *s*, y para ver si podia sostener mi conjetura, vi que la segunda palabra de esta primera frase daba la razon á mi hipótesis. Volví pues á escribir esta primera frase, que me dió los fragmentos siguientes, reemplazando los caractéres desconocidos por unos puntos.

*Tu.s l.n.ument... l..... l'esp...e et .u temps.*

El exámen lógico de esta frase fragmentaria demuestra que la palabra principal que precede el tiempo debe de ser el espacio. Haciendo esta suposicion, el signo ☉ se vuelve *a* y el signo ★ se hace *e*. Probemos si es buena esta hipótesis, y repi-

tamos la frase con esas dos nuevas substituciones :

*Tu as l.n.ument ...l.c.. à l'espace et au temps.*

Evidentemente era eso.

Despues me quedé cerca de una hora dando vueltas á mi frase, sin lograr descubrir las dos letras que faltaban aun á la tercera palabra, ni las seis que faltaban aun á la cuarta. Desde entónces me puse á analizar siguiendo el mismo método la segunda frase de mi singular logogrifo.

El primer resultado de este análisis fué reparar en la frecuencia del signo ☉. Por su colocacion me figuré que no podia ser mas que una vocal, y como tenia la *u*, la *a* y la *e*, probé la *o* y escribí así la primera palabra de la segunda frase :

*l'on.ono*

Esta suposicion, haciendo pasar sucesivamente todas las consonantes por la letra que faltaba, no me hizo llegar á adivinarla ; pero como el signo que representa la vocal *i* me faltaba tambien, la probé y escribí :

*Pin.ini*

No bien habia interpuesto las consonantes, cuando hallé con un doble é indecible placer que reempla-

zando el claro con la consonante *f*, se obtenía.

*l'infini.*

Esto demostraba 1º que el signo  $\text{C}$  representaba la vocal *i*; 2º que el signo  $\text{Q}$  era la consonante *f*. Seguí mi interpretación con el placer del algebrista que busca con insistencia la solución de una ecuación que está ya en buen camino. Las dos palabras siguientes fueron colocadas allí, con los dos signos aun desconocidos:

*et l'eternité.*

¡*L'éternité!* exclame; pero al instante me pregunté por qué la vocal *e*, cuyo signo representativo me era conocido (?) no estaba designada por él y si por el signo  $\text{h}$ . Habiendo encontrado la *a*, la *i* y la *u*, probé la *o* y la *y*, solo para comprobar que aquellas vocales no iban bien. Esta palabra no podía ser sino *l'éternité*. Me ví pues reducido á admitir que el sonido *e* no siendo absolutamente lo mismo que el sonido *e* el Espíritu había representado

<sup>1</sup> En la lengua francesa varía mucho el sonido de la letra *e*, pues la que no tiene acento se pronuncia muy cerrada; esta óira *e* con acento agudo algo ménos, esta *e* grave mas abierta aun y la *e* de acento circunflejo enteramente abierta.

(N. del T.)

cada una de esas letras con dos caractéres diferentes, en vez de poner un acento. Así continué á la palabra siguiente que era

$\text{♂} \text{II} \text{Q}$

de la cual no conocía ni la primera ni la última letra. Escribí. *eu.*, sin descubrir la palabra.

Así continué la segunda de la frase:

...*mRstres ♂i2ficles á a2prafan♂ir.*

2 *f* y 2 *p*, digo para mí, deberá ser simplemente alguna consonante doble; en cuyo caso la segunda palabra de este fragmento, debe de ser

$\text{♂} \text{i} \text{f} \text{f} \text{ic} \text{il} \text{es}$

El signo  $\text{♂}$  es una *d*; reemplazándole por la letra que representa, puedo escribir de nuevo la frase:

*deu. m.st.res difficiles á app..f.ndir.*

¡*Approfondir!* exclame. El signo  $\Delta$  es la vocal *o*: ya tengo todas las vocales. ¡Aunque no! Entre la *m* y la *s* de la segunda palabra, no puede haber sino una vocal: no es ni la *a*, ni la *e*, ni la *i*, ni la *o*, ni la *u*, pues es  $\text{R}$ ; ¿pero que es  $\text{R}$ ? No será tal vez una *y*?

*deu. myst.res*

*¡ Deux mystères !* Hé aquí el enigma. La *è* siendo aun de diferente sonido que la *é* y que la *e* habrá sido representada por el signo  $\text{z}$ ; hay ocho vocales en este lenguaje cabalístico. Además, el signo  $\text{z}$  es una *x*.

Ayudado de estos nuevos documentos, volví á empezar la primera frase para procurar descifrar las palabras que no habia podido descubrir. Después de volver á estudiarla, así como también la segunda, ví que las leía casi de corrido: entonces me hice un alfabeto con todos los signos planetarios, zodiacales, astronómicos y otros, y llegué á conocer poco á poco el sentido de cada carácter. Esta investigación no fué esteril; pues al fin pude leer el documento que de un modo tan singular me habia construido el Espíritu. Desde ese instante me ofreció un sentido perfectamente inteligible. Héle aquí.

*Tu as longuement réfléchi à l'espace et au temps.*

*L'infini et l'éternité : deux mystères difficiles à approfondir.*

*Si tu as la volonté d'accroître ton savoir dans cette direction,*

*Prépare-toi à écouter un Esprit qui sait beaucoup.*

*A minuit, dans une lunaison, tu l'entendras comme tu m'as autrefois entendu. Ce ne sera plus moi, car je ne dois plus l'entretenir.*

LUMEN.

Que traducido libremente dice así :

*Tú has reflexionado largamente sobre el espacio y el tiempo. Lo infinito y la eternidad : dos misterios difíciles de profundizar. Si deseas aumentar tus conocimientos en esta clase de cosas, prepárate á escuchar un Espíritu que sabe mucho. A media noche, en una lunacion, le oiras como me has oído á mi otras veces. Ya no seré yo, pues no debo tener mas conversaciones contigo.*

LUMEN.

Ya hacia un mes, ó para hablar con mas exactitud 29 dias, que esta singular aventura me habia sucedido, cuando durante una noche apacible y silenciosa, con una magnífica claridad de luna, me hallaba solo en la azotea del Observatorio. Estaba yo de pié, apoyado en la pequeña construcción del norte, en donde está instalado el observador de los cometas, y desde este alto ter-

rado de piedra, miraba la gran ciudad parisiense, toda iluminada, y cuyo ruido sordo recordaba los gemidos lejanos del mar. Como en tiempos remotos contemplaban los Caldeos á Babilonia brillante y animada, desde la negra torre de Babel, así contemplaba yo el inmenso y brillante París de la noche. El creciente de la luna esfuminaba de una vaga claridad los edificios que dominan el mediano nivel de los grises tejados. El Val-de-Grâce con sus bellas esculturas se destacaba del fondo del cielo setentrional, el Panteon elevaba en la atmósfera su alta cúpula, la torre de Clodoveo hacía recordar las conferencias de Abelardo en la montaña de Santa Genoveva, San Sulpicio mostraba su nave sombría y sus dos pilares macizos, la pequeña cúpula de la capilla de la Visitacion brillaba, toda ella plateada por la luz del astro de la noche. Los viejos castaños de la alameda dormían silenciosos, y no se sentía más que una ligera brisa muy perfumada que venía de las campiñas del sudoeste.

Cuenta sir Humphry Davy que hallándose una noche en Roma, sentado sobre las ruinas del Coliseo, fué envuelto como en un torrente de luz, oyó unos sonidos melódicos análogos a los de un harpa, y se durmió en una especie de éxtasis, durante el

cual un Espíritu le *mostró* sucesivamente las diferentes épocas de la historia de la humanidad, desde las salvajes de la edad de piedra hasta las brillantes producciones de la civilización moderna. Al mismo tiempo que el Espíritu le enseñaba aquellos espectáculos y aun el estado actual de residencia de algunos planetas de nuestro sistema, le *explicó en alta voz* la historia de la humanidad terrestre y la de otras humanidades de las esferas vecinas <sup>1</sup>. Una sensación análoga á esa de que habla el sábio químico, envolvió todo mi sér, sumergido ya en una meditación profunda; pero no recibí más que la mitad del privilegio de que había disfrutado el ilustre presidente de la Sociedad Real, pues el sentido de mi vista no se sintió afectado de ninguna manera, y quedé despierto sin ver jamás otro cuadro que el que tenía delante de mi vista. Mi oído solo se sintió afectado y oyó una voz humana, lenta, profunda, y sin embargo agradable, una voz verdaderamente simpática, que me dijo lo que voy á referiros. Sentí pasar sobre mi frente como un soplo; volví instintivamente la cabeza hácia la izquierda y sentí que estaba allí el Espíritu anunciado por Lumen. En

<sup>1</sup> *Los Últimos Días de un filósofo*, diálogo primero.

efecto, despues de haberme recordado mis propias investigaciones sobre los problemas de la naturaleza y mis conversaciones con Lumen, me anunció que debia desarrollar delante de mí unas perspectivas astronómicas que nunca habian sido comprendidas en todo su valor. Se las juzgará por su relacion de una hora, que reproduzco casi íntegramente. Héle aquí :

## EN EL INFINITO

RELACION SOBRE EL TIEMPO Y EL ESPACIO, POR UN ESPÍRITU

Llego de una estrella con la velocidad del vuelo del pájaro de las altas regiones, velocidad superior á la del mas rápido de vuestros trenes expresos. He volado mas aprisa que la golondrina, mas que el pichon correo y que el gavilan, y mas aprisa aun que el condor cuando se precipita sobre su presa. He recorrido el espacio con una rapidez mayor que la de esta única locomotiva cuyo trayecto es de una legua por minuto; con una rapidez mayor que la de un aerostático llevado por el viento del ciclone que pone 80 metros por

segundo cuando devora la atmósfera del Atlántico. He viajado sin pararme á razon de *cien leguas* por hora...

Á pesar de esta constante velocidad, estoy en marcha desde hace ciento treinta y ocho billones seis cientos noventa millones trescientos noventa y cuatro mil seiscientos siglos; que es lo mismo, puesto que hay 8,766 horas al año, que haber recorrido 12 quintillones 157 cuatrillones 600 trillones de leguas desde mi salida. Estos números son fáciles de comprobar, pues, para decirlo de una vez, vengo de un universo análogo á ese en que estais, de una nebulosa de la misma dimension que la via lactea, y que no os aparece mas que bajo un ángulo de diez minutos, como aquellas lejanas aglomeraciones de estrellas; está alejada 334 veces del gran diámetro de la via láctea, el cual es de 36,400 trillones de leguas proximate (700 veces la distancia de aqui á Sirio).

Esos son los confines de vuestro universo sideral visible. Á la simple vista no los distinguireis, pero gracias á vuestras invenciones ópticas que han centuplicado el alcance de vuestra vista, debidos á vuestros métodos de cálculo, habeis llegado á adelantar vuestras investigaciones hasta alli, — para saber que la Tierra es un planeta que

gravita en compañía de otros varios al rededor de una misma estrella que es vuestro Sol, — y constatar que cada estrella es un sol brillante de su propia luz, — á medir que la estrella que teneis mas próxima está á 8 trillones de leguas, — reparar que todas las estrellas forman un mismo conjunto, una misma nebulosa, — adivinar que hay alli un inmenso desierto al rededor de vuestra nebulosa, — observar otra aglomeracion de estrellas, lejanas, no ménos pobladas que la vuestra, — reconocer que las mas lejanas de esas nebulosas conocidas yacen en el limite que acabo de recordaros, limite mas allá del cual la creacion continua hasta el infinito, pero mas allá del cual vuestra imaginacion agotada no puede adivinar nada mas.

Ahora bien, yo atravieso este universo sideral del uno al otro de sus límites. Vengo de una nebulosa situada en la constelacion de Orion, y voy á una nebulosa situada en la constelacion de Ofioco, justo al opuesto de la primera, relativamente á la estacion terrestre, veis pues que atravieso el universo de parte á parte. Me paro un instante en vuestro sistema solar, que está casi en medio de mi camino. Este viaje os dá la medida exacta de las dimensiones del universo,

revelado por los grandes descubrimientos de la astronomía moderna.

Apesar de vuestras largas meditaciones sobre el universal asunto, sin duda no os dais cuenta exacta de la grandiosidad que comprende y no podeis tener nociones tan absolutas como aquel que juzga por si mismo. Situado en el espacio puro, juzgo mejor y mis medidas os admirarán mas. He asistido muchas veces á vuestros mudos deseos de saber, y cuando Lumen me instó á que os hablara un día un instante de las verdades celestes, acogí su ofrecimiento con simpatía, pues conocí que mis palabras admitidas por vuestro espíritu no serian perdidas — sino comprendidas.

En primer lugar, ¿os dais cuenta de lo infinito? El espacio, amigo mio, no tiene fin, ni medida ni dimensiones : ¿lo comprendéis suficientemente? — ¡Sin dimensiones! es decir que si marchais de aquí hácia un punto cualquiera aparente del Cielo y viajais no importa con que velocidad durante cierto tiempo, en la direccion de ese mismo punto, despues de la mas larga série de siglos que os podais imaginar, no habreis andado *ningun* camino, ningun progreso hácia el limite sin cesar mas lejano de lo infinito. Tomemos si lo preferis otro ejemplo. Suponed que

la Tierra sobre la cual habitais este siglo cae en el espacio — que es lo que hace con el Sol y con la cantidad de estrellas de que forma parte el Sol. — Pues bien, suponed que cae en línea recta ó espiral, durante la cantidad de siglos que os plazca : despues de una caída espantosa que la arrastraria al precipicio siempre abierto con una rapidez de un millon de leguas por día, ó mas aun si podeis figurároslo, despues de millares y millares de siglos de caída..., no se habria aproximado del fondo del abismo, y seria, en presencia del infinito, exactamente igual que si hubiese quedado inmovil.

En este espacio infinito, eterno, increado, necesario, podria ser muy bien que nada exista, y que durante la eternidad ese infinito estuviese completamente vacío. ¿En qué consistirá el « que haya algo » en esa extension? ¿En qué consiste que haya globos luminosos y globos oscuros, y en estos minerales sólidos, vegetales, animales, hombres de todas especies, formas y dimensiones? Eso es un secreto intrínseco que seria superfluo querer profundizar en la actualidad : cualquiera que sea la razon de la existencia del universo, aun no podemos hacer mas que limitarnos á comprobar su existencia y darnos cuenta de su modo de ser.

La concepción que más os debe importar es la de que probeis á representaros bien este espacio infinito sobre la extensión del cual acabo de dirigir la intensidad de vuestra vista intelectual, y en esa inmensidad, unos globos luminosos suspendidos, aislados y sin sosten de ningún género. Esos son las estrellas ó los soles, pues las dos palabras son idénticas, diseminadas en el infinito á inmensas distancias unas de otras.

¿Quién sostiene estos globos en el vacío? Ninguna fuerza es absolutamente necesaria para esta causa. Suponed la materia inerte, desprovista de toda propiedad, esos globos, por gruesos y pesados que pudiesen ser, quedarán inmóviles en el sitio en donde habrán sido puestos ó formados. En ausencia de toda propiedad de la materia ó de toda fuerza influyente, ¿qué causa los sacaría de su descanso y los invitaría á moverse de allí? Ninguna. El verbo *caer*, ya lo sabéis, no expresa una idea absoluta, y no puede emplearse más que para expresar una idea relativa, puesto que no hay *ni alto ni bajo* en el universo. Así es que ni siquiera puede uno preguntarse qué fuerza impediría á los astros de caer, pues esta cuestión supondría que hay allí una región inferior en el universo, hácia la cual

serían atraídos los objetos abandonados á su propio peso. Pero no existe tal disposición. La Tierra os parece que forma la región inferior del universo porque habitais su superficie; pero reflexionando que gira sobre ella misma en 24 horas y que todos los astros pasan así sucesivamente por encima de vuestras cabezas, ya comprendéis que sería absurdo suponer que esta pretendida base del universo cambiase diametralmente de sitio cada día. La ilusión de los sentidos se vá en seguida á acoger á la idea de que la Tierra es tal vez un globo situado en el centro del universo, centro hácia el cual se dirigirían todas las partes de la esfera celeste; pero cuando se sabe que la Tierra circula en un año alrededor del Sol, se vé uno obligado á alejar la segunda ilusión lo mismo que la primera y á considerar á todos los globos celestes, comprendidos en ellos la Tierra, como aislados y suspendidos de ellos mismos sin sosten, en la inmensidad.

Los habitantes de cada mundo son llevados en el espacio como el aeronauta lo está en su barquilla, como granos de polvo, adherentes alrededor de una bala de cañón, siguiéndola en su carrera. El espacio que vemos alrededor de nosotros, es el Cielo.

Os he dicho que si no habia fuerzas en la naturaleza, esos cuerpos materiales inertes deberian necesariamente quedar inmóviles, en los puntos respectivos en donde los ha suspendido la mano de Dios; pero hay allí fuerzas, y la mas general, la mas importante de todas, la que hace mover el universo y constituye el mecanismo de la vida, es la *atraccion*.

Los cuerpos celestes se atraen en razon directa de las masas y en razon inversa del cuadrado de las distancias.

Existiendo aquella fuerza, resulta de aquí que todos los astros diseminados en lo infinito se atraen mutuamente. Si supusiésemos que hubiesen sido creados todos formados en los diferentes puntos del espacio en donde están diseminados, y despues abandonados por la fuerza de la atraccion, se habrian puesto todos instantáneamente en movimiento, cada cual experimentando la influencia de atraccion de su vecino mas pesado y mas próximo — estando por otra parte este alejado de muchos millares de miles de millones de leguas. Cada uno de los astros habria repito, experimentado una ligera oscilacion, y despues otra, y otra, pues no es la atraccion de uno solo lo que cada cual habria sentido, sino la de dos, diez,

ciento, mil, tanto mas amortiguada cuanto que habia llegado de distancias mayores.

Esta primera emocion de todos los cuerpos celestes habria sido seguida de su partida universal, sufriendo cada uno la llamada de la masa preponderante que sobrepujase las demás influencias y que se dirigiese hácia esta masa. Los astros mas pesados hubieran atraído hácia ellos á los mas ligeros y la acción atractiva se habria ejercido en razon del cuadrado de las distancias. En esta hipótesis, el camino general de todos los astros tenderia hácia su reunion. Se precipitarian todos los unos sobre los otros, y aunque dos soles que fuesen el uno hácia el otro para encontrarse emplearian millones de años en aproximarse y alcanzarse, sin embargo el resultado final seria el choque de todos los cuerpos celestes precipitándose con frenesí los unos sobre los otros. De este modo por ejemplo la Luna es atraída por la Tierra: si desde la altura en que está (96,000 leguas) cayese sobre la Tierra, que es su centro de atraccion, tardaria en caer 4 días 19 horas y 55 minutos... no recorreria en un principio mas que un milímetro  $\frac{2}{3}$  en el primer segundo de caida, aceleraria progresivamente su velocidad, y llegaria á la superficie del globo con una rapidez cien veces superior á la de la bala de

cañon. La Luna pesa 72 sextillones de kilogramos, y la Tierra 5,875. Otro ejemplo. La Tierra es atraída por el Sol : si, desde la altura en donde está (37,000,000 de leguas) cayera sobre el Sol, que es su centro de atracción, pondría 64 días y 12 horas en caer, no recorriendo en un principio mas que 3 milímetros en su primer segundo de caída, acelerando progresivamente su velocidad y llegando por último á precipitarse á razón de 600,000 metros por segundo. Así adivinareis que choque produciría esa masa de 5,875 sextillones de kilogramos sobre el Sol que pesa ya 2 nonillones : 2,000,000,000,000,000,000,000,000,000. Otro ejemplo aun. Suponed que se encuentre una estrella bastante próxima de donde estais para tener una segunda de paralaxis (en realidad, no hay ninguna tan próxima) y que esta estrella sea de la misma importancia que vuestro Sol (en realidad varios de ellos son mucho mas importantes), pues bien ! si esta estrella y vuestro Sol empezasen hoy á andar el uno hacia el otro obedeciendo á su doble influencia atractiva, se encontrarían un día en medio de su distancia, es decir despues de haber recorrido cada uno de su lado tres trillones setecientos billones de leguas; pero ¡ despues de una carrera de mas de un millon de años ! El choque de esos dos

colosos precipitándose así el uno sobre el otro sería capaz de estrellarlos á los dos ! La parada súbita de su movimiento produciría un calor capaz de reducirlos en vapor. Formarían desde ese momento un solo astro, inmenso y gaseoso. — Esta clase de choques han tenido ya lugar ; en vuestro planeta han sido observados ya, sin conocerlos, por el grande y repentino brillo que han producido en el punto del Cielo donde han sucedido. Muchas de las estrellas llamadas *nuevas*, que han brillado un instante para desaparecer despues de algunos años y hasta de algunos meses, son debidas al choque de dos antiguos soles, reunidos, casados y rejuvenecidos en un solo y nuevo astro ; pero volvamos á los movimientos celestes.

Si la atracción era la sola fuerza directriz del universo y si los astros salieran de su quietud para obedecerla, el universo entero tendería necesariamente á aglomerarse en una sola masa y concluiría un día por formar un todo sólido. Pero este no es el objeto de la creación. Todos los astros se mueven, no en línea recta, pero sí en líneas curvas. Además, aquellos cuya carrera se ha medido enteramente, siguen unas curvas cerradas. Solo un corto número de cometas hacen excepcion á la regla y estos caprichosos vagabundos vuelan un poco á la

manera de los murciélagos, los cuales parecen querer precipitarse sobre las torres y de pronto cambian de camino describiendo una parábola para correr en una dirección imprevista. Así, los cometas con cabellera huyen de sistema en sistema, pero los globos sólidos que constituyen la base de los sistemas, circulan siguiendo curvas cerradas, los satélites al rededor de los planetas, los planetas al rededor de los soles, y estos al rededor de centros de gravedad más importantes.

Estas curvas cerradas dan vida a una segunda fuerza, contraria a la de la atracción, a la fuerza *centrífuga*, que tiende, como su nombre lo indica, a alejar los astros de los centros al rededor de los cuales gravitan. Lo mismo que tiende a escapar la piedra en la honda, así tienden los planetas a escapar a la fuerza solar y los satélites de la dominación planetaria. Si esta fuerza centrífuga existiese sola, ó si solo fuera preponderante en la atracción, resultaría entonces una tendencia general del universo opuesta a aquella que considerábamos hace un instante: todos los cuerpos celestes tenderían a alejarse de sus centros respectivos, y en vez de la convergencia que en nuestra primera hipótesis hubiera concentrado todos los cuerpos en una sola masa, sería una divergencia que ale-

jaría todos los astros hacia el exterior, empujándolos como las olas de las orillas para ir a perderse en los límites del infinito; mas como lo infinito no los tiene, esta separación del centro, este alejamiento de las posiciones primitivas, podría perpetuarse indefinidamente, haciendo en cierto modo el vacío en el centro del universo, y empujar todos los astros hacia una circunferencia exterior nunca alcanzada, siempre distante.

Pero ni la fuerza centrífuga dirige los astros exclusivamente, así como tampoco la atracción los posee absolutamente. Esas dos fuerzas contrarias son *iguales*. En virtud de la atracción del Sol, la Tierra tiende a aproximarse a él con una intensidad de 3 milímetros en el primer segundo de su movimiento. En virtud de la repulsión engendrada por su carrera, tiende a alejarse exactamente con la misma intensidad de 3 milímetros en el primer segundo de aquel movimiento en sentido contrario. El resultado de esta doble sollicitación es el *equilibrio* perfecto, gracias al cual los planetas no pueden ni aproximarse ni alejarse del Sol. Este equilibrio es el que sostiene la Tierra y todos los mundos en el espacio. Así, amigo mío, espero que comprendereis ahora exactamente esta organización ideal. Ni la Tierra ni ninguno de los milla-

res de mundos habitados que existen están sostenidos por ningun poder material. Es en cierto modo sobre *una idea* que reposan los cuerpos celestes; son mas sólidos, están mas seguros sobre esa fuerza invisible que podrian estarlo sobre los mas fuertes sostenes de hierro ó bronce, por los cuales los antiguos creían necesario explicar la estabilidad del mundo.

Ahora bien, este mágico equilibrio no es posible sino á condicion del movimiento perpetuo y universal: por esto es por lo que no hay un solo átomo que no esté en movimiento en el mundo. Todo es en él movimiento perpetuo. La Tierra gira sobre ella misma en 24 horas. La Luna gira en torno suyo en 29 dias. La Tierra recorre al mismo tiempo la longitud de una órbita cuyo Sol es el centro y que ella describe en 365 dias. Cada planeta describe lo mismo, una órbita alrededor del Sol proporcionada á su distancia: la mas próxima, que es la de Mercurio, no necesita mas que 88 dias para ser completa, y la mas lejana, la de Neptuno, necesita 165 años para terminarse. En cuanto al Sol, que parece relativamente inmóvil en el centro del sistema planetario, gira sobre si mismo en 25 dias y medio, del oeste al este, en el sentido de la revolucion de todos sus planetas. Hay mas, sale

de su sitio y anda sobre si mismo en el espacio, arastrando con él todo el sistema planetario. En su movimiento anual alrededor del Sol, la Tierra vuela á razon de 644,000 leguas por dia, y cada planeta en su carrera es llevado por un movimiento análogo, proporcionado á su distancia y al camino que tiene que recorrer en su revolucion. La velocidad de transporte del Sol y de su sistema en el espacio es de 60 millones de leguas por año. Así corre desde que existe dirigiéndose actualmente hácia las estrellas de la constelacion de Hércules. Esta velocidad es considerable tomada con vuestras medidas; pero el espacio es tan vasto, que aun suponiendo que vaya en línea recta hácia Hércules, despues de un millon de años no habrá llegado aun á ninguna de las estrellas de la constelacion de Hércules, por estar á mas de 60,000,000,000,000 de leguas.

Cada estrella, cada sol del espacio, acompañado de su sistema de planetas, vuela así. Por este movimiento rápido es por el que todos los astros del infinito se mantienen en equilibrio, léjos los unos de los otros, sostenidos por la invencible é inextricable fuerza de la atraccion universal. El movimiento propio de Arcturo es de 1,800,000 leguas por dia! El de la estrella que lleva el n° 1830 del ca-

tálogo de Groombridge es de 2,822,000 leguas por día, é igualmente el de los demás soles; y sin embargo aquellas estrellas parecen fijas en el fondo de la silenciosa noche, y desde los años y los siglos que se las observa, no parecen haber cambiado de sitio; la Tierra parece estar quieta á los piés de año, el Sol os parece estar sin movimiento en el centro del sistema planetario. ¿Por qué ese aspecto convincente de tranquilidad é inmovilidad? Porque aquellos movimientos inmensos se efectuan en un espacio de una extension tál, á unas distancias tan inmensas, que se hacen imperceptibles. Desde la distancia de la estrella mas próxima la amplitud del movimiento de la Tierra, el círculo de la órbita terrestre que mide 74 millones de leguas de diámetro, estaria oculto por la anchura de un hilo de un milímetro, colocado á 125 metros de la vista de un observador.

Los setenta y cinco millones de soles que constituyen vuestro grupo de estrellas, cada uno sostiene sistemas variados, llevando en los desiertos del espacio las humanidades nacidas en la superficie de sus mundos. La mayor variedad reina entre aquellas producciones del cielo. Sobre el astro que habitais, la luz del Sol es blanca, su calor medio anual no pasa de treinta grados centi-

grados, el año dura 365 días y el día 24 horas; el hombre pesa término medio 60 kilogramos, mide 5 pies  $\frac{3}{4}$  de estatura, posée 36 grados y medio de calor vital, vive término medio 39 años y se reproduce á razon de tres generaciones por cada siglo. Sobre otro mundo, la luz del Sol es azul, y no hay allí mas colores que ese; su calor medio es de 50 grados bajo cero; el año es de 60,000 días, el día de siete horas; el hombre pesa 1,500 kilogramos, mide 50 metros de estatura, siente circular por sus venas una sangre mucho mas fría que el hielo, y vive cuatros siglos término medio. En otro mundo, por el contrario, hay, tres Soles, dos rojos y uno morado, y doce Lunas de varios colores; la temperatura de la sangre tiene 300 grados, y el hombre se parece á una esfera de gas volando y nadando en la atmósfera como unas pompas de jabon. Materiales, pesos, densidad, calor, luz, años, estaciones, metros, etc., todos los elementos varian hasta lo infinito á través de la innumerable diversidad de sistemas de mundos.

Las estrellas no son astros de iguales dimensiones, ni de igual brillo, y no es solo á sus diferentes distancias á lo que debeis la diferencia de su tamaño aparente: las estrellas mas brillantes, que llamais luceros, no son las que están mas

cerca, y las más pequeñas tampoco son las que están más lejos: hay en eso tantas variedades y aun más en las producciones del cielo que en las de la tierra: varias de ellas sobrepujan con mucho á vuestro Sol en dimensiones y en luz; otras le son muy inferiores. El movimiento anual de la Tierra os lleva sobre una órbita de 74 millones de leguas de diámetro y produce un pequeño movimiento aparente en las estrellas más próximas; así como cuando seguís un camino los árboles de *daisage* parecen cambiar de sitio en el horizonte en sentido inverso de vuestro movimiento, del mismo modo las estrellas más próximas describen anualmente, delante de las más lejanas que quedan fijas, una pequeña elipse que corresponde á la perspectiva de la órbita terrestre. La más próxima, la del Centauro, describe una elipse cuya longitud es apenas la nueve centésima parte del diámetro aparente de la Luna. Es excesivamente pequeña; pero esta distancia (la más próxima) es aun tan grande, que la órbita de Neptuno, descrita con un radio 300 veces mayor que el de la órbita terrestre, apenas se le puede comparar. Si se supusiera un Sol bastante vasto para ocupar toda esa órbita, no aparecería aun, visto desde aquella estrella más

que bajo un disco nueve veces más pequeño que aquel que nos ofrece. Si el Sol tal cual es fuese transportado á la distancia de Alpha del Centauro, su brillo estaría representado por la fracción  $\frac{1}{52,900,000,000}$  comparativamente á su brillo actual. Pero la luz que recibís de alpha del Centauro es de  $\frac{1}{46,950,000,000}$  comparativamente á la del Sol.

Resulta de aquí que esa estrella emite próximamente tres veces más luz que vuestro propio Sol. Su volumen sigue la misma proporción y su diámetro es respecto á vuestro Sol en la proporción de 17 á 10.

Las dos estrellas más brillantes de vuestro cielo son Canopus y Sirio. La primera es tres veces más brillante que alpha del Centauro, y como la traslación anual del observatorio terrestre no produce el menor cambio de posición en esa estrella, resulta de esto que es incomparablemente más luminosa y de más volumen. Sirio es más de cuatro veces más brillante que Alpha del Centauro y presenta un cambio de posición anual que os ha hecho poder determinar su distancia. Teniendo en cuenta esta distancia se encuentra que su luz intrínseca, sobrepuja 64 veces la del Sol del Centauro, y 192 la de vuestro Sol. El diámetro de ese astro es catorce veces mayor que el de

vuestro Sol, y su volúmen es 2,688 veces mas considerable, aunque vuestro Sol sea ya 1,380 veces mas voluminoso que la Tierra.

Por otra parte, la 61<sup>ma</sup> del Cisne, mas alejada que Sirio, y ménos que alpha del Centauro, es una estrella doble de la cual cada componente no os envia mas que la centésima parte de la luz de aquella última estrella. Esta, alejada á la misma distancia, pareceria nueve veces ménos brillante de lo que parece, y sobrepujaria once veces el brillo de cada componente. El diámetro de cada una de ellas no es la tercera parte del de *Alpha* del Centauro, y su volúmen no es la trigésima parte. Relativamente á vuestro Sol, la suma de su volúmen no es mas que la tercera parte del suyo, mientras que su masa es casi igual á la suya.

De estos ejemplos que recomiendo á vuestra atencion, podeis comprender que variedad existe entre los soles. Sirio es 2,688 veces mas voluminoso que vuestro Sol, el cual es seis veces mas voluminoso que cada uno de los dos Soles gemelos del Cisne, lo que dá al Sol-Sirio un volúmen 16,000 veces mayor que el del Sol del Cisne. Hay tanta ó mas diferencia entre los soles de vuestro universo sideral, que entre los planetas de vuestro sistema solar, en donde ya teneis un

globo, como Júpiter, 1,400 veces de mayor volúmen que la Tierra, y pequeños planetas telescópicos, tales como Silvia y Camila, apenas de la extension de uno de vuestros departamentos franceses.

Por lo demás la cantidad de luz no es siempre una indicacion del volúmen, pues hay astros de diferente brillantez, de todas las condiciones químicas, de todos los estados físicos y de todas densidades. Los unos son inmensos y ligeros, los otros pequeños y pesados. Aquellos, gigantesco, son casi oscuros, y hasta completamente oscuros, no emitiendo mas que el calor. Estos, de menores dimensiones, brillan de una luz deslumbradora, que atraviesa los espacios ilimitados. Estos diferentes estados químicos, caloríficos y eléctricos, establecen en los soles la mayor diversidad de colores, desde el oro y el naranjado, hasta la esmeralda y el zafiro; y todas las flores nacen en el parterre celeste, desde la brillante rosa hasta la tímida violeta.

Un viaje á través de estas vastas regiones cambia todas las perspectivas y todas las ideas. He atravesado tres grupos de estrellas á mi paso, que estaban suspensas en el océano de los cielos como inmensos archipiélagos. Los grupos de estrellas, los universos, están compuestos de varios mi-

llones de soles y de sistemas planetarios y rodeados de insondables desiertos. Así, el primero de aquellos universos siderales que he atravesado en este viaje estaba situado á 2 quintillones de leguas de mi punto de partida, el segundo á 5, y el tercero á 9 quintillones. Al llegar á 36 ó 37 cuatrillones de leguas de aquí, he empezado á encontrar las primeras casas de vuestro pueblo, ó por mejor decir los arrabales de vuestra ciudad planetaria, y desde ese instante hasta hoy no he hecho mas que atravesar la mitad de vuestro universo, aunque haya entrado en él hace 415 millones de siglos, y aunque ande cien leguas por hora. He hallado sucesivamente á mi paso soles dobles, triples, múltiples, girando en círculo con sus sistemas al rededor unos de otros; — soles solitarios huyendo con una rapidez nunca vista, arrastrando á su remolque los mundos de su dominacion; — soles matizados vertiendo sobre sus planetas las mas singulares mezclas de colores; — sistemas absolutamente gaseosos y únicamente formados de esferas de vapor; — estrellas de azoe y cometas de ácido carbónico.

La disposicion de los astros en el espacio varia segun el sitio que ocupa. Las lineas, rectas ó curvas, las figuras diversas: rectángulos, cua-

drados, arcos, coronas, que forman vistos desde cierto punto, no existen mas vistos desde otro. Al llegar á vuestro sistema solar, he reparado el arreglo aparente de la esfera celeste, vuestras constelaciones. Son las mismas, vistas desde la Luna que desde la Tierra, desde Vénus ó Marte, y aun desde Neptuno, porque las perspectivas celestes no cambian por una simple mudanza de sitio de algunos centenares de millones de leguas. Pero si se cuenta por trillones y mas aun por centenas de trillones de leguas, la diferencia es sensible y las constelaciones se desforman, sobre todo aquellas en donde uno se aproxima y en las cuales se entra.

Aquí se paró el Espíritu; y despues de un largo silencio volvió á hablar en estos términos:

Ahora vamos á llegar á vuestro propio sistema solar. Los nombres precedentes, si habeis notado bien su simple elocuencia, os han desarrollado delante la imaginacion tantas grandiosidades que vais fácilmente á representaros la extension debida del dominio del Sol; y hasta ahora, á pesar de vuestras meditaciones, no os lo habiais representado exactamente.

Tomaré uno de los ejemplos de esta extension en la órbita del gran Cometa que ha pasado cerca

de la Tierra en el año 1680. Este cometa se aleja á una distancia igual á 28 veces la de Neptuno, que gravita él mismo, como ya sabeis, sobre una órbita cuyo radio sobrepuja 30 veces el de la órbita terrestre. La distancia de la estrella *Alpha* del Centauro es 270 veces mayor que el radio afélico de este Cometa, que podeis considerar como representando al minimum el radio del sistema solar. Veis que tomando por unidades de comparacion extensiones inmensas, se puede medir el espacio sin emplear series de números que escapan á la imaginacion.

Para venir, no de la estrella, pues no vengo de ese lado, pero de la parte mas próxima á la estrella, he puesto nueve millones ochocientos mil años. Para venir del afelio de este gran Cometa, he puesto treinta y seis mil trescientos años. Se alejó, en efecto, á 32 mil millones de leguas del Sol, y á esta distancia el astro solar tiene aun el poder de volverla á llamar desde las profundidades á esta débil nebulosidad cometaria, tan ligera á pesar de su extension, tan difusa, tan insignificante para él, y que, en un desierto tal se sobrecoge aun cuando á la extremidad de su carrera el Sol la envia la órden de volver, cosa que no puede hacer á pesar de su obediencia, y á pesar de la velocidad cre-

ciente con la cual va á precipitarse hácia el Sol resplandeciente que la llama, — lo que no puede efectuar, digo, sino en cuarenta y cuatro siglos.

Durante los nueve millones setecientos sesenta y cuatro mil años que he empleado en atravesar la extension que rodea el dominio solar y le aísla en cierto modo del de la circunscripcion del Centauro — un desierto análogo rodea cada sistema y hace á cada sol rey en su país — no he encontrado ningun cuerpo celeste de importancia cuya atraccion pueda influir en la del Sol sobre los astros que gobierna; pero si solo restos de mundos destruidos que caen en el espacio con extremada lentitud y que parecen inmóviles, pues ya no tienen la atraccion de ningun astro en aquellas zonas intermedias. Á la distancia afélica del Cometa de 1680, la atraccion solar no es mas que 0<sup>m</sup>, 000 000 008 333, y el Cometa no es atraído sino por una fuerza que le haria recorrer solamente 416 cien milésimos de milímetros en el primer segundo de caída! Así es que parece una muerta sostenida en el sombrío vacío como un ligero fantasma. Todas aquellas que se pierden en esas regiones no forman mas que una lenta procesion de sombras sepulcrales! Á cien veces la distancia afélica del mismo Cometa, la atraccion del Sol no es mas que

de 0<sup>m</sup>,000 000 000 000 8333. Así, entre las dos esferas de atracción del Sol y del Alpha del Centauro, la fuerza que dirige los movimientos celestes ha llegado, por decirlo así, á ser nula, y un cuerpo colocado en un alejamiento semejante quedaria suspendido y sin moverse durante millares de años. Cree uno aproximarse del caos ó de la nada; pero despues de haber atravesado aquellas soledades se entra en otros nuevos sistemas.

Por último, cuando hube pasado la órbita de varios planetas posteriores á Neptuno, cuyo último, Hyperion, se halla á 48 radios de la órbita terrestre y gravita en una revolución de 335 años, llegué á Neptuno, situado á 1,147 millones de leguas de aquí: hace de esto trece siglos.

Aquí se calló el Espiritu durante algunos instantes, como cuando se ha concluido la exposicion de un asunto. Efectivamente, acababa de hacerme pasar por su viaje, en revista toda la constitucion de los cielos, desde los confines de los grupos de planetas de estrellas de que forma parte nuestro sol, y desde los universos lejanos extraños al nuestro, hasta nuestro propio sistema planetario, al cual llegaba en su relacion. Habia religiosamente escuchado y penetrado con lentitud los grandes nombres por los cuales su sintesis

descendia sucesivamente de las profundidades de lo infinito hasta la region celeste en que vivimos, y cuando me dijo que habia llegado á Neptuno, último planeta conocido hoy, hace de esto trece siglos, pensé que este hecho databa por consiguiente del décimo sexto siglo de nuestro calendario, y le dije:

« Actualmente estamos en el año de 1872 de la era cristiana. Habeis pasado pues, por Neptuno, en tiempo del reinado de Chilperico y Fredegunda. Desde esta época, viajais á razon de cien leguas por hora y solo habeis llegado este año á la Tierra! »

— En el espacio, contestó el Espiritu, no contamos el tiempo, como ya os lo he dado á entender. La historia del planeta terrestre y de sus dinastías políticas es de la insignificancia mas absoluta. La misma era cristiana, que parece bajo cierto punto de vista que debe existir en el cielo como en las naciones evangélicas, no es conocida en los otros mundos. Pero contando por traslaciones terrestres, hace realmente 1308 años que he pasado por Neptuno.

— Así es, repliqué yo, para dar mayor fijeza á esta medida del espacio por el tiempo, que si un hombre pudiese salir hoy de la Tierra y dirigirse hácia el limite conocido de los astros planetarios,

el mundo de Neptuno, no llegaría á aquellas fronteras, aunque viajase con la extremada rapidez de cien leguas por hora, mas que en 1308 años, es decir el año tres mil ciento ochenta?

— Ya lo habeis dicho. Esa es la medida el medio diámetro de la última órbita planetaria que se conoce. Esos 1308 años terrestres no son sin embargo mas que ocho años neptunianos..... El calendario cambia completamente de uno á otro planeta. Con todo, un año de Neptuno no es mas largo para sus habitantes que lo es un solo año de la Tierra para vos. Bajo el punto de vista de lo absoluto, para un espíritu que no está encarnado, esas dos duraciones no son *nada*, y son iguales á la nada. El tiempo está formado por los movimientos periódicos de los cuerpos materiales, y estos, que cambian con él, le están solos sometidos. Las fuerzas, entidades reales independientes de la materia, potencias dinámicas imponderables que sostienen los pesos, son casi independientes del tiempo pues se transmiten con una rapidez que ralla en lo instantáneo. El alma del hombre, aunque se halle envuelta de la sustancia fluidica que forma en este mundo un intermedio necesario entre el cuerpo y ella, la que sobreviviendo á la muerte del cuerpo terrestre queda sujeta al mundo espiritual, digo, el

alma, puede trasportarse de un punto al otro del espacio con una rapidez mayor que la de la luz y la electricidad, y por decirlo así instantánea.

— Pero ! oh Espíritu! si el alma puede ir con esa rapidez en la extension, ¿ por qué habeis empleado tantos siglos para venir de los confines del universo astronómico?

— Podria haber efectuado la misma travesia en algunos dias, contestó el Espíritu con benevolencia ; pero, os lo repito, dias ó siglos no se diferencian en la duracion para un espíritu. Y no he puesto mas *tiempo* en hacer mi viaje que si hubiese venido instantáneamente.

Preexistente á la vida, el alma no tiene edad desde el instante que se ha encarnado. No tiene edad desde el momento en que cesando la vida se separa de su ropage terrestre. No tiene mas edad cuando se encarna de nuevo, ya sea sobre la tierra, ya sea en otro planeta. No se envejece durante la eternidad. Al pasar por ella, los siglos dejan menor señal que el agua que cae del cielo sobre los blancos hombros de una estatua de marmol.

No pasa lo mismo con los cuerpos animados, las combinaciones de átomos, las agregaciones de moléculas, los mundos materiales y todos los astros que constituyen el universo físico. El tiempo existe para

esos mundos y para ellos. Los soles no tienen noche y disfrutan de un día perpetuo, aproximándose ya las condiciones de la eternidad. Pero tienen traslaciones, modificaciones de temperatura y variaciones que les distribuye una medida de tiempo, lenta es verdad, pero real. Estos no duran siempre, pues envejecen y mueren. Los mundos planetarios tienen días y noches, meses, estaciones y años. Los movimientos que los llevan forman sus calendarios variados, dando á la Tierra años de 365 días por los cuales se miden todas las existencias nacidas en este planeta, — á Júpiter años de 10,400 días; á Saturno otros de 25,421 días, al Sol y al sistema planetario una revolución de más de doscientos mil de vuestros años. Con el tiempo las estrellas varían de sitio, las constelaciones se desforman, los sistemas se destruyen, los planetas se deshacen en polvo y los soles se apagan. El tiempo, es decir el movimiento, existe pues para los objetos materiales.

No existe bajo el punto de vista de lo absoluto: pues en el puro espacio, entre los cuerpos celestes, no hay allí ni tiempo ni medida. El Espíritu no se halla más sometido al tiempo: no se le puede medir como no se empleen los movimientos planetarios, relojes seculares de los cielos.

Así los ciento treinta y ocho billones de siglos que he empleado en mi viaje sideral, no cuentan para mí como cuentan para los mundos materiales, y no tengo más edad ahora que cuando me puse en camino. Tal es el gran principio sobre el cual llamo vuestra atención. El universo material es la variable morada de los Espíritus, que no envejecen allí.

En la vida de un Espíritu, ó para hablar con más propiedad, en la fase de la vida eterna de un Espíritu, un mundo de la importancia de toda la Tierra y hasta de Saturno ó Júpiter, para nacer, vivir y morir, y completarse toda su historia, aparecer su humanidad, civilizarse, progresar, llegar á todo su apogeo y desaparecer, mientras que cada uno de los espíritus que le habrán habitado habrá quedado intacto, encarnándose muchas veces sobre ese mismo planeta, y pasando de uno á otro, y viviendo en el espacio, sin envejecer.

Se encuentran dos mundos muy distintos en la creación: el mundo espiritual para el que no existen las condiciones materiales, tales como el tiempo, el espacio, el volumen, el peso, la densidad, el color y en el cual existen los principios de justicia, verdad, el bien, lo bello, que son coeternos á Dios; el mundo físico para el cual no existe

el bien ni el mal, ni lo justo ni lo injusto, ni lo bello ni lo feo, pero que descansa sobre los principios de la realidad material, tiempo, espacio, dimensiones, peso, etc.

— Maestro, repliqué al oír esta clasificación, si los elementos del mundo físico son absolutamente extraños al mundo de los espíritus, ¿cómo pueden estos conocer el universo, ver los mundos y viajar del uno al otro? ¿Cómo puede el alma durante la encarnación percibir ella misma el universo exterior?

— Por los principios intermedios, contestó el invisible. Estos principios intermedios son las fuerzas, la atracción, la luz, el calor, la electricidad.

El alma, aun encarnada, no podría tener relación directa sobre la materia. En una palabra, si vuestra alma puede ocuparse de astronomía, de física, de química y ciencias exactas, no es por su propia intuición ó su propio poder, sino gracias á los agentes intermedios. Por otra parte vuestro cuerpo tampoco podría obrar sin esas fuerzas. Esas fuerzas son el *substratum* del universo existente universalmente en el infinito y ocupando todo el espacio, en el cual los átomos no hacen mas que flotar. Los átomos constitutivos de un pedazo de hierro, de mármol ó

de tierra, de una molécula de agua ó de aire, de oxígeno ó de hidrógeno, no están unidos sólidamente unos á otros como parecen estarlo, sino aislados y separados, tanto como los planetas y como están los unos de los otros los mundos del universo. No hay allí nada absolutamente sólido, pero sí hay intersticios, espacios relativamente inmensos entre los átomos constitutivos de todos los cuerpos, animados é inanimados, tanto, por ejemplo, que la fuerza calorífica los aproxima ó aleja, dilata ó aprieta los volúmenes, produce los sólidos aparentes, los líquidos y los gases, tres estados diferentes de las mismas sustancias, los cuales son solo debidos á la fuerza calorífica. Los ojos que viesen la estructura atónica de un objeto no vería ya este mismo objeto: la vista le atravesaría. Así de vuestro universo no veis mas que sus átomos, sus estrellas; hay que mirar desde muy lejos para reconocer la forma definida de un universo, de un grupo de estrellas. Pues bien, cuando recibís por ejemplo, un rayo de luz, ese atraviesa la órbita de vuestros ojos y la estructura misma de vuestro órgano para ir á tocar con un nervio, el cual por otra parte no experimentaría ninguna sensación si, la vida estando destruida, vuestra alma no estuviese allí para interpretar la conmo-

ción, y dar un sentido á las vibraciones luminosas transmitidas por el nervio óptico. Entre el objeto visto y vuestra alma, se halla el agente intermedio, la fuerza, que aquí es la luz, sin la cual vuestra alma no podría estar en relación con el objeto.

Pero el organismo actual que poseéis no es necesario para esta obra. La luz, lo mismo que el calor, como la electricidad y como otras fuerzas, que no conocéis, se transmiten por el movimiento, por las vibraciones ú ondulaciones que vuestra alma podría recibir sin ninguno de los sentidos que poseéis. Los ojos no son necesarios para ver. Podría reemplazarlos otro órgano diferente que fuese, por ejemplo, sensible á las ondas lentas y que vería el calor, ó bien á las ondas rápidas y vería la acción química, y daría al alma la noción de una parte más ó menos extensa de las cosas que ignoráis, por carecer del sentido necesario para apreciarlas. Vivís en medio de un mundo invisible, en el cual los espíritus provistos de otros sentidos diferentes de los vuestros, perciben un número indefinido de realidades de las cuales no podéis tener conocimiento.

Debeis pues ver en el universo : 1º el elemento *material*, sometido á las condiciones concluidas

del espacio, subdivididas en átomos muy pequeños, inmutables en tamaño y en masa; 2º el elemento *dinámico*, que, por el contrario, no está sometido á las condiciones concluidas; 3º el elemento *animico*, el espíritu, esencialmente individualizado en el espacio y al revés del elemento materia, incompatible con toda idea de formas y de límites definidos.

— Espíritu desconocido que me habláis, le dije yo, cualquiera que seáis, os he escuchado con respeto y tengo la suerte de añadir que comprendo esa síntesis. Veo los astros y los átomos, las fuerzas que sostienen y rigen los cuerpos ponderables, los espíritus que habitan los mundos ó estacionan en el espacio; el universo se ilumina á mi vista de una nueva claridad que me hace juzgar su grandiosidad y su belleza. Pero no me habeis mostrado á Dios.

— Porque es imposible á los mismos Espíritus el advinar el Ser infinito, respondió la voz. Hasta hoy os han hecho adorar un dios creado á imagen del hombre, y os han negado con arrogancia la existencia de un Autor de la naturaleza porque no se le comprendía. Ni los dogmas de las teologías oficiales, ni las negaciones del ateísmo son verdaderas.

Dios no existe mas en ningún punto del Cielo

que en la Tierra, ó para hablar mas exactamente, en ninguna parte está mas visible que aquí. No se encuentra, en ninguna region de lo infinito, un sitio fijo empedrado de pedrerías, sobre el cual esté edificado el trono del Todopoderoso. El empireo de la edad media no existe como tampoco el olimpo griego. El paraiso de Mahoma no ha brillado nunca mas que en la volcánica imaginacion de los discipulos del profeta. Los siete cielos de Budha no tienen mas realidad efectiva que la que les han dado los fantásticos dibujos chinos y japoneses que os los representan. Ver á Dios cara á cara es una expresion puramente simbólica. Los ojos del cuerpo glorificado el mas angélico no sabrían ver ni admirar en ninguna parte esta persona invisible. El Cielo no existe. El espacio astronómico es infinito. Dios es un espíritu puro, ó mejor dicho, puro espíritu, consciente de sí mismo, y de cada parte el infinitesimal del universo entero, personal, pero sin forma, infinito y eterno, es decir sin extension ni duracion, tan realmente presente aquí en medio de París, en donde os hablo, que sobre las estrellas mas brillantes, tan activo en las obras de la naturaleza terrestre como en las sublimes manifestaciones de las esferas espirituales superiores.

El Sér infinito, causa de las causas, principio

de todo lo que es, virtud y sosten del universo, absoluto, eterno es desde luego enteramente incomprendible para vos, para mí y para todos los séres. Su existencia es incontestable, pues seria imposible explicar sin él la existencia de la inteligencia en la creacion, de las matemáticas (que el hombre no ha inventado, pero si hallado), ni de las verdades intelectuales y morales. Pero el Autor y Juez supremo de todas las cosas está por encima de nuestra concepcion. Podemos concebir ya que para él no hay ni tiempo ni espacio, que todo lo vé á la vez, y la astronomía os ha enseñado tambien que la luz que emana de todos los soles y de todos los planetas tiene su historia antigua en el espacio, de tal manera que suponiéndose colocado en el punto de vista á donde llega hoy el radio luminoso reflejado por la Tierra hace cien años, se volveria á ver la Tierra de esta época con sus habitantes, y así para todo el pasado de la Tierra que se podria ver alejándose suficientemente, y así para la historia de todos los mundos, que queda así permanente en lo infinito, en Dios. Ya podemos concebir tambien que el porvenir se halla presente para él lo mismo que el pasado, pues los acontecimientos que deben sucederse están igualmente encerrados en el estado actual del universo como el pasado se halla el mis-

mo en su resultado. Pero buscar á comprender la naturaleza intrínseca y el modo de acción del Sér infinito sería un trabajo absolutamente estéril.

Y ahora, hijo mio, vuestra alma ha recibido, ha sentido la noción de la infinidad del espacio. ¿Ha comprendido tambien de un modo tan exacto la de lo infinito de la duración? ¿Concebis suficientemente la grandiosidad de la idea, del hecho representado por esta palabra: la *Eternidad*?

— La duración sin fin, respondi, me parece mas difícil de imaginar que el espacio sin fin. Supongo fácilmente llegar á una pretendida barrera en la inmensidad, ver el espacio mas allá de esa barrera, imaginar un límite mas lejano, llegar á ese límite, ver aun el espacio mas allá, y siempre así, sin poder jamás alcanzar en ninguna dirección un límite que no existe. Pero lo confieso, el tiempo indefinido, ó por decir mejor la eternidad sin límites, me asusta mas que me asombra, de manera que apenas si mi pensamiento tiene fuerza bastante para mirar de frente un asunto semejante.

— Vuestra idea de una barrera siempre lejana en el espacio, replicó el Espíritu, es aplicable á

la noción de la eternidad. Cualquiera que sea la duración de los tiempos que imagineis, podeis imaginaros haber llegado allí, y atestiguar que despues de ese tiempo trascurrido no por eso se puede parar su duración y que el tiempo seguirá aun transcurriendo. Llevando mas léjos el pretendido límite, mas allá habrá aun tiempo, y así sucesivamente, sin fin posible. Pero reflexionad que esas son solo dos comparaciones destinadas á hacer sensibles esas nociones, pero que en realidad, lo infinito como la eternidad no tienen medida.

En la eternidad sin medida, sin principio y sin fin, el universo material produce la medida, el tiempo, por sus movimientos. Pero estas mismas medidas no tienen nada de absoluto. Si la Tierra giraba dos veces, cien con mas lentamente, los días, los años serian dos veces, cien veces mas largos de lo que son; pero serian *los mismos* para vos. Si la Tierra llegase á ser cien veces, mil veces mas pequeña, y vuestros monumentos, vuestro tamaño, llegasen á ser mil veces mas pequeños que lo que son, todo hubiera quedado *lo mismo* para vos; el metro sería siempre la diez millonésima parte del cuarto del meridiano terrestre, veriais los objetos bajo el mismo ángulo, etc. Todas vuestras ideas, que os han parecido hasta ahora absolutas, son

puramente relativas á vuestro planeta perecedero.

En la eternidad inmóvil, los Espiritus quedan, las cosas materiales pasan.

Pero ved aquí pronto, los primeros resplandores de la aurora que se anuncian ya. No tardaré en tomar mi vuelo y continuar mi viaje celeste. Os he dicho que atravieso el universo de parte á parte, y que despues de haberme detenido aquí continuo mi camino, al lado opuesto de Orion, hácia Ofiuco. Volveré en seguida aquí y despues á mi punto de partida.

Cuando vuelva á este sitio del cielo en donde se cierne actualmente el sistema solar, cuando mi travesia sideral me habrá traído otra vez al puerto en donde me paro un instante hoy, este puerto no existirá mas. Dirijo mi carrera celeste hasta los confines de vuestro universo visible, y me queda aun tanto camino que recorrer para llegar allí como el que he recorrido para venir aquí; es decir que no llegaré al término de mi viaje mas que en ciento treinta y ocho billones de siglos próximamente, continuando mi vuelo con la misma rapidez constante de cien leguas por hora. Cuento quedar allá durante cien siglos, para dirigir la formacion de una humanidad nueva que ocupará dignamente, segun espero, el departamento del espacio. Des-

pues volveré en linea recta no tan solo aquí, sino al punto desde donde he salido.

Ahora bien, cuando volveré á pasar por aquí, será dentro de doscientos setenta y siete billones trescientos ochenta millones setecientos ochenta y nueve mil trescientos siglos. En esta época, la Tierra ya no existirá.

Si, este hermoso planeta, tan vivo hoy, tan radiante de actividad, tan animado y tan rico, en la superficie del cual las generaciones se suceden con tanta rapidez, habrá muerto — mas aun que eso : destruido! Así como hoy oculta en su seno los elementos y las fechas de su origen, así contiene tambien los gérmenes de su decadencia y su fin. Y no solamente él, sino sus compañeros tambien : Vénus su hermana menor, tan parecida y tan maravillosamente viva aun en la actualidad, Mercurio ardiente y rápido, Marte cuya geografía es tan curiosa, Júpiter noble é imponente en su carrera, Saturno ceñido de un triple anillo y rodeado de ocho satélites, Urano pausado y venerable, Neptuno cuyos años son siglos : todos esos mundos habrán cesado de existir. ¿Qué digo? Habrán perdido todo calor : agua, aire, líquidos, gas, coherencia, afinidad, principios de existencia y vida, todo habrá desaparecido. Desiertos silen-

ciosos rodando por el tétrico espacio, ya no mostrarán mas que rocas expuestas á los rayos debilitados del Sol. Los meteoros, los vientos, las lluvias, habrán hecho bajar las montañas en las llanuras, elevar el nivel de los mares y aumentar progresivamente la superficie del Océano, el cual ocupa en la actualidad las tres cuartas partes de la Tierra y concluirá por ocuparla toda. Las manchas del Sol aumentarán de número, y ese gran cuerpo se enfriará por su prolongado brillo en el espacio. Al principio se verán extenderse aquellas manchas como dos zonas sombrías de cada lado de su ecuador, y los meteorologistas habrán constatado una disminución sensible en su calor y su luz. Con los millones de siglos amontonados el enfriamiento llegará á ser tal que los organismos planetarios peligrarán y darán cabida á nuevos seres constituidos para vivir con el frío. Pero llegará un siglo en que el Sol de un rojo sombrío, despues oscuro, cesará de ser el hogar de la familia que durante tanto tiempo sacó de él su magnetismo y su vida y ya no enviará mas alrededor suyo que una claridad descolorida y siniestra. Los días serán noches, y no habrá allí mas primaveras ni veranos. Los mundos pesados y oscuros rodarán como balas negras al lado de otra bala negra. Será

la noche universal para ese sistema. Tierra, Luna, planetas, llevarán en la inmensidad las tumbas fósiles de sus últimos habitantes. En ese mismo tiempo, otros varios soles del universo, que brillan actualmente como resplandecientes estrellas, serán apagados como el vuestro, mientras que otros nuevos astros se habrán encendido. Desde luego las estrellas que quedarán aun de hoy habrán cambiado de sitio. Las constelaciones estarán todas desformadas. Las siete de la Osa mayor, aun cuando ninguna de ellas estuviese apagada, no formarán ya un carro, el carro del Norte estará dislocado y en virtud de sus movimientos propios, se habrán separado las unas de las otras hasta el punto de formar desde luego un trapecio, despues un inmenso triángulo y por último una disforme línea rota. Orion, la magnífica constelacion del Sur, habia sufrido el desmembramiento secular del tiempo, los Tres Reyes se habrán separado, Rigel estará apagado, Aldebarán habrá huido léjos de las Pleyades, Sirio habrá perdido su cetro y las estrellas de Hércules se habrán convertido en astros de la mayor grandiosidad. El Cielo estará desconocido, y la Tierra, caduca, seca, separada, habrá caído en pedazos, los cuales, distribuyéndose por lo largo de su órbita, continuarán corriendo alre-

dedor del Sol muerto. Esqueletos minúsculos que giran al rededor de un esqueleto gigante, aerolitos que llevan en la noche los últimos fragmentos de una tierra antiguamente habitada, podrán ser envueltos á su paso por un cometa hiperbólico que arrastrando á algunos en su carrera irá á sembrarlos en otro sistema, en un planeta desconocido cuyos habitantes, recogidos para colocarlos en los escaparates de un museo, los analizarán sin descubrir la historia de la Tierra á que pertenecen, lo mismo que los aerolitos que conservais sin adivinar el misterio de su procedencia... Ved como será la Tierra y sus habitantes cuando esté de vuelta de mi mision celeste. Los cuerpos habrán vuelto á la nada. »

Cuando el Espíritu hubo hablado de este modo, senti correr unos calofrios hasta el fondo de todo mi ser, al comprender la profundidad de aquellas revelaciones que habia escuchado con mucha atencion y recogimiento. Vi el porvenir, las estrellas cambiadas de sitio, las constelaciones dislocadas, el sistema planetario destruido, *el Sol apagado*, la Tierra — en donde vivimos hoy tranquilamente — *la misma Tierra deshecha*, y nada en su sitio en el lugar del espacio que ocupa ac-

tualmente; comprendí que esa perspectiva era verdadera, y considerando que el Espíritu hablaba de aquellos siglos extraños sin parecer recibir mella del tiempo ni envejecer, pensé en lo que llegará á ser en esta eternidad que está delante de nosotros, cada una de nuestras almas, ¡ oh lectores míos! y lo que yo mismo llegaré á ser en ese destino, y como herido de un rayo, lancé ese solo grito personal, que le expresaba tan sencillamente toda mi súbita ansiedad, grito que cada uno de vosotros sin duda alguna le hubiera lanzado de la misma manera :

« ¿ Y yo? »

— ¿ Y vos? Pues bien! sois lo mismo que yo, sois inmortal, indestructible.

— ¡ *Indestructible!* exclamé, al sentir por la primera vez de mi vida el extraño beneficio de ese favor. Pero ¿ en dónde estaré, por ejemplo, de hoy en un siglo? »

— En el espacio — nadie puede salir de él — es el infinito. Aun estareis probablemente en vuestro sistema planetario.

— ¿ Y dentro de mil años? »

— Continuareis existiendo.

— ¿ Y en cien mil años? »

— Seguireis estando. Sin duda viajareis. Para

un astrónomo, esa situación no es desagradable.

— Os chanceáis de esas cosas que os son familiares ¡oh Espíritu! Pero yo os lo confieso, estoy asustado... ¿Y en dónde estaré dentro de un millón de años? añadí temblando.

— Continuareis existiendo en el espacio infinito. Y lo mismo en diez millones ó en cien millones de años. Y después de estos cien millones de años, no tendréis más edad que hoy. Volvereis á tener otros, cien millones de años....., y siempre lo mismo.

— ¿Sin poder morir? exclamé, asustado del tono tan natural y afirmativo con el cual el Espíritu me presentaba sus espantosas verdades.

— Inmortal, indestructible, por toda la eternidad. Ninguna alma creada no puede envejecer ni morir. Reflexionad bien que los millones de miles de siglos no son *nada* en la eternidad, y que después de haberlos pasado se vuelve á empezar como si no hubiesen transcurrido... y que vuestra existencia en adelante *sin fin posible*.

— ¡Vida eterna!... sin... fin... posible! repetí, procurando comprender, y sintiendo mi cerebro derretirse en mi cráneo. ¡Ah!... y caí como cae un hombre muerto. »

## NOTA

ACERCA DE LAS

### DIMENSIONES MEDIDAS EN EL UNIVERSO

#### Astros pertenecientes al Sol.

Diametro de la Tierra.....	3183 leguas de á 4 k.	
Altura de la atmósfera aérea.	12	—
Distancia media de la Luna. .	96 109	—
Distancia mínima de Venus...	10 200 000	—
— de Marte...	19 300 000	—
— de Mercurio.	22 600 000	—
Distancia media del sol.....	37 000 000	—
Distancia mínima de Júpiter .	155 000 000	—
— de Saturno.	313 000 000	—
— de Urano..	666 000 000	—
— de Neptuno.	1 073 000 000	—
Distancia del cometa de Halley		
— hasta su afelia.....	1 309 000 000	—
Distancia del cometa de 1811		
— hasta su afelia.....	15 387 800 000	—
Distancia del cometa de 1680		
— hasta su afelia.....	32 000 000 000	—

un astrónomo, esa situación no es desagradable.

— Os chanceáis de esas cosas que os son familiares ¡oh Espíritu! Pero yo os lo confieso, estoy asustado... ¿Y en dónde estaré dentro de un millón de años? añadí temblando.

— Continuareis existiendo en el espacio infinito. Y lo mismo en diez millones ó en cien millones de años. Y después de estos cien millones de años, no tendréis más edad que hoy. Volvereis á tener otros, cien millones de años....., y siempre lo mismo.

— ¿Sin poder morir? exclamé, asustado del tono tan natural y afirmativo con el cual el Espíritu me presentaba sus espantosas verdades.

— Inmortal, indestructible, por toda la eternidad. Ninguna alma creada no puede envejecer ni morir. Reflexionad bien que los millones de miles de siglos no son *nada* en la eternidad, y que después de haberlos pasado se vuelve á empezar como si no hubiesen trascurrido... y que vuestra existencia en adelante *sin fin posible*.

— ¡Vida eterna!... sin... fin... posible! repetí, procurando comprender, y sintiendo mi cerebro derretirse en mi cráneo. ¡Ah!... y caí como cae un hombre muerto. »

## NOTA

ACERCA DE LAS

### DIMENSIONES MEDIDAS EN EL UNIVERSO

#### Astros pertenecientes al Sol.

Diametro de la Tierra.....	3183 leguas de á 4 k.	
Altura de la atmósfera aérea.	12	—
Distancia media de la Luna. .	96 109	—
Distancia mínima de Venus...	10 200 000	—
— de Marte...	19 300 000	—
— de Mercurio.	22 600 000	—
Distancia media del sol.....	37 000 000	—
Distancia mínima de Júpiter .	155 000 000	—
— de Saturno.	313 000 000	—
— de Urano..	666 000 000	—
— de Neptuno.	1 073 000 000	—
Distancia del cometa de Halley		
— hasta su afelia.....	1 309 000 000	—
Distancia del cometa de 1811		
— hasta su afelia.....	15 387 800 000	—
Distancia del cometa de 1680		
— hasta su afelia.....	32 000 000 000	—

## Estrellas.

NOMBRES.	Esplen- dores.	Para- lajes.	Distancias en rayos de la órbita terrestre.	Distancias en millones de leguas.	Tiempo que emplea luz para llegar á la Tierra.
Alfa del Centauro. 1	0 91		226400	8376800	3a. y 8mes.
61º del Cime..... 5 1/2	0 51		403600	14933200	6 5
21185 Lalande.... 7 1/2	0 51		404000	14948000	6 6
34 Groombridge... 8	0 307		671900	24860300	10 11
21258 Lalande... 8 1/2	0 26		793300	29352100	12 2
7415 Oeltzen..... 8	0 247		833400	30898700	13 5
Sirio. .... 1	0 23		897000	33189000	14 2
61º del Dragon... 5	0 22		910000	32670000	14 5
1830 Groombridge. 7	0 22		912700	32769900	14 7
Beta del Centauro. 1	0 21		936000	34632000	15 5
Vega..... 1	0 17		1360000	50830000	21 3
70 p Ofiuco..... 5	0 168		1400000	54000000	22 1
Jota de la Osa mayor.. 4	0 133		1550900	59000000	24 5
Arcturo. .... 1	0 127		1624000	61600000	25 8
Gamma del Dragon... 2	0 092		2292000	90000000	35 9
Estrella polar .... 2	0 076		2714000	117600000	30 0
Capella ó la Cabra. 1	0 046		4484000	170392000	11 8

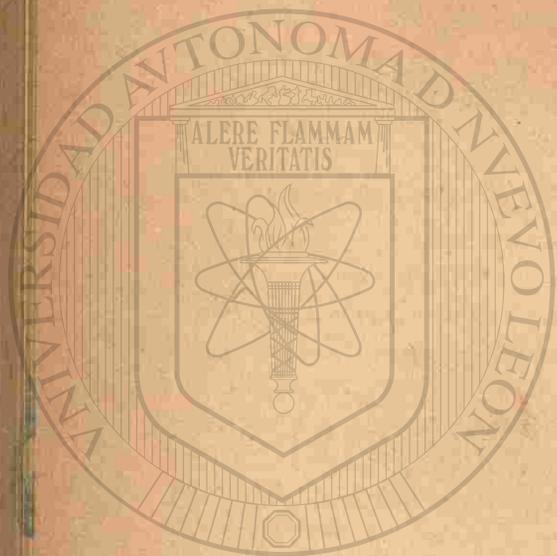
Estas son las estrellas *mas cercanas* de nosotros, las sola cuya distancia ha podido determinarse. Todas las demás, que se cuentan por millones, están incomparablemente mas léjo

Hay estrellas cuya luz no puede llegar hasta nosotros sino despues de cien años, mil años, diez mil años de marcha incesante de 77000 de leguas por segundo.

Para atravesar el universo sideral del que formamos parte (la Vía lactea), la luz no emplea ménos de 15000 años.

Para llegar desde ciertas nebulosas, debe andar durante mas de trescientas veces ese tiempo; cinco millones de años.

Meditando acerca de estas verdades, comenzará uno á formarse una idea exacta de la grandeza del universo, de la majestad de sus leyes y de la insignificancia absoluta de los acontecimientos terrestres y de las miserias humanas.



# ÍNDICE

DE LAS  
NARRACIONES DE LO INFINITO

I. — LUMEN

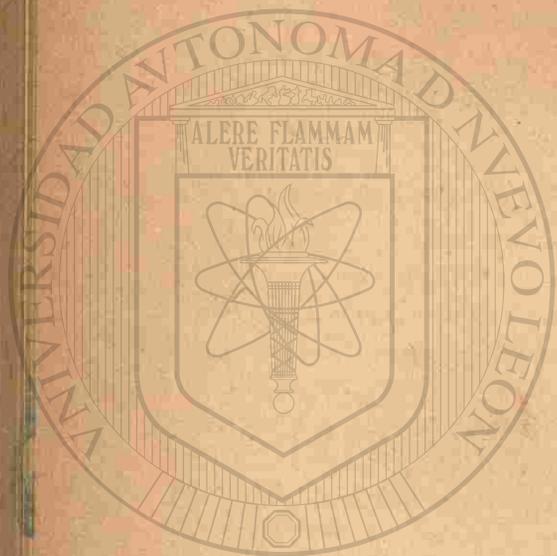
NARRACION PRIMERA.

RESURRECTIO PRÆTERITI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

	Pag.
PREFACIO. . . . .	1
La muerte. . . . .	11
El alma. . . . .	15
La hora de la muerte. . . . .	21
Separacion del alma. . . . .	23
Vista del alma en el cielo. . . . .	25
El sistema solar en el cielo. . . . .	27
La tierra vista desde el cielo. . . . .	31



# ÍNDICE

DE LAS  
NARRACIONES DE LO INFINITO

I. — LUMEN

NARRACION PRIMERA.

RESURRECTIO PRÆTERITI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

	Pag.
PREFACIO. . . . .	1
La muerte. . . . .	11
El alma. . . . .	15
La hora de la muerte. . . . .	21
Separacion del alma. . . . .	23
Vista del alma en el cielo. . . . .	25
El sistema solar en el cielo. . . . .	27
La tierra vista desde el cielo. . . . .	31

## II

	Pag.
La estrella capella. . . . .	39
Celeridad de la luz. . . . .	45
El planeta terrestre visto de lejos. . . . .	47
Los mundos vistos de lejos. . . . .	49

## III

Lumen vuelve á ser su propia vida. . . . .	59
--	----

## NARRACION SEGUNDA

## REFLUMEN TEMPORIS.

## I

Viaje en un rayo de luz. . . . .	83
Los acontecimientos vueltos al revés. . . . .	109
Remontando los tiempos. . . . .	113
Los acontecimientos vueltos al revés. . . . .	117
El hombre organizado por el planeta. . . . .	119
La resurrección del pasado. . . . .	127

## NARRACION TERCERA.

## HOMO HOMUNCULUS.

La esfera de la observacion humana. . . . .	133
El tiempo y el espacio. . . . .	139

	Pag.
Los acontecimientos en el espacio. . . . .	141
Tiempo, espacio y eternidad. . . . .	145

## NARRACION CUARTA.

## ANTERIORES VIDA.

El espacio y la luz. . . . .	157
------------------------------	-----

## I

La estrella Gamma de la virgen. . . . .	163
El sistema de Gamma de la virgen. . . . .	167
El mundo de Gamma de la virgen. . . . .	167
La existencia anterior. . . . .	181
La claridad de las existencias. . . . .	185
Lo desconocido. . . . .	487

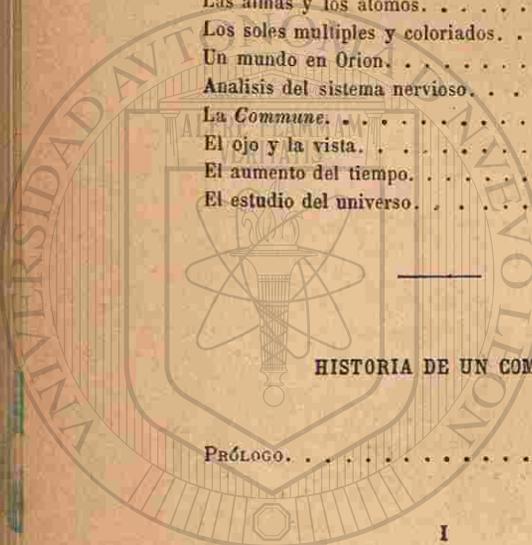
## II

Las constelaciones. . . . .	189
Los elementos. . . . .	199
El gran problema. . . . .	205
Una humanidad. . . . .	207

## III

La organizacion de los seres. . . . .	211
Desarrollo de la vida. . . . .	213

	Pag.
En la constelacion del cisne. . . . .	217
El ojo y el oido. . . . .	223
Las almas y los átomos. . . . .	227
Los soles multiples y coloridos. . . . .	229
Un mundo en Orion. . . . .	231
Análisis del sistema nervioso. . . . .	233
La <i>Commune</i> . . . . .	235
El ojo y la vista. . . . .	237
El aumento del tiempo. . . . .	239
El estudio del universo. . . . .	241



### HISTORIA DE UN COMETA

PRÓLOGO. . . . .	245
------------------	-----

## I

En que el Cometa nota por primera vez la existencia de la tierra. . . . .	247
La órbita del cometa. . . . .	249
Transito viendo la tierra. . . . .	251
La tierra hace seiscientos mil años. . . . .	253
Saturno hace seiscientos mil años. . . . .	261

## II

	Pag.
En que el cometa hace comparaciones poco ventajosas entre los demás mundos y el muerto. . . . .	264
Encuentro de la tierra. . . . .	265
La tierra hace quinientos mil años. . . . .	273
Una revolucion del globo. . . . .	277
Catástrofe en el cielo. . . . .	279
La cuna con la tierra. . . . .	281

## III

Aurora. . . . .	282
La leyenda de los siglos. . . . .	283
Los progresos de la vida terrestre. . . . .	293

## IV

Los Parisienses ántes de Paris. . . . .	309
La tierra cuarenta mil años ha. . . . .	305
Aparicion del hombre en la tierra. . . . .	311
La humanidad hace veinte mil años. . . . .	313

## V

Oriente. . . . .	314
------------------	-----

## VI

En que el cometa salta desde el diluvio al año 1811. . . . .	328
La humanidad hace veinte mil años. . . . .	329

	Pag.
De Agamenon á Napoleon. . . . .	331
Los hechos y los gestos de la humanidad. . . . .	333
Los hombres y los astros. . . . .	343
Epilogo. . . . .	347
La historia de la humanidad. . . . .	349
En el infinito. . . . .	354
La humanidad terrestre. . . . .	355

## EN EL INFINITO

Relacion sobre el tiempo y el espacio, por un espíritu. . . . .	371
La humanidad terrestre. . . . .	363

## OBRAS RECIENTE PUBLICADAS,

EN LA

LIBRERÍA DE A. BOURET É HIJO

23, CALLE VISCONTI PARIS,

FLAMMARION. — **Historia del Cielo**, edicion de lujo, adornada con muchísimas láminas y gran número de grabados intercalados en el texto. 1 tomo en 8º mayor.

— **Dios en la naturaleza**. 1 tomo en 12º adornado con el retrato del autor.

— **Los Mundos imaginarios y los Mundos reales**, adornado con dos láminas, 1 tomo en 12º.

— **Narraciones de lo Infinito**. 1 tomo en 12º.

— **La Pluralidad de los mundos**, adornado con cinco magníficas láminas correspondientes al emisferio. 1 tomo en 12º.

COURCELLE-SENEUIL. — **Tratado teórico práctico de las operaciones de Banca**, obra completísima de todo lo concerniente á la Bolsa, sus jugadas de *alta* y *baja*, y todos los accidentes que ocasionan las sensaciones comerciales y políticas. 1 tomo en 8º.

— **Tratado sumario de economía política**. 1 tomo en 18º.

— **Tratado teórico y práctico de Economía política** 2 tomos en 8º.

**Tratado de Ensayes**, tanto por la vía seca como por la vía húmeda, de toda clase de minerales y pastas de cobre, plomo, plata, oro, mercurio, etc.; con descripción de los caracteres de los principales minerales y productos de las artes en América, y en particular en Chile, por D. Ignacio Domeyko.

**El Martir del Gólgota**, novela histórica sacra, sacada de la historia Sagrada, por D. Enrique Estrich. 2 tomos en 8º, adornada con 15 láminas.

- Principios de educacion**, por Monseñor Piñero. 1 tomo en 18°.
- Física ó Estudios de las propiedades generales de los cuerpos**, por La Rosa Toro. 1 tomo en 12°.
- Elementos del derecho natural**, por Burlamaqui. 1 tomo en 12°.
- Conversacion francesa ó Estudio preparatorio y práctico de la lengua francesa**, por Enrique Bellacey. 1 tomo 8°.
- Compendio de la Gramatica de la lengua castellana**, por la Academia española. 1 tomo en 8°.
- Diccionario de la buena educacion**, de palabras cultas y escogidas, y nomenclatura general de palabras de dudosa ortografía, para escribir con toda propiedad. 1 tomo en 18°.
- Lecciones de agrimensura**, por José Manuel Royo. 1 tomo en 8°.
- Curso de derecho constitucional**, por D. José Silva Santisteban, obra utilísima á los pueblos modernos de la América de Sur, 1 tomo en 8°.
- Demostracion de la Divinidad de la Religión**, por el prebendado D. José Ramon Saavedra. 1 tomo 8°.
- Nuevo Silabario**, repartido en 12 lecciones. Cada leccion está separada ó impresa en un pliego grande y colado en un carton para mayor comodidad de los maestros ó padres de familia, y facilidad de instruir las primeras nociones á la infancia.
- Estracto de los Elementos de aritmética**, de D. Manuel Dominguez. 1 tomo en 12°.
- Oraciones, meditaciones y lecturas**, sacadas de los Santos Padres, escritores y oradores sagrados por la CONDESA DE FLAVIGNY, autor del libro *la infancia cristiana*. Obra recomendada por Monseñor el Arzobispo de Tours; por Monseñor el Obispo de Orleans, y por otros muchos prelados. 1 tomo en 18°.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

